

Conversión

Diálogo entre un hombre recién convertido a Cristo y un amigo incrédulo:

“¿Así que te convertiste a Cristo?”

“Sí”

“Entonces debe saber mucho sobre él. Dime, ¿en qué país nació?”

“No lo sé”.

“¿Qué edad tenía cuando murió?”

“No lo sé”.

“¿Cuántos libros escribió?”

“No lo sé”.

“¡Definitivamente sabes muy poco para ser un hombre que afirma haberse convertido a Cristo!”.

“Tiene razón. Me avergüenzo de lo poco que sé sobre él. Pero lo que sí sé es esto: hace tres años era un borracho. Estaba muy endeudado. Mi familia se desmoronaba. Mi mujer y mis hijos temían mi regreso a casa cada noche. Pero ahora he dejado de beber; ya no tenemos deudas; nuestra casa es ahora un hogar feliz; mis hijos esperan con impaciencia mi vuelta a casa por la noche. Todo esto lo ha hecho Cristo por mí. Y esto es lo que sé de Cristo”.

Lo que más importa es precisamente cómo Jesús cambia nuestras vidas. Debemos insistir en ello con fuerza: seguir a Jesús significa cambiar nuestra forma de ver a Dios, a los demás, al mundo y a nosotros mismos. Comparada con la auspiciada por la opinión corriente, es otra forma de vivir y otra forma de morir. Este es el misterio de la “conversión”.

Los exégetas

Un famoso biblista había invitado a un grupo de colegas a su casa. Se sentaron alrededor de una mesa que tenía un magnífico jarrón de flores en el centro y empezaron a discutir sobre una página de la Biblia. Discutieron animadamente, desmenuzando cada palabra, hipotetizando raíces antiguas, conjeturando, postulando, comparando, destilando, historizando, desmitificando, psicologizando, feminizando...

No se ponían de acuerdo en casi nada.

De repente, el anfitrión interrumpió la discusión y se volvió hacia uno de los invitados que estaba tomando flores del jarrón situado en el centro de la mesa y destruyéndolas sistemáticamente.

“¿Qué hace usted?”

“Cuento los verticilos, divido los estambres y los pistilos, aparto los tallos y los filamentos...”.

«¡Este celo científico le honra, pero así arruina toda la belleza de estas hermosas flores!».

El hombre sonrió amargamente: “Eso es exactamente lo que estamos haciendo”.

El rabino Elimelekh había pronunciado un maravilloso sermón sobre el arte de vivir. Llenos de entusiasmo, los oyentes le acompañaron alegremente mientras tomaba el carruaje de vuelta a su pueblo.

En un momento dado, el rabino detuvo el carruaje y pidió al conductor que siguiera adelante sin él mientras se mezclaba con la gente.

“¡Qué ejemplo de humildad!”, dijo uno de sus discípulos.

“La humildad no tiene nada que ver”, replicó Elimelekh. “Aquí la gente pasea feliz, canta, bebe vino, charla, hace nuevos amigos, y todo gracias a un viejo rabino que vino a hablar sobre el arte de vivir. Así que prefiero dejar mis teorías en el carruaje y disfrutar de la fiesta”.

Vida de S. Pedro, príncipe de los apóstoles

El momento culminante del Año Jubilar para cada creyente es el paso a través de la Puerta Santa, un gesto altamente simbólico que debe vivirse con profunda meditación. No se trata de una simple visita para admirar la belleza arquitectónica, escultórica o pictórica de una basílica: los primeros cristianos no acudían a los lugares de culto por este motivo, también porque en aquella época no había mucho que admirar. Ellos llegaban, en cambio, para orar ante las reliquias de los santos apóstoles y mártires, y para obtener la indulgencia gracias a su poderosa intercesión.

Acudir a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo sin conocer su vida no es un signo de aprecio. Por eso, en este Año Jubilar, deseamos presentar los caminos de fe de estos dos gloriosos apóstoles, tal como fueron narrados por San Juan Bosco.

Vida de S. Pedro, príncipe de los apóstoles contada al pueblo por el sacerdote Juan Bosco

Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? (Mateo XIV, 31).

PREFACIO

CAPÍTULO I. Patria y profesión de S. Pedro. – Su hermano Andrés lo conduce a Jesucristo. Año 29 de Jesucristo

CAPÍTULO II. Pedro conduce en barco al Salvador – Pesca milagrosa. – Acoge a Jesús en su casa. – Milagros realizados. Año de Jesucristo 30.

CAPÍTULO III. S. Pedro, cabeza de los Apóstoles, es enviado a predicar. – Camina sobre las olas. – Bella respuesta dada al Salvador. Año 31 de Jesucristo.

CAPÍTULO IV. Pedro confiesa por segunda vez a Jesucristo como hijo de Dios. – Es constituido jefe de la Iglesia, y se le prometen las llaves del reino de los Cielos. Año 32 de Jesucristo.

CAPÍTULO V. San Pedro disuade al divino Maestro de la pasión. – Va con él al monte Tabor. Año de Jesucristo 32.

CAPÍTULO VI. Jesús, en presencia de Pedro, resucita a la hija de Jairo. – Paga el tributo por Pedro. – Enseña a sus discípulos en la humildad. Año de J. C. 32.

CAPÍTULO VII. Pedro habla con Jesús sobre el perdón de las injurias y el desapego de las cosas terrenas. – Se niega a dejarse lavar los pies. – Su amistad con San Juan. Año de J. C. 33.

CAPÍTULO VIII. Jesús predice la negación de Pedro y le asegura que no fallará su fe. – Pedro lo sigue en el huerto de Getsemaní. – Corta la oreja a Malco. – Su caída, su arrepentimiento. Año de J. C. 33.

CAPÍTULO IX. Pedro en el sepulcro del Salvador. – Jesús se le aparece. – En el lago de Tiberíades da tres distintos signos de amor hacia Jesús que lo constituye efectivamente cabeza y pastor supremo de la Iglesia.

CAPÍTULO X. Infallibilidad de San Pedro y de sus sucesores.

CAPÍTULO XI. Jesús predice a S. Pedro la muerte en cruz. – Promete asistencia a la Iglesia hasta el fin del mundo. – Regreso de los Apóstoles al cenáculo. Año de J. C. 33.

CAPÍTULO XII. San Pedro sustituye a Judas. – Venida del Espíritu Santo. – Milagro de las lenguas. Año de Jesucristo 33.

CAPÍTULO XIII. Primer sermón de Pedro. Año de Jesucristo 33.

CAPÍTULO XIV. San Pedro sana a un cojo. – Su segundo sermón. Año de Jesucristo 33.

CAPÍTULO XV. Pedro es encarcelado con Juan y es liberado.

CAPÍTULO XVI. Vida de los primeros Cristianos. – Hecho de Ananías y Safira. – Milagros de San Pedro. Año de Jesucristo 34.

CAPÍTULO XVII. San Pedro de nuevo encarcelado. – Es liberado por un ángel. Año de Jesucristo 34.

CAPÍTULO XVIII. Elección de los siete diáconos. – San Pedro resiste a la persecución de Jerusalén. – Va a Samaria. – Su primer enfrentamiento con Simón Mago. Año de Jesucristo 35.

CAPÍTULO XIX. San Pedro funda la cátedra de Antioquía; regresa a Jerusalén. – Es visitado por San Pablo. Año de Jesucristo 36.

CAPÍTULO XX. San Pedro visita varias Iglesias. – Sana a Enea paralítico. – Resucita a la difunta Tabita. Año de Jesucristo 38.

CAPÍTULO XXI. Dios revela a S. Pedro la vocación de los Gentiles. – Va a Cesarea y bautiza a la familia de Cornelio Centurión. Año de J. C. 39.

CAPÍTULO XXII. Herodes hace decapitar a S. Santiago el Mayor y poner a S. Pedro en prisión. – Pero es liberado por un Ángel. – Muerte de Herodes. Año de J. C. 41.

CAPÍTULO XXIII. Pedro en Roma. – Traslada la cátedra apostólica. – Su primera carta. – Progreso del Evangelio. Año 42 de Jesucristo.

CAPÍTULO XXIV. San Pedro en el concilio de Jerusalén define una cuestión. – San Santiago confirma su juicio. Año de Jesucristo 50.

CAPÍTULO XXV. San Pedro confiere a San Pablo y a San Bernabé la plenitud del Apostolado. – Es avisado por San Pablo. – Regresa a Roma. Año de Jesucristo 54.

CAPÍTULO XXVI. San Pedro hace resucitar a un muerto. Año de Jesucristo 66.

CAPÍTULO XXVII. Vuelo. – Caída. – Muerte desesperada de Simón Mago. Año de Jesucristo 67.

CAPÍTULO XXVIII. Pedro es buscado para muerte. – Jesús se le aparece y le predice inminente el martirio. – Testamento del santo Apóstol.

CAPÍTULO XXIX. San Pedro en prisión convierte a Procópio y Martiniano. – Su martirio. Año de la Era Común 67.

CAPÍTULO XXX. Sepulcro de San Pedro. – Atentado contra su cuerpo.

CAPÍTULO XXXI. Tumba y Basílica de San Pedro en el Vaticano.

APÉNDICE SOBRE LA VENIDA DE S. PEDRO A ROMA

PREFACIO

Cualquiera que deba entrar en un palacio cerrado y tomar posesión del mismo, es necesario que sea ayudado por quien tenga las llaves.

Desafortunado aquel que, encontrándose en una barca en alta mar, no está en las gracias del piloto. La oveja perdida, que está lejos de su pastor, no conoce su voz o no la escucha.

Querido lector; tu morada es el cielo, y debes aspirar a llegar a su posesión. Mientras vives aquí abajo, estás navegando en el azaroso mar del mundo, en peligro de chocar con los escollos, de naufragar y perderte en los abismos del error.

Como una oveja, estás cada día a punto de ser conducido a pastos nocivos, de extraviarte por barrancos y despeñaderos, y de caer incluso en las garras de los lobos rapaces, es decir, en las trampas de los enemigos de tu alma. ¡Ah! Sí, necesitas hacerte propicio a aquel a quien fueron entregadas las llaves del cielo; es necesario que confíes tu vida al gran Piloto de la Nave de Cristo, al Noé del nuevo Testamento; debes unirte al Supremo Pastor de la Iglesia, que solo puede guiarte a los sanos pastos y conducirte a la vida.

Por tanto, el Portero del reino de los Cielos, gran Navegante y Pastor de los hombres es precisamente S. Pedro, príncipe de los Apóstoles, quien ejerce su poder en la persona del Sumo Pontífice su Sucesor. Él todavía abre y cierra, gobierna la Iglesia, guía las almas a la salvación.

No te desanimes, por tanto, piadoso lector, al leer la breve vida que aquí te presento; aprende a conocer quién es, a respetar su suprema autoridad de honor y de jurisdicción; aprende a reconocer la voz amorosa del Pastor y a escucharla. Porque quien está con Pedro, está con Dios, camina en la luz y corre hacia la vida; quien no está con Pedro, está contra Dios, va tambaleándose en las tinieblas y precipita en la perdición. Donde está Pedro, allí está la vida; donde Pedro no está, allí está la muerte.

CAPÍTULO I. Patria y profesión de S. Pedro[1]. – Su hermano Andrés lo conduce a Jesucristo. *Año 29 de Jesucristo*

Pedro era judío de nacimiento y hijo de un pobre pescador llamado Jonás o Juan, que habitaba en una ciudad de Galilea llamada Betsaida. Esta ciudad está situada en la orilla occidental del lago de Genesaret, comúnmente llamado mar de Galilea o de Tiberíades, que en realidad es un vasto lago de doce millas de longitud y seis de ancho.

Antes de que el Salvador le cambiara el nombre, Pedro se llamaba Simón. Él ejercía el oficio de pescador, como su padre; tenía un temperamento robusto, ingenio vivo y alegre; era pronto en responder, pero de corazón bueno y lleno de gratitud hacia quienes lo beneficiaban.

Esta índole vivaz lo llevaba a menudo a los más cálidos transportes de afecto hacia el Salvador, de quien también recibió no dudosos signos de predilección. En ese tiempo, no siendo aún muy conocido el valor de la virginidad, Pedro tomó esposa en la ciudad de Cafarnaúm, capital de Galilea, en la orilla occidental del Jordán, que es un gran río que divide Palestina de norte a sur.

Dado que Tiberíades estaba situada donde el Jordán desemboca en el mar de Galilea, y por lo tanto muy adecuada para la pesca, S. Pedro estableció en esta ciudad su residencia habitual y continuó ejerciendo su oficio habitual. La bondad de su corazón muy dispuesto a la verdad, el empleo inocente de pescador y la asiduidad al trabajo contribuyeron mucho a que él se conservara en el santo temor de Dios.

En ese tiempo, estaba difundido el pensamiento en la mente de todos de que era inminente la venida del Mesías; de hecho, algunos decían que ya había nacido entre los judíos. Lo cual era motivo para que S. Pedro usara la máxima diligencia para enterarse. Tenía un hermano mayor llamado Andrés, quien, cautivado por las maravillas que se contaban sobre S. Juan Bautista, Precursor del Salvador, quiso hacerse su discípulo, yendo a vivir la mayor parte del tiempo con él en un áspero desierto.

La noticia, que se iba confirmando cada día más,

de que ya había nacido el Mesías, hacía que muchos acudieran a S. Juan, creyendo que él mismo era el Redentor. Entre estos estaba S. Andrés, hermano de Simón Pedro. Pero no pasó mucho tiempo antes de que, instruido por Juan, llegara a conocer a Jesucristo y la primera vez que lo oyó hablar fue tal su asombro que corrió inmediatamente a dar la noticia a su hermano.

Apenas lo vio: “Simón,” le dijo, “he encontrado al Mesías; ven conmigo a verlo.”

Simón, que ya había oído contar algo, pero vagamente, partió de inmediato con su hermano y fue allí donde Andrés había dejado a Jesucristo. Pedro, al dar un vistazo al Salvador, se sintió como arrebatado de amor. El divino Maestro, que había concebido altos designios sobre él, lo miró con aire de bondad y, antes de que él hablara, le mostró estar plenamente informado de su nombre, de su nacimiento, de su patria, diciendo: “Tú eres Simón, hijo de Juan, pero en adelante te llamarás Cefas.” Esta palabra significa piedra, de donde derivó el nombre de Pedro. Jesús comunica a Simón que sería llamado Pedro, porque él debía ser esa piedra sobre la cual Jesucristo fundaría su Iglesia, como veremos a lo largo de esta vida.

En este primer coloquio, Pedro reconoció de inmediato que lo que le había contado su hermano era de gran lejos inferior a la realidad y, desde ese momento, se volvió muy afectuoso hacia Jesucristo, ni sabía vivir más lejos de él. El divino Salvador, por otra parte, permitió a este nuevo discípulo regresar a su oficio anterior porque quería predisponerlo poco a poco al total abandono de las cosas terrenas, guiarlo a los más sublimes grados de la virtud y así hacerlo capaz de comprender los otros misterios que le revelaría y hacerlo digno del gran poder con el que lo quería investir.

CAPÍTULO II. Pedro conduce en barco al Salvador – Pesca milagrosa. – Acoge a Jesús en su casa. – Milagros realizados.

Año de Jesucristo 30.

Pedro continuaba, por tanto, ejerciendo su primera profesión; pero cada vez que el tiempo y las ocupaciones se lo permitían, iba con alegría al divino Salvador, para oírlo razonar sobre las verdades de la fe y del reino de los cielos.

Un día, caminando Jesús por la playa del mar de Tiberíades, vio a los dos hermanos Pedro y Andrés en acto de echar sus redes al agua. Llamándolos a sí, les dijo: "Venid conmigo y, de pescadores de peces como sois, os haré pescadores de hombres." Ellos prontamente obedecieron a las señales del Redentor y, abandonando sus redes, se convirtieron en fieles y constantes seguidores de él. No lejos de allí había otra barca de pescadores, en la que se encontraba cierto Zebedeo con dos hijos, Santiago y Juan, que reparaban sus redes. Jesús llamó también a estos dos hermanos. Pedro, Santiago y Juan son los tres discípulos que tuvieron signos de especial benevolencia del Salvador y que, por su parte, se mostraron en cada encuentro fieles y leales.

Mientras tanto, el pueblo, habiendo sabido que el Salvador se encontraba allí, se agolpaba alrededor de él para escuchar su divina palabra. Queriendo satisfacer el deseo de la multitud y al mismo tiempo ofrecer comodidad a todos para poder oírlo, no quiso predicar desde la orilla, sino desde una de las dos naves que estaban cerca de la ribera; y para dar a Pedro un nuevo testimonio de amor eligió su barca. Subió a bordo y, hecho subir también a Pedro, le mandó que se alejara un poco de la orilla y, sentándose, comenzó a instruir a esa devota asamblea. Terminada la prédica, ordenó a Pedro que condujera la nave mar adentro y que echara la red para recoger peces.

Pedro había pasado toda la noche anterior pescando en ese mismo lugar y no había tomado nada; por lo tanto, volviéndose a Jesús: "Maestro," le dijo, "nos hemos fatigado toda la noche pescando y no hemos tomado ni un pez; sin embargo, a tu palabra, echaré la red al mar." Así lo hizo por obediencia y, contra toda expectativa, la pesca fue tan copiosa y la red tan llena de grandes peces que, al intentar

sacarla del agua, estaba a punto de rasgarse. Pedro, no pudiendo solo sostener el gran peso de la red, pidió ayuda a Santiago y Juan, que estaban en la otra nave, y estos vinieron a ayudarlo. De acuerdo y con esfuerzo, sacaron la red, vertieron los peces en las naves, las cuales quedaron ambas tan llenas que amenazaban con hundirse.

Pedro, que comenzaba a vislumbrar algo de lo sobrenatural en la persona del Salvador, reconoció de inmediato que eso era un prodigio y, lleno de asombro, considerándose indigno de estar con él en la misma barca, humillado y confundido, se arrojó a sus pies diciendo: "Señor, soy un miserable pecador, por lo tanto te ruego que te alejes de mí." Casi a decir: "¡Oh! Señor, no soy digno de estar en tu presencia." Admirando, dice San Ambrosio, los dones de Dios, tanto más merecía cuanto menos de sí presumía[2].

Jesús agradó la simplicidad de Pedro y la humildad de su corazón y, queriendo que él abriera el alma a mejores esperanzas, para confortarlo le dijo: "Deja todo temor; de ahora en adelante no serás pescador de peces, sino que serás pescador de hombres." A estas palabras, Pedro tomó valor y, casi transformado en otro hombre, condujo la nave a la orilla, abandonó todo y se hizo compañero indivisible del Redentor.

Así como Jesucristo, hablando, dirigió el camino hacia la ciudad de Cafarnaúm, así Pedro fue con él. Allí entraron ambos en la Sinagoga y el Apóstol escuchó la prédica que aquí hizo el Señor y fue testigo de la milagrosa curación de un endemoniado.

De la Sinagoga, Jesús fue a la casa de Pedro donde su suegra estaba atormentada por una gravísima fiebre. Junto con Andrés, Santiago y Juan, él rogó a Jesús que se complaciera en liberar a esa mujer del mal que la oprimía. El divino Salvador escuchó sus oraciones y, acercándose a la cama de la enferma, la tomó de la mano, la levantó y en ese instante la fiebre desapareció. La mujer se encontró tan perfectamente curada que pudo levantarse de inmediato y preparar el almuerzo para Jesús y toda su comitiva. La fama de tales milagros atrajo a la casa de Pedro a muchos enfermos

junto con una multitud innumerable, de modo que toda la ciudad parecía reunida allí. Jesús devolvió la salud a cuantos eran llevados a él; y todos, llenos de alegría, se marchaban alabando y bendiciendo al Señor.

Los santos Padres en la nave de Pedro reconocen la Iglesia, de la cual es cabeza Jesucristo, en lugar del cual Pedro debía ser el primero en hacer sus veces, y después de él todos los Papas sus sucesores. Las palabras dichas a Pedro: "Conduce la nave mar adentro," y las otras dichas a él y a sus Apóstoles: "Echad vuestras redes para pescar," contienen también un noble significado. A todos los Apóstoles, dice S. Ambrosio, les manda echar las redes en las olas; porque todos los Apóstoles y todos los pastores están obligados a predicar la divina palabra y a custodiar en la nave, o sea en la Iglesia, aquellas almas que se ganarán en su predicación. Solo a Pedro se le ordena conducir la nave mar adentro, porque él, a preferencia de todos, es hecho partícipe de la profundidad de los divinos misterios y solo recibe de Cristo la autoridad de desatar las dificultades que puedan surgir en cosas de fe y de moral. Así, en la venida de los otros apóstoles a su nave, se reconoce la colaboración de los otros pastores, quienes, uniéndose a Pedro, deben ayudarlo a propagar y conservar la fe en el mundo y ganar almas para Cristo[3].

CAPÍTULO III. S. Pedro, cabeza de los Apóstoles, es enviado a predicar. – Camina sobre las olas. – Bella respuesta dada al Salvador. *Año 31 de Jesucristo.*

Partió Jesús de la casa de Pedro, se encaminó hacia la soledad, sobre un monte, para orar. Pedro y los otros discípulos, que en ese momento habían crecido en buen número, lo siguieron; pero, al llegar al lugar establecido, Jesús les ordenó que se detuvieran y, todo solo, se retiró a un lugar apartado. Al amanecer, regresó a los discípulos. En esa ocasión, el divino Maestro eligió a doce discípulos, a quienes dio el nombre de Apóstoles, que significa enviados, ya que los Apóstoles estaban verdaderamente enviados a predicar el Evangelio, por entonces solo en los países de Judea; luego en

todo el mundo. Entre estos doce, destinó a San Pedro a ocupar el primer lugar y a ser el jefe, para que, como dice San Jerónimo, al establecer un superior entre ellos, se eliminara toda ocasión de discordia y cisma. *Ut capite constituto schismatis tolleretur occasio*[\[4\]](#).

Los nuevos predicadores iban con todo celo a anunciar el Evangelio, predicando por todas partes la venida del Mesías y confirmando sus palabras con luminosos milagros. Luego regresaban al divino Maestro, como para rendir cuentas de lo que habían hecho. Él los recibía con bondad y solía entonces ir él mismo a aquel lugar donde los Apóstoles habían predicado. Sucedió un día que las multitudes, llevadas por la admiración y el entusiasmo, querían hacerlo rey; pero él, ordenando a los Apóstoles que hicieran el trayecto a la orilla opuesta del lago, se alejó de aquella buena gente y se fue a esconderse en el desierto. Los Apóstoles, según las órdenes del Maestro, subieron a la barca para cruzar el lago. Ya se avanzaba la noche y estaban a punto de llegar a la orilla, cuando se levantó una tempestad tan terrible que la nave, agitada por las olas y el viento, estaba a punto de hundirse.

En medio de aquella tempestad, no se imaginaban que pudieran ver a Jesucristo, a quien habían dejado en la orilla opuesta del lago. Pero cuál no fue su sorpresa cuando lo vieron a poca distancia caminando sobre las aguas, con paso firme y rápido, y avanzando hacia ellos. Al verlo, todos se asustaron, temiendo que fuera algún espectro o fantasma, y comenzaron a gritar. Entonces Jesús hizo oír su voz y los animó diciendo: «Soy yo, tened fe, no temáis.»

A esas palabras, ninguno de los Apóstoles se atrevió a hablar; solo Pedro, por el ímpetu de su amor hacia Jesús y para asegurarse de que no era una ilusión, dijo: “Señor, si realmente eres tú, manda que yo venga a ti caminando sobre las aguas.” El Divino Salvador dijo que sí; y Pedro, lleno de confianza, saltó fuera de la nave y comenzó a caminar sobre las olas, como se haría sobre un pavimento. Pero Jesús, que

quería probar su fe y hacerla más perfecta, permitió de nuevo que se levantara un viento impetuoso, el cual, agitando las olas, amenazaba con hundir a Pedro. Al ver sus pies hundirse en el agua, se asustó y comenzó a gritar: “Maestro, Maestro, ayúdame, de lo contrario estoy perdido.” Entonces Jesús lo reprendió por la debilidad de su fe con estas palabras: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” Así diciendo, caminaron ambos juntos sobre las olas hasta que, al entrar en la barca, cesó el viento y se calmó la tempestad. En este hecho, los santos Padres ven los peligros en los que a veces se encuentra el Jefe de la Iglesia y la pronta ayuda que le brinda Jesucristo, su Jefe invisible, que permite las persecuciones, pero siempre le da la victoria.

Algún tiempo después, el Divino Salvador regresó a la ciudad de Cafarnaúm con los Apóstoles, seguido de una gran multitud. Mientras se detenía en esta ciudad, muchos se agolpaban a su alrededor, pidiéndole que les enseñara cuáles eran las obras absolutamente necesarias para salvarse. Jesús se dispuso a instruirlos sobre su celeste doctrina, el misterio de su Encarnación, el Sacramento de la Eucaristía. Pero como esas enseñanzas tendían a desarraigar la soberbia del corazón de los hombres, a engendrar en ellos la humildad obligándolos a creer en altísimos misterios y especialmente en el misterio de los misterios, la divina Eucaristía, así sus oyentes, considerando esos discursos demasiado rígidos y severos, se ofendieron y la mayoría lo abandonó.

Jesús, al verse abandonado casi por todos, se dirigió a los Apóstoles y dijo: “¿Veis cómo muchos se van? ¿Queréis también iros vosotros?” A esta repentina interrogación, todos guardaron silencio. Solo Pedro, como jefe y en nombre de todos, respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, hijo de Dios.” San Cirilo reflexiona que esta interrogación fue hecha por Jesucristo con el fin de estimularlos a confesar la verdadera fe, como de hecho ocurrió por boca de Pedro. Qué

diferencia entre la respuesta de nuestro Apóstol y las murmuraciones de ciertos cristianos que encuentran dura y severa la santa ley del Evangelio, porque no se acomoda a sus pasiones (Ciril. in Ioann. lib. 4).

CAPÍTULO IV. Pedro confiesa por segunda vez a Jesucristo como hijo de Dios. – Es constituido jefe de la Iglesia, y se le prometen las llaves del reino de los Cielos. *Año 32 de Jesucristo.*

En varias ocasiones, el divino Salvador había hecho evidentes los planes particulares que tenía sobre la persona de Pedro; pero aún no se había expresado tan claramente, como veremos en el siguiente hecho, que se puede decir el más memorable de la vida de este gran Apóstol. Desde la ciudad de Cafarnaúm, Jesús había ido a los alrededores de Cesárea de Filipo, ciudad no muy distante del río Jordán. Allí un día, después de haber orado, Jesús se volvió de repente a sus discípulos, que habían regresado de la predicación, y haciendo señas para que se acercaran a él, comenzó a interrogarles así: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?” “Algunos dicen,” respondió uno de los Apóstoles, “que tú eres el profeta Elías.” “A mí me han dicho,” añadió otro, “que tú eres el profeta Jeremías, o Juan Bautista, o alguno de los antiguos profetas resucitados.” Pedro no pronunció palabra. Retomó Jesús: “Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Pedro entonces se adelantó y en nombre de los otros Apóstoles respondió: “Tú eres el Cristo, hijo del Dios vivo.” Entonces Jesús: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te lo revelaron los hombres, sino mi Padre que está en los cielos. De ahora en adelante no te llamarás más Simón, sino Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la podrán vencer. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra, será atado también en el cielo, y lo que desates en la tierra, será desatado también en el cielo.[\[5\]](#)”

Este hecho y estas palabras merecen ser un poco explicados, para que sean bien comprendidos. Pedro guardó silencio

mientras Jesús solo demostraba querer saber lo que decían los hombres sobre su persona; cuando luego el divino Salvador invitó a los Apóstoles a expresar su propio sentimiento, inmediatamente Pedro en nombre de todos habló, porque él ya gozaba de una primacía, o sea, superioridad, sobre sus otros compañeros.

Pedro, divinamente inspirado, dice: "Tú eres el Cristo," y era lo mismo que decir: "Tú eres el Mesías prometido por Dios venido a salvar a los hombres; eres hijo del Dios vivo," para significar que Jesucristo no era hijo de Dios como las divinidades de los idólatras, hechas por las manos y el capricho de los hombres, sino hijo del Dios vivo y verdadero, es decir, hijo del Padre eterno, por lo tanto, con Él creador y supremo dueño de todas las cosas; con esto venía a confesarlo como la segunda persona de la Santísima Trinidad. Jesús, casi para compensarlo por su fe, lo llama Bienaventurado, y al mismo tiempo le cambia el nombre de Simón por el de Pedro; claro signo de que quería elevarlo a una gran dignidad. Así había hecho Dios con Abraham, cuando lo estableció padre de todos los creyentes; así con Sara cuando le prometió el prodigioso nacimiento de un hijo; así con Jacob cuando lo llamó Israel y le aseguró que de su descendencia nacería el Mesías.

Jesús dijo: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia;" estas palabras quieren decir: tú, oh Pedro, serás en la Iglesia lo que en una casa es el fundamento. El fundamento es la parte principal de la casa, del todo indispensable; tú, oh Pedro, serás el fundamento, es decir, la suprema autoridad en mi Iglesia. Sobre el fundamento se edifica toda la casa, para que, sosteniéndose, dure firme e inmóvil. Sobre ti, que yo llamo Pedro, como sobre una roca o piedra firmísima, por mi virtud omnipotente yo elevo el eterno edificio de mi Iglesia, la cual, apoyada sobre ti, estará fuerte e invicta contra todos los asaltos de sus enemigos. No hay casa sin fundamento, no hay Iglesia sin Pedro. Una casa sin fundamento no es obra de un arquitecto sabio; una Iglesia separada de Pedro nunca

podrá ser mi Iglesia. En las casas, las partes que no apoyan sobre el fundamento caen y se destruyen; en mi Iglesia, quienquiera que se separe de Pedro precipita en el error y se pierde.

“Las puertas del infierno nunca vencerán mi Iglesia.” Las puertas del infierno, como explican los Santos Padres, significan las herejías, los herejes, las persecuciones, los escándalos públicos y los desórdenes que el demonio intenta suscitar contra la Iglesia. Todas estas potencias infernales podrán, ya sea separadamente o unidas, hacer dura guerra a la Iglesia y perturbar su espíritu pacífico, pero nunca podrán vencerla.

Finalmente dice Cristo: “Y te daré las llaves del reino de los cielos.” Las llaves son el símbolo de la potestad. Cuando el vendedor de una casa entrega las llaves al comprador, se entiende que le da pleno y absoluto posesión. Igualmente, cuando se presentan las llaves de una ciudad a un Rey, se quiere significar que esa ciudad lo reconoce como su señor. Así, las llaves del reino de los cielos, es decir, de la Iglesia, dadas a Pedro, demuestran que él es hecho dueño, príncipe y gobernador de la Iglesia. Por eso Jesucristo añade a Pedro: “Todo lo que ates en la tierra será atado también en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado también en el cielo.” Estas palabras indican manifiestamente la autoridad suprema dada a Pedro; autoridad de atar la conciencia de los hombres con decretos y leyes en orden a su bien espiritual y eterno, y la autoridad de desatarlos de los pecados y de las penas que impiden el mismo bien espiritual y eterno.

Es bueno aquí notar que el verdadero Jefe supremo de la Iglesia es Jesucristo su fundador; San Pedro luego ejerce su suprema autoridad haciendo las funciones, es decir, las veces, de él en la tierra. Jesucristo hizo con Pedro, como precisamente hacen los Reyes de este mundo, cuando dan plenos poderes a algún ministro suyo con orden de que todo deba

depender de él. Así el Rey Faraón dio tal poder a José que nadie podía mover ni mano ni pie sin su permiso[6].

También se debe notar que los otros Apóstoles recibieron de Jesucristo la facultad de desatar y atar[7], pero esta facultad les fue dada después de que San Pedro la había recibido solo, para indicar que él solo era el jefe destinado a conservar la unidad de fe y de moral. Los otros Apóstoles luego, y todos los obispos sus sucesores, debían estar siempre dependientes de Pedro y de los Papas sus sucesores, con el fin de estar unidos a Jesucristo, que desde el cielo asiste a su Vicario y a toda la Iglesia hasta el fin de los siglos. Pedro recibió la facultad de desatar y atar junto con los otros Apóstoles, y así él y sus sucesores son iguales a los Apóstoles y a los Obispos; luego la recibió solo, y por lo tanto Pedro y los Papas sus sucesores son los Jefes supremos de toda la Iglesia; no solo de los simples fieles, sino de todos los Sacerdotes y Obispos. Son obispos y pastores de Roma, y papas y pastores de toda la Iglesia.

Con el hecho que hemos expuesto, el divino Salvador promete querer constituir a San Pedro como jefe supremo de su Iglesia, y le explica la grandeza de su autoridad. Veremos el cumplimiento de esta promesa después de la resurrección de Jesucristo.

CAPÍTULO V. San Pedro disuade al divino Maestro de la pasión.
 – Va con él al monte Tabor. *Año de Jesucristo 32.*

El divino Redentor, después de haber hecho conocer a sus discípulos cómo él edificaba su Iglesia sobre bases estables, inquebrantables y eternas, quiso darles una enseñanza para que comprendieran bien que él no fundaba su reino, es decir, su Iglesia, con riquezas o magnificencia mundana, sino con la humildad, con los sufrimientos. Con este propósito, por lo tanto, manifestó a San Pedro y a todos sus discípulos la larga serie de sufrimientos y la muerte abominable que los judíos debían hacerle sufrir en Jerusalén. Pedro, por el gran amor que sentía hacia su divino Maestro, se horrorizó al oír los

males a los que iba a estar expuesta su sagrada persona, y transportado por el afecto que un tierno hijo tiene por su padre, lo llevó a un lado y comenzó a persuadirlo para que se alejara de Jerusalén para evitar esos males y concluyó: "Lejos de ti, Señor, estos males." Jesús lo reprendió por su afecto demasiado sensible diciéndole: "Apártate de mí, oh adversario, este tu hablar me da escándalo: no sabes aún gustar las cosas de Dios, sino solamente las cosas humanas." "He aquí," dice San Agustín, "el mismo Pedro que poco antes lo había confesado como hijo de Dios, aquí teme que él muera como hijo del hombre."

En el acto en que el Redentor manifestó los maltratos que debía sufrir a manos de los judíos, prometió que algunos de los Apóstoles, antes de que él muriera, disfrutarían de un anticipo de su gloria, y esto para confirmarlos en la fe y para que no se dejaran abatir cuando lo vieran expuesto a las humillaciones de la pasión. Por lo tanto, algunos días después, Jesús eligió a tres Apóstoles: Pedro, Santiago y Juan, y los llevó a un monte llamado comúnmente Tabor. En presencia de estos tres discípulos, Él se transfiguró, es decir, dejó traslucir un rayo de su divinidad alrededor de su sacrosanta persona. En ese mismo momento, una luz resplandeciente lo rodeó y su rostro se volvió similar al resplandor del sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Pedro, al llegar al monte, quizás cansado del viaje, se había puesto a dormir con los otros dos; pero todos en ese momento, despertándose, vieron la gloria de su Divino Maestro. Al mismo tiempo, también aparecieron presentes Moisés y Elías. Al ver resplandeciente al Salvador, a la aparición de esos dos personajes y de ese inusual esplendor, Pedro, atónito, quería hablar y no sabía qué decir; y casi fuera de sí, considerando como nada toda grandeza humana en comparación con ese anticipo del paraíso, sintió arder de deseo de permanecer siempre allí junto a su Maestro. Entonces, dirigiéndose a Jesús, dijo: "Oh Señor, cuán bueno es estar aquí: si así les parece, hagamos aquí tres pabellones, uno para ti, uno para Moisés y otro para Elías." Pedro, como nos atestigua el Evangelio, estaba fuera

de sí y hablaba sin saber lo que decía. Era un arrebatado de amor por su Maestro y un vivo deseo de felicidad. Él aún hablaba cuando, desaparecidos Moisés y Elías, sobrevino una nube maravillosa que envolvió a los tres Apóstoles. En ese momento, del medio de esa nube, se oyó una voz que decía: "Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia, escuchadle." Entonces los tres Apóstoles, cada vez más aterrados, cayeron a tierra como muertos; pero el Redentor, acercándose, los tocó con la mano y, dándoles ánimo, los levantó. Alzando los ojos, no vieron más ni a Moisés ni a Elías; solo estaba Jesús en su estado natural. Jesús les mandó que no manifestaran a nadie esa visión, sino después de su muerte y resurrección[8]. Después de tal hecho, esos tres discípulos crecieron desmesuradamente en amor hacia Jesús. San Juan Damasceno explica por qué Jesús eligió preferentemente a estos tres Apóstoles, y dice que Pedro, habiendo sido el primero en dar testimonio de la divinidad del Salvador, merecía ser también el primero en poder contemplar de manera sensible su humanidad glorificada; Santiago tuvo también tal privilegio porque debía ser el primero en seguir a su Maestro con el martirio; San Juan tenía el mérito virginal que lo hizo digno de este honor[9].

La Iglesia católica celebra el venerable acontecimiento de la transfiguración del Salvador en el monte Tabor el día seis de agosto.

CAPÍTULO VI. Jesús, en presencia de Pedro, resucita a la hija de Jairo. – Paga el tributo por Pedro. – Enseña a sus discípulos en la humildad. *Año de J. C. 32.*

Mientras tanto, se acercaba el tiempo en que la fe de Pedro debía ser puesta a prueba. Por lo tanto, el divino Maestro, para inflamarlo cada vez más de amor por él, a menudo le daba nuevos signos de afecto y bondad. Habiendo Jesús venido a una parte de Palestina llamada tierra de los gerasenos, se le presentó un príncipe de la sinagoga llamado Jairo, pidiéndole que quisiera devolver la vida a su única hija de 12 años, que había muerto poco antes. Jesús quiso escuchar su súplica; pero

al llegar a su casa prohibió a todos entrar, y solo llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan, para que fueran testigos de ese milagro.

Al día siguiente, Jesús, apartándose un poco de los otros discípulos, entraba con Pedro en la ciudad de Cafarnaúm para ir a su casa. A la puerta de la ciudad, los recaudadores, es decir, aquellos que el gobierno había puesto para la recaudación de tributos e impuestos, apartaron a Pedro y le dijeron: "¿Tu Maestro paga el tributo?" "Ciertamente que sí," respondió Pedro. Dicho esto, entró en casa, donde el Señor lo había precedido. Al verlo, el Salvador, a quien todo era manifiesto, lo llamó y le dijo: "Dime, oh Pedro, ¿quiénes son los que pagan el tributo? ¿Son los hijos del rey, o los extraños de la familia real?" Pedro respondió: "Son los extraños." "Entonces," continuó Jesús, "los hijos del rey están exentos de todo tributo." Lo que quería decir: "Por lo tanto, yo que soy, como tú mismo has declarado, el Hijo de Dios vivo, no estoy obligado a pagar nada a los príncipes de la tierra; sin embargo, esta buena gente no me conoce como tú, y podría escandalizarse; por lo tanto, tengo la intención de pagar el tributo. Ve al mar, echa la red, y en la boca del primer pez que pesques encontrarás la moneda para pagar el tributo por mí y por ti." El Apóstol cumplió lo que se le había mandado, y después de un breve intervalo de tiempo regresó lleno de asombro con la moneda que le había indicado el Salvador; y el tributo fue pagado.

Los Santos Padres admiraron dos cosas en este hecho: la humildad y mansedumbre de Jesús, que se somete a las leyes de los hombres, y el honor que se dignó hacer al Apóstol Pedro, igualándolo a sí mismo y mostrándolo abiertamente como su Vicario.

Los otros Apóstoles, al saber la preferencia hecha a Pedro, siendo aún muy imperfectos en virtud, sintieron envidia; por lo tanto, iban entre ellos discutiendo quién de ellos era el mayor. Jesús, que poco a poco quería corregirlos de sus defectos, cuando llegaron a su presencia les hizo conocer cómo las grandezas del cielo son muy diferentes de las de la

tierra, y que aquel que quiere ser primero en el Cielo conviene que se haga último en la tierra. Luego les dijo: “¿Quién es el mayor? ¿Quién es el primero en una familia? ¿Quizás aquel que está sentado, o aquel que sirve a la mesa? Ciertamente, quien está a la mesa. Ahora, ¿qué ven ustedes en mí? ¿Qué personaje he figurado? Ciertamente de un pobre que sirve a la mesa.”

Este aviso debía valer principalmente para Pedro, quien en el mundo debía recibir grandes honores por su dignidad, y sin embargo, conservarse en la humildad y nombrarse siervo de los siervos del Señor, como suelen llamarse los Papas sus sucesores.

CAPÍTULO VII. Pedro habla con Jesús sobre el perdón de las injurias y el desapego de las cosas terrenas. – Se niega a dejarse lavar los pies. – Su amistad con San Juan. *Año de J. C. 33.*

Un día, el divino Salvador se puso a enseñar a los Apóstoles sobre el perdón de las ofensas, y habiendo dicho que se debía soportar cualquier ultraje y perdonar cualquier injuria, Pedro quedó lleno de asombro; pues él estaba prevenido, como todos los judíos, a favor de las tradiciones judaicas, las cuales permitían a la persona ofendida infligir un castigo a los ofensores, llamado la pena del talión. Se dirigió, por lo tanto, a Jesús y dijo: “Maestro, si el enemigo nos hiciera siete veces injuria y siete veces viniera a pedirme perdón, ¿debería perdonarlo siete veces?” Jesús, quien había venido para mitigar los rigores de la antigua ley con la santidad y pureza del Evangelio, respondió a Pedro que “no solamente debía perdonar siete veces, sino setenta veces siete,” expresión que significa que se debe perdonar siempre. Los Santos Padres en este hecho reconocen primordialmente la obligación que cada cristiano tiene de perdonar al prójimo cada afrenta, en todo tiempo y en todo lugar. En segundo lugar, reconocen la facultad dada por Jesús a San Pedro y a todos los sagrados ministros de perdonar los pecados de los hombres, cualquiera que sea su gravedad y número, siempre que

se arrepientan y prometan sincera enmienda.

En otro día, Jesús enseñaba al pueblo, hablando de la gran recompensa que recibirían aquellos que despreciaran el mundo y hicieran buen uso de las riquezas, desapegando sus corazones de los bienes de la tierra. Pedro, que aún no había recibido las luces del Espíritu Santo y que más que los otros necesitaba ser instruido, con su habitual franqueza se dirigió a Jesús y le dijo: "Maestro, nosotros hemos abandonado todas las cosas y te hemos seguido: hemos hecho lo que has mandado; ¿cuál, por lo tanto, será el premio que nos darás?" El Salvador apreció la pregunta de Pedro y, mientras alabó el desapego de los Apóstoles de toda sustancia terrena, aseguró que a ellos les estaba reservado un premio particular, porque, dejando sus bienes, lo habían seguido. "Ustedes," dijo, "que me han seguido, se sentarán en doce tronos majestuosos y, compañeros en mi gloria, juzgarán conmigo las doce tribus de Israel y con ellas toda la humanidad."

No mucho después, Jesús se fue al templo de Jerusalén y comenzó a hablar con Pedro sobre la estructura de ese grandioso edificio y la preciosidad de las piedras que lo adornaban. El divino Salvador tomó entonces la ocasión de predecir su completa ruina diciendo: "De este magnífico templo no quedará piedra sobre piedra." Salió, por lo tanto, Jesús de la ciudad y pasando cerca de una higuera, que había sido maldecida por él, Pedro, maravillado, hizo notar al divino Maestro cómo esa planta ya se había vuelto árida y seca. Era una prueba de la veracidad de las promesas del Salvador. Por lo tanto, Jesús, para alentar a los Apóstoles a tener fe, respondió que en virtud de la fe obtendrían todo lo que pidieran.

La virtud, por otro lado, que Cristo quería profundamente arraigada en el corazón de los Apóstoles y especialmente de Pedro, era la humildad, y de esta en muchas ocasiones les dio luminosos ejemplos, sobre todo la vigilia de su pasión. Era el primer día de la Pascua de los judíos, que debía durar siete días y que suele llamarse de los ázimos. Jesús envió a Pedro y a Juan a Jerusalén diciendo: "Vayan y preparen las cosas

necesarias para la Pascua.” Ellos dijeron: “¿Dónde quieren que las vayamos a preparar?” Jesús respondió: “Al entrar en la ciudad encontrarán a un hombre que lleva una jarra de agua; vayan con él, y él les mostrará un gran cenáculo puesto en orden, y allí preparen lo que sea necesario para esta necesidad.” Así lo hicieron. Llegada la noche de esa noche, que era la última de la vida mortal del Salvador, queriendo Él instituir el Sacramento de la Eucaristía, premió un hecho que demuestra la pureza de alma con la que cada cristiano debe acercarse a este sacramento del divino amor, y al mismo tiempo sirve para frenar la soberbia de los hombres hasta el fin del mundo. Mientras estaba a la mesa con sus discípulos, hacia el final de la cena, el Señor se levantó de la mesa, tomó una toalla, se la ciñó a la cintura y vertió agua en una palangana, mostrando que quería lavar los pies a los Apóstoles, que sentados y maravillados estaban mirando qué quería hacer su Maestro.

Jesús se acercó, por lo tanto, con el agua a Pedro y, arrodillándose ante él, le pide el pie para lavarlo. El buen Pedro, horrorizado de ver al Hijo de Dios en ese acto de pobre servidor, recordando aún que poco antes lo había visto resplandeciente de luz, lleno de vergüenza y casi llorando, dijo: “¿Qué haces, Maestro? ¿qué haces? ¿Tú lavar mis pies? Nunca será: nunca podré permitirlo.” El Salvador le dijo: “Lo que yo hago no lo comprendes ahora, pero lo entenderás después: por lo tanto, cuídate de contradecirme; si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo,” es decir, estarás privado de todo mi bien y desheredado. A estas palabras, el buen Pedro se sintió terriblemente turbado; por un lado, le dolía tener que estar separado de su Maestro, no quería desobedecerlo ni entristecerlo; por otro lado, le parecía que no podía permitirle un servicio tan humilde. Sin embargo, cuando comprendió que el Salvador quería obediencia, dijo: “Oh Señor, ya que así lo quieres, no debo ni quiero resistir a tu voluntad; haz de mí todo lo que mejor te parezca; si no basta con lavarme los pies, lávame también las manos y la cabeza.” El Salvador, después de haber cumplido ese acto de profunda

humildad, se dirigió a sus Apóstoles y les dijo: “¿Han visto lo que he hecho? Si yo, que soy su Maestro y Señor, les he lavado los pies, ustedes deben hacer lo mismo entre ustedes.” Estas palabras significan que un seguidor de Jesucristo nunca debe negarse a ninguna obra, incluso humilde, de caridad, siempre que con ella se promueva el bien del prójimo y la gloria de Dios.

Durante esta cena ocurrió un hecho que concierne de manera particular a San Pedro y San Juan. Ya se ha podido observar cómo el divino Redentor tenía un afecto especial por estos dos Apóstoles; a uno por la sublime dignidad a la que estaba destinado, al otro por la singular pureza de costumbres. Ellos, a su vez, amaban a su Salvador con el amor más intenso, y estaban unidos entre sí por los lazos de una amistad muy especial, de la cual el mismo Redentor mostró complacencia, porque estaba fundada en la virtud.

Mientras, por lo tanto, Jesús estaba a la mesa con sus Apóstoles, a mitad de la cena predijo que uno de ellos lo traicionaría. Ante este aviso, todos se asustaron, y cada uno temiendo por sí mismo, comenzaron a mirarse unos a otros diciendo: “¿Soy yo acaso?” Pedro, siendo más ferviente en el amor hacia su Maestro, deseaba conocer quién era ese traidor; quería interrogar a Jesús, pero hacerlo en secreto, para que ninguno de los presentes se diera cuenta. Entonces, sin pronunciar palabra, hizo un gesto a Juan para que fuera él quien hiciera esa pregunta. Este querido apóstol había tomado lugar cerca de Jesús, y su posición era tal que apoyaba la cabeza sobre su pecho, mientras la cabeza de Pedro se apoyaba sobre la de Juan. Juan complació el deseo de su amigo con tal secreto que ninguno de los Apóstoles pudo entender ni el gesto de Pedro, ni la pregunta de Juan, ni la respuesta de Cristo; ya que nadie en ese momento supo que el traidor era Judas Iscariote, excepto los dos apóstoles privilegiados.

CAPÍTULO VIII. Jesús predice la negación de Pedro y le asegura que no fallará su fe. – Pedro lo sigue en el huerto de Getsemaní. – Corta la oreja a Malco. – Su caída, su

arrepentimiento. *Año de J. C. 33.*

Se acercaba el tiempo de la pasión del Salvador, y la fe de los Apóstoles iba a ser puesta a dura prueba. Después de la última cena, cuando Jesús estaba a punto de salir del cenáculo, se dirigió a sus Apóstoles y les dijo: "Esta noche es muy dolorosa para mí y de gran peligro para todos ustedes: sucederán de mí tales cosas que ustedes quedarán escandalizados, y no les parecerá más verdadero lo que han conocido y que ahora creen de mí. Por eso les digo que esta noche todos me darán la espalda." Pedro, siguiendo su habitual ardor, fue el primero en responder: "¿Cómo? ¿Nosotros todos te daremos la espalda? Aunque todos estos fueran tan débiles como para abandonarte, yo ciertamente nunca lo haré, de hecho, estoy listo para morir contigo." "Ah Simón, Simón," respondió Jesucristo, "he aquí que Satanás ha urdido contra ustedes una terrible tentación, y los tamizará como se hace con el trigo en el tamiz; y tú mismo en esta noche, antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces." Pedro hablaba guiado por un sentimiento cálido de afecto y no consideraba que sin la ayuda divina el hombre cae en deplorables excesos; por lo tanto, renovó las mismas promesas diciendo: "No, ciertamente; puede que todos te nieguen, pero yo nunca." Jesús, que conocía bien que tal presunción de Pedro provenía de un ardor inconsiderado y de una gran ternura hacia él, tuvo compasión y le dijo: "Ciertamente caerás, oh Pedro, como te dije; sin embargo, no te pierdas de ánimo. He orado por ti, para que tu fe no falte; tú, cuando te hayas arrepentido de tu caída, confirma a tus hermanos: *Rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.*" Con estas palabras el divino Salvador prometió una asistencia particular al Cabeza de su Iglesia, para que su fe nunca falte, es decir, que como Maestro universal y en las cosas que conciernen a la religión y la moral, enseñó y enseñará siempre la verdad, aunque en la vida privada pueda caer en culpa, como de hecho ocurrió a San Pedro.

Mientras tanto, Jesucristo, después de aquella memorable Cena

Eucarística, ya avanzada la noche, salió del cenáculo con los once Apóstoles y se dirigió al monte de los Olivos. Al llegar allí, tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y se retiró a una parte de aquel monte llamada Getsemaní, donde solía ir a orar. Jesús se alejó aún de los tres Apóstoles tanto como un tiro de piedra y comenzó a orar. Pero antes, en el acto de separarse de ellos, les advirtió diciendo: "Vigilen y oren, porque la tentación está cerca." Pero Pedro y sus compañeros, tanto por la hora tardía como por el cansancio, se sentaron a descansar y se quedaron dormidos.

Este fue un nuevo fallo de Pedro, quien debía seguir el precepto del Salvador, vigilando y orando. En ese ínterin llegaron las guardias al huerto para capturar a Jesús y llevarlo a prisión. Pedro, al verlos apenas, corrió hacia ellos para alejarlos; y viendo que ofrecían resistencia, tomó la espada que tenía consigo y, asestando un golpe al azar, le cortó la oreja a un sirviente del pontífice Caifás, llamado Malco.

No eran estas las pruebas de fidelidad que Jesús esperaba de Pedro, ni nunca le había enseñado a oponer fuerza a fuerza. Fue esto un efecto de su vivo amor al divino Salvador, pero fuera de propósito; por lo que Jesús dijo a Pedro: "Vuelve a poner la espada en su lugar, porque quien hiere con espada, por espada perecerá." Luego, poniendo en práctica lo que había enseñado tantas veces en sus predicaciones, es decir, hacer el bien a quien nos hace mal, tomó la oreja cortada y con suma bondad la volvió a poner con sus santas manos en el lugar de la herida, de modo que quedó sanada al instante.

Pedro y los otros Apóstoles, viendo inútil toda resistencia y que, además, correrían peligro por sí mismos, dejando de lado las promesas hechas poco antes al Maestro, se dieron a la fuga y abandonaron a Jesús, dejándolo solo en manos de sus verdugos.

Pedro, por otro lado, avergonzándose de su vileza, confundido e indeciso, no sabía a dónde ir ni dónde estar; por lo tanto,

desde lejos siguió a Jesús hasta el atrio del palacio de Caifás, jefe de todos los sacerdotes judíos; y por la recomendación de un conocido, logró también entrar. Jesús estaba allí dentro en poder de los Escribas y los Fariseos, que lo habían acusado ante ese tribunal y buscaban hacerlo condenar con alguna apariencia de justicia.

Apenas entró en aquel lugar, nuestro Apóstol encontró una multitud de guardias que se estaban calentando junto al fuego encendido allí, y se puso también con ellos. A la luz de las llamas, la sirvienta que por gracia lo había dejado entrar, al verlo pensativo y melancólico, sospechó que él era un seguidor de Jesús. "Eh," le dijo, "tú pareces un compañero del Nazareno, ¿no es cierto?" El Apóstol, al verse descubierto ante tanta gente, quedó atónito; y temiendo por sí mismo la prisión, quizás también la muerte, perdido todo coraje, respondió: "Mujer, te equivocas; no soy de los suyos; ni siquiera conozco a ese Jesús de quien hablas." Dicho esto, el gallo cantó por primera vez; y Pedro no prestó atención.

Después de haberse detenido un momento en compañía de aquellas guardias, se fue al vestíbulo. Mientras regresaba junto al fuego, otra sirvienta, señalando a Pedro, también se puso a decir a los presentes: "Este también estaba con Jesús Nazareno." El pobre discípulo, a estas palabras cada vez más asustado, casi fuera de sí, respondió que no lo conocía ni lo había visto jamás. Pedro hablaba así, pero la conciencia lo reprochaba y sentía los más agudos remordimientos; por lo tanto, todo pensativo, con la mirada turbada y paso incierto, estaba, entraba y salía sin saber qué hacer. Pero un abismo conduce a otro abismo.

Después de algunos instantes, un pariente de ese Malco a quien Pedro había cortado la oreja lo vio y, fijándose bien en su rostro, dijo: "Ciertamente este es uno de los compañeros del Galileo. ¡Tú lo eres ciertamente, tu pronunciación te delata! Y, además, ¿no te he visto en el huerto con él, cuando le cortaste la oreja a Malco?" Pedro, viéndose en tan mala situación, no supo encontrar otro escape que jurar y perjurar que no lo conocía. No había aún pronunciado bien la última

sílaba, cuando el gallo cantó por segunda vez.

Cuando el gallo cantó por primera vez, Pedro no había prestado atención; pero esta segunda vez se da cuenta del número de sus negaciones, recuerda la predicción de Jesucristo y la ve cumplida. A este recuerdo se turbó, sintió todo su corazón amargado y, volviendo la mirada hacia el buen Jesús, su mirada se encontró con la de él. Esta mirada de Cristo fue un acto mudo, pero al mismo tiempo un golpe de gracia, que, a modo de dardo agudísimo, fue a herirlo en el corazón, no para darle la muerte, sino para devolverle la vida^[10].

Aquel rasgo de bondad y de misericordia hizo que Pedro, sacudido como por un profundo sueño, sintiera inflarse el corazón y se sintiera impulsado a las lágrimas por el dolor. Para dar libre curso al llanto, salió de aquel lugar desafortunado y fue a llorar su falta, invocando de la divina misericordia el perdón. El Evangelio nos dice solamente que: *et egressus Petrus flevit amare*: Pedro salió y lloró amargamente. De esta caída el santo Apóstol llevó remordimiento toda la vida, y se puede decir que desde aquella hora hasta la muerte no hizo más que llorar su pecado, haciendo una dura penitencia. Se dice que siempre llevaba consigo un pañuelo para secarse las lágrimas; y que cada vez que oía cantar al gallo, se sobresaltaba y temblaba, recordando el doloroso momento de su caída. De hecho, las lágrimas que tenía continuamente le habían hecho dos surcos en las mejillas. ¡Bendito Pedro que tan pronto abandonó la culpa y hizo una penitencia tan larga y dura! ¡Bendito también aquel cristiano que, después de haber tenido la desgracia de seguir a Pedro en la culpa, lo sigue también en el arrepentimiento!

CAPÍTULO IX. Pedro en el sepulcro del Salvador. – Jesús se le aparece. – En el lago de Tiberíades da tres distintos signos de amor hacia Jesús que lo constituye efectivamente cabeza y pastor supremo de la Iglesia.

Mientras el divino Salvador era llevado a los varios Tribunales y luego conducido al Calvario a morir en la Cruz, Pedro no lo perdió de vista, porque deseaba ver dónde iba a

terminar aquel luctuoso espectáculo.

Y aunque el Evangelio no lo diga, hay razones para creer que se encontró en compañía de su amigo Juan a los pies de la cruz. Pero después de la muerte del Salvador, el buen Pedro, todo humillado por la manera indigna con que había correspondido al gran amor de Jesús, pensaba continuamente en él, oprimido por el más amargo dolor y arrepentimiento.

Sin embargo, esta humillación suya era precisamente la que atraía sobre Pedro la benignidad de Jesús. Después de su resurrección, Jesús se apareció primariamente a María Magdalena y a otras piadosas mujeres, porque ellas solas estaban en el sepulcro para embalsamarlo. Después de manifestarse a ellas, añadió: "Vayan de inmediato, refiéranles a mis hermanos y particularmente a Pedro que me han visto vivo." Pedro, que quizás ya se creía olvidado por el Maestro, al sentirse por parte de Jesús anunciarle a él nominativamente la noticia de la resurrección, estalló en un torrente de lágrimas y no pudo contener más la alegría en su corazón.

Transportado por la alegría y el deseo de ver al Maestro resucitado, él, en compañía del amigo Juan, comenzó a correr rápidamente hacia el monte Calvario. Su alma, por otro lado, estaba entonces agitada por dos sentimientos contrarios: por la esperanza de ver a Jesús resucitado y por el temor de que la relación hecha por las piadosas mujeres no fuera más que efecto de su fantasía, porque al principio no comprendían cómo él debía realmente resucitar. Mientras tanto, ambos corrían juntos; pero Juan, siendo más joven y más ágil, llegó al sepulcro antes que Pedro. Sin embargo, no tuvo el valor de entrar y, inclinándose un poco a la entrada, vio las vendas en las que había sido envuelto el cuerpo de Jesús. Poco después llegó también Pedro quien, fuera por la mayor autoridad que sabía que gozaba, fuera porque era de un carácter más resuelto y pronto, sin detenerse en el exterior, entró de inmediato en el sepulcro, lo examinó en todas sus partes buscando y palpando por todas partes, y no vio otra cosa que las vendas y el sudario envuelto a un lado. Siguiendo el ejemplo de Pedro, entró luego también Juan, y ambos coincidieron en que el

cuerpo de Jesús había sido sacado del sepulcro y robado. Pues, aunque deseaban ardientemente que el divino Maestro hubiera resucitado, aún no creían en esta dulcísima verdad. Los dos Apóstoles, después de haber hecho en el sepulcro tales minuciosas observaciones, salieron y regresaron de donde habían partido. Pero en ese mismo día Jesús quiso él mismo visitar a Pedro en persona para consolarlo con su presencia y, lo que es más, se apareció precisamente a Pedro antes que a todos los demás Apóstoles.

En varias ocasiones el divino Salvador se manifestó a sus Apóstoles después de la resurrección para instruirlos y confirmarlos en la fe.

Un día Pedro, Santiago y Juan con algunos otros discípulos, tanto para evitar el ocio como para ganarse algo de comer, fueron a pescar en el lago de Tiberíades. Subieron todos a una barca, la alejaron un poco de la orilla y echaron sus redes. Se fatigaron toda la noche echando las redes ahora de un lado, ahora del otro, pero todo en vano; ya amanecía y nada habían pescado. Entonces apareció el Señor en la orilla, donde, sin hacerse reconocer, como si quisiera comprar algunos peces: *"Hijitos," les dijo, "¿tienen algo de comer?" "Pueri, numquid pulmentarium habetis?"* "No," respondieron; "hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada." Jesús añadió: "Echen la red a la derecha de la barca y pescarán." Fueran movidos por un impulso interior, fuera por seguir el consejo de Aquel que a sus ojos parecía un experto pescador, echaron la red y poco después la encontraron llena de tantos y tan grandes peces que apenas pudieron sacarla. Ante esta pesca inesperada, Juan se volvió hacia aquel que desde la orilla había dado ese consejo y, habiendo reconocido que era Jesús, dijo de inmediato a Pedro: "Es el Señor." Pedro, al oír estas palabras, transportado por el habitual fervor, sin más consideración se lanzó al agua y nadó hasta la orilla para ser el primero en saludar al Divino Maestro. Mientras Pedro se detenía familiarmente con Jesús, se acercaron también los otros Apóstoles arrastrando la red.

Al llegar, encontraron el fuego encendido por la mano misma del Divino Salvador y pan preparado con pescado que se asaba. Los Apóstoles, movidos por el deseo de ver al Señor, dejaron todos los peces en la barca, de donde el Salvador les dijo: "Traigan aquí esos peces que han pescado ahora." Pedro, que en todo era el más pronto y obediente, al oír esa orden, subió de inmediato a la barca y solo sacó a tierra la red llena de 153 grandes peces.

El texto sagrado nos advierte que fue un milagro el no haberse rasgado la red, aunque había tantos peces y de tal tamaño. Los santos Padres ven en este hecho la divina potestad del cabeza de la Iglesia, quien, asistido de manera particular por el Espíritu Santo, guía la mística nave llena de almas para llevarlas a los pies de Jesucristo, que las ha redimido y las espera en el cielo.

Mientras tanto, Jesús había preparado él mismo la comida; e invitando a los Apóstoles a sentarse sobre la arena desnuda, distribuyó a cada uno pan y pescado que había asado. Terminada la comida, Jesucristo se puso de nuevo a conversar con San Pedro y a interrogarlo frente a los compañeros de la siguiente manera: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?" "Sí," respondió Pedro, "ustedes saben que los amo." Jesús le dijo: "Apacienta mis corderos." Luego le preguntó otra vez: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú?" "Señor," replicó Pedro, "ustedes bien saben que los amo." Jesús repitió: "Apacienta mis corderos." El Señor añadió: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú?" Pedro, al verse interrogado tres veces sobre el mismo tema, quedó fuertemente turbado; en ese momento le volvieron a la mente las promesas ya hechas en otra ocasión, y que él había violado, y por lo tanto temía que Jesucristo no viera en su corazón un amor mucho más escaso de lo que a él le parecía tener, y quisiera como predecirle otras negaciones. Por lo tanto, desconfiando de sus propias fuerzas, Pedro con gran humildad respondió: "Señor, ustedes saben todo, y por lo tanto saben que los amo." Estas palabras significaban que Pedro estaba seguro en ese momento de la sinceridad de sus afectos, pero no lo estaba tanto para el futuro. Jesús, que conocía su

deseo de amarlo y la sinceridad de sus afectos, lo consoló diciendo: "Apacienta mis ovejas." Con estas palabras el Hijo de Dios cumplía la promesa hecha a San Pedro de constituirlo príncipe de los Apóstoles y piedra fundamental de la Iglesia. De hecho, los corderos aquí significan todos los fieles cristianos, esparcidos en las diversas partes del mundo, que deben estar sometidos al Cabeza de la Iglesia, así como hacen los corderos a su pastor. Las ovejas, por otro lado, significan a los obispos y otros sagrados ministros, quienes dan sí el pasto de la doctrina de Jesucristo a los fieles cristianos, pero siempre de acuerdo, siempre unidos y sometidos al supremo pastor de la Iglesia, que es el Papa Romano, el Vicario de Jesucristo en la tierra.

Apoyados en estas palabras de Jesucristo, los católicos de todos los tiempos siempre han creído como verdad de fe que San Pedro fue constituido por Jesucristo su Vicario en la tierra y cabeza visible de toda la Iglesia, y que recibió de él la plenitud de autoridad sobre los otros apóstoles y sobre todos los fieles. Esta autoridad pasó a los Papas romanos, sus sucesores. Esto fue definido como dogma de fe en el concilio florentino en el año 1439, con las siguientes palabras: "Nosotros definimos que la santa sede Apostólica y el Papa Romano es el sucesor del príncipe de los Apóstoles, el verdadero Vicario de Cristo y el cabeza de toda la Iglesia, el maestro y padre de todos los cristianos, y que a él en la persona del beato Pedro le fue dado por nuestro Señor Jesucristo pleno poder para apacentar, regir y gobernar la Iglesia Universal."

También notan los santos Padres que el divino Redentor quiso que Pedro dijera tres veces públicamente que lo amaba, casi para reparar el escándalo que había dado al negarlo tres veces.

CAPÍTULO X. Infallibilidad de San Pedro y de sus sucesores.

El divino Salvador dio al Apóstol Pedro el supremo poder en la Iglesia, es decir, el primado de honor y de jurisdicción, que pronto veremos ejercido por él. Pero para que, como cabeza de

la Iglesia, pudiera ejercer convenientemente esta suprema autoridad, Jesucristo lo dotó también de una prerrogativa singular, es decir, de la infalibilidad. Siendo esta una de las verdades más importantes, creo conveniente añadir algo en confirmación y declaración de la doctrina que en todos los tiempos la Iglesia católica ha profesado sobre este dogma.

Primero que todo, es necesario entender qué se entiende por infalibilidad. Por ella se entiende que el Papa, cuando habla ex cathedra, es decir, cumpliendo con la función de Pastor o Maestro de todos los cristianos, y juzga sobre las cosas que conciernen a la fe o a la moral, no puede, por la asistencia divina, caer en error, por lo tanto, ni engañarse ni engañar a los demás. Se debe notar, por lo tanto, que la infalibilidad no se extiende a todas las acciones, a todas las palabras del Papa; no le compete como hombre privado, sino solamente como Cabeza, Pastor, Maestro de la Iglesia, y cuando define alguna doctrina relacionada con la fe o la moral y pretende obligar a todos los fieles. Además, no se debe confundir la infalibilidad con la impecabilidad; de hecho, Jesucristo a Pedro y a sus sucesores les prometió la primera al instruir a los hombres, pero no la segunda, en la cual no quiso privilegiarlos.

Dicho esto, digamos que una de las verdades mejor probadas es precisamente la de la infalibilidad doctrinal, concedida por Dios al Cabeza de la Iglesia. Las palabras de Jesucristo no pueden fallar, porque son palabras de Dios. Ahora, Jesucristo le dijo a Pedro: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los Cielos, y todo lo que ates en la tierra será atado también en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado también en los cielos."

Según estas palabras, las puertas [\[11\]](#), es decir, las potencias infernales, entre las cuales ocupa el primer lugar el error y la mentira, nunca podrán prevalecer ni contra la Piedra, ni contra la Iglesia que sobre ella está fundada. Pero si Pedro,

como Cabeza de la Iglesia, errara en cosas de fe y de moral, sería como si faltara el fundamento. Faltando esto, caería el edificio, es decir, la misma Iglesia, y así el fundamento y la fábrica deberían decirse vencidos y derribados por las puertas infernales. Ahora bien, esto, después de las mencionadas palabras, no es posible, a menos que se quiera blasfemar afirmando que fueron falaces las promesas del divino Fundador: cosa horrible no solo para los católicos, sino para los mismos cismáticos y herejes.

Además, Jesucristo aseguró que sería sancionado en el cielo todo lo que Pedro, como Cabeza de la Iglesia, atara o desatara, aprobara o condenara en la tierra. Por lo tanto, así como en el cielo no puede ser aprobado el error, así se debe necesariamente admitir que el Cabeza de la Iglesia es infalible en sus juicios, en sus decisiones emitidas en calidad de Vicario de Jesucristo, de modo que él, como maestro y juez de todos los fieles, no apruebe ni condene sino aquello que puede ser igualmente aprobado o condenado en el cielo; y esto lleva a la infalibilidad.

La cual se manifiesta aún más en las palabras que Jesucristo dirigió a Pedro cuando le ordenó confirmar en la fe a los otros Apóstoles: "Simón, Simón," le dijo, "mira que Satanás ha pedido zarandearos como se hace con el trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos." Jesucristo, por lo tanto, ora para que la fe del Papa no falte; ahora es imposible que la oración del Hijo de Dios no sea escuchada. Además: Jesucristo ordenó a Pedro que confirmara en la fe a los otros pastores y a estos que lo escucharan; pero si no le hubiera comunicado también la infalibilidad doctrinal, lo habría puesto en peligro de engañarlos y arrastrarlos al abismo del error. ¿Puede creerse que Jesucristo haya querido dejar a la Iglesia y a su Cabeza en tanto peligro?

Finalmente, el divino Redentor, después de su Resurrección, estableció a Pedro como Pastor supremo de su rebaño, es decir, de su Iglesia, confiándole el cuidado de los corderos y las ovejas: "Apacienta mis corderos," le dijo, "apacienta mis

ovejas.” Instruye, enseña a unos y a otros guiándolos a pastos de vida eterna. Pero si Pedro errara en materia de doctrina, ya sea por ignorancia o por malicia, entonces sería como un pastor que conduce a los corderos y las ovejas a pastos envenenados, que en lugar de vida les daría muerte. Ahora, ¿puede suponerse que Jesucristo, quien para salvar a sus ovejitas dio todo de sí mismo, haya querido establecerles un pastor así?

Por lo tanto, según el Evangelio, el Apóstol Pedro tuvo el don de la infalibilidad:

I. Porque es la Piedra fundamental de la Iglesia de Jesucristo;

II. Porque sus juicios deben ser confirmados también en el cielo;

III. Porque Jesucristo oró por su infalibilidad, y su oración no puede fallar;

IV. Porque debe confirmar en la fe, apacentar y gobernar no solo a los simples fieles, sino a los mismos pastores.

Es útil ahora añadir que, junto con la autoridad suprema sobre toda la Iglesia, el don de la infalibilidad pasó de Pedro a sus sucesores, es decir, a los Pontífices Romanos.

También esta es una verdad de fe.

Jesucristo, como hemos visto, dio un poder más amplio y dotó del don de la infalibilidad a San Pedro, con el fin de proveer a la unidad y a la integridad de la fe en sus seguidores.

“Entre doce uno es elegido,” reflexiona el máximo doctor San Jerónimo, “para que, establecido un Cabeza, se quite toda ocasión de cisma: *Inter duodecim unus eligitur, ut, capite constituto, schismatis tolleretur occasio.*[\[12\]](#)” “El primado se confiere a Pedro,” escribió San Cipriano, “para que se demuestre una la Iglesia, y una la cátedra de la verdad.[\[13\]](#)”

Dicho esto, digamos: la necesidad de unidad y de verdad no existía solo en el tiempo de los Apóstoles, sino también en los siglos posteriores; de hecho, esta necesidad se incrementó aún más con la expansión de la propia Iglesia y con la desaparición de los Apóstoles, privilegiados por Jesucristo con dones extraordinarios para la promulgación del Evangelio.

Por lo tanto, según la intención del divino Salvador, la autoridad y la infalibilidad del primer Papa no debían cesar con su muerte, sino transmitirse a otro, de modo que se perpetuaran en la Iglesia.

Esta transmisión aparece clarísima sobre todo en las palabras de Jesucristo a Pedro, con las cuales lo establecía como base, fundamento de la Iglesia. Es manifiesto que el fundamento debe durar tanto como el edificio; siendo imposible esto sin aquel. Pero el edificio, que es la Iglesia, debe durar hasta el fin del mundo, habiendo prometido el mismo Jesús estar con su Iglesia hasta la consumación de los siglos: “Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Por lo tanto, hasta la consumación de los siglos debe durar el fundamento que es Pedro; pero dado que Pedro ha muerto, la autoridad y la infalibilidad deben aún subsistir en alguien más. De hecho, subsisten en sus sucesores en la Sede de Roma, es decir, subsisten en los Pontífices Romanos. Por lo tanto, se puede decir que Pedro vive aún y juzga en sus sucesores. Así, de hecho, se expresaban los legados de la Sede Apostólica, con el aplauso del concilio general de Éfeso en el año 431: “Quien hasta este tiempo, y siempre en sus sucesores, vive y ejerce el juicio.”

Por esta razón, desde los primeros siglos de la Iglesia, al surgir cuestiones religiosas, se recurría a la Iglesia de Roma, y sus decisiones y juicios se consideraban como regla de fe. Basta para toda prueba las palabras de San Ireneo, Obispo de Lyon, muerto mártir en el año 202. “Para confundir,” escribió, “a todos aquellos que, de cualquier manera por vana gloria, por ceguera o por malicia se reúnen en conciliábulos, nos bastará indicarles la tradición y la fe que la mayor y más antigua de todas las iglesias, la Iglesia conocida en todo el mundo, la Iglesia Romana, fundada y constituida por los gloriosísimos Apóstoles Pedro y Pablo, ha anunciado a los hombres y transmitido hasta nosotros por medio de la sucesión de sus obispos. De hecho, a esta Iglesia, a causa de su preeminente primado, debe recurrir toda Iglesia, es decir, todos los fieles de cualquier parte que sean.[\[14\]](#)”

Respecto a la infalibilidad del Papa, algunos herejes, entre los cuales se encuentran los protestantes y los llamados viejos católicos, la niegan diciendo que solo Dios es infalible.

Nosotros no negamos que Dios solo es infalible por naturaleza; pero decimos que él puede conceder el don de la infalibilidad también a un hombre, asistiendo de modo que no se equivoque. Dios solo puede hacer verdaderos milagros; y, sin embargo, sabemos por la misma Sagrada Escritura que muchos hombres los hicieron, y de manera asombrosa. Ellos los operaron no por virtud propia, sino por virtud divina comunicada a ellos. Así, el Papa no es infalible por naturaleza, sino por virtud de Jesucristo que así lo quiso para el bien de la Iglesia.

Por otra parte, los protestantes y sus seguidores, que aún creen en el Evangelio, no deben hacer tanto ruido porque nosotros los católicos consideremos infalible a un hombre, cuando nos hace de supremo y universal maestro; de hecho, ellos aún con nosotros, sin creer que hacen agravio a Dios, consideran infalibles al menos a cuatro, que son los Evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan; de hecho, consideran infalibles a todos los escritores sagrados tanto del Nuevo como del Viejo Testamento. Ahora bien, si se puede, de hecho, se debe, creer en la infalibilidad de aquellos hombres que nos transmitieron por escrito la palabra de Dios, ¿qué puede impedirnos creer en la infalibilidad de otro hombre destinado a conservarla intacta y explicarla en nombre del mismo Dios?

La razón misma nos sugiere que es cosa muy conveniente que Jesucristo concediera el don de la infalibilidad a su Vicario, al Maestro de todos los fieles. ¿Y qué? Si un padre sabio y amoroso tiene hijos que instruir, ¿no es cierto que elige al maestro más docto y más sabio que pueda encontrar? ¿No es cierto también que, si este padre pudiera dar a ese maestro el don de no engañar nunca al hijo ni por ignorancia ni por malicia, se lo comunicaría de corazón? Ahora bien, todos los hombres, especialmente los cristianos, son hijos de Dios; el Papa es su gran Maestro establecido por él. Ahora, Dios podía conferirle el don de no caer nunca en error cuando los

instruye. ¿Quién, por lo tanto, puede razonablemente admitir que este óptimo Padre no haya hecho lo que haríamos nosotros miserables?

En todos los siglos y por todos los verdaderos católicos se ha creído constantemente en la infalibilidad del sucesor de Pedro. Pero en estos últimos tiempos surgieron algunos herejes para impugnarla; de hecho, por la falta de una definición expresa, algunos católicos mal informados también tomaron ocasión de ponerla en duda. Por lo tanto, el 18 de julio de 1870, el Concilio Vaticano, compuesto por más de 700 Obispos presididos por el inmortal Pío IX, para prevenir a los fieles de todo error, definió solemnemente la infalibilidad pontificia como dogma de fe con estas palabras: "Definimos que el Romano Pontífice, cuando habla ex cathedra, es decir, cumpliendo con la función de Pastor y Maestro de todos los cristianos, y por su suprema autoridad apostólica define alguna doctrina de la fe y de la moral que debe ser mantenida por toda la Iglesia, a causa de la asistencia divina prometida a él en la persona del Beato Pedro, goza de la misma infalibilidad con la que el divino Redentor quiso dotar a su Iglesia al definir las doctrinas de la fe y de la moral. Por lo tanto, estas definiciones del Romano Pontífice son por sí mismas, y no por el consenso de la Iglesia, irreformables. Si alguien se atreve a contradecir esta nuestra definición, sea excomulgado."

Después de esta definición, quien niegue la infalibilidad pontificia cometería grave desobediencia a la Iglesia, y si persistiera en su error no pertenecería más a la Iglesia de Jesucristo, y nosotros deberíamos evitarlo como hereje. "Quien no escucha a la Iglesia," dice el Evangelio, "sea para ti como un pagano y un publicano," es decir, excomulgado.

CAPÍTULO XI. Jesús predice a S. Pedro la muerte en cruz. – Promete asistencia a la Iglesia hasta el fin del mundo. – Regreso de los Apóstoles al cenáculo. *Año de J. C. 33.*

Después de que San Pedro comprendió que las repetidas preguntas del Salvador no eran presagio de caída, sino que

eran la confirmación de la alta autoridad que le había prometido, se sintió consolado. Y como Jesús sabía que a Pedro le importaba mucho glorificar a su divino Maestro, quiso predecirle el tipo de suplicio con el que terminaría su vida.

Por lo tanto, inmediatamente después de las tres protestas de amor que le había hecho, comenzó a hablarle así: “En verdad, en verdad te digo, cuando eras más joven te vestías por ti mismo e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, otro, es decir, el verdugo, te ceñirá, es decir, te atará, y tú extenderás las manos y él te llevará a donde no quieres.” Con estas palabras, dice el Evangelio, venía a significar con qué muerte glorificaría Pedro a Dios, es decir, siendo atado a una cruz y coronado con el martirio. Pedro, viendo que Jesús le daba una autoridad suprema y a él solo le precedía el martirio, se mostró ansioso por preguntar qué sería de su amigo Juan y dijo: “¿Y de este qué será?” A lo que Jesús respondió: “¿Qué te importa a ti este? Si yo quisiera que permaneciera hasta mi regreso, ¿a ti qué te importa? Tú haz lo que te digo y sígueme.” Entonces Pedro adoró los decretos del Salvador y no se atrevió a hacer más preguntas al respecto.

Jesucristo apareció muchas veces a San Pedro y a los otros Apóstoles; y un día se manifestó sobre un monte donde estaban presentes más de 500 discípulos. En otra ocasión, después de haberles dado a conocer el supremo y absoluto poder que él tenía en el cielo y en la tierra, confirió a San Pedro y a todos los Apóstoles la facultad de remitir los pecados diciendo: “Como el Padre mío me ha enviado, así yo os envío a vosotros. Recibid el Espíritu Santo: serán remitidos los pecados a quienes los remitiereis, y serán retenidos a quienes los retuviereis. *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* Id, predicad el Evangelio a toda criatura; enseñadles y bautizadles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado. Aún tengo muchas cosas que deciros, que ahora no podéis

sobrellevar. Pero el Espíritu Santo, que enviaré sobre vosotros en pocos días, os enseñará todas las cosas. No os perdáis de ánimo. Seréis llevados ante los tribunales, ante los magistrados y ante los mismos reyes. No os preocupéis por lo que debáis responder; el Espíritu de verdad, que el Padre celestial os enviará en mi nombre, os pondrá las palabras en la boca y os sugerirá todo. Tú, pues, oh Pedro, y todos vosotros, mis Apóstoles, no penséis que os dejo huérfanos; no, estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.*"

Dijo aún muchas cosas a sus Apóstoles; luego, en el cuadragésimo día desde su resurrección, recomendándoles que no salieran de Jerusalén hasta después de la venida del Espíritu Santo, los condujo al monte de los Olivos. Allí los bendijo y comenzó a elevarse en alto. En ese momento apareció una resplandeciente nube que lo rodeó y lo quitó de sus miradas.

Los Apóstoles aún estaban con los ojos dirigidos al cielo, como quien está arrebatado en dulce éxtasis, cuando dos Ángeles en formas humanas, magníficamente vestidos, se acercaron y dijeron: "Hombres de Galilea, ¿por qué estáis aquí mirando al cielo? Ese Jesús, que partiendo ahora de vosotros ha ido al cielo, volverá de la misma manera en que le habéis visto ascender." Dicho esto, desaparecieron; y aquella devota comitiva partió del monte de los Olivos y regresó a Jerusalén para esperar la venida del Espíritu Santo, según el mandato del divino Salvador.

CAPÍTULO XII. San Pedro sustituye a Judas. – Venida del Espíritu Santo. – Milagro de las lenguas. *Año de Jesucristo 33.*

Hasta ahora hemos considerado a Pedro solamente en su vida privada; pero pronto lo veremos recorrer una carrera mucho más gloriosa, después de haber recibido los dones del Espíritu Santo. Ahora observemos cómo comenzó a ejercer la autoridad de Sumo Pontífice, de la que había sido investido por Jesucristo. Después de la ascensión del divino Maestro, San Pedro, los

Apóstoles y muchos otros discípulos se retiraron al cenáculo, que era una vivienda situada en la parte más elevada de Jerusalén, llamada monte Sion. Aquí, en número de aproximadamente 120 personas, con María Madre de Jesús, pasaban los días en oración, esperando la venida del Espíritu Santo.

Un día, mientras estaban ocupados en las sagradas funciones, Pedro se levantó en medio de ellos y, intimando silencio con la mano, dijo: “Hermanos, es necesario que se cumpla lo que el Espíritu Santo predijo por boca del profeta David acerca de Judas, quien fue guía de aquellos que arrestaron al Divino Maestro. Él, al igual que vosotros, había sido elegido para el mismo ministerio; pero prevaricó, y con el precio de sus iniquidades fue comprado un campo; y él se ahorcó, y desgarrándose por medio, derramó las entrañas en la tierra. El hecho se hizo público a todos los habitantes de Jerusalén, y aquel campo recibió el nombre de Aceldama, es decir, campo de sangre. Ahora, de él precisamente fue escrito en el libro de los Salmos: ‘Sea su morada desierta, y no haya quien habite en ella; y en lugar de él, otro le suceda en el episcopado.’[\[15\]](#)’ Por lo tanto, es necesario que entre aquellos que han estado con nosotros todo el tiempo que moró con nosotros Jesucristo, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que, partiendo de nosotros, ascendió al cielo, es necesario, digo, que entre estos se elija uno, que sea con nosotros testigo de su resurrección para la obra a la que somos enviados.”

Todos callaron ante las palabras de Pedro, pues todos lo consideraban como cabeza de la Iglesia y elegido por Jesucristo para hacer sus veces en la tierra. Por lo tanto, fueron presentados dos, es decir, José, llamado también Barsabás (que tenía por sobrenombre el Justo), y Matías. Reconociendo en ambos igual mérito y igual virtud, los sagrados electores dejaron a Dios la elección. Postrados, entonces, comenzaron a orar así: “Vosotros, Señor, que conocéis el corazón de todos, mostradnos cuál de los dos habéis elegido para ocupar el lugar de Judas el traidor.” En ese caso se consideró bien usar con la oración también la

suerte para conocer la voluntad de Dios. En la actualidad, la Iglesia ya no utiliza este medio, teniendo muchísimas otras formas de reconocer a aquellos que son llamados al ministerio del altar. Entonces echaron la suerte y esta cayó sobre Matías, quien fue contado con los otros once Apóstoles, y así llenó el duodécimo puesto que había quedado vacante.

Este es el primer acto de autoridad Pontificia que ejerció San Pedro; autoridad no solo de honor, sino de jurisdicción, tal como la ejercieron en todo tiempo los Papas sus sucesores.

Hemos considerado en Pedro una fe viva, humildad profunda, obediencia pronta, caridad ferviente y generosa; pero estas bellas cualidades estaban aún muy lejos de ponerlo en condiciones de ejercer el alto ministerio al que estaba destinado. Él debía vencer la obstinación de los judíos, destruir la idolatría, convertir a hombres dados a todos los vicios, y establecer en toda la tierra la fe de un Dios Crucificado. La concesión de esta fuerza, de la que Pedro necesitaba para una empresa tan grande, estaba reservada a una gracia especial que debía infundirse mediante los dones del Espíritu Santo, que debía descender sobre él, para iluminarle la mente e inflamarle el corazón con un inaudito prodigio.

Este milagroso acontecimiento es referido por los Libros Sagrados de la siguiente manera: era el día de Pentecostés, es decir, el quincuagésimo después de la resurrección de Jesucristo, el décimo desde que Pedro estaba en el cenáculo en oración con los otros discípulos, cuando de repente a la hora tercera, alrededor de las nueve de la mañana, se oyó en el monte Sion un gran estruendo similar al ruido del trueno acompañado de un viento fuerte. Ese viento invadió la casa donde estaban los discípulos, que fue llenada por todas partes. Mientras cada uno reflexionaba sobre la causa de aquel estruendo, aparecieron llamas que, a manera de lenguas de fuego, se posaban sobre la cabeza de cada uno de los presentes. Eran aquellas llamas símbolo del coraje y de la caridad encendida con la que los Apóstoles darían mano a la predicación del Evangelio.

En ese momento Pedro se convirtió en un hombre nuevo; se encontró iluminado a tal punto que conocía los más altos misterios, y sintió en sí mismo un coraje y una fuerza tales que las más grandes empresas le parecían nada.

En ese día se celebraba en Jerusalén una gran fiesta por parte de los judíos, y muchísimos habían acudido de las más variadas partes del mundo. Algunos de ellos hablaban latín, otros griego, otros egipcio, árabe, siríaco, otros aún persa y así sucesivamente.

Ahora, al ruido del fuerte viento, corrió alrededor del cenáculo una gran multitud de aquella gente de tantas lenguas y naciones, para saber qué había sucedido. A esa vista salieron los Apóstoles y se hicieron a su encuentro para hablar.

Y aquí comenzó a operarse un milagro nunca oído; de hecho, los Apóstoles, humanamente rústicos, de modo que apenas sabían la lengua del país, comenzaron a hablar de las grandezas de Dios en las lenguas de todos aquellos que habían acudido. Un hecho tal llenó de asombro a los oyentes, quienes, sin saber cómo explicárselo, se decían unos a otros: "¿Qué será esto?"

CAPÍTULO XIII. Primer sermón de Pedro. *Año de Jesucristo 33.*

Mientras la mayor parte admiraba la intervención de la potencia divina, no faltaron algunos malignos que, acostumbrados a despreciar todo lo santo, no sabiendo qué más decir, iban llamando a los Apóstoles borrachos. Realmente una tontería ridícula; pues la embriaguez no hace hablar la lengua desconocida, sino que hace olvidar o maltratar la propia lengua. Fue entonces cuando San Pedro, lleno de santo ardor, comenzó a predicar por primera vez a Jesucristo.

En nombre de todos los otros Apóstoles se adelantó ante la multitud, levantó la mano, intimó silencio y comenzó a hablar así: "Hombres judíos y vosotros todos que habitáis en Jerusalén, abrid los oídos a mis palabras y seréis iluminados sobre este hecho. Estos hombres no están en absoluto borrachos como vosotros pensáis, porque estamos apenas a la tercera hora de la mañana, en la que solemos estar en ayuno. Muy distinta

es la causa de lo que veis. Hoy se ha verificado en nosotros la profecía del profeta Joel, quien dijo así: 'Acontecerá en los últimos días, dice el Señor, que derramaré mi Espíritu sobre los hombres; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos sueños. De hecho, en aquellos días derramaré mi espíritu sobre mis siervos y mis siervas, y se convertirán en profetas, y haré prodigios en el cielo y en la tierra. Y acontecerá que todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.'

"Ahora," continuó Pedro, "escuchad, oh hijos de Jacob: ese Señor, en cuyo nombre quien creyere será salvo, es el mismo Jesús Nazareno, aquel gran hombre a quien Dios daba testimonio con una multitud de milagros que realizó, como vosotros mismos habéis visto. Vosotros hicisteis morir a aquel hombre por mano de los impíos y así, sin saberlo, servisteis a los decretos de Dios, que quería salvar al mundo con su muerte. Dios, por otra parte, lo ha resucitado de entre los muertos, como había predicho el profeta David con estas palabras: 'No me dejarás en el sepulcro, ni permitirás que tu santo pruebe la corrupción.'

"Notad," añadió Pedro, "notad, oh judíos, que David no pretendía hablar de sí mismo, porque bien sabéis que él ha muerto y su sepulcro ha permanecido entre nosotros hasta el día de hoy; pero siendo él profeta y sabiendo que Dios le había prometido con juramento que de su descendencia nacería el Mesías, profetizó también su resurrección, diciendo que no sería dejado en el sepulcro y que su cuerpo no probaría la corrupción. Este, por lo tanto, es Jesús Nazareno, que Dios ha resucitado de entre los muertos, de quien nosotros somos testigos. Sí, nosotros le hemos visto volver a la vida, le hemos tocado y hemos comido con él.

"Él, por lo tanto, habiendo sido exaltado por la virtud del Padre en el cielo y habiendo recibido de él la autoridad de enviar el Espíritu Santo, según su promesa, hace poco ha enviado sobre nosotros este divino Espíritu, de cuya virtud veis en nosotros una prueba tan manifiesta. Que luego Jesús

haya ascendido al cielo, lo dice el mismo David con estas palabras: 'El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.' Ahora bien, vosotros sabéis que David no subió al cielo para reinar. Es Jesucristo quien subió al cielo: a él, por lo tanto, y no a David, le fueron apropiadas esas palabras. Sepa, por lo tanto, todo el pueblo de Israel que ese Jesús que habéis crucificado fue constituido por Dios Señor de todas las cosas, rey y Salvador de su pueblo, y nadie puede salvarse sin tener fe en él."

Tal predicación de Pedro debió enardecer los ánimos de sus oyentes, a quienes reprochaba el enorme delito cometido contra la persona del divino Salvador. Pero era Dios quien hablaba por boca de su ministro, y por lo tanto, su predicación produjo efectos maravillosos. Así, agitados como por un fuego interno, efecto de la gracia de Dios, de todas partes iban exclamando con corazón verdaderamente contrito: "¿Qué debemos hacer?" San Pedro, observando que la gracia del Señor operaba en sus corazones y que ya creían en Jesucristo, les dijo: "Haced penitencia y cada uno, en nombre de Jesucristo, reciba el bautismo; así obtendréis la remisión de los pecados y recibiréis el Espíritu Santo."

El Apóstol continuó instruyendo a aquella multitud, animando a todos a confiar en la misericordia y bondad de Dios, que desea la salvación de los hombres. El fruto de este primer sermón correspondió a la ardiente caridad del predicador. Alrededor de 3.000 personas se convirtieron a la fe de Jesucristo y fueron bautizadas por los Apóstoles. Así comenzaban a cumplirse las palabras del Salvador cuando dijo a Pedro que en adelante no sería más pescador de peces, sino pescador de hombres. San Agustín asegura que San Esteban protomártir fue convertido en este sermón.

CAPÍTULO XIV. San Pedro sana a un cojo. – Su segundo sermón. *Año de Jesucristo 33.*

Poco después de esta predicación, a la hora nona, es decir, a las tres de la tarde, Pedro y su amigo Juan, como para

agradecer a Dios por los beneficios recibidos, iban juntos al templo a orar. Al llegar a una puerta del templo llamada «Espléndida» o «Bella», encontraron a un hombre cojo de ambos pies desde su nacimiento. No pudiendo sostenerse, él estaba allí llevado para vivir pidiendo limosna a aquellos que venían al lugar santo. Ese desafortunado, cuando vio a los dos Apóstoles cerca de él, les pidió caridad, como hacía con todos. Pedro, así inspirado por Dios, mirándolo fijamente, le dijo: “Mira hacia nosotros.” Él miraba, y con la esperanza de recibir algo no parpadeaba. Entonces Pedro: “Escucha, oh buen hombre, no tengo ni oro ni plata para darte; lo que tengo te lo doy. En el nombre de Jesús Nazareno, levántate y camina.” Luego lo tomó de la mano para levantarlo, como en casos similares había visto hacer al divino Maestro. En ese momento, el cojo sintió que sus piernas se fortalecían, sus nervios se robustecían y adquiriría fuerzas como cualquier otro hombre más sano. Sintiendo curado, dio un salto, comenzó a caminar y, saltando de alegría y alabando a Dios, entró con los dos Apóstoles en el templo. Toda la gente, que había sido testigo del hecho y veía al cojo caminar por sí mismo, no pudo dejar de reconocer en esa curación un verdadero milagro. El lenguaje de los hechos es más eficaz que el de las palabras. Por eso, la multitud, al saber que había sido San Pedro quien devolvió la salud a ese miserable, se aglomeró en gran número alrededor de él y de Juan, deseando todos admirar con sus propios ojos a quien sabía hacer obras tan asombrosas.

Este es el primer milagro que, después de la Ascensión de Jesucristo, fue realizado por los Apóstoles, y era conveniente que lo hiciera Pedro, ya que él tenía entre todos la primera dignidad en la Iglesia. Pero Pedro, al verse rodeado de tanta gente, consideró una buena ocasión para dar a Dios la gloria debida y glorificar al mismo tiempo a Jesucristo en cuyo nombre se había realizado el prodigio.

“Hijitos de Israel,” les dijo, “¿por qué os maravilláis tanto de este hecho? ¿Por qué tenéis los ojos tan fijos en nosotros, como si por nuestra virtud hubiéramos hecho caminar a este hombre? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de

nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, ese Jesús que vosotros habéis traicionado y negado ante Pilato, cuando él juzgaba liberarlo como inocente. Vosotros, por tanto, habéis tenido la osadía de negar al Santo y al Justo, y habéis solicitado que se liberara de la muerte a Barrabás, ladrón y homicida, y renunciando al Justo, al Santo, y al autor de la vida, lo habéis hecho morir. Pero Dios lo ha resucitado de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello, pues lo hemos visto varias veces, lo hemos tocado y hemos comido con él. Ahora, en virtud de su nombre, por la fe que viene de él, ha sido sanado este cojo que vosotros veis y conocéis; es Jesús quien lo ha devuelto a perfecta salud delante de todos vosotros. Ahora sé bien que vuestro delito y el de vuestros jefes, aunque no tenga excusa suficiente, fue cometido por ignorancia. Pero Dios, que había hecho predecir por sus profetas que el Mesías debía sufrir tales cosas, ha permitido que esto lo verificaseis sin querer, de modo que el decreto de la misericordia de Dios ha tenido su cumplimiento. Volved, por tanto, a vosotros mismos y haced penitencia, para que sean borrados vuestros pecados y así podáis luego presentaros con seguridad de vuestra salvación ante el tribunal de este mismo Jesucristo que yo os he predicado, y de quien todos seremos juzgados.

“Estas cosas,” prosiguió Pedro, “fueron predichas por Dios; creed, por tanto, a sus profetas y entre todos creed a Moisés, que es el mayor de ellos. ¿Qué dice él? ‘El Señor,’ dice Moisés, ‘hará surgir un profeta como yo, y a él creeréis en todo lo que os dirá. Quien no escuche lo que dice este profeta será exterminado de su pueblo.’

“Esto decía Moisés y hablaba de Jesús. Después de Moisés, comenzando desde Samuel, todos los profetas que vinieron predijeron este día y las cosas que han acontecido. Tales cosas y las grandes bendiciones que son predichas pertenecen a vosotros. Vosotros sois los hijos de los profetas, de las promesas y de las alianzas que Dios hizo ya con nuestros padres diciendo a Abraham, que es el tronco de la descendencia

de los justos: 'En ti y en tu simiente serán bendecidas todas las generaciones del mundo.' Él hablaba del Redentor, de ese Jesús Hijo de Dios descendiente de Abraham; ese Jesús que Dios ha resucitado de entre los muertos y que nos manda predicar su palabra antes de predicarla a cualquier otro pueblo, llevándoos por medio nuestro la promesa de bendición, para que os convirtáis de vuestros pecados y tengáis la vida eterna."

A esta segunda predicación de San Pedro siguieron numerosísimas conversiones a la fe. Cinco mil hombres pidieron el bautismo, de modo que el número de convertidos en solo dos predicaciones ascendía ya a ocho mil personas, sin contar a las mujeres y los niños.

CAPÍTULO XV. Pedro es encarcelado con Juan y es liberado.

El enemigo de la humanidad, que veía destruirse su reino, trató de suscitar una persecución contra la Iglesia en su mismo inicio. Mientras Pedro predicaba, llegaron los sacerdotes, los magistrados del templo y los saduceos, quienes negaban la resurrección de los muertos. Estos se mostraban sumamente enfurecidos porque Pedro predicaba al pueblo la resurrección de Jesucristo.

Impacientemente y llenos de cólera interrumpieron la predicación de Pedro, le pusieron las manos encima y lo condujeron junto con Juan a la prisión, con la intención de discutir con uno y otro al día siguiente. Pero temiendo las protestas del pueblo, no les hicieron ningún daño.

Al amanecer, se reunieron todos los principales de la ciudad; es decir, todo el supremo magistrado de la nación se reunió en consejo para juzgar a los dos Apóstoles, como si fueran los más infames y los más formidables hombres del mundo. En medio de esa imponente asamblea fueron introducidos Pedro y Juan, y con ellos el cojo que habían sanado.

Se les hizo, por tanto, solemnemente esta pregunta: "¿Con qué poder y en nombre de quién habéis vosotros sanado a ese cojo?" Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, con un valor verdaderamente digno del jefe de la Iglesia, comenzó a hablar de la siguiente manera:

“Príncipes del pueblo, y vosotros doctores de la ley, escuchad. Si en este día somos acusados y se nos forma un proceso por una obra bien hecha como es la sanación de este enfermo, sabed todos, y lo sepa todo el pueblo de Israel, que este, el cual veis aquí en vuestra presencia sano y salvo, ha obtenido la sanidad en el nombre del Señor Jesús Nazareno; ese mismo que vosotros crucificasteis y que Dios ha hecho resucitar de la muerte a la vida. Esta es la piedra de la construcción que de vosotros fue rechazada y que ahora se ha convertido en la Piedra angular. Nadie puede tener salvación si no es en él, ni hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres fuera de este, en el cual se pueda tener salvación.”

Este hablar franco y resuelto del príncipe de los Apóstoles produjo profunda impresión en el ánimo de todos aquellos que componían la asamblea, de modo que, admirando el valor y la inocencia de Pedro, no sabían a qué partido aferrarse. Querían castigarlos, pero el gran crédito que el milagro realizado poco antes les había hecho adquirir en toda la ciudad hacía temer tristes consecuencias.

Sin embargo, queriendo tomar alguna resolución, hicieron salir a los dos Apóstoles del lugar del consejo y acordaron prohibirles, bajo penas severísimas, que no hablasen nunca más en el futuro de las cosas pasadas, ni nunca más nombrar a Jesús Nazareno, para que se perdiese incluso la memoria de él. Pero está escrito que son inútiles los esfuerzos de los hombres cuando son contrarios a la voluntad de Dios.

Por tanto, conducidos de nuevo los dos Apóstoles en medio del consejo, al oír intimarse esa severa amenaza, lejos de asustarse, con firmeza y constancia mayor que antes, Pedro respondió:

“Ahora, decidid vosotros mismos si la justicia y la razón permiten obedecer más bien a vosotros que a Dios. No podemos dejar de manifestar lo que hemos oído y visto.”

Entonces esos jueces, cada vez más confundidos, sin saber qué responder ni qué hacer, tomaron la resolución de enviarlos por esta vez impunes, prohibiéndoles solamente que no predicaran más a Jesús Nazareno.

Apenas fueron dejados en libertad, Pedro y Juan fueron inmediatamente a encontrar a los otros discípulos, quienes estaban en gran inquietud por su prisión. Cuando luego oyeron el relato de lo que había acontecido, cada uno dio gracias a Dios, pidiéndole que quisiera dar fuerza y virtud para predicar la divina palabra frente a cualquier peligro.

Si los cristianos de hoy en día tuvieran todos el valor de los fieles de los primeros tiempos y, superando todo respeto humano, profesaran intrépidos su fe, ciertamente no se vería tanto desprecio de nuestra santa religión, y quizás muchos que intentan burlarse de la religión y de los sagrados ministros se verían obligados a venerarla junto con sus ministros.

CAPÍTULO XVI. Vida de los primeros Cristianos. – Hecho de Ananías y Safira. – Milagros de San Pedro. *Año de Jesucristo 34.*

Por las predicaciones de San Pedro y por el celo de los otros Apóstoles, el número de fieles había crecido enormemente.

En los días establecidos se reunían juntos para las funciones sagradas. Y la Sagrada Escritura dice precisamente que esos fieles eran perseverantes en la oración, en escuchar la palabra de Dios y en recibir con frecuencia la santa comunión, de modo que entre todos formaban un solo corazón y una sola alma para amar y servir a Dios Creador.

Muchos, por el deseo de desprender completamente el corazón de los bienes de la tierra y pensar únicamente en el cielo, vendían sus propiedades y las llevaban a los pies de los Apóstoles, para que hicieran el uso que mejor creyeran a favor de los pobres. La Sagrada Escritura hace un especial elogio de un cierto José, apodado Bernabé, que fue luego fiel compañero de San Pablo Apóstol. Este vendió un campo que poseía y llevó generosamente el precio entero a los Apóstoles. Muchos, siguiendo su ejemplo, competían para dar muestra de su desapego de las cosas terrenas, de modo que en breve esos fieles formaban una sola familia, de la cual Pedro era el jefe visible. Entre ellos no había pobres, porque los ricos compartían sus bienes con los necesitados.

Sin embargo, incluso en esos tiempos felices hubo algunos fraudulentos, quienes, guiados por un espíritu de hipocresía, intentaron engañar a San Pedro y mentir al Espíritu Santo. Lo cual tuvo las más funestas consecuencias. He aquí cómo el texto sagrado nos expone el terrible acontecimiento.

Ciertamente Ananías con su esposa Safira hicieron a Dios promesa de vender una de sus propiedades y, al igual que los otros fieles, llevar el precio a los Apóstoles para que lo distribuyeran según las diversas necesidades. Ellos cumplieron puntualmente la primera parte de la promesa, pero el amor al oro los condujo a violar la segunda.

Ellos eran dueños de quedarse con el campo o con el precio, pero hecha la promesa estaban obligados a mantenerla, ya que las cosas que se consagran a Dios o a la Iglesia se vuelven sagradas e inviolables.

De acuerdo, por tanto, entre ellos, retuvieron para sí una parte del precio y llevaron la otra a San Pedro con la intención de hacerle creer que esta era la suma total obtenida de la venta. Pedro tuvo especial revelación del engaño y, apenas Ananías apareció ante él, sin darle tiempo a pronunciar palabra, con tono autoritario y grave comenzó a reprocharle así: "¿Por qué te has dejado seducir por el espíritu de Satanás hasta mentir al Espíritu Santo, reteniendo una porción del precio de ese campo tuyo? ¿No era él en tu poder antes de venderlo? Y después de haberlo vendido, ¿no estaba a tu disposición toda la suma obtenida? ¿Por qué, entonces, has concebido este malvado designio? Debes, por tanto, saber que has mentido no a los hombres, sino a Dios." A ese tono de voz, a esas palabras, Ananías, como golpeado por un rayo, cayó muerto al instante.

Apenas pasadas tres horas, también se presentó ante Pedro Safira, sin saber nada del luctuoso final de su marido. El Apóstol usó mayor compasión hacia ella y quiso darle espacio de penitencia interrogándola si esa suma era el entero producto de la venta de ese campo. La mujer, con la misma intrepidez y temeridad que Ananías, con otra mentira confirmó la mentira de su marido. Por lo tanto, reprendida por San

Pedro con el mismo celo y con la misma fuerza, cayó ella también al instante y expiró. Es de esperar que un castigo tan terrible y temporal haya contribuido a hacerles ahorrar el castigo eterno en la otra vida. Una pena tan ejemplar era necesaria para insinuar veneración por el cristianismo a todos aquellos que venían a la fe y procurar respeto al príncipe de los Apóstoles, así como para dar un ejemplo del modo terrible con que Dios castiga al perjuro y al mismo tiempo enseñarnos a ser fieles a las promesas hechas a Dios.

Este hecho, junto con los muchos milagros que Pedro operaba, hizo que se duplicara el fervor entre los fieles y se expandiera la fama de sus virtudes.

Todos los Apóstoles operaban milagros. Un enfermo que hubiera estado en contacto con alguno de los Apóstoles era inmediatamente sanado. San Pedro, además, sobresalía sobre cualquier otro. Era tal la confianza que todos tenían en él y en sus virtudes, que, de todas partes, incluso de países lejanos, venían a Jerusalén para ser testigos de sus milagros. A veces sucedía que él estaba rodeado de tal cantidad de cojos y de tantos enfermos que ya no era posible acercarse a él. Por eso llevaban a los enfermos en camillas a las plazas públicas y a las calles, de modo que, al pasar por allí San Pedro, al menos la sombra de su cuerpo llegara a tocarlos: lo cual era suficiente para hacer sanar toda clase de enfermedades. San Agustín asegura que un muerto, sobre el cual había pasado la sombra de Pedro, resucitó inmediatamente.

Los Santos Padres ven en este hecho el cumplimiento de la promesa del Redentor a sus Apóstoles, diciendo que ellos habrían operado milagros aún mayores que los que él mismo había considerado oportuno realizar durante su vida mortal [\[16\]](#).

CAPÍTULO XVII. San Pedro de nuevo encarcelado. – Es liberado por un ángel. *Año de Jesucristo 34.*

La Iglesia de Jesucristo adquiría nuevos fieles cada día. La multitud de milagros unida a la vida santa de esos primeros cristianos hacía que personas de todos los grados, edades y

condiciones corrieran en masa para pedir el Bautismo y así asegurar su eterna salvación. Pero el príncipe de los sacerdotes y los saduceos se consumían de rabia y celos; y sin saber qué medio usar para impedir la propagación del Evangelio, tomaron a Pedro y a los otros Apóstoles y los encerraron en prisión. Pero Dios, para demostrar una vez más que son vanos los planes de los hombres cuando son contrarios a los deseos del Cielo, y que Él puede hacer lo que quiere y cuando quiere, envió esa misma noche un ángel que, abriendo las puertas de la prisión, los sacó afuera diciéndoles: "En nombre de Dios, vayan y predique con seguridad en el templo, en presencia del pueblo, las palabras de vida eterna. No teman ni los mandatos ni las amenazas de los hombres."

Los Apóstoles, al verse tan prodigiosamente favorecidos y defendidos por Dios, según la orden recibida, muy de mañana se dirigieron al templo a predicar y enseñar al pueblo. El príncipe de los sacerdotes, que deseaba castigar severamente a los Apóstoles, para dar solemnidad al proceso, convocó al Sanedrín, a los ancianos, a los escribas y a todos aquellos que tenían alguna autoridad sobre el pueblo. Luego envió a buscar a los Apóstoles para que fueran conducidos allí desde la prisión.

Los ministros, es decir, los matones, obedecieron las órdenes dadas. Fueron, abrieron la cárcel, entraron y no encontraron alma viva. Regresaron inmediatamente a la asamblea y, llenos de asombro, anunciaron la cosa así: "Hemos encontrado la cárcel cerrada y vigilada con toda diligencia; las guardias mantenían fielmente su puesto, pero, al abrirla, no hemos encontrado a nadie." Al oír esto, no sabían a qué partido aferrarse.

Mientras estaban consultando sobre lo que debían deliberar, llegó uno diciendo: "¿No lo saben? Aquellos hombres que metieron ayer en prisión están ahora en el templo predicando con mayor fervor que antes." Entonces se sintieron más que nunca ardientes de rabia contra los Apóstoles; pero el temor de enemistarse con el pueblo los detuvo, porque correrían el riesgo de ser apedreados.

El prefecto del templo se ofreció a arreglar él mismo tal asunto con el mejor expediente posible. Fue allí donde estaban los predicadores y, con buenas maneras, sin usar ninguna violencia, los invitó a venir con él y los condujo en medio de la asamblea.

El sumo sacerdote, dirigiéndose a ellos, dijo: "Hace apenas algunos días que les hemos prohibido estrictamente hablar de este Jesús Nazareno, y mientras tanto ustedes han llenado la ciudad de esta nueva doctrina. Parece que quieren derramar sobre nosotros la muerte de aquel hombre y hacernos odiar por toda la gente como culpables de esa sangre. ¿Cómo se atreven a hacer esto?"

"Nos parece que hemos hecho muy bien," respondió Pedro también en nombre de los otros Apóstoles, "porque es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. Lo que predicamos es una verdad que Dios nos ha puesto en la boca, y no tememos decírselo a ustedes en esta venerable asamblea." Aquí Pedro repitió lo que otras veces había dicho sobre la vida, pasión y muerte del Salvador; concluyendo siempre que era imposible para ellos callar aquellas cosas que, según las órdenes recibidas de Dios, debían predicar.

A esas palabras de los Apóstoles, pronunciadas con tanta firmeza, no teniendo qué oponer, se consumían de rabia y ya pensaban en hacerlos morir. Pero fueron disuadidos por un tal Gamaliel, que era uno de los doctores de la ley allí reunidos. Este, considerando bien todo, hizo salir por breve tiempo a los Apóstoles, luego, levantándose, dijo en plena asamblea: "Oh israelitas, presten bien atención a lo que están a punto de hacer respecto a estos hombres; porque si esta es obra de hombres, caerá por sí misma, como ocurrió con tantos otros; pero si la obra es de Dios, ¿podrán ustedes impedirla y destruirla, o querrán oponerse a Dios?" Toda la asamblea se aquietó y siguió su consejo.

Hechos, por tanto, de nuevo entrar a los Apóstoles, primero los hicieron azotar; luego les ordenaron que absolutamente no hablasen más de Jesucristo. Pero ellos salieron del concilio llenos de alegría, porque habían sido considerados dignos de

sufrir algo por el nombre de Jesucristo.

CAPÍTULO XVIII. Elección de los siete diáconos. – San Pedro resiste a la persecución de Jerusalén. – Va a Samaria. – Su primer enfrentamiento con Simón Mago. *Año de Jesucristo 35.*

La multitud de fieles que abrazaban la fe ocupaba tanto el celo de los Apóstoles, que ellos, debiendo atender a la predicación de la palabra divina, a la instrucción de los nuevos convertidos, a la oración, a la administración de los sacramentos, no podían ocuparse más de los asuntos temporales. Tal cosa era causa de descontento entre algunos cristianos, casi como si en la distribución de las ayudas fueran tenidos en poca consideración o despreciados. De esto informados San Pedro y los otros Apóstoles, resolvieron poner remedio.

Convocaron, por tanto, una numerosa asamblea de fieles y, haciéndoles entender cómo no debían descuidar las cosas de su sagrado ministerio para ocuparse de los subsidios temporales, propusieron la elección de siete diáconos, quienes, conocidos por su celo y por su virtud, atendieran a la administración de ciertas cosas sagradas, como la administración del Bautismo, de la Eucaristía; y al mismo tiempo tuvieran cuidado de la distribución de las limosnas y de otras cosas materiales.

Todos aprobaron ese propósito; entonces San Pedro y los otros Apóstoles impusieron las manos a los nuevos elegidos y los destinaron cada uno a sus propios oficios. Con la adición de estos siete diáconos, además de haber provisto a las necesidades temporales, también se multiplicaron los obreros evangélicos, y por lo tanto mayores conversiones. De los siete diáconos fue célebre san Esteban, que por su intrepidez al sostener la verdad del Evangelio, fue asesinado por apedreamiento fuera de la ciudad. Él es comúnmente llamado Protomártir, es decir, primer mártir, que después de Jesucristo dio la vida por la fe. La muerte de san Esteban fue el inicio de una gran persecución suscitada por los judíos contra todos los seguidores de Jesucristo, lo cual obligó a los fieles a dispersarse aquí y allá por varias ciudades y en

diferentes países.

Pedro con los otros Apóstoles permaneció en Jerusalén tanto para confirmar a los fieles en la fe, como para mantener viva relación con aquellos que estaban en otros países dispersos. Al fin, para evitar el furor de los judíos, se mantenía escondido, conocido solamente por los seguidores del Evangelio, saliendo, sin embargo, de su secreta morada cuando veía la necesidad. Mientras tanto, un edicto del emperador Tiberio Augusto a favor de los cristianos y la conversión de San Pablo hicieron cesar la persecución. Y fue entonces cuando se conoció cómo la providencia de Dios no permite ningún mal sin sacar de él un bien; pues se sirvió de la persecución para difundir el Evangelio en otros lugares, y se puede decir que cada fiel era un predicador de Jesucristo en todos aquellos países donde iba a refugiarse. Entre aquellos que fueron forzados a huir de Jerusalén, hubo uno de los siete diáconos llamado Felipe.

Él fue a la ciudad de Samaria, donde con la predicación y con los milagros hizo muchas conversiones. Al llegar a Jerusalén la noticia de que un número extraordinario de samaritanos había venido a la fe, los Apóstoles resolvieron enviar allí algunos que administraran el Sacramento de la Confirmación y suplieran a aquellos a quienes los diáconos no tenían la autoridad de administrar. Fueron, por tanto, destinados para esa misión Pedro y Juan: Pedro porque, como cabeza de la Iglesia, recibiera en su seno a esa nación extranjera y uniera a los samaritanos a los judíos; Juan luego como amigo especial de San Pedro y ilustre entre los demás por milagros y santidad.

Había en Samaria un cierto Simón de Gitón, apodado Mago, es decir, hechicero. Este, a fuerza de charlatanerías y encantamientos, había engañado a muchos, presumiéndose de ser algo extraordinario. Afirmando blasfemamente, decía que él era la virtud de Dios, la cual se dice grande. La gente parecía enloquecida por él y le seguía aclamándolo casi como si fuera algo divino. Sintiendo un día presente a la predicación de Felipe, se conmovió, y pidió el Bautismo para operar también

él las maravillas que generalmente los fieles operaban después de haber recibido este Sacramento.

Llegados allí Pedro y Juan se pusieron a administrar el Sacramento de la Confirmación, imponiendo las manos como hacen los Obispos de hoy en día. Simón, viendo que con la imposición de las manos recibían también el don de lenguas y de hacer milagros, pensó que sería para él una gran fortuna si pudiera operar las mismas cosas. Acercándose, pues, a Pedro sacó una bolsa de dinero y se la ofreció pidiéndole que también le concediera el poder de hacer milagros y de dar el Espíritu Santo a aquellos a quienes él impusiera las manos.

San Pedro, vivamente indignado por tal impiedad, y dirigiéndose a él: "Perverso," le dijo, "sea contigo tu dinero para perdición, pues has creído que por dinero se pueden comprar los dones del Espíritu Santo. Apresúrate a hacer penitencia por esta tu maldad y ruega a Dios que te quiera conceder el perdón."

Simón, temiendo que le sucediera a él lo que había ocurrido a Ananías y Safira, todo asustado respondió: "Es verdad: ustedes también oren por mí para que en mí no se verifique tal amenaza." Estas palabras parecen demostrar que él estaba arrepentido, pero no lo estaba: no pidió a los Apóstoles que le imploraran a Dios misericordia, sino que mantuvieran de él lejos el flagelo. Pasado el temor del castigo, volvió a ser el de antes, es decir, mago, seductor, amigo del demonio. Lo veremos en otros enfrentamientos con Pedro.

Los dos Apóstoles Pedro y Juan, cuando hubieron administrado el Sacramento de la Confirmación a los nuevos fieles de Samaria y los hubieron fortalecido en la fe que poco antes habían recibido, dándoles el saludo de paz, partieron de esa ciudad. Pasaron por muchos lugares predicando a Jesucristo, considerando poca toda fatiga siempre que contribuyera a propagar el Evangelio y ganar almas para el cielo.

CAPÍTULO XIX. San Pedro funda la cátedra de Antioquía; regresa a Jerusalén. – Es visitado por San Pablo. *Año de Jesucristo* 36.

San Pedro, regresado de Samaria, permaneció algún tiempo en Jerusalén, luego fue a predicar la gracia del Señor en varios países. Mientras con celo digno del príncipe de los Apóstoles visitaba las iglesias que se iban fundando aquí y allá, se enteró de que Simón Mago de Samaria se había ido a Antioquía para esparcir allí sus imposturas. Él entonces resolvió ir a esa ciudad para disipar los errores de ese enemigo de Dios y de los hombres. Al llegar a esa capital, se puso inmediatamente a predicar el Evangelio con gran celo, y logró convertir tal número de gente a la fe, que los fieles comenzaron allí a ser llamados cristianos, es decir, seguidores de Jesucristo.

Entre los personajes ilustres que por las predicas de San Pedro se convirtieron fue San Evodio. Al primer arribo de Pedro, él lo invitó a su casa, y el santo Apóstol se le aficionó, le procuró la necesaria instrucción y, viéndolo adornado de las necesarias virtudes, lo consagró sacerdote, luego obispo, para que hiciera sus veces en tiempo de su ausencia, y para que le sucediera luego en esa sede episcopal. Cuando Pedro quería dar inicio a la predicación en esa ciudad encontraba grave obstáculo por parte del gobernador, que era un príncipe de nombre Teófilo. Este hizo poner en prisión al santo Apóstol como inventor de una religión contraria a la religión del estado. Quiso, por tanto, venir a disputa sobre las cosas que predicaba, y al oírlo decir que Jesucristo, por amor a los hombres, había muerto en la cruz, dijo: "Este está loco, no hay que escucharlo más." Para que luego fuera considerado como tal, por burla le hizo cortar el cabello por la mitad, dejándole un círculo alrededor de la cabeza como de corona. Lo que entonces se hizo por desprecio, ahora los eclesiásticos lo usan por honor, y se llama clerical o tonsura, que recuerda la corona de espinas puesta sobre la cabeza al Divino Salvador.

Cuando Pedro se vio tratado de tal manera, rogó al gobernador que se dignara escucharlo una vez más. Siendo tal cosa concedida, Pedro le dijo: "Tú, oh Teófilo, te escandalizas por haberme oído decir que el Dios que yo adoro murió en la cruz.

Ya te había dicho que se había hecho hombre, y siendo hombre no debías tanto maravillarte de que él hubiera muerto, pues morir es propio del hombre. Sabe, por otra parte, que él murió en la cruz de su voluntad, porque con su muerte quería dar la vida a todos los hombres haciendo paz entre su Eterno Padre y la humanidad. Pero, así como te digo que él murió, así te aseguro que él resucitó por virtud propia, habiendo antes resucitado a muchos otros muertos.” Teófilo, al oír que había hecho resucitar a los muertos, se aquietó y, con aire de asombro, añadió: “Tú dices que este tu Dios resucitó a los muertos; ahora, si tú en su nombre haces resucitar a un hijo mío, que murió hace algunos días, yo creeré en lo que me predicas.” El Apóstol aceptó la invitación, fue a la tumba del joven y, en presencia de mucho pueblo, hizo una oración y en nombre de Jesucristo lo llamó a la vida[17]. Lo cual fue causa de que el gobernador y toda la ciudad creyeran en Jesucristo.

Teófilo se convirtió en breve en fervoroso cristiano y, en señal de estima y veneración hacia San Pedro, le ofreció su casa para que hiciera de ella el uso que mejor deseara. Ese edificio fue reducido a forma de iglesia, donde se reunía el pueblo para asistir al divino sacrificio y para oír las predicas del santo Apóstol. Al fin, para poderlo escuchar con mayor comodidad y provecho, le levantaron allí una cátedra desde la cual el santo daba las sagradas lecciones.

Es bueno aquí notar que San Pedro durante el espacio de tres años, por cuanto podía, residía en Jerusalén como capital de Palestina, donde los judíos podían más fácilmente tener relación con él. El año trigésimo sexto de Jesucristo, tanto por la persecución de Jerusalén, como para preparar el camino a la conversión de los gentiles, vino a establecer su sede en Antioquía: es decir, estableció la ciudad de Antioquía como su morada ordinaria y como centro de comunión con las otras Iglesias cristianas.

Pedro gobernó esta Iglesia de Antioquía siete años, hasta que, así inspirado por Dios, trasladó su cátedra a Roma, como nosotros contaremos a su tiempo.

El establecimiento de la santa Sede en Antioquía es

particularmente narrado por Eusebio de Cesárea, por San Jerónimo, por San León el Grande y por un gran número de escritores eclesiásticos. La Iglesia católica celebra este acontecimiento con una particular solemnidad el 22 de febrero. Mientras San Pedro de Antioquía se había ido a Jerusalén, recibió una visita que ciertamente le fue de gran consolación. San Pablo, que había sido convertido a la fe con un asombroso milagro, aunque había sido instruido por Jesucristo y por él mismo enviado a predicar el Evangelio, sin embargo, quiso ir a ver a San Pedro para venerar en él al cabeza de la Iglesia y de él recibir aquellos avisos y aquellas instrucciones que fueran oportunas. San Pablo estuvo en Jerusalén con el príncipe de los Apóstoles quince días. El cual tiempo bastó para él, ya que además de las revelaciones recibidas de Jesucristo había pasado su vida en el estudio de las santas Escrituras y después de su conversión se había indefectiblemente ocupado en la meditación y en la predicación de la palabra de Dios.

CAPÍTULO XX. San Pedro visita varias Iglesias. – Sana a Enea paralítico. – Resucita a la difunta Tabita. *Año de Jesucristo 38.*

San Pedro había sido encargado por el divino Salvador de conservar en la fe a todos los cristianos; y como muchas Iglesias se estaban fundando aquí y allá por los Apóstoles, los Diáconos y otros discípulos, así San Pedro, para mantener la unidad de fe y para ejercer la potestad suprema que le había conferido el Salvador, mientras mantenía su residencia habitual en Antioquía, iba a visitar personalmente las iglesias que en ese tiempo ya se habían fundado y se estaban fundando. En ciertos lugares confirmaba a los fieles en la fe, en otros consolaba a aquellos que habían sufrido en la pasada persecución, aquí administraba el sacramento de la Confirmación, y en todas partes ordenaba pastores y obispos, quienes, después de su partida, continuaran cuidando de las iglesias y del rebaño de Jesucristo.

Pasando de una ciudad a otra, llegó a los santos que habitaban

en Lida, ciudad distante aproximadamente veinte millas de Jerusalén. Los cristianos de los primeros tiempos, por la vida virtuosa y mortificada que llevaban, eran llamados santos, y con este nombre deberían poder llamarse los cristianos de hoy en día que, al igual que aquellos, son llamados a la santidad. Al llegar a las puertas de la ciudad de Lida, Pedro encontró a un paralítico llamado Enea. Este estaba afectado por parálisis y completamente inmóvil en sus miembros, y durante ocho años no se había movido de su lecho. Pedro, al verlo, sin ser en absoluto solicitado, se dirigió a él y dijo: "Enea, el Señor Jesucristo te ha sanado; levántate y hazte tu cama." Enea se levantó sano y robusto como si nunca hubiera estado enfermo. Muchos estaban presentes en este milagro, que pronto se divulgó por toda la ciudad y en el país vecino llamado Sarón. Todos esos habitantes, movidos por la bondad divina que de manera sensible daba señales de su infinita potencia, creyeron en Jesucristo y entraron en el seno de la Iglesia.

A poca distancia de Lida había Jope, otra ciudad situada a orillas del mar Mediterráneo. Allí residía una viuda cristiana llamada Tabita, quien, por sus limosnas y por muchas obras de caridad, era universalmente llamada la madre de los pobres. Sucedió en aquellos días que cayó enferma y, tras breve enfermedad, murió, dejando en todos el más vivo dolor. Según el uso de aquellos tiempos, las mujeres lavaron su cadáver y lo colocaron sobre la terraza para darle en su momento sepultura.

Ahora, por la cercanía de Lida, habiéndose esparcido en Jope la noticia del milagro realizado en la sanación de Enea, fueron enviados allí dos hombres a rogar a Pedro que quisiera venir a ver a la difunta Tabita. Al enterarse de la muerte de esa virtuosa discípula de Jesucristo y del deseo de los cristianos de que fuera allí para resucitarla, Pedro partió de inmediato con ellos. Al llegar a Jope, los discípulos lo condujeron a la terraza y, mostrándole el cadáver de Tabita, le contaron las muchas buenas obras de esa santa mujer y le rogaron que quisiera resucitarla.

Los pobres y las viudas, al enterarse de la llegada de Pedro,

corrieron llorando a rogarle que quisiera devolverles a la buena madre. "Mira," dice una, "este vestido fue obra de su caridad"; "esta túnica, los zapatos de ese niño," añadían otras, "son todas cosas donadas por ella." Al ver a tanta gente que lloraba, a tantas obras de caridad que se iban contando, Pedro se conmovió. Se levantó y, volviéndose hacia el cadáver, dijo: "Tabita, te ordeno en nombre de Dios, levántate." Tabita en ese instante abrió los ojos y, al ver a Pedro, se sentó y comenzó a hablar con él. Pedro, tomándola de la mano, la levantó y, llamando a los discípulos, les devolvió a la madre tan ansiada sana y salva. Fue grandísimo el júbilo que se levantó en toda la casa; de todas partes lloraban de alegría, pareciendo a esos buenos cristianos haber recuperado un tesoro en esa sola mujer, que verdaderamente era la consolación de todos. De este hecho aprendan los pobres a ser agradecidos a quienes les ofrecen limosna. Aprendan los ricos lo que significa ser piadosos y generosos con los pobres.

CAPÍTULO XXI. Dios revela a S. Pedro la vocación de los Gentiles. – Va a Cesarea y bautiza a la familia de Cornelio Centurión. *Año de J. C. 39.*

Dios había hecho predecir en varias ocasiones por sus profetas que a la venida del Mesías todas las naciones serían llamadas al conocimiento del verdadero Dios.

El mismo divino Salvador había dado un mandato expreso a sus Apóstoles, diciendo: "Id, enseñad a todas las naciones." Los mismos predicadores del Evangelio ya habían recibido a algunos no judíos en la fe, como habían hecho con el Eunuco de la reina Candace y con Teófilo, gobernador de Antioquía; pero estos eran casos particulares, y los Apóstoles hasta entonces habían predicado casi exclusivamente el Evangelio a los judíos, esperando del Señor un aviso especial de la época en que debían sin excepción recibir en la fe también a los gentiles y paganos. Tal revelación debía ser hecha a San Pedro, cabeza de la Iglesia. He aquí cómo el texto sagrado expone este memorable acontecimiento.

En Cesárea, ciudad de Palestina, habitaba un cierto Cornelio,

centurión, o sea, oficial de una cohorte, cuerpo de 100 soldados, que pertenecía a la legión itálica, así llamada porque estaba compuesta de soldados italianos.

La Sagrada Escritura le hace un elogio diciendo que era un hombre religioso y temeroso de Dios; estas palabras quieren decir que era gentil, pero que había abandonado la idolatría en la que había nacido, adoraba al verdadero Dios, hacía muchas limosnas y oraciones, y vivía religiosamente según el dictamen de la recta razón.

Dios, infinitamente misericordioso, que nunca falta, con su gracia, en venir en ayuda de quien hace lo que puede de su parte, envió un ángel a Cornelio para instruirlo sobre lo que debía hacer. Este buen soldado estaba haciendo oración cuando vio aparecer ante él un ángel bajo la apariencia de un hombre vestido de blanco. "Cornelio," dijo el ángel. Él, lleno de miedo, fijó en él la mirada diciendo: "¿Quién eres tú, oh Señor; qué quieres?" Entonces el ángel: "Dios se ha acordado de tus limosnas; tus oraciones han llegado a su trono; y queriendo satisfacer tus deseos, me ha enviado para indicarte el camino de la salvación. Por lo tanto, manda a Jope y busca a un tal Simón apodado Pedro. Él reside con otro Simón, curtidor de pieles, que tiene la casa cerca del mar. De este Pedro sabrás todo lo que es necesario para salvarte." No tardó Cornelio en obedecer la voz del Cielo y, llamando a sí dos domésticos y un soldado, personas todas que temían a Dios, les contó la visión y ordenó que se fueran inmediatamente a Jope para el fin que le había indicado el ángel.

Partieron ellos al instante y, caminando toda la noche, llegaron a Jope al mediodía del día siguiente, pues la distancia entre estas dos ciudades es de aproximadamente 40 millas. Poco antes de que llegaran, S. Pedro también tuvo una maravillosa revelación, con la cual se le confirmaba que también los gentiles eran llamados a la fe. Cansado de sus fatigas, el santo Apóstol ese día había ido a casa de su anfitrión para descansar y, como de costumbre, se fue primero a una habitación en el piso superior para hacer oración. Mientras oraba, le pareció ver el cielo abierto y del medio

descender hasta la tierra un cierto utensilio a manera de amplio lienzo, que, sostenido en sus cuatro extremos, formaba como un gran vaso lleno de toda clase de animales cuadrúpedos, serpientes y aves, los cuales todos, según la ley de Moisés, eran considerados inmundos; es decir, no podían ser comidos ni ofrecidos a Dios.

Al mismo tiempo oyó una voz que decía: "Levántate, Pedro, mata y come." Atónito el Apóstol ante ese mandato, respondió: "¡De ninguna manera comeré animales inmundos, de los cuales siempre me he abstenido!" La voz añadió: "No lames inmundo a lo que Dios ha purificado." Después de que le fue repetida tres veces la misma visión, ese vaso misterioso se elevó hacia el cielo y desapareció.

Los Santos Padres reconocen figurados en estos animales inmundos a los pecadores y a todos aquellos que, enredados en el vicio y el error, por medio de la sangre de Jesucristo son purificados y recibidos en gracia.

Mientras Pedro estaba meditando qué podría significar esa visión, llegaron los tres mensajeros. En ese momento Dios le hizo conocer y le ordenó descender a encontrarlos, hacerse compañía de ellos e ir con ellos sin ningún temor. Descendió, pues, y al verlos, dijo: "Aquí estoy, yo soy a quien buscáis. ¿Cuál es el motivo de vuestra venida?"

Al oír la visión de Cornelio y la razón de su viaje, comprendió de inmediato el significado de ese misterioso lienzo; por lo tanto, los recibió amablemente y les hizo hospedar con él esa noche. A la mañana siguiente, acompañado de seis discípulos, partió de Jope con los mensajeros y, en número de diez, tomaron el camino hacia Cesárea.

Después de dos días, Pedro, con toda su comitiva, llegó a esa ciudad donde con gran ansiedad lo esperaba el centurión. Este, para honrar más a su huésped, había convocado a sus parientes y amigos, para que también pudieran participar de las celestiales bendiciones que al llegar Pedro esperaba obtener del Cielo. Cuando el buen centurión, según el orden de Dios, envió a llamar a Pedro para entender de él los divinos deseos, debió formarse una gran idea de él, considerándolo un

personaje sublime y no similar a los otros hombres. Por lo tanto, al entrar Pedro en su casa, le salió al encuentro y se arrojó a sus pies en acto de adorarlo. Pedro, lleno de humildad, lo levantó de inmediato, advirtiéndole que él era igual a él un simple hombre. Continuando luego a hablar, entraron en el lugar de la reunión.

Allí, ante la presencia de todos, Pedro contó el orden recibido de Dios de conversar con los gentiles y de no más juzgarlos como abominables y profanos. "Ahora estoy aquí con vosotros," concluyó; "decidme, por tanto, cuál es la razón por la que me habéis llamado." Cornelio obedeció la invitación de Pedro, se levantó y contó lo que le había sucedido cuatro días antes, protestando que él y todos los allí reunidos estaban listos para ejecutar todo lo que, por comisión divina, les hubiera ordenado. Entonces Pedro, explicando el carácter de Apóstol del Señor, depositario fiel de la religión y de la fe, comenzó a instruir en los principales misterios del Evangelio a toda esa honorable asamblea.

Pedro continuaba su discurso cuando el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre Cornelio y sus familiares, y de manera sensible les comunicó el don de lenguas, por lo que comenzaron a magnificar a Dios cantando sus alabanzas. S. Pedro, al ver operar allí casi el mismo prodigio ocurrido en el cenáculo de Jerusalén, exclamó: "¿Hay acaso alguno que pueda impedir que nosotros bauticemos a estos, quienes han recibido el Espíritu Santo al igual que nosotros?" Entonces, dirigiéndose a sus discípulos, ordenó que los bautizaran a todos. La familia de Cornelio fue la primera de Roma y de Italia que abrazó la fe.

S. Pedro, después de haberlos bautizado a todos, retrasó su partida de Cesárea; se detuvo algún tiempo para satisfacer las piadosas instancias de Cornelio y de todos esos nuevos bautizados que de ello le rogaban insistentemente. Pedro aprovechó ese tiempo para predicar el Evangelio en esa ciudad, y tal fue el fruto que resolvió asignar un pastor a esa multitud de fieles. Este fue S. Zaqueo, de quien se habla en

el Evangelio, quien por ello fue consagrado primer obispo de Cesárea[18].

Este hecho, es decir, el haber admitido a la fe a los gentiles, causó cierta celosía entre los fieles de Jerusalén, ni faltaron quienes desaprobaron públicamente lo que había hecho S. Pedro. Por lo cual él consideró bien ir a esa ciudad, para desengañar a los ilusionados y dar a conocer que lo que había operado era por orden de Dios. Al llegar a Jerusalén, algunos se presentaron ante él hablándole audazmente así: “¿Por qué has ido a hombres no circuncidados y has comido con ellos?” Pedro, ante la presencia de todos los fieles reunidos, sin hacer caso de esa interrogación, les dio razón de lo que había hecho, comenzando desde la visión que tuvo en Jope, del vaso lleno de toda clase de animales inmundos, del orden recibido de Dios de alimentarse de ellos, de la repugnancia que mostró a obedecer por temor a contradecir la ley, y de la voz que se hizo oír de nuevo de no más llamar inmundo a lo que había sido purificado por Dios. Luego expuso minuciosamente lo que había ocurrido en casa de Cornelio y cómo, en presencia de muchos, había descendido el Espíritu Santo. Entonces toda esa asamblea, reconociendo la voz del Señor en la de Pedro, se aquietó y alabó a Dios que había extendido los límites de su misericordia.

CAPÍTULO XXII. Herodes hace decapitar a S. Santiago el Mayor y poner a S. Pedro en prisión. – Pero es liberado por un Ángel. – Muerte de Herodes. *Año de J. C. 41.*

Mientras la palabra de Dios, predicada con tanto celo por los Apóstoles y los discípulos, producía frutos de vida eterna entre los Judíos y entre los Gentiles, Judea era gobernada por Herodes Agripa, sobrino de aquel Herodes que había ordenado la matanza de los inocentes. Dominado por un espíritu de ambición y vanagloria, deseaba desesperadamente ganarse el afecto del pueblo. Los Judíos, y especialmente aquellos que estaban en alguna autoridad, supieron aprovechar esta propensión suya para incitarlo a perseguir a la Iglesia y buscar los aplausos de los perversos Judíos en la sangre de los cristianos.

Comenzó haciendo encarcelar al Apóstol San Santiago para luego condenarlo a la horca. Este es San Santiago el Mayor, hermano de San Juan Evangelista, fiel amigo de Pedro, quien tuvo con él muchos signos especiales de benevolencia del Salvador.

Este valiente Apóstol, después de la venida del Espíritu Santo, predicó el Evangelio en Judea; luego (como narra la tradición) fue a España, donde convirtió a algunos a la fe. Regresado a Palestina, entre otros convirtió a un tal Hermógenes, hombre célebre; lo cual disgustó mucho a Herodes, y le sirvió de pretexto para hacerle encarcelar. Llevado ante los tribunales, demostró tal firmeza al responder y confesar a Jesucristo que el juez quedó maravillado. Su mismo acusador, conmovido por tanta constancia, renunció al judaísmo y se declaró públicamente cristiano, y como tal también fue condenado a muerte. Mientras ambos eran conducidos al suplicio, se dirigió a San Santiago y le pidió perdón por lo que había dicho y hecho contra él. El santo Apóstol, dándole una mirada afectuosa, le dijo "*pax tecum*" (la paz sea contigo). Luego lo abrazó y lo besó protestando que de todo corazón lo perdonaba, y que como hermano lo amaba. De aquí se quiere que haya tenido origen el signo de paz y perdón, que suele usarse entre los cristianos y especialmente en el sacrificio de la santa Misa.

Después de esto, esos dos generosos confesores de la fe fueron decapitados, y fueron a unirse eternamente en el Cielo.

Una tal muerte entristeció mucho a los fieles, pero alegró sobremanera a los Judíos, quienes, con la muerte de los jefes de la religión, pensaban poner fin a la religión misma. Herodes, viendo que la muerte de San Santiago había complacido a los Judíos, pensó en proporcionarles un espectáculo más dulce haciendo encarcelar a San Pedro, para luego dejarlo a merced de su ciego furor. Y como corría la semana de los ázimos, que para los Judíos es tiempo de júbilo y preparación para la Pascua, no quiso afligir la alegría pública con el suplicio de un hombre supuestamente culpable. Cargado, por

tanto, de cadenas, lo hizo conducir en medio de dos guardianes y ordenó que fuera custodiado con toda cautela dentro de una oscura prisión hasta el término de esa solemnidad. Luego dio orden rigurosa de que fueran puestos a guardia dieciséis soldados, quienes noche y día vigilaran alternativamente la custodia de la prisión de hierro que se abría a un callejón de la ciudad. Ciertamente sabía ese rey cómo Pedro ya había sido encarcelado otras veces y había salido de manera completamente maravillosa, y no quería que le sucediera de nuevo algo similar. Pero todas estas precauciones, puertas de hierro, cadenas, guardianes y centinelas no sirvieron de nada más que para dar mayor realce a la obra de Dios.

Como el arma más poderosa que el Salvador dejó a los cristianos es la oración, así los fieles, privados de su común padre y pastor, se reunieron juntos llorando la prisión de San Pedro y ofreciendo continuamente oraciones a Dios, para que lo liberara del inminente peligro. Aunque estas oraciones eran ferventísimas, no obstante, agradó al Señor ejercitar por algunos días su fe y paciencia para dar a conocer aún más los efectos de la omnipotencia divina.

Ya era la noche anterior al día fijado para la muerte de Pedro. Él estaba completamente resignado a las disposiciones divinas, igualmente preparado para vivir o morir por la gloria de su Señor; por lo tanto, en la oscuridad de esa horrible prisión, permanecía con la mayor tranquilidad de su alma. Pedro dormía, pero por él velaba Aquel que ha prometido asistir a su Iglesia. Era medianoche y todo estaba en profundo silencio, cuando de repente una luz resplandeciente iluminó toda esa cárcel. Y he aquí que un ángel enviado por Dios sacude a Pedro, lo despierta diciéndole: "Pronto, levántate." A tales palabras ambas cadenas se soltaron y le cayeron de las manos. Entonces el ángel continuó: "Póntelo todo, y los calzados en los pies." San Pedro hizo todo, y el ángel prosiguió diciéndole: "Póntete también el manto sobre los hombros y sígueme." Pedro obedeció; pero le parecía que todo era un sueño y que él estaba fuera de sí. Mientras tanto, las puertas de la prisión estaban abiertas, él salía siguiendo al

ángel que iba delante de él. Pasadas las primeras y las segundas guardias, sin que dieran el mínimo signo de verlos, llegaron a la puerta de hierro de enorme grosor, que, saliendo del edificio de las cárceles, daba acceso a la ciudad. Esa puerta se abrió por sí misma. Salidos, caminaron un poco juntos hasta que el ángel desapareció. Entonces Pedro, reflexionando sobre sí mismo: "Ahora," dijo, "me doy cuenta de que el Señor ha verdaderamente enviado su ángel para liberarme de las manos de Herodes y del juicio que los Judíos esperaban que él hiciera de mí." Considerado luego bien el lugar donde estaba, fue directamente a la casa de una cierta María, madre de Juan, apodado Marcos, donde muchos fieles estaban reunidos en oración suplicando a Dios que se dignara venir en auxilio del jefe de su Iglesia.

Al llegar San Pedro a esa casa, se puso a golpear la puerta. Una muchacha, de nombre Rosa, fue a ver quién era. "¿Quién está ahí?" dijo ella. Y Pedro: "Soy yo, abre." La muchacha, reconociendo bien la voz, casi fuera de sí por la alegría, no se preocupó más por abrir la puerta y, dejándolo afuera, corrió a dar aviso a los dueños. "¿No saben? Es Pedro." Pero ellos dijeron: "Estás loca, Pedro está en prisión y no puede estar aquí a esta hora." Pero ella continuaba afirmando que era verdaderamente él. Entonces ellos añadieron: "Quien has visto o escuchado será quizás su ángel, que en su forma ha venido a darnos alguna noticia." Mientras estos discutían con la muchacha, Pedro continuaba golpeando más fuerte diciendo: "¡Eh, abran!" Esto los impulsó a correr rápidamente a abrir, y se dieron cuenta de que era verdaderamente Pedro.

A todos les parecía un sueño, y cada uno pensaba ver a un muerto resucitado. Algunos preguntaban quién lo había liberado, otros cuándo, algunos estaban impacientes por saber si se había obrado algún prodigio.

Entonces Pedro, para satisfacer a todos, hizo señas con la mano para que guardaran silencio, y contó por orden lo que había sucedido con el ángel y cómo lo había liberado de la prisión. Todos lloraban de ternura y, alabando a Dios, le agradecían el favor que les había hecho.

Pedro, no considerando más segura su vida en Jerusalén, dijo a esos discípulos: "Vayan y refiéranle estas cosas a Santiago (el Menor, obispo de Jerusalén) y a los otros hermanos, y libérenlos de la preocupación en que se encuentran a causa de mí. En cuanto a mí, considero oportuno partir de esta ciudad e irme a otro lugar."

Cuando se esparció la noticia de que Dios había salvado de manera tan prodigiosa al jefe de la Iglesia, todos los fieles se sintieron vivamente consolados.

La Iglesia católica celebra la memoria de este glorioso acontecimiento el primero de agosto bajo el título de Fiesta de San Pietro in Vincula.

Pero, ¿qué fue de Herodes y de sus guardias? Cuando amaneció, las guardias que no habían oído ni visto nada, fueron por la mañana a visitar la prisión; cuando luego no encontraron más a Pedro, quedaron llenos de profundo asombro. La cosa fue inmediatamente referida a Herodes, quien ordenó buscar a San Pedro, pero no le fue posible encontrarlo. Entonces, indignado, hizo procesar a los soldados y los condenó a muerte, quizás por sospecha de negligencia o infidelidad, habiendo encontrado abiertas todas las puertas de la prisión. Pero el infeliz Herodes no tardó mucho en pagar el precio de las injusticias y de los tormentos infligidos a los seguidores de Jesucristo. Por algunos asuntos políticos había ido de Jerusalén a la ciudad de Cesárea, y mientras disfrutaba de los aplausos con los que el pueblo locamente lo adulaba, llamándolo Dios, en ese mismo instante fue golpeado por un ángel del Señor; fue llevado fuera de la plaza y, entre indescriptibles dolores, devorado por los gusanos, expiró.

Este hecho demuestra con cuánta solicitud Dios viene en ayuda de sus siervos fieles, y da un terrible aviso a los malvados. Estos deben temer grandemente la mano de Dios, que severamente castiga incluso en esta vida a aquellos que desprecian la religión, ya sea en las cosas sagradas o en la persona de sus ministros.

CAPÍTULO XXIII. Pedro en Roma. – Traslada la cátedra apostólica. – Su primera carta. – Progreso del Evangelio. *Año 42 de Jesucristo.*

El Apóstol San Pedro, después de huir de Jerusalén siguiendo los impulsos del Espíritu Santo, decidió trasladar la Santa Sede a Roma. Por lo tanto, después de haber tenido su cátedra en Antioquía durante siete años, partió rumbo a Roma. En su viaje predicó a Jesucristo en el Ponto y en Bitinia, que son dos vastas provincias de Asia Menor. Continuando su viaje, predicó el santo Evangelio en Sicilia y en Nápoles, dando a esta ciudad como obispo a San Aspreno. Finalmente llegó a Roma en el año cuarenta y dos de Jesucristo, mientras reinaba un emperador de nombre Claudio.

Pedro encontró esa ciudad en un estado verdaderamente deplorable. Era, dice San León, un inmenso mar de iniquidad, una cloaca de todos los vicios, un bosque de bestias frenéticas. Las calles, las plazas estaban sembradas de estatuas de bronce y de piedra adoradas como dioses, y ante esos horribles simulacros se quemaban inciensos y se hacían sacrificios. El mismo demonio era honrado con nefandas inmundicias; las acciones más vergonzosas eran consideradas actos de virtud. Se añadían las leyes que prohibían toda nueva religión. Los sacerdotes idólatras y los filósofos eran también graves obstáculos. Además, se trataba de predicar una religión que desaprobaba el culto de todos los dioses, condenaba toda clase de vicios y ordenaba las más sublimes virtudes.

Todas estas dificultades, en lugar de detener el celo del Príncipe de los Apóstoles, lo encendieron aún más en el deseo de liberar a esa miserable ciudad de las tinieblas de la muerte. San Pedro, por lo tanto, apoyado en la única ayuda del Señor, entró en Roma para formar de la metrópoli del imperio la primera sede del sacerdocio, el centro del Cristianismo.

La fama, por otra parte, de las virtudes y los milagros de Jesucristo ya había llegado allí. Pilato había enviado relación al emperador Tiberio, quien, conmovido al leer la santa vida y muerte del Salvador, había decidido incluirlo

entre los dioses romanos. Pero el Señor del cielo y de la tierra no quiso ser confundido con las estúpidas divinidades de los paganos; y dispuso que el senado romano rechazara la propuesta de Tiberio como opuesta a las leyes del imperio[19]. Pedro comenzó a predicar el Evangelio a los Judíos que habitaban entonces en Trastevere, es decir, en una parte de la ciudad de Roma situada al otro lado del Tíber. De la sinagoga de los Judíos pasó a predicar a los Gentiles, quienes con un verdadero gozo corrían ansiosos por recibir el Bautismo. Su número se volvió tan grande, y su fe tan viva, que San Pablo poco después tuvo que consolarse con los Romanos escribiendo estas palabras: “Vuestra fe es anunciada”, es decir, hace hablar de sí misma, extiende su fama por todo el mundo[20]. Ni solamente sobre el bajo pueblo caían las bendiciones del cielo, sino también sobre personas de primera nobleza. Se veían hombres elevados a los primeros cargos de Roma abandonar el culto de los falsos dioses para ponerse bajo el suave yugo de Jesucristo. Eusebio, obispo de Cesarea, dice que los razonamientos de Pedro eran tan robustos y se insinuaban con tanta dulzura en los ánimos de los oyentes, que se convertía en dueño de sus afectos y todos quedaban como encantados por las palabras de vida que salían de su boca y no se saciaban de escucharlo. Así de grande era el número de aquellos que pedían el Bautismo, que Pedro, ayudado por otros compañeros, lo administraba a las orillas del Tíber, de la misma manera en que San Juan Bautista lo había administrado a las del Jordán[21].

Al llegar a Roma, Pedro habitó en el suburbio llamado Trastevere, a poca distancia del lugar donde fue luego edificada la Iglesia de Santa Cecilia. De aquí nació la especial veneración que los Trasteverinos aún conservan hacia la persona del Sumo Pontífice. Entre los primeros en recibir la fe hubo un senador de nombre Pudente, que había ocupado los más altos cargos del Estado. Él dio en su casa hospitalidad al Príncipe de los Apóstoles, y él aprovechaba para celebrar los divinos Misterios, administrar a los fieles la Santa Eucaristía y explicar las verdades de la fe a aquellos que

venían a escucharlo. Esa casa fue pronto transformada en un templo consagrado a Dios bajo el título del Pastor; es el templo cristiano más antiguo de Roma, y se cree que es el mismo que actualmente se llama de San Pudenciana. Casi contemporáneamente fue fundada otra Iglesia por el mismo Apóstol, que se dice que es la que hoy en día se llama San Pietro in Vincoli.

San Pedro, viendo cómo Roma estaba tan bien dispuesta a recibir la luz del Evangelio, y al mismo tiempo un lugar muy adecuado para tener relación con todos los países del mundo, estableció su cátedra en Roma, es decir, estableció que Roma fuera el centro y lugar de su especial morada, donde de las diversas naciones cristianas pudieran y debieran recurrir en las dudas de religión y en sus diversas necesidades espirituales. La Iglesia católica celebra la fiesta del establecimiento de la cátedra de San Pedro en Roma el 18 de enero.

Es necesario aquí recordar bien que por sede o cátedra de San Pedro no se entiende la silla material, sino que se entiende el ejercicio de esa suprema autoridad que él había recibido de Jesucristo, especialmente cuando le dijo que cuanto él atara o desatara sobre la tierra, también sería atado o desatado en el cielo. Se entiende el ejercicio de esa autoridad conferida por Jesucristo para apacentar el rebaño universal de los fieles, sostener y conservar a los otros pastores en la unidad de fe y doctrina como siempre han hecho los sumos pontífices desde San Pedro hasta el reinante León XIII.

Con tal que las ocupaciones que San Pedro tenía en Roma no le permitían más poder ir a visitar las iglesias que en varios países había fundado, escribió una larga y sublime carta dirigida especialmente a los cristianos que habitaban en el Ponto, en Galacia, en Bitinia y en Capadocia, que son provincias de Asia Menor. Él, como padre amoroso, dirige el discurso a sus hijos para animarlos a ser constantes en la fe que les había predicado y les advierte especialmente que se cuiden de los errores que los herejes, desde esos tiempos, iban esparciendo contra la doctrina de Jesucristo.

Concluye luego esta carta con las siguientes palabras: "Ustedes, oh ancianos, es decir, obispos y sacerdotes, les ruego que pastoreen el rebaño de Dios, que de ustedes depende, gobernándolo no forzosamente, sino de buena voluntad; no por amor a vil ganancia, sino con ánimo voluntarioso y haciéndose modelo de su rebaño. Ustedes, oh jóvenes, ustedes todos, oh cristianos, sean sujetos a los sacerdotes con verdadera humildad, porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Sean templados y velen porque el demonio, su enemigo, como león que ruga, va por ahí buscando a quién devorar, pero ustedes resístanle valientemente en la fe.

Les saludan los cristianos que están en Babilonia (es decir, en Roma) y les saluda luego de manera particular Marcos, mi hijo en Cristo.

La gracia del Señor a todos ustedes que viven en Jesucristo. Así sea. [\[22\]](#)"

Los romanos que habían abrazado con gran fervor la fe predicada por Pedro, manifestaron a San Marcos, fiel discípulo del Apóstol, el vivo deseo de que pusiera por escrito lo que Pedro predicaba. San Marcos de hecho había acompañado al Príncipe de los Apóstoles en varios viajes y lo había oído predicar en muchos países. Por lo tanto, de lo que había oído en las predicaciones y en las conversaciones familiares de su maestro, y de manera muy especial iluminado e inspirado por el Espíritu Santo, estaba realmente en condiciones de satisfacer los piadosos deseos de esos fieles. Por eso se dispuso a escribir el Evangelio, es decir, un relato fiel de las acciones del Salvador; y es lo que tenemos hoy bajo el nombre de Evangelio según San Marcos.

San Pedro desde Roma envió varios de sus discípulos a diferentes partes de Italia y a muchos países del mundo. Envió a San Apolinar a Rávena, a San Trofimo a Galia y precisamente a la ciudad de Arles, de donde el Evangelio se propagó a los otros países de Francia; envió a San Marcos a Alejandría de Egipto a fundar en su nombre esa iglesia. Así la ciudad de Roma, capital de todo el Imperio Romano, la ciudad de Alejandría, que era la primera después de Roma, la de

Antioquía, capital de todo Oriente, tuvieron por fundador al Príncipe de los Apóstoles, y se convirtieron por lo tanto en las tres primeras sedes patriarcales, entre las cuales fue por más siglos repartido el dominio del mundo católico, salvo siempre la dependencia de los patriarcas alejandrino y antioqueno del Pontífice Romano, cabeza de toda la Iglesia, pastor universal, centro de unidad. Mientras San Pedro enviaba a tantos de sus discípulos a predicar en otros lugares el Evangelio, él en Roma ordenaba sacerdotes, consagraba obispos, entre los cuales había elegido a San Zino como vicario para hacer sus veces en las ocasiones en que algún grave asunto lo hubiera obligado a alejarse de esa ciudad.

CAPÍTULO XXIV. San Pedro en el concilio de Jerusalén define una cuestión. – San Santiago confirma su juicio. *Año de Jesucristo 50.*

Roma era la morada ordinaria del Príncipe de los Apóstoles, pero sus cuidados debían extenderse a todos los fieles cristianos. Por lo tanto, si surgían dificultades o cuestiones respecto a cosas de religión, enviaba a algún discípulo suyo, o escribía cartas al respecto y a veces iba él mismo en persona, como precisamente hizo en la ocasión en que en Antioquía surgió una cuestión entre los judíos y los gentiles. Los Judíos creían que, para ser buenos cristianos, era necesario recibir la circuncisión y observar todas las ceremonias de Moisés. Los gentiles se negaban a someterse a esta pretensión de los judíos, y la cosa llegó a tal punto que derivaba grave daño y escándalo entre los simples fieles y entre los mismos predicadores del Evangelio. Por lo tanto, San Pablo y San Bernabé consideraron bien recurrir al juicio del jefe de la Iglesia y de los otros Apóstoles, para que con su autoridad resolvieran cualquier duda.

San Pedro por lo tanto se trasladó de Roma a Jerusalén para convocar un concilio general. Puesto que, si el Señor ha prometido su asistencia al jefe de la Iglesia, para que su fe no falte, ciertamente lo asiste también cuando están reunidos

con él los principales pastores de la Iglesia; tanto más que Jesucristo nos aseguró que se encuentra de hecho en medio de aquellos que, en número incluso solo de dos, se reúnan en su nombre. Llegado, pues, el Príncipe de los Apóstoles a esa ciudad, invitó a todos los otros Apóstoles y a todos esos pastores primarios que pudo tener; entonces Pablo y Bernabé, acogidos en concilio, expusieron en plena asamblea su embajada en nombre de los gentiles de Antioquía; mostraron las razones y los temores de una parte y de la otra, pidiendo su deliberación para la tranquilidad y la seguridad de las conciencias. “Hay”, decía San Pablo, “algunos de la secta de los fariseos, los cuales han creído y afirman que, como los judíos, también los gentiles deben ser circuncidados y deben observar la ley de Moisés, si quieren obtener la salvación.”

Esa venerable asamblea comenzó a examinar este punto; y después de madura discusión sobre la materia propuesta, levantándose Pedro comenzó a hablar así: “Hermanos, bien saben cómo Dios me eligió para dar a conocer a los gentiles la luz del Evangelio y las verdades de la fe, como ocurrió con Cornelio Centurión y toda su familia. Ahora, Dios que conoce los corazones de los hombres ha dado testimonio a esos buenos gentiles enviando sobre ellos el Espíritu Santo, como lo había hecho sobre nosotros, y ninguna diferencia ha hecho entre nosotros y ellos, mostrando que la fe los había purificado de las impurezas que antes los excluían de la gracia. Por lo tanto, la cosa es clara: sin circuncisión los gentiles son justificados por la fe en Jesucristo. ¿Por qué, por lo tanto, queremos tentar a Dios, casi provocándolo a darnos una prueba más segura de su voluntad? ¿Por qué imponer a estos nuestros hermanos gentiles un yugo que con dificultad nosotros y nuestros padres hemos podido llevar? Por lo tanto, creemos que por la sola gracia de nuestro Señor Jesucristo tanto los judíos como los gentiles deben ser salvados.”

Después de la sentencia del Vicario de Jesucristo, toda esa asamblea guardó silencio y se aquietó. Pablo y Bernabé confirmaron lo que había dicho Pedro, contando las conversiones y los milagros que Dios se había complacido en

operar por mano de ellos entre los gentiles que habían convertido al Evangelio.

Cuando Pablo y Bernabé terminaron de hablar, San Santiago, obispo de Jerusalén, confirmó el juicio de Pedro diciendo: "Hermanos, ahora presten atención también a mí. Bien dijo Pedro que desde el principio Dios hizo gracia a los gentiles, formando un solo pueblo que glorificara su santo nombre. Ahora esto está confirmado por las palabras de los profetas, las cuales vemos en estos hechos cumplidas. Por lo cual yo juzgo con Pedro que los gentiles no deben ser inquietados después de haberse convertido a Jesucristo; solamente me parece que se debe ordenarles que, por respeto a la débil conciencia de los hermanos judíos y para facilitar la unión entre estos dos pueblos, se prohíba comer cosas sacrificadas a los ídolos, carnes ahogadas, la sangre; y también se prohíba la fornicación."

Esta última cosa, es decir, la fornicación, no era necesario prohibirla siendo totalmente contraria a los dictámenes de la razón y prohibida por el sexto artículo del Decálogo. Sin embargo, se renovó tal prohibición respecto a los gentiles, porque en el culto a sus falsas deidades pensaban que era cosa lícita, más bien grata, hacer ofrendas de cosas inmundas y obscenas.

El juicio de San Pedro así confirmado por San Santiago agradó a todo el concilio; por lo tanto, de común acuerdo determinaron elegir personas autorizadas para enviar a Antioquía con Pablo y Bernabé. A estos, en nombre del concilio, se les entregaron cartas que contenían las decisiones tomadas. Las cartas eran de este tenor: "Los Apóstoles y sacerdotes hermanos a los hermanos gentiles que están en Antioquía, en Siria, en Cilicia, salud. Habiendo nosotros entendido que algunos viniendo de aquí han turbado y angustiado sus conciencias con ideas arbitrarias, nos ha parecido bien a nosotros aquí reunidos elegir y enviar a ustedes a Pablo y Bernabé, hombres muy queridos por nosotros, que sacrificaron su vida y expusieron a peligro por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Con ellos enviamos a Silas y a

Judas, quienes entregándoles nuestras cartas les confirmarán de palabra las mismas verdades. De hecho, ha sido juzgado por el Espíritu Santo y por nosotros no imponerles ninguna otra obligación, excepto la que deben observar, es decir, abstenerse de las cosas sacrificadas a los ídolos, de las carnes ahogadas, de la sangre y de la fornicación. De las cuales cosas absteniéndose harán bien. Estén en paz.”

Este fue el primer concilio general al que presidió San Pedro, donde, como Príncipe de los Apóstoles y cabeza de la Iglesia, definió la cuestión con la asistencia del Espíritu Santo. Así de cada fiel cristiano debe creerse que las cosas definidas por los concilios generales reunidos y confirmados por el Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo y sucesor de San Pedro, son verdades certísimas, que dan los mismos motivos de credibilidad como si salieran de la boca del Espíritu Santo, porque ellos representan a la Iglesia con su cabeza, a quien Dios ha prometido su infalibilidad hasta el fin de los siglos.

CAPÍTULO XXV. San Pedro confiere a San Pablo y a San Bernabé la plenitud del Apostolado. – Es avisado por San Pablo. – Regresa a Roma. *Año de Jesucristo 54.*

Dios ya había hecho conocer más de una vez que quería enviar a San Pablo y a San Bernabé a predicar a los gentiles. Pero hasta entonces ejercían su sagrado ministerio como simples sacerdotes, y quizás también como obispos, sin que aún se les hubiera conferido la plenitud del apostolado. Cuando luego fueron a Jerusalén a causa del concilio y contaron las maravillas operadas por Dios por medio de ellos entre los gentiles, se detuvieron también en especiales conversaciones con San Pedro, Santiago y Juan. Contaron, dice el texto sagrado, grandes maravillas a aquellos que ocupaban los primeros cargos en la Iglesia, entre los cuales estaban ciertamente los tres Apóstoles nombrados, quienes se consideraban como las tres columnas principales de la Iglesia. Fue en esta ocasión, dice San Agustín, que San Pedro, como cabeza de la Iglesia, Vicario de Jesucristo y divinamente inspirado, confirió a Pablo y a Bernabé la plenitud del

apostolado, con el encargo de llevar la luz del Evangelio a los gentiles. Así San Pablo fue elevado a la dignidad de Apóstol, con la misma plenitud de poderes que gozaban los otros Apóstoles establecidos por Jesucristo.

Mientras San Pedro y San Pablo moraban en Antioquía, ocurrió un hecho que merece ser referido. San Pedro estaba ciertamente persuadido de que las ceremonias de la ley de Moisés no eran más obligatorias para los gentiles; sin embargo, cuando se encontraba con los judíos, comía a la usanza judía, temiendo disgustarlos si actuaba de otro modo. Tal condescendencia era causa de que muchos gentiles se enfriaran en la fe; por lo tanto, surgía aversión entre gentiles y judíos, y se rompía ese vínculo de caridad que forma el carácter de los verdaderos seguidores de Jesucristo. San Pedro ignoraba las habladurías que tenían lugar por este hecho. Pero San Pablo, dándose cuenta de que tal conducta de Pedro podía generar escándalo en la comunidad de los fieles, pensó en corregirlo públicamente, diciendo: "Si tú, siendo judío, has conocido por la fe que puedes vivir como los gentiles y no como los judíos, ¿por qué con tu ejemplo quieres obligar a los gentiles a la observancia de la ley judía?" San Pedro se mostró muy contento con tal aviso, pues con ese hecho se publicaba ante todos los fieles que la ley ceremonial de Moisés ya no era más obligatoria, y como quien a otros predicaba la humildad de Cristo Jesús, supo practicarla él mismo, sin dar el mínimo signo de resentimiento. Desde entonces no tuvo más ningún respeto por la ley ceremonial de Moisés.

Sin embargo, es necesario aquí notar con los Santos Padres que lo que hacía San Pedro no era malo en sí, pero proporcionaba a los cristianos motivo de discordia. Se quiere además que San Pedro estuviera de acuerdo con San Pablo respecto a la corrección que debía hacerse públicamente, para que fuera aún más conocida la cesación de la ley ceremonial de Moisés.

Desde Antioquía fue a predicar en varias ciudades, hasta que fue avisado por Dios de regresar a Roma, para asistir a los fieles en una feroz persecución excitada contra los cristianos. Cuando San Pedro llegó a esa ciudad, gobernaba el

imperio Nerón, hombre lleno de vicios y por consecuencia el más adverso al cristianismo. Él había hecho prender fuego en varios puntos de esa capital, de modo que con muchos ciudadanos quedó en gran parte consumida por las llamas; y luego echaba la culpa de esa malvada acción a los cristianos. En su crueldad, Nerón había hecho matar a un virtuoso filósofo, de nombre Séneca, que había sido su maestro. La misma madre de él pereció víctima de ese hijo desnaturalizado. Pero la gravedad de estos delitos hizo una terrible impresión también en el corazón embrutecido de Nerón, tanto que le parecía ver espectros que lo acompañaban día y noche. Por lo tanto, buscaba apaciguar las sombras infernales, o mejor los remordimientos de la conciencia, con sacrificios. Luego, queriendo procurarse algún alivio, hizo buscar a los magos más acreditados, para hacer uso de su magia y de sus encantamientos. El mago Simón, el mismo que había tratado de comprar de San Pedro los dones del Espíritu Santo, aprovechó la ausencia del Santo Apóstol para ir allí y, a fuerza de adulaciones hacia el emperador, desacreditar la religión cristiana.

CAPÍTULO XXVI. San Pedro hace resucitar a un muerto. *Año de Jesucristo 66.*

El mago Simón sabía que, si podía hacer algún milagro, ganaría gran crédito. Aquellos que San Pedro iba operando por todas partes servían para encenderlo cada vez más de envidia y rabia; por eso iba estudiando algún prestigio para hacerse ver superior a San Pedro. Se enfrentó con él en varias ocasiones, pero siempre salió lleno de confusión. Y como se jactaba de saber curar enfermedades, alargar la vida, resucitar a los muertos, cosas que él veía hacer a San Pedro, ocurrió que fue invitado a hacer lo mismo. Había muerto un joven de noble familia y pariente del emperador. Sus padres, al estar inconsolables, fueron aconsejados a recurrir a San Pedro para que viniera a devolverle la vida. Otros, en cambio, invitaron a Simón.

Ambos llegaron al mismo tiempo a la casa del difunto. San Pedro, de buen grado, accedió a que Simón hiciera sus pruebas para devolver la vida al muerto; pues sabía que solo Dios puede operar verdaderos milagros, ni jamás nadie puede jactarse de haberlos realizado si no es por virtud divina y en confirmación de la religión católica, y que por lo tanto todos los esfuerzos del impío Simón serían inútiles. Lleno de arrogancia y empujado por el espíritu maligno, Simón aceptó locamente la prueba; y, convencido de que ganaría, propuso la siguiente condición: si Pedro logra resucitar al muerto, yo seré condenado a muerte; pero si yo doy vida a este cadáver, que Pedro la pague con la cabeza. No habiendo entre los presentes quien rechazara esa propuesta, y aceptándola de buen grado San Pedro, el mago se dispuso a la obra.

Se acercó al féretro del difunto y, invocando al demonio y realizando mil otros encantamientos, pareció a algunos que aquel frío cadáver daba algún signo de vida. Entonces los partidarios de Simón comenzaron a gritar que Pedro debía morir.

El Santo Apóstol se reía de aquella impostura y, modestamente pidiendo a todos que guardaran silencio un momento, dijo: “Si el muerto ha resucitado, que se levante, camine y hable; *si resucitatus est, surgat, ambulet, fabuletur*. No es cierto que él mueva la cabeza o dé signo de vida, es su fantasía la que les hace pensar así. Ordenen a Simón que se aleje de la cama; y pronto verán desvanecerse del muerto toda esperanza de vida. [\[231\]](#)”

Así se hizo, y aquel que antes estaba muerto continuaba yaciendo como una piedra sin espíritu y sin movimiento. Entonces el Santo Apóstol se arrodilló a poca distancia del féretro y comenzó a orar fervorosamente al Señor, suplicándole que glorificara su santo nombre para confusión de los malvados y consuelo de los buenos. Después de breve oración, dirigiéndose al cadáver, dijo en voz alta: “Joven, levántate; Jesús Señor te da la vida y la salud.”

Al mandato de esta voz, a la que la muerte estaba acostumbrada a obedecer, el espíritu volvió prontamente a vivificar aquel frío cuerpo; y para que no pareciera una ilusión, se levantó de pie, habló, caminó y se le dio de comer. De hecho, Pedro lo tomó de la mano y vivo y sano lo devolvió a su madre. Aquella buena mujer no sabía cómo expresar su gratitud hacia el Santo, y le rogó humildemente que no quisiera dejar su casa, para que no fuera abandonado quien había resucitado por sus manos. San Pedro la confortó diciendo: "Nosotros somos siervos del Señor, él lo ha resucitado y nunca lo abandonará. No temas por tu hijo, pues él tiene su guardián."

Ahora quedaba que el mago fuera condenado a muerte, y ya una multitud de gente estaba lista para apedrearlo bajo una lluvia de piedras, si el Apóstol, movido a compasión por él, no hubiera pedido que se le dejara vivir, diciendo que para él era un castigo bastante grande la vergüenza que había sentido. "Viva también", dijo, "pero viva para ver crecer y expandirse cada vez más el reino de Jesucristo."

CAPÍTULO XXVII. Vuelo. – Caída. – Muerte desesperada de Simón Mago. *Año de Jesucristo 67.*

En la resurrección de aquel joven, el mago Simón debió admirar la bondad y la caridad de Pedro, y reconocer al mismo tiempo la intervención de la potencia divina, por lo que debió abandonar al demonio al que había servido durante tanto tiempo; pero el orgullo lo hizo aún más obstinado. Animado por el espíritu de Satanás, se enfureció más que nunca y resolvió a toda costa vengarse de San Pedro. Con este pensamiento, un día se fue a ver a Nerón y le dijo que estaba disgustado con los galileos, es decir, los cristianos, que estaba decidido a abandonar el mundo y que, para dar a todos una prueba infalible de su divinidad, quería ascender por sí mismo al Cielo.

A Nerón le agradó mucho la propuesta; y como deseaba encontrar siempre nuevos pretextos para perseguir a los cristianos, hizo avisar a San Pedro, quien según él pasaba por un gran conocedor de magia, y lo desafió a hacer lo mismo y a

demostrar que Simón era un mentiroso; que, si no lo hacía, él mismo sería juzgado como mentiroso y impostor, y como tal condenado a decapitación. El Apóstol, apoyado en la protección del Cielo, que nunca falta en defender la verdad, aceptó la invitación. San Pedro, por lo tanto, sin ningún auxilio humano, se armó del escudo inexpugnable de la oración. También ordenó a todos los fieles que con ayuno unieran sus oraciones a las suyas. Ordenó también a todos los fieles que con ayuno universal y con oraciones continuas invocaran la divina misericordia. El día en que se realizaban estas prácticas religiosas era sábado y de aquí proviene el ayuno del sábado, que en tiempos de San Agustín aún se practicaba en Roma en memoria de este acontecimiento.

Por el contrario, el Mago Simón, todo engreído por el favor prometido por sus demonios, se preparaba para urdir y terminar con ellos la fraude, y en su locura creía que con este golpe derribaría la Iglesia de Jesucristo. Llegó el día fijado. Una inmensa multitud de gente se había reunido en una gran plaza de Roma. Nerón mismo, con toda la corte, vestido con ropas brillantes de oro y gemas, estaba sentado sobre una tribuna bajo un riquísimo pabellón mirando y animando a su campeón. Se hizo un profundo silencio. Aparece Simón vestido como si fuera un Dios y fingiendo tranquilidad muestra seguridad de llevar la victoria. Mientras se difundía en pomposos discursos, de repente apareció en el aire un carro de fuego, (era toda ilusión diabólica y juego de fantasía) y recibido dentro el mago a la vista de todo el pueblo, el demonio lo levantó del suelo y lo transportó por el aire. Ya tocaba las nubes y comenzaba a desvanecerse de la vista del pueblo, el cual con los ojos levantados al cielo, jubilando de maravilla y aplaudiendo gritaba: ¡Victoria! ¡Milagro! ¡Gloria y honor a Simón, verdadero hijo de los Dioses!

Pedro, en compañía de San Pablo, sin ninguna ostentación se arrodilla en el suelo y, con las manos levantadas al Cielo, fervorosamente ora a Jesucristo que quiera venir en ayuda de

su Iglesia para hacer triunfar la verdad ante aquel pueblo engañado. Dicho y hecho: la mano de Dios omnipotente, que había permitido a los espíritus malignos elevar a Simón hasta aquella altura, les quitó de repente todo poder, de modo que privados de fuerza tuvieron que abandonarlo en el más grave peligro y en el colmo de su gloria. Sustraída a Simón la virtud diabólica, abandonado al peso de su corpulento cuerpo se precipitó con una caída desastrosa, y cayó con tal ímpetu a tierra que, deshaciéndose todas sus extremidades, salpicó la sangre hasta el tribunal de Nerón. Tal caída ocurrió cerca de un templo dedicado a Rómulo, donde hoy existe la iglesia de los santos Cosme y Damián.

El infeliz Simón debió ciertamente perder la vida si San Pedro no hubiera invocado a Dios a su favor. Pedro, dice San Máximo, oró al Señor para liberarlo de la muerte tanto para hacer conocer a Simón la debilidad de sus demonios, como para que confesando la potencia de Jesucristo implorara de Él el perdón de sus culpas. Pero aquel que durante mucho tiempo había hecho profesión de despreciar las gracias del Señor, era demasiado obstinado para rendirse incluso en este caso en el que Dios abundaba en Su misericordia. Simón, convertido en objeto de las burlas de todo el pueblo, lleno de confusión, pidió a algunos de sus amigos que lo llevaran de allí. Llevado a una casa cercana, sobrevivió aún algunos días; hasta que, oprimido por el dolor y la vergüenza, se aferró al desesperado partido de quitarse esos miserables restos de vida y, arrojándose por una ventana, se dio así voluntariamente la muerte [\[24\]](#).

La caída de Simón es viva imagen de la caída de aquellos cristianos que, o renegando de la religión cristiana o descuidando observarla, caen del grado sublime de virtud al que la fe cristiana los ha elevado, y ruina miserablemente en vicios y desórdenes, con deshonor del carácter cristiano y de la religión que profesan y con daño a veces irreparable de su alma.

CAPÍTULO XXVIII. Pedro es buscado para muerte. – Jesús se le

aparece y le predice inminente el martirio. – Testamento del santo Apóstol.

El suplicio que le tocó a Simón Mago, mientras hacía evidente la venganza del Cielo, contribuyó mucho a aumentar el número de cristianos. Nerón, por otro lado, viendo a una multitud de personas abandonar el culto profano de los Dioses para profesar la religión predicada por San Pedro, y habiéndose dado cuenta de que el Santo Apóstol con la predicación había logrado ganar personas muy favorecidas por él, y aquellas mismas que en la corte eran instrumento de iniquidad, sintió duplicarse la rabia contra los cristianos y comenzó a endurecerse aún más contra ellos.

En medio del furor de aquella persecución, Pedro era incansable en animar a los fieles a ser constantes en la fe hasta la muerte y en convertir nuevos gentiles, de modo que la sangre de los mártires, lejos de atemorizar a los cristianos y disminuir su número, era una semilla fecunda que cada día los multiplicaba. Solo los judíos de Roma, quizás estimulados por los judíos de Judea, se mostraban obstinados. Por eso Dios, queriendo llegar a la última prueba para vencer su obstinación, hizo públicamente predecir por su Apóstol que en breve suscitaría un rey contra esa nación, el cual, después de haberla reducido a las más graves angustias, nivelaría al suelo su ciudad, obligando a los ciudadanos a morir de hambre y de sed. Entonces, les decía, verán a unos comer los cuerpos de otros y consumirse mutuamente, hasta que, cayendo en manos de sus enemigos, verán bajo sus ojos desgarrar cruelmente a sus esposas, a sus hijas y a sus niños golpeados y asesinados sobre las piedras; sus mismas tierras serán reducidas a desolación y ruina por el hierro y el fuego. Aquellos que escapen de la común desgracia serán vendidos como animales de carga y sujetos a perpetua servidumbre. Tales males vendrán sobre ustedes, oh hijos de Jacob, porque se han regocijado de la muerte del Hijo de Dios y ahora se niegan a creer en Él [\[25\]](#).

Pero sabiendo bien los ministros de la persecución que se fatigarían inútilmente si no quitaban de en medio al jefe de

los cristianos, se volvieron contra él para tenerlo en sus manos y matarlo. Los fieles, considerando la pérdida que harían con su muerte, estudiaban cada medio para impedir que cayera en manos de los perseguidores. Cuando luego se dieron cuenta de que era imposible que pudiera permanecer oculto por más tiempo, le aconsejaron que saliera de Roma y se retirara a un lugar donde fuera menos conocido. Pedro se negaba a tales consejos sugeridos por el amor filial y, de hecho, ardientemente deseaba la corona del martirio. Pero, continuando los fieles a rogarle que hiciera eso por el bien de la Iglesia de Dios, es decir, que intentara conservarse en vida para instruir, confirmar en la fe a los creyentes y ganar almas para Cristo, finalmente accedió y decidió partir.

De noche se despidió de los fieles para escapar de la furia de los idólatras. Pero al llegar fuera de la ciudad, por la Puerta Capena, hoy llamada Puerta San Sebastián, le apareció Jesucristo en la misma figura en que lo había conocido y por más años había frecuentado. El Apóstol, aunque sorprendido por esta inesperada aparición, no obstante, según su prontitud de espíritu, se armó de valor para interrogarlo diciendo: "Oh Señor, ¿a dónde vas?" ***Domine, quo vadis?*** Respondió Jesús: "Vengo a Roma para ser crucificado de nuevo." Dicho esto, desapareció.

De esas palabras, Pedro comprendió que era inminente su propia crucifixión, pues sabía que el Señor no podía ser crucificado de nuevo por sí mismo, sino que debía ser crucificado en la persona de su Apóstol. En memoria de este acontecimiento, fuera de la Puerta San Sebastián se edificó una iglesia llamada aún hoy "*Domine, quo vadis*", o "Santa María ad Passus", es decir, Santa María a los Pies, porque el Salvador en aquel lugar, donde habló a San Pedro, dejó impresa en una piedra la sagrada huella de sus pies. Esta piedra se conserva todavía en la iglesia de San Sebastián.

Después de aquel aviso, San Pedro regresó y, interrogado por los cristianos de Roma sobre la razón de su tan pronto regreso, les contó todo. Nadie tuvo más dudas de que Pedro sería encarcelado y glorificaría al Señor dando por Él la

vida. Por lo tanto, en el temor de caer de un momento a otro en manos de los perseguidores y que en esos momentos calamitosos la Iglesia quedara sin su supremo pastor, Pedro pensó en nombrar algunos obispos más celosos, para que uno de ellos sucediera en el Pontificado después de su muerte. Fueron estos San Lino, San Cleto, San Clemente y San Anacleto, quienes ya lo habían ayudado en el oficio de sus vicarios en varias necesidades de la Iglesia.

No contento San Pedro de haber así provisto a las necesidades de la Sede Pontificia, también quiso dirigir un escrito a todos los fieles, como por su testamento, es decir, una segunda carta. Esta carta está dirigida al cuerpo universal de los cristianos, nombrando en particular a los del Ponto, de Galacia y de otras provincias de Asia a quienes había predicado.

Después de haber nuevamente aludido a las cosas ya dichas en su primera carta, recomienda tener siempre los ojos en Jesús Salvador, cuidándose de la corrupción de este siglo y de los placeres mundanos. Para resolverlos luego a mantenerse firmes en la virtud, les pone a la vista los premios que el Salvador tiene preparados en el reino eterno del Cielo; y al mismo tiempo recuerda a la memoria los terribles castigos con los cuales suele Dios castigar a los pecadores, bien a menudo también en esta vida, pero infaliblemente en la otra con la pena eterna del fuego. Luego, llevándose con su pensamiento al futuro, predice los escándalos que muchos hombres perversos habrían de suscitar, los errores que habrían de diseminar y las astucias de las cuales se habrían de servir para propagarlos. "Pero sepan", dice, "que estos, a semejanza de fuentes sin agua y de nieblas oscuras agitadas por los vientos, son todos impostores y seductores de almas, que prometen una libertad, la cual siempre termina en una miserable esclavitud, en la que se encuentran envueltos ellos mismos; después de lo cual les está reservado el juicio, la perdición y el fuego."

"Por mi parte", continúa, "estoy seguro, según la revelación que tuvo Nuestro Señor Jesucristo, que en poco tiempo debo

abandonar este tabernáculo de mi cuerpo; pero no dejaré de hacer que, incluso después de mi muerte, tengáis los medios para recordar tales cosas en vuestra mente. Estad seguros, las promesas del Señor nunca fallarán: llegará el día extremo en que cesarán de ser los cielos, los elementos serán disueltos o devorados por el fuego, la tierra será consumida con todo lo que contiene. Ocupaos, pues, en las obras de piedad, esperemos con paciencia y placer la venida del día del Señor y, según sus promesas, vivamos de tal manera que podamos pasar a la contemplación de los cielos y a la posesión de una gloria eterna.”

Luego los exhorta a mantenerse limpios del pecado y a creer constantemente que la larga paciencia que a menudo usa el Señor con nosotros es para nuestro bien común. Entonces recomienda encarecidamente no interpretar las Sagradas Escrituras con el entendimiento privado de cada uno, y nota particularmente las cartas de San Pablo, a quien llama su querido hermano, de quien dice así: “Jesucristo difiere su venida para daros tiempo a convertirlos; las cuales cosas os escribió Pablo, nuestro querido hermano, según la sabiduría que le ha sido dada por Dios. Así lo hace también en todas sus cartas, donde habla de estas mismas cosas. Sin embargo, estad bien atentos a que en estas cartas hay algunas cosas difíciles de entender, las cuales los hombres ignorantes e inestables explican de manera perversa, como hacen también con otras partes de la Sagrada Escritura, de las que abusan para su propia perdición.” Estas palabras merecen ser consideradas atentamente por los protestantes, quienes quieren confiar la interpretación de la Biblia a cualquier hombre del pueblo, por más grosero e ignorante que sea. A estos se les puede aplicar lo que dice San Pedro, es decir, que la caprichosa interpretación de la Biblia resultó en su propia perdición: ***ad suam ipsorum perditionem***[\[26\]](#).

CAPÍTULO XXIX. San Pedro en prisión convierte a Procópio y Martiniano. – Su martirio[\[27\]](#). Año de la Era Común 67.

Finalmente había llegado el momento en que debían cumplirse

las predicciones hechas por Jesucristo respecto a la muerte de su Apóstol. Tanto esfuerzo merecía ser coronado con la palma del Martirio. Mientras un día se sentía arder de amor hacia la persona del Divino Salvador y deseaba fervientemente poder unirse a Él lo antes posible, fue sorprendido por perseguidores que inmediatamente lo ataron y lo condujeron a una profunda y tétrica prisión llamada Mamertina, donde solían encerrar a los más famosos criminales [28]. La divina providencia dispuso que Nerón, por asuntos de gobierno, tuviera que alejarse algún tiempo de Roma; así, San Pedro permaneció aproximadamente nueve meses en prisión. Pero los verdaderos siervos del Señor saben promover la gloria de Dios en todo momento y en todo lugar.

En la oscuridad de la prisión, Pedro, ejerciendo las labores de su apostolado y especialmente el ministerio de la palabra divina, tuvo la consolación de conquistar para Jesucristo a los dos guardianes de la prisión, llamados Proceso y Martiniano, junto con otras 47 personas que se encontraban encerradas en el mismo lugar.

Es fama, confirmada por la autoridad de escritores acreditados, que no habiendo agua allí para administrar el bautismo a esos nuevos convertidos, Dios hizo brotar en ese instante una fuente perenne, cuyas aguas continúan manando aún hoy. Los viajeros que van a Roma se preocupan por visitar la prisión Mamertina, que está a los pies del Capitolio, en cuyo fondo brota todavía la prodigiosa fuente. Ese edificio, tanto en la parte subterránea como en la que se eleva sobre la tierra, es objeto de gran veneración entre los cristianos.

Los ministros del emperador intentaron varias veces vencer la constancia del santo Apóstol; pero, al ver que todos sus esfuerzos eran inútiles, y además al observar que, incluso encadenado, no cesaba de predicar a Jesucristo y así aumentar el número de cristianos, decidieron hacerlo callar con la muerte. Era una mañana cuando Pedro vio abrirse la prisión. Entraron los verdugos, lo ataron fuertemente y le anunciaron que debía ser conducido al suplicio. ¡Oh! Entonces su corazón se llenó de alegría. “Yo me alegro”, exclamaba, “porque pronto

veré a mi Señor. Pronto iré a encontrar a Aquel a quien he amado y de quien he recibido tantos signos de afecto y de misericordia.”

Antes de ser conducido al suplicio, el santo Apóstol, según las leyes romanas, tuvo que someterse a dolorosa flagelación; lo cual le causó gran alegría, porque así se convertía cada vez más en fiel seguidor de su divino Maestro, quien antes de ser crucificado fue sometido a similar pena.

También el camino que recorrió yendo al suplicio merece ser notado. Los romanos, conquistadores del mundo, después de haber sometido a alguna nación, preparaban la pompa del triunfo sobre un magnífico carro en el valle o mejor en la llanura a los pies del monte Vaticano. Desde allí, por la vía sagrada, llamada también triunfal, los vencedores ascendían triunfantes al Capitolio. San Pedro, después de haber sometido el mundo al suave yugo de Cristo, también fue sacado de la cárcel y por el mismo camino conducido al lugar donde se preparaban esas grandes solemnidades.

Así celebraba también la ceremonia del triunfo y ofrecía a sí mismo en holocausto al Señor, fuera de la puerta de Roma, como fuera de Jerusalén había sido crucificado su divino Maestro.

Entre el monte Gianicolo[29] y el Vaticano había un valle donde, al recogerse las aguas, se formaba una ciénaga. En la otra cima de la montaña que miraba hacia la ciénaga, estaba el lugar destinado al martirio del más grande hombre del mundo. El intrépido atleta, cuando llegó al lugar del patíbulo y vio la cruz sobre la cual estaba condenado a morir, lleno de coraje y de alegría exclamó: “¡Salve, oh cruz, salvación de las naciones, estandarte de Cristo, oh cruz queridísima, salve, oh consuelo de los cristianos! Tú eres la que me aseguras el camino del cielo, eres la que me aseguras la entrada en el reino de la gloria. Tú, que un tiempo vi resplandeciente con la santísima sangre de mi Maestro, hoy sé mi ayuda, mi consuelo, mi salvación.[30]”

Sin embargo, San Pedro consideraba para sí un honor demasiado grande el morir de una manera similar a la de su divino Maestro; por lo tanto, rogó a sus crucificadores que por

gracia quisieran hacerlo morir con la cabeza hacia abajo. Como tal manera de morir le hacía sufrir más, así la gracia le fue fácilmente concedida. Pero su cuerpo, naturalmente, no podía sostenerse en la cruz si las manos y los pies solo estaban clavados con los clavos; por lo tanto, sus santas extremidades fueron atadas con cuerdas a ese duro tronco.

Había sido acompañado al lugar del suplicio por una multitud infinita de cristianos e infieles. Ese hombre de Dios, en medio de los mismos tormentos, casi olvidándose de sí mismo, consolaba a los primeros para que no se afligieran por él; se esforzaba por salvar a los segundos exhortándolos a dejar el culto de los ídolos y abrazar el Evangelio, para que pudieran conocer al único Dios verdadero, creador de todas las cosas. El Señor, que siempre dirigía el celo de tan fiel ministro, lo consoló en esas últimas agonías con la conversión de un gran número de idólatras de toda condición y de todo sexo[31].

Mientras San Pedro pendía en la cruz, Dios también quiso consolarlo con una visión celestial. Le aparecieron dos ángeles con dos coronas de lirios y de rosas, para indicarle que sus sufrimientos habían llegado a su fin y que debía ser coronado de gloria en la bienaventurada eternidad[32].

San Pedro sufrió en la cruz tan noble triunfo el 29 de junio, en el año septuagésimo de Jesucristo y sexagésimo séptimo de la era vulgar. En el mismo día en que San Pedro moría en la cruz, San Pablo, bajo la espada del mismo tirano, glorificaba a Jesucristo siendo decapitado. Día verdaderamente glorioso para todas las Iglesias de la Cristianidad, pero especialmente para la de Roma, la cual, después de haber sido fundada por Pedro y largamente alimentada con la doctrina de ambos estos Príncipes de los Apóstoles, ahora está consagrada por su martirio, por su sangre, y sublimada sobre todas las iglesias del mundo.

Así, mientras era inminente la destrucción de la ciudad santa de Jerusalén, y debía ser quemado su templo, Roma, que era la capital y la dueña de todas las naciones, se convertía por medio de esos dos Apóstoles en la Jerusalén de la nueva alianza, la ciudad eterna, y tanto más gloriosa que la vieja

Jerusalén, cuanto la gracia del Evangelio y el sacerdocio de la nueva ley son más grandes que el sacerdocio, de todas las ceremonias y figuras de la ley antigua.

San Pedro fue martirizado a la edad de 86 años, después de un pontificado de 35 años, 3 meses y 4 días. Tres años los pasó especialmente en Jerusalén. Luego ocupó su cátedra siete años en Antioquía, el resto en Roma.

CAPÍTULO XXX. Sepulcro de San Pedro. – Atentado contra su cuerpo.

Apenas San Pedro emitió el último suspiro, muchos cristianos partieron del lugar del suplicio llorando la muerte del supremo Pastor de la Iglesia. Por otra parte, San Lino, su discípulo y inmediato sucesor, dos sacerdotes hermanos, San Marcelo y San Apuleyo, San Anacleto y otros fervorosos cristianos se reunieron alrededor de la cruz de San Pedro. Cuando luego los verdugos se alejaron del lugar del martirio, ellos depositaron el cuerpo del santo Apóstol, lo ungieron con preciosos aromas, lo embalsamaron y lo llevaron a sepultar cerca del Circo, es decir, cerca de los jardines de Nerón en el monte Vaticano, propiamente en el lugar donde hoy todavía se venera. Su cuerpo fue colocado en un sitio donde ya habían sido sepultados muchos mártires, discípulos de los santos Apóstoles y primicias de la Iglesia católica, quienes por orden de Nerón habían sido expuestos a las fieras, o crucificados, o quemados, o asesinados a fuerza de inauditos tormentos. San Anacleto había erigido allí un pequeño cementerio, en un rincón del cual levantó una especie de oratorio donde reposa el cuerpo de San Pedro. Este sitio se volvió célebre y todos los papas sucesores de San Pedro demostraron siempre un vivo deseo de ser allí sepultados.

Poco después de la muerte de San Pedro, llegaron a Roma algunos cristianos de Oriente, quienes, considerando que poseer las reliquias del santo Apóstol era un gran tesoro, resolvieron hacer su adquisición. Pero, sabiendo que sería inútil intentar comprarlas con dinero, pensaron en robarlas, casi como cosa propia, y llevarlas a esos lugares de donde el

santo había venido. Por lo tanto, fueron valientemente al sepulcro, extrajeron de allí el cuerpo y lo llevaron a las catacumbas, que son un lugar excavado bajo tierra, actualmente llamado de San Sebastián, con la intención de enviarlo a Oriente tan pronto como se presentara la oportunidad.

Dios, por otra parte, que había llamado a ese gran Apóstol a Roma para que la hiciera gloriosa con el martirio, dispuso también que su cuerpo fuera conservado en esa ciudad y que hiciera de esa iglesia la más gloriosa del mundo. Por lo tanto, cuando esos orientales fueron a llevar a cabo su plan, se levantó una tormenta con un torbellino tan fuerte, que por el estruendo de los truenos y por el relámpago de los rayos se vieron obligados a interrumpir su obra.

Los cristianos de Roma se dieron cuenta de lo ocurrido, y en gran multitud, saliendo de la ciudad, recuperaron el cuerpo del santo Apóstol y lo llevaron nuevamente al monte Vaticano de donde había sido sacado[33].

En el año 103, San Anacleto, convertido en Sumo Pontífice, viendo algo calmadas las persecuciones contra los cristianos, a sus expensas levantó un templito, de modo que encerrara las reliquias y todo el sepulcro allí existente. Esta es la primera iglesia dedicada al Príncipe de los Apóstoles.

Este sagrado depósito permaneció expuesto a la veneración de los fieles hasta la mitad del tercer siglo. Solo en el año 221, por la ferocidad con que eran perseguidos los cristianos, temiendo que los cuerpos de los santos Apóstoles Pedro y Pablo fueran profanados por los infieles, fueron transportados por el Pontífice a las catacumbas llamadas Cementerio de San Calixto, en aquella parte que hoy se llama cementerio de San Sebastián. Pero en el año 255 el papa San Cornelio, a petición e instancia de Santa Lucina y de otros cristianos, llevó de nuevo el cuerpo de San Pablo a la vía de Ostia, al lugar donde había sido decapitado. El cuerpo de San Pedro fue nuevamente transportado y reposado en la tumba primitiva a los pies del monte Vaticano.

CAPÍTULO XXXI. Tumba y Basílica de San Pedro en el Vaticano.

En los primeros siglos de la Iglesia, los fieles en su mayoría no podían acudir a la tumba de San Pedro, salvo con grave peligro de ser acusados como cristianos y llevados ante los tribunales de los perseguidores. Sin embargo, siempre hubo una gran afluencia de gente, que venía de los países más lejanos a invocar la protección del Cielo en la tumba de San Pedro. Pero cuando Constantino se convirtió en el dueño del Imperio Romano y puso fin a las persecuciones, entonces cada uno pudo mostrarse libremente como seguidor de Jesucristo, y la tumba de San Pedro se convirtió en el santuario del mundo cristiano, donde de cada rincón se acudía a venerar las reliquias del primer Vicario de Jesucristo. El mismo emperador profesaba públicamente el Evangelio, y entre los muchos signos que dio de su apego a la religión católica, uno fue el de haber mandado edificar varias iglesias, y entre otras, la en honor del Príncipe de los Apóstoles; la cual, por ello, a veces lleva también el nombre de Basílica Costantiniana, conocida más comúnmente como Basílica Vaticana.

Por lo tanto, en el año 319, Constantino, por su impulso y a invitación de San Silvestre, estableció que el sitio de la nueva Iglesia fuera a los pies del Vaticano, con el diseño de que abarcara todo el pequeño templo edificado por San Anacleto y que hasta esa época había sido objeto de la veneración común. En el día en que el Emperador Constantino quería dar inicio a la santa empresa, depositó en el lugar la diadema imperial y todos los signos reales, luego se postró en tierra y derramó muchas lágrimas por devota ternura. Tomando entonces la azada, se dispuso a cavar con sus propias manos el terreno, dando así inicio a la excavación de los cimientos de la nueva basílica. Quiso él mismo formar el diseño y establecer el espacio que debía abarcar el nuevo templo; y para animar a dar mano a la obra con alacridad, quiso llevar sobre sus espaldas doce cofres de tierra en honor de los doce Apóstoles. Entonces fue desenterrado el cuerpo de San Pedro, y en presencia de muchos fieles y de mucho clero, fue colocado por San Silvestre en una gran caja de plata, con otra caja de bronce dorado

encima, plantada inmóvil en el suelo. La urna que contenía el sagrado depósito era alta, ancha y larga cinco pies; sobre ella fue colocada una gran cruz de oro purísimo de un peso de ciento cincuenta libras, en la que estaban grabados los nombres de Santa Elena y de su hijo Constantino. Terminada esa majestuosa edificación, preparada una cripta o cámara subterránea toda ornada de oro y de gemas preciosas, rodeada de una cantidad de lámparas de oro y de plata, allí colocó el precioso tesoro: la cabeza de San Pedro. San Silvestre invitó a muchos obispos; y los fieles cristianos de todas partes del mundo intervinieron en esta solemnidad. Para animarlos aún más, abrió el tesoro de la Iglesia y concedió muchas indulgencias. La afluencia fue extraordinaria; la solemnidad fue majestuosa; era la primera consagración que se hacía públicamente con ritos y ceremonias tales como se practican aún hoy en día en la consagración de los sagrados edificios. La función se cumplió en el año 324 el dieciocho de noviembre. La urna de San Pedro, así cerrada, nunca más se volvió a abrir, y siempre fue objeto de veneración en toda la cristiandad. Constantino donó muchos bienes para el decoro y la conservación de aquel augusto edificio. Todos los sumos Pontífices compitieron por hacer glorioso el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles.

Pero todas las cosas humanas se van consumiendo con el tiempo, y la basílica Vaticana en el siglo XVI se encontró en peligro de ruina. Por lo tanto, los Pontífices decidieron rehacerla por completo. Después de muchos estudios, después de graves fatigas y grandes gastos, se pudo colocar la piedra fundamental del nuevo templo en el año 1506. El gran papa Julio II, a pesar de su avanzada edad y la profunda hendidura en la que debía descender para llegar a la base del pilar de la cúpula, quiso, sin embargo, descender en persona para establecer y colocar con solemne ceremonia la primera piedra. Es difícil describir las fatigas, el trabajo, el dinero, el tiempo, los hombres que se emplearon en esta maravillosa construcción.

El trabajo fue llevado a término en el espacio de ciento veinte años, y finalmente Urbano VIII, asistido por 22 cardenales y por todas aquellas dignidades que suelen participar en las funciones pontificias, consagró solemnemente la majestuosa basílica el 18 de noviembre de 1626, es decir, en el mismo día en que San Silvestre había consagrado la antigua basílica erigida por Constantino. En todo este tiempo, en medio de tantas restauraciones y tantos trabajos de construcción, las reliquias de San Pedro no sufrieron ninguna translación; ni la urna, ni la sobre caja de bronce fueron movidas, ni siquiera la cripta fue abierta. El nuevo pavimento, habiéndose tenido que elevar un poco sobre el antiguo, se dispuso de tal manera que encerrara la capilla primitiva y dejara así intacto el altar consagrado por San Silvestre. A este respecto se nota que, cuando el arquitecto Giacomo della Porta levantaba las capas del pavimento alrededor del viejo altar para superponer el nuevo, descubrió la ventana que correspondía a la sagrada urna. Al bajar dentro la luz, reconoció la cruz de oro que había sido colocada por Constantino y por Santa Elena, su madre. Hizo de inmediato relación de todo al Papa, que en 1594 era Clemente VIII, quien en compañía de los cardenales Bellarmino y Antoniano, se dirigió personalmente al lugar y encontró lo que había referido el arquitecto. El Pontífice no quiso abrir ni el sepulcro ni la urna; tampoco consintió que nadie se acercara, sino que ordenó que la apertura fuera cerrada con cementos. Desde entonces, nunca más se abrió la tumba, ni nadie se ha acercado a esas veneradas reliquias.

Los viajeros que se dirigen a Roma para visitar la gran basílica de San Pedro en el Vaticano, al verla por primera vez quedan como encantados; y los personajes más célebres por ingenio y ciencia, llegados a sus países, no saben dar más que una débil idea de ella.

He aquí lo que se puede comprender con cierta facilidad. Esa iglesia está embellecida con los mármoles más exquisitos que se hayan podido tener; su amplitud y su elevación llegan a un punto que sorprende la vista que la contempla; el pavimento,

las paredes, la bóveda están adornados con tal maestría, que parecen haber agotado todos los recursos del arte. La cúpula que, por así decirlo, se eleva hasta las nubes, es un compendio de todas las bellezas de la pintura, de la escultura y de la arquitectura. Sobre la cúpula, o más bien sobre el mismo cupulín, hay una esfera o bola de bronce dorado que, vista desde la tierra, parece una bola de juego; pero quien sube y penetra dentro ve un globo en el que dieciséis personas pueden estar cómodamente sentadas. En una palabra, en esta basílica todo es tan bello, tan raro y tan bien trabajado que supera lo que se puede imaginar en el mundo. Príncipes, reyes, monarcas e imperadores han contribuido a adornar este edificio maravilloso, con magníficos dones que ellos enviaron a la tumba de San Pedro, y a menudo llevados por ellos mismos desde los países más lejanos.

Y es precisamente en el centro de un edificio tan magnífico donde reposan las preciosas cenizas de un pobre pescador, de un hombre sin erudición humana y sin riquezas, cuya fortuna consistía en una red. Y esto fue querido por Dios para que los hombres comprendan cómo Dios, en su omnipotencia, toma al hombre más humilde a los ojos del mundo para colocarlo en el trono glorioso a gobernar su pueblo; comprenderán también cuánto Él honra, incluso en la presente vida, a sus siervos fieles, y así se hagan una idea de la inmensa gloria reservada en el Cielo a quien vive y muere en su divino servicio. Reyes, príncipes, emperadores y los más grandes monarcas de la tierra han venido a implorar la protección de aquel que fue sacado de una barca para ser hecho pastor supremo de la Iglesia; los herejes e infieles mismos se vieron obligados a respetarlo. Dios podría haber elegido al supremo pastor de su Iglesia entre los más grandes y más sabios de la tierra; pero entonces quizás se habrían atribuido a su sabiduría y poder aquellas maravillas, que Dios quería que fueran enteramente reconocidas como provenientes de su mano omnipotente.

Solo en rarísimos casos los papas han permitido que las reliquias de este gran protector de Roma fueran transportadas

a otro lugar; por lo tanto, pocos lugares de la cristiandad pueden presumir de poseerlas: toda la gloria está en Roma.

Quien quiera escribir sobre los muchos peregrinajes realizados allí en todo tiempo, desde todas partes del mundo y de todos los estratos de personas, la multitud de gracias recibidas allí, los asombrosos milagros operados allí, debería hacer muchos y grandes volúmenes.

Mientras tanto, nosotros, movidos por sentimientos de sincera gratitud, como conclusión y fruto de lo que hemos dicho sobre las acciones del Príncipe de los Apóstoles, elevamos fervorosas oraciones al trono del Altísimo Dios; rogamos a este su afortunado Vicario y glorioso mártir, para que se digne volver del Cielo una mirada piadosa sobre las presentes necesidades de su Iglesia, se digne protegerla y sostenerla en los fuertes asaltos que cada día debe soportar por parte de sus enemigos, obtenga fuerza y coraje para sus sucesores, para todos los obispos y para todos los sagrados ministros, para que todos se hagan dignos del ministerio que Cristo les ha confiado; de modo que, confortados por su ayuda celestial, puedan cosechar abundantes frutos de sus trabajos, promoviendo la gloria de Dios y la salvación de las almas entre los pueblos cristianos.

Afortunados aquellos pueblos que están unidos a Pedro en la persona de los Papas sus sucesores. Ellos caminan por el camino de la salvación; mientras que todos aquellos que se encuentran fuera de este camino y no pertenecen a la unión de Pedro no tienen ninguna esperanza de salvación. Jesucristo mismo nos asegura que la santidad y la salvación no pueden encontrarse sino en la unión con Pedro, sobre el cual se apoya el fundamento inmóvil de su Iglesia. Agradecemos de corazón la bondad divina que nos ha hecho hijos de Pedro.

Y puesto que él tiene las llaves del reino de los Cielos, pidámosle que sea nuestro protector en las presentes necesidades, y así en el último día de nuestra vida se digne abrirnos la puerta de la bienaventurada eternidad.

APÉNDICE SOBRE LA VENIDA DE S. PEDRO A ROMA

Aunque las discusiones sobre hechos particulares pueden considerarse ajenas al historiador, sin embargo, la venida de S. Pedro a Roma, que es uno de los puntos más importantes de la historia eclesiástica, siendo calurosamente combatida por los herejes de hoy, me parece materia de tal importancia que no debe ser omitida.

Esto parece tanto más oportuno porque los protestantes desde hace algún tiempo en sus libros, periódicos y conversaciones tratan de hacer de ello objeto de razonamiento, siempre con el propósito de ponerlo en duda y desacreditar nuestra santa religión católica. Esto lo hacen para disminuir, incluso para destruir, si pudieran, la autoridad del Papa, ya que dicen que si Pedro no vino a Roma, los Pontífices Romanos no son sus sucesores, y por lo tanto no herederos de sus poderes. Pero los esfuerzos de los herejes solo muestran cuán poderosa es contra ellos la autoridad del Papa; para liberarse de la cual no se avergüenzan de fabricar mentiras, pervirtiendo y negando la historia. Creemos que este solo hecho bastará para dar a conocer la gran mala fe que reina entre ellos; ya que poner en duda la venida de S. Pedro a Roma es lo mismo que dudar si hay luz cuando el sol brilla en pleno mediodía.

Considero oportuno señalar aquí que hasta el siglo catorce, en el espacio de aproximadamente mil cuatrocientos años, no se encuentra un autor ni católico ni hereje, que haya planteado el más mínimo duda sobre la venida de S. Pedro a Roma; y nosotros invitamos a los adversarios a citar uno solo. El primero que planteó esta duda fue Marsilio de Padua, que vendió su pluma al emperador Luis el Bávaro; y ambos, uno con las armas, el otro con perversas doctrinas, se desataron contra el primado del Sumo Pontífice. Tal duda, sin embargo, fue considerada por todos como ridícula, y se desvaneció con la muerte de su autor.

Doscientos años después, en el siglo dieciséis, surgieron los espíritus turbulentos de Lutero y de Calvino, y de la escuela de estos salieron varios, quienes, superando la mala fe de sus propios maestros, trataron de suscitar la misma duda para

engañar mejor a los simples y a los ignorantes. Quien tiene un poco de práctica en historia sabe qué crédito merece aquel que, apoyado únicamente en su capricho, se pone a contradecir un hecho referido con unánime consenso por los escritores de todos los tiempos y de todos los lugares. Esta sola observación bastaría por sí misma para hacer manifiesta la inconsistencia de tal duda; sin embargo, para que el lector conozca a los autores que con su autoridad vienen a confirmar lo que afirmamos, citaremos algunos. Puesto que los protestantes admiten la autoridad de la iglesia de los primeros cuatro siglos, nosotros, deseosos de complacerles en todo lo que es posible, nos serviremos de escritores que hayan vivido en ese tiempo. Algunos de ellos afirman que Pedro estuvo en Roma, y otros atestiguan que allí fundó su sede episcopal y allí sufrió el martirio.

S. Clemente Papa, discípulo de San Pedro y su sucesor en el pontificado, en su primera carta escrita a los Corintios, da como pública y cierta la venida de San Pedro a Roma, su larga estancia allí, el martirio sufrido allí junto con S. Pablo. He aquí sus palabras: «El ejemplo de estos hombres, los cuales, viviendo santamente, agregaron una gran multitud de elegidos y sufrieron muchos suplicios y tormentos, ha quedado óptimo entre nosotros.»

S. Ignacio mártir, también discípulo de S. Pedro y su sucesor en el obispado de Antioquía, siendo conducido a Roma para ser allí martirizado, escribe a los romanos pidiéndoles que no quieran impedir su martirio y dice: «Os ruego, no os mando, como han hecho Pedro y Pablo: *Non ut Petrus et Paulus praecipio vobis.*»

Lo mismo afirma Papías, contemporáneo de los mencionados y discípulo de S. Juan Evangelista, como se puede ver en Eusebio en su Historia Eclesiástica, libro 2, capítulo 15.

A poca distancia de estos tenemos los ilustres testimonios de S. Ireneo y de S. Dionisio, quienes han conocido y conversado largamente con los discípulos de los Apóstoles, y estaban muy informados de las cosas ocurridas en el seno de la Iglesia de

Roma.

S. Ireneo, obispo de Lyon y muerto mártir en el año 202, atestigua que S. Mateo divulgó su Evangelio a los judíos en su propia lengua, mientras Pedro y Pablo predicaban en Roma y establecían la Iglesia: *Petro et Paulo Romae evangelizantibus et constituentibus Ecclesiam* [34]. Después de tales testimonios, no sabemos cómo osan los herejes negar la venida de S. Pedro a Roma. Casi al mismo tiempo florecieron Clemente de Alejandría, S. Cayo, sacerdote de Roma, Tertuliano de Cartago, Orígenes, S. Cipriano y muchísimos otros, quienes coinciden en referir el gran concurso de fieles a la tumba de S. Pedro, martirizado en Roma; y todos, llenos de veneración por el primado que gozaba la Iglesia de Roma, dicen que de ella se deben esperar los oráculos de la eterna salvación, porque Jesucristo ha prometido la conservación de la fe a su fundador S. Pedro [35].

Y si de estos escritores pasamos a las luminarias de la Iglesia, S. Pedro de Alejandría, S. Asterio de Amaseno, S. Ottato Milevitano, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, S. Epifanio, S. Máximo de Turín, S. Agustín, S. Cirilo de Alejandría y muchos otros, encontramos sus testimonios plenamente unánimes y concordados sobre la verdad que afirmamos; es decir, que Pedro estuvo en Roma y allí sufrió el martirio. S. Ottato, obispo de Milevi en África, escribiendo contra los Donatistas dice: «No puedes negar, tú lo sabes, que en la ciudad de Roma desde el principio fue mantenida la cátedra episcopal por Pedro.» Por amor a la brevedad, solo citamos las palabras del Doctor S. Jerónimo, que floreció en el siglo IV de la Iglesia. «Pedro, príncipe de los Apóstoles,» escribe, «va a Roma en el segundo año del emperador Claudio, y allí mantuvo la cátedra sacerdotal hasta el último año de Nerón. Sepultado en Roma en el Vaticano, cerca de la Vía Trionfale, es célebre por la veneración que le rinde el universo. [36]»

Se añaden los muchos martirologios de las diferentes Iglesias latinas, que desde la más remota antigüedad han llegado hasta nosotros, los diferentes Calendarios de los Etíopes, de los Egipcios, de los Sirios, los menologios de los Griegos; las

mismas liturgias de todas las Iglesias cristianas esparcidas en los varios países de la cristiandad; en todas partes se encuentra registrada la verdad de este relato.

¿Qué más? Los mismos protestantes algo célebres en doctrina, como el Gave, Ammendo, Pearsonio, Grocio, Usserio, Biondello, Scaligero, Basnagio y Newton con muchísimos otros, coinciden en que la venida del príncipe de los Apóstoles a Roma y su muerte ocurrida en esa metrópoli del universo son un hecho incontestable.

Es cierto que ni los Hechos de los Apóstoles, ni S. Pablo en su carta a los Romanos hacen mención de este hecho. Pero además de que escritores acreditados reconocen en estos autores bastante claramente aludido tal acontecimiento [\[37\]](#), observamos que el autor de los Hechos de los Apóstoles no tenía el propósito de escribir las acciones de S. Pedro ni de los otros Apóstoles, sino solamente las de S. Pablo, su compañero y maestro; y esto casi para hacer la apología de este Apóstol de las gentes, entre todos el más despreciado y calumniado por los judíos. Por eso es que S. Lucas, después de haber narrado los principios de la Iglesia desde el capítulo XVI hasta el final de su libro, no escribe más de otros que de Pablo y de sus compañeros de misión. De hecho, en sus Hechos, Lucas ni siquiera nos narra todas las cosas operadas por Pablo, cosas que sabemos solamente por las cartas de este Apóstol. De hecho, ¿nos habla él acaso de los tres naufragios sufridos por su maestro, de la lucha que en Éfeso tuvo que sostener con las bestias, y de otras gestas de las que se hace mención en su segunda carta a los Corintios y en la a los Gálatas? [\[38\]](#) ¿Nos habla acaso S. Lucas del martirio de Pablo, o incluso solo de aquellas cosas que él hizo después de su primera prisión en Roma? ¿Menciona acaso una sola de las 14 cartas? Nada de todo esto. Ahora, ¿qué maravilla si el mismo escritor calló muchas cosas operadas por Pedro, entre las cuales su venida a Roma?

Lo que hemos dicho sobre el silencio de San Lucas vale para el silencio de San Pablo en su carta a los Romanos. Pablo, al escribir a los Romanos, no saluda a Pedro; por lo tanto,

concluyen los protestantes, Pedro nunca estuvo en Roma. ¡Qué extrañeza de razonamiento! A lo sumo se podría deducir que Pedro en ese momento no se encontraba en Roma; y no más. ¿Y quién no sabe que Pedro, mientras ocupaba la sede de Roma, se alejaba a menudo para ir a fundar otras Iglesias en varias partes de Italia? ¿No había hecho lo mismo cuando tenía su sede en Jerusalén y en Antioquía? Fue precisamente en esa época que viajó por varias partes de Palestina, y luego en Asia Menor, en Bitinia, en Ponto, en Galacia, en Capadocia, a las cuales todas dirigió especialmente su primera carta. Por lo tanto, no se debe suponer que no hiciera lo mismo en Italia, que le ofrecía una cosecha copiosísima. Por otra parte, que Pedro en Italia no se ocupase solamente de Roma, lo sabemos por Eusebio, historiador del siglo IV, quien, al escribir sobre las principales cosas que realizó, se expresa así: «Las pruebas de las cosas hechas por Pedro son las mismas Iglesias que poco después resplandecieron, como por ejemplo la Iglesia de Cesárea en Palestina, la de Antioquía en Siria y la Iglesia de la misma ciudad de Roma. Porque ha sido transmitido a las generaciones futuras que el mismo Pedro constituyó estas Iglesias y todas las circundantes. Y así también las de Egipto y de la misma Alejandría, aunque estas no por sí mismo, sino por medio de Marcos, su discípulo, mientras él se ocupaba en Italia y entre las gentes circundantes. [\[39\]](#)»

Por lo tanto, Pablo en su carta a los Romanos no saluda a Pedro, porque sabía que en ese momento él quizás no se encontraba en Roma. Ciertamente, si Pedro hubiera estado allí, él mismo podría haber resuelto la cuestión surgida entre esos fieles, la cual dio ocasión a Pablo de escribir su célebre carta.

Y luego, incluso si Pedro se hubiera encontrado en la ciudad, se puede decir que Pablo en su carta no dejó a los fieles saludarlo junto con los demás, porque lo hizo saludar aparte por el portador de la misma, o le escribió individualmente como usamos nosotros aún hoy con las personas de consideración. Por otra parte, si el no haber hecho Pablo, al escribir a los Romanos, que se saludara a Pedro probara que

Pedro nunca estuvo en Roma, entonces también deberíamos decir que San Santiago Menor nunca fue obispo de Jerusalén, porque Pablo, al escribir a los Hebreos, no lo saluda en absoluto. Ahora, toda la antigüedad proclama a San Santiago obispo de Jerusalén. Por lo tanto, el silencio de Pablo no concluye nada contra la venida de San Pedro a Roma.

Añadamos: si del silencio de la Sagrada Escritura respecto a la venida de San Pedro a Roma se pudiera inferir razonablemente que Pedro no vino a Roma, entonces también se podría argumentar así: la Santa Escritura no dice que San Pedro haya muerto; por lo tanto, San Pedro sigue vivo, y ustedes protestantes búsquenlo en algún rincón de la tierra.

Hay, además, una razón para el silencio de la Sagrada Escritura sobre la venida y muerte de San Pedro en Roma, y no queremos callarla. Que Pedro es el cabeza de la Iglesia, el pastor supremo, el maestro infalible de todos los fieles, y que estas prerrogativas debían transmitirse a sus sucesores hasta el fin del mundo, esto es dogma de fe, y por lo tanto debía ser revelado ya sea por medio de la Sagrada Escritura o por medio de la Tradición divina, como lo fue; pero que él vino y murió en Roma es un hecho histórico, un hecho que se podía ver con los ojos, tocar con las manos; y por lo tanto no era necesaria una testificación de la Sagrada Escritura para certificarlo, bastando para ello aquellas pruebas que anuncian y aseguran al hombre todos los demás hechos. Los protestantes que pretenden negar la venida de San Pedro a Roma porque no se puede probar con argumentos bíblicos caen en el ridículo. ¿Qué dirían ellos mismos de aquel que negase la venida y muerte del emperador Augusto en la ciudad de Nola porque la Escritura no lo dice? Si queremos detenernos en este silencio de los Hechos de los Apóstoles y de la carta de San Pablo, digamos que esto no prueba ni para nosotros ni para los protestantes. Porque la sana lógica y la simple razón natural nos enseñan que, cuando se busca la verdad de un hecho callado por un autor, se debe buscar en otros a quienes les corresponde hablar de ello. Cosa que hemos hecho abundantemente.

Tampoco ignoramos que Flavio Josefo no habla de esta venida de

San Pedro a Roma; como tampoco habla de San Pablo. Pero, ¿qué le importa a él hablar de los cristianos? Su objetivo era escribir la historia del pueblo judío y de la guerra judía, y no los hechos particulares ocurridos en otros lugares. Él sí habla de Jesucristo, de San Juan Bautista, de San Santiago, cuya muerte ocurrió en Palestina; pero ¿habla acaso de San Pablo, de San Andrés o de los otros Apóstoles, que fueron coronados con el martirio fuera de Palestina? ¿Y no dice él mismo que quiere pasar por alto muchos hechos ocurridos en sus tiempos[40]?

Y luego, ¿no es una locura confiar más en un judío que no habla, que en los primeros cristianos que proclaman todos a una voz que San Pedro murió en Roma, después de haber residido allí muchos años?

No queremos omitir la dificultad que algunos plantean sobre el desacuerdo de los escritores al fijar el año de la venida de San Pedro a Roma. Porque en nuestros tiempos los eruditos van comúnmente de acuerdo en la cronología que seguimos. Pero decimos que ese desacuerdo de los escritores antiguos demuestra la verdad del hecho: demuestra que un escritor no ha copiado del otro, que cada uno se servía de esos documentos o de esas memorias que tenía en sus respectivos países y que eran públicamente conocidos como ciertos; ni debe sorprendernos tal desacuerdo cronológico (que es de uno o dos años más o menos) en aquellos tiempos remotos en los que cada nación tenía una forma propia de computar los años. Pero todos estos autores refieren con franqueza tal venida de San Pedro a Roma y mencionan las minucias respecto a su residencia y muerte en esa ciudad.

Los adversarios contra la venida de San Pedro a Roma también añaden: de la primera carta de San Pedro a los fieles de Asia se deduce que él estuvo en Babilonia. Así, de hecho, se expresa en sus saludos: «Los saluda la Iglesia que está reunida en Babilonia, y Marcos, mi hijo». Por lo tanto, es imposible su venida a Roma. Comencemos a decir que, incluso si por Babilonia, de la que habla Pedro, se entendiera la metrópoli de Asiria, sin embargo, no se podría inferir que no

haya podido venir, y no haya venido a Roma. Su pontificado fue bastante largo, y los críticos coinciden en decir que la mencionada carta fue escrita antes del año 43, o en ese entorno. De hecho, él aún saluda a los fieles en nombre de Marcos, quien sabemos por Eusebio fue enviado por Pedro a fundar la Iglesia de Alejandría en el año 43 de Jesucristo. Por lo tanto, resulta que Pedro, desde la fecha de su carta hasta su muerte, tuvo al menos 24 años más de vida. ¿En un intervalo de tiempo tan largo no podría haber hecho el viaje a Roma?

Pero tenemos otra respuesta que dar; y es que Pedro habló metafóricamente y con el nombre de Babilonia se refirió a la ciudad de Roma, donde precisamente se encontraba al escribir su carta. Esto se deduce de toda la antigüedad. Papías, discípulo de los Apóstoles, dice en términos claros que Pedro mostró haber escrito su primera carta en Roma, mientras que con la traslación de vocabulario le da el nombre de Babilonia[41]. San Jerónimo dice igualmente que Pedro, en su primera carta, bajo el nombre de Babilonia significó la ciudad de Roma: *Petrus in epistola prima sub nomine Babylonis figurative Romam significans, salutatur vos, inquit, ecclesia quae est in Babylone collecta*[42]. Ni este lenguaje era inusitado entre los cristianos. San Juan da a Roma el mismo nombre de Babilonia. Él en su Apocalipsis, después de haber llamado a Roma la ciudad de las siete colinas, la ciudad grande que reina sobre los reyes de la tierra, anuncia su caída, escribiendo: *Cecidit, cecidit Babylon magna: cayó, cayó la gran Babilonia*[43]. Bien a razón, luego, Roma podía llamarse una Babilonia, porque encerraba en su seno todos los errores esparcidos en las diversas partes del mundo que dominaba.

Pedro además tenía buenos motivos para callar el nombre literal del lugar desde donde escribía; porque habiendo huido poco antes de las manos de Herodes Agripa, y sabiendo cómo entre este rey y el emperador Claudio había una estrecha amistad, podía temer con razón alguna trampa de estos dos enemigos del nombre cristiano, si su carta se hubiera

extraviado. Para evitar este peligro, por lo tanto, la prudencia quería que él en su escrito usara una palabra conocida por los cristianos y desconocida para los judíos y los gentiles. Así lo hizo.

Además, de las mismas palabras de Pedro se deduce otra prueba de su venida a Roma. De hecho, Pedro al concluir su carta dice: «Los saluda la Iglesia... y Marcos, mi hijo». Por lo tanto, Marcos se encontraba con Pedro. Esto puesto, toda la tradición proclama unánimemente que Marcos, hijo espiritual de Pedro, su discípulo, su intérprete, su escriba y diría su secretario, estuvo en Roma y en esta ciudad escribió el Evangelio que oyó predicar del mismo Maestro [\[44\]](#). Por lo tanto, es necesario admitir también que Pedro estuvo en Roma con el discípulo.

Ahora podemos llegar a esta conclusión. Durante mil cuatrocientos años nunca hubo nadie que haya planteado la más mínima duda sobre la venida de San Pedro a Roma. Por el contrario, tenemos una larga serie de hombres célebres por su santidad y doctrina, que desde los tiempos apostólicos hasta nosotros con su autoridad siempre la han aceptado. Las liturgias, los martirologios, los mismos enemigos del cristianismo están de acuerdo con la mayoría de los protestantes sobre este hecho.

Por lo tanto, ustedes, oh protestantes de hoy, al oponerse a la venida de San Pedro a Roma, se oponen a toda la antigüedad, se oponen a la autoridad de los hombres más doctos y piadosos de los tiempos pasados; se oponen a los martirologios, a los menologios, a las liturgias, a los calendarios de la antigüedad; se oponen a lo que escribieron sus propios maestros.

Oh, protestantes, abran los ojos; escuchen las palabras de un amigo que les habla movido únicamente por el deseo de su bien. Muchos pretenden ser su guía en la verdad; pero o por malicia o por ignorancia les engañan. Escuchen la voz de Dios que les llama a su redil, bajo la custodia del pastor supremo que Él ha establecido. Abandonen todo compromiso, superen el obstáculo del respeto humano, renuncien a los errores en los

que hombres ilusionados les han precipitado. Regresen a la religión de sus antepasados, que algunos de sus antepasados abandonaron; inviten a todos los seguidores de la Reforma a escuchar lo que decía en sus tiempos Tertuliano: «Así que, oh cristiano, si quieres asegurarte en el gran asunto de la salvación, recurre a las Iglesias fundadas por los Apóstoles. Ve a Roma, de donde emana nuestra autoridad. Oh Iglesia feliz, donde con su sangre derramaron toda su doctrina, donde Pedro sufrió un martirio similar a la pasión de su divino Maestro, donde Pablo fue coronado con el martirio al ser decapitado, donde Juan, después de haber sido sumergido en una caldera de aceite hirviendo, no sufrió nada y por lo tanto fue exiliado en la isla de Patmos[45]».

Tercera Edición

Turín

Librería Salesiana Editrice 1899

[1ª ed., 1856; reimp. 1867 y 1869; 2ª ed., 1884]

Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? (Mateo XIV, 31).

PROPIEDAD DEL EDITOR

S. Pier d' Arena – Escuela Tip. Salesiana

Hospicio S. Vicente de Paúl

(N. 1265 – M)

Visto: nada impide su impresión Génova,

12 de junio de 1899

AGOSTINO Can. MONTALDO V.

Se permite la impresión Génova,

15 de junio de 1899

Can. PAOLO CANEVELLO Prov. Gen.

[1] Las noticias sobre la vida de San Pedro se han extraído del Evangelio, de los Hechos y de algunas cartas de los Apóstoles, así como de varios otros autores, cuyas memorias son referidas por César Barón en el primer volumen de sus

anales, por los Bollandistas el 18 de enero, 22 de febrero, 29 de junio, 1 de agosto y en otros lugares. De la vida de San Pedro han tratado ampliamente Antonio Cesari en los Hechos de los Apóstoles y también en un volumen separado, Luigi Cuccagni en tres volúmenes consistentes, y muchos otros.

[2]

[3] San Ambrosio, obra citada.

[4] San Jerónimo, Contra Joviniano, capítulo 1, 26.

[5] Evangelio según Mateo, capítulo 16.

[6] Génesis, capítulo 41.

[7] Evangelio según Mateo, capítulo 18.

[8] Evangelio según Mateo, capítulo 15.

[9] San Juan Damasceno, Homilía sobre la Transfiguración.

[10] San Juan Crisóstomo, Comentario al Evangelio de Mateo.

[11] El traslado de “puerta” por “potencia”, por lo tanto, el signo por la cosa significada, deriva del hecho de que en la antigua ley y entre los pueblos orientales, los príncipes y los jueces ejercían generalmente su poder legislativo y judicial ante las puertas de la ciudad (ver III, pág. XXII, 2). Además, esta parte de la ciudad se mantenía en un estado continuo de presidio y munición, de tal manera que, una vez tomadas las puertas, el resto era fácilmente conquistado. Aún hoy se dice «Puerta Otomana» o «Sublime Puerta» para indicar el poder de los turcos.

[12] San Jerónimo, Contra Joviniano, capítulo 1, 26.

[13] San Agustín, Sobre la Unidad de la Iglesia.

[14] San Ireneo, Contra las Herejías, libro III, n. 3.

[15] Salmos 68, 108.

[16] Evangelio según Juan, 14, 12.

[17] Ver San Basilio de Seleucia y las Reconocimientos de San Clemente.

[18] Ver Teodoreto, San Juan Crisóstomo, San Clemente, etc.

[19] Benedicto XIV, De la Beatificación de los Siervos de Dios, libro I, capítulo I.

[20] Carta a los Romanos, capítulo I.

[21] Eusebio, Historia Eclesiástica, libro II, capítulo 15.

[22] Primera Carta de Pedro, capítulo 5.

[23] San Paciano, carta 2.

[24] Los santos Padres que relatan el hecho de Simón Mago, entre otros, son: San Máximo de Turín, San Cirilo de Jerusalén, San Sulpicio Severo, San Gregorio de Tours, San Clemente Papa, San Basilio de Seleucia, San Epifanio, San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo y muchos otros.

[25] Lactancio, libro 4.

[26] Epístola 2, capítulo 3.

[27] Las opiniones de los estudiosos varían al fijar el año del martirio del Príncipe de los Apóstoles; pero la más probable es la que lo asigna al año 67 de la era vulgar. De hecho, San Jerónimo, incansable investigador y conocedor de las cosas sagradas, nos informa que San Pedro y San Pablo fueron martirizados dos años después de la muerte de Séneca, maestro de Nerón. Ahora, de Tácito, historiador de aquellos tiempos, sabemos que los cónsules bajo los cuales murió Séneca fueron Silio Nerva y Ático Vestino, que ocuparon el consulado en el año 65; por lo tanto, los dos Apóstoles sufrieron el martirio en 67. A este cómputo de años, por el cual se fija el

martirio en ese tiempo, corresponden los 25 años y casi dos meses durante los cuales San Pedro ocupó su Cátedra en Roma; número de años que siempre ha sido reconocido por toda la antigüedad (ver «Observaciones histórico-cronológicas» de Monseñor Domenico Bartolini, cardenal de Santa Iglesia: «Si el año 67 de la era vulgar es el año del martirio de los gloriosos Príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo», Roma, Tipografía Scalvini, 1866).

[28] La cadena con la que fue atado San Pedro se conserva aún en Roma en la iglesia llamada San Pedro en Cadena (Artano, «Vida de San Pedro»).

[29] En la punta más alta del Monte Gianicolo, donde Anco Marcio, cuarto rey de Roma, fundó la fortaleza gianicolense, se edificó la iglesia de San Pedro en Montorio, en el lugar donde el santo Apóstol sufrió el martirio. Este monte fue llamado Gianicolo porque estaba dedicado a Jano, guardián de las puertas que en latín se dicen ianuae. Se dice que aquí también fue sepultado Jano, que edificó esa parte de Roma frente al Capitolio. También se le llamó Monte Aureo, por la cercana y antigua Puerta Aurelia. Ahora se llama Montorio, es decir, Monte de Oro, por el color amarillo de la tierra que cubre esta colina, una de las siete colinas de la antigua Roma (ver Moroni, «Iglesias de San Pedro»).

[30] Bollandistas, día 29 de junio.

[31] San Efrén Siro.

[32] Ver Plaza Emanuele.

[33] Ver San Gregorio Magno, epístola 30. Barón al año 284.

[34] San Ireneo, Contra las Herejías, libro III, capítulo 1.

[35] Cayo Romano ante Eusebio; Clemente Alejandrino, *Stromata*, libro 7; Tertuliano, *De persecuciones*; Orígenes ante Eusebio, libro 3; San Cipriano, carta 52 a Antoniano y carta 55 a

Cornelio.

[36] San Jerónimo, *De viris illustribus*, capítulo 1.

[37] Teodoreto, obispo de Ciro, hombre versadísimo en la historia eclesiástica, muerto en el año 450, comentando la Carta de San Pablo a los Romanos, donde el Apóstol escribe: «Desearía verlos, para comunicarles algún don espiritual a fin de que sean fortalecidos» (Romanos 1,11), añade que Pablo no ha dicho que quiere confirmarlos si no porque el gran San Pedro ya les había comunicado primero el Evangelio: “Porque Pedro primero les ha dado la doctrina evangélica, ha necesariamente añadido ‘para confirmarlos’” (*Comentario a la Carta a los Romanos*).

[38] 1 Corintios 11, 23-24; Gálatas 1, 17-18.

[39] Ver *Teofanía*.

[40] *Antigüedades Judías*, libro 20, capítulo 5.

[41] Ante Eusebio, libro II, 14.

[42] San Jerónimo, *De viris illustribus*.

[43] Apocalipsis 17,5; 18,2.

[44] Ver San Jerónimo, *De viris illustribus*, capítulo 8.

[45] Tertuliano, *De prescripción de herejes*, capítulo 36.

Vida de san Pablo Apóstol,

doctor de las gentes

El momento culminante del Año Jubilar para cada creyente es el paso a través de la Puerta Santa, un gesto altamente simbólico que debe vivirse con profunda meditación. No se trata de una simple visita para admirar la belleza arquitectónica, escultórica o pictórica de una basílica: los primeros cristianos no acudían a los lugares de culto por este motivo, también porque en aquella época no había mucho que admirar. Ellos llegaban, en cambio, para orar ante las reliquias de los santos apóstoles y mártires, y para obtener la indulgencia gracias a su poderosa intercesión.

Acudir a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo sin conocer su vida no es un signo de aprecio. Por eso, en este Año Jubilar, deseamos presentar los caminos de fe de estos dos gloriosos apóstoles, tal como fueron narrados por San Juan Bosco.

Vida de san Pablo Apóstol, doctor de las gentes contada al pueblo por el sacerdote Giovanni Bosco

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO I. Patria, educación de San Pablo, su odio contra los cristianos](#)

[CAPÍTULO II. Conversión y Bautismo de Saulo – Año de Cristo 34](#)

[CAPÍTULO III. Primer viaje de Saulo – Regresa a Damasco; le tienden emboscadas – Va a Jerusalén; se presenta a los Apóstoles – Se le aparece Jesucristo – Año de Jesucristo 35-36-37](#)

[CAPÍTULO IV. Profecías de Agabo – Saulo y Bernabé ordenados obispos – Van a la isla de Chipre – Conversión del procónsul Sergio – Castigo del mago Elima – Juan Marcos regresa a Jerusalén – Año de Jesucristo 40-43](#)

CAPÍTULO V. San Pablo predica en Antioquía de Pisidia – Año de Jesucristo 44

CAPÍTULO VI. San Pablo predica en otras ciudades – Realiza un milagro en Listra, donde luego es apedreado y dejado por muerto – Año de Jesucristo 45

CAPÍTULO VII. Pablo milagrosamente sanado – Otras de sus fatigas apostólicas – Conversión de Santa Tecla

CAPÍTULO VIII. San Pablo va a conferenciar con San Pedro – Asiste al Concilio de Jerusalén – Año de Cristo 50

CAPÍTULO IX. Pablo se separa de Bernabé – Recorre varias ciudades de Asia – Dios lo envía a Macedonia – En Filipos convierte a la familia de Lidia – Año de Cristo 51

CAPÍTULO X. San Pablo libera a una joven del demonio – Es golpeado con varas – Es encarcelado – Conversión del carcelero y de su familia – Año de Cristo 51

CAPÍTULO XI. San Pablo predica en Tesalónica – Asunto de Jasón – Va a Berea donde es nuevamente perturbado por los judíos – Año de Cristo 52

CAPÍTULO XII. Estado religioso de los atenienses – San Pablo en el Areópago – Conversión de San Dionisio – Año de Cristo 52

CAPÍTULO XIII. San Pablo en Corinto – Su estancia en casa de Aquila – Bautismo de Crispo y de Sostene – Escribe a los Tesalonicenses – Regreso a Antioquía – Año de Jesucristo 53-54

CAPÍTULO XIV. Apolo en Éfeso – El sacramento de la Confirmación – San Pablo realiza muchos milagros – Hecho de dos exorcistas judíos – Año de Cristo 55

CAPÍTULO XV. Sacramento de la Confesión – Libros perversos quemados – Carta a los Corintios – Levantamiento por la diosa Diana – Carta a los Gálatas – Año de Cristo 56-57

CAPÍTULO XVI. San Pablo regresa a Filipos – Segunda Carta a los fieles de Corinto – Va a esta ciudad – Carta a los Romanos – Su predicación prolongada en Troade – Resucita a un muerto – Año de Cristo 58

CAPÍTULO XVII. Predicación de San Pablo en Mileto – Su viaje hasta Cesarea – Profecía de Agabo – Año de Cristo 58

CAPÍTULO XVIII. San Pablo se presenta a San Jacobo – Los judíos le tienden emboscadas – Habla al pueblo – Reprende al sumo sacerdote – Año de Cristo 59

CAPÍTULO XIX. Cuarenta judíos se comprometen con un voto a matar a San Pablo – Un sobrino suyo descubre la trama – Es trasladado a Cesarea – Año de Cristo 59

CAPÍTULO XX. Pablo ante el gobernador – Sus acusadores y su defensa – Año de Cristo 59

CAPÍTULO XXI. Pablo ante Festo – Sus palabras al rey Agripa – Año de Cristo 60

CAPÍTULO XXII. San Pablo es embarcado hacia Roma – Sufre una terrible tormenta, de la cual es salvado con sus compañeros – Año de Jesús Cristo 60

CAPÍTULO XXIII. San Pablo en la isla de Malta – Es liberado de la mordedura de una víbora – Es acogido en casa de Publio, a quien sana – Año de Cristo 60

CAPÍTULO XXIV. Viaje de San Pablo de Malta a Siracusa – Predica en Reggio – Su llegada a Roma – Año de Cristo 60

CAPÍTULO XXV. Pablo habla a los judíos y les predica a Jesucristo – Progreso del Evangelio en Roma – Año de Cristo 61

CAPÍTULO XXVI. San Lucas – Los filipenses envían ayuda a San Pablo – Enfermedad y curación de Epafrodito – Carta a los filipenses – Conversión de Onésimo – Año de Jesucristo 61

[CAPÍTULO XXVII. Carta de San Pablo a Filemón – Año de Jesucristo 62](#)

[CAPÍTULO XXVIII. San Pablo escribe a los colosenses, a los efesios y a los hebreos – Año de Cristo 62](#)

[CAPÍTULO XXIX. San Pablo es liberado – Martirio de San Santiago el Menor – Año de Cristo 63](#)

[CAPÍTULO XXX. Otros viajes de San Pablo – Escribe a Timoteo y a Tito – Su regreso a Roma – Año de Cristo 68](#)

[CAPÍTULO XXXI. San Pablo es de nuevo encarcelado – Escribe la segunda carta a Timoteo – Su martirio – Año de Cristo 69-70](#)

[CAPÍTULO XXXII. Sepultura de San Pablo – Maravillas realizadas en su tumba – Basílica dedicada a él](#)

[CAPÍTULO XXXIII. Retrato de San Pablo – Imagen de su espíritu – Conclusión](#)

PREFACIO

San Pedro es el príncipe de los Apóstoles, primer Papa, Vicario de Jesucristo en la tierra. Él fue establecido como cabeza de la Iglesia; pero su misión estaba particularmente dirigida a la conversión de los judíos. San Pablo, por su parte, es aquel Apóstol que fue llamado de manera extraordinaria por Dios para llevar la Luz del Evangelio a los gentiles. Estos dos grandes Santos son nombrados por la Iglesia como las columnas y los fundamentos de la Fe, príncipes de los Apóstoles, quienes, con sus trabajos, con sus escritos y con su sangre nos enseñaron la ley del Señor; *Ipsi nos docuerunt legem tuam, Domine*. Por esta razón, a la vida de San Pedro le sucede la de San Pablo.

Es cierto que este apóstol no se cuenta entre la serie de los Papas; pero los extraordinarios esfuerzos que realizó para ayudar a San Pedro a propagar el Evangelio, su celo, su caridad, la doctrina que nos dejó en los libros

sagrados, lo hacen parecer digno de ser colocado al lado de la vida del primer Papa, como una fuerte columna sobre la que se apoya la Iglesia de Jesucristo.

CAPÍTULO I. Patria, educación de San Pablo, su odio contra los cristianos

San Pablo era judío de la tribu de Benjamín. Ocho días después de su nacimiento fue circuncidado, y se le impuso el nombre de Saulo, que luego fue cambiado por el de Pablo. Su padre residía en Tarso, ciudad de Cilicia, provincia de Asia Menor. El emperador César Augusto concedió muchos favores a esta ciudad y, entre otros, el derecho de ciudadanía romana. Por lo tanto, San Pablo, al nacer en Tarso, era ciudadano romano, cualidad que le otorgaba muchas ventajas, ya que podía disfrutar de inmunidad ante las leyes particulares de todos los países sujetos o aliados al imperio romano, y en cualquier lugar un ciudadano romano podía apelar al senado o al emperador para ser juzgado.

Sus parientes, siendo acomodados, lo enviaron a Jerusalén para darle una educación acorde a su estado. Su maestro fue un doctor llamado Gamaliel, hombre de gran virtud, de quien ya hemos hablado en la vida de San Pedro. En esa ciudad tuvo la suerte de encontrar un buen compañero de Chipre, llamado Bernabé, joven de gran virtud, cuya bondad de corazón contribuyó mucho a templar el ardiente ánimo del discípulo. Estos dos jóvenes siempre se mantuvieron leales amigos, y los veremos convertirse en colegas en la predicación del Evangelio.

El padre de Saulo era fariseo, es decir, profesaba la secta más severa entre los judíos, la cual consistía en una gran apariencia externa de rigor, máxima que es completamente contraria al espíritu de humildad del Evangelio. Saulo siguió las máximas de su padre, y como su maestro también era fariseo, se llenó de entusiasmo por aumentar su número y eliminar cualquier obstáculo que se opusiera a tal fin.

Era costumbre entre los judíos hacer que sus hijos

aprendieran un oficio mientras se dedicaban al estudio de la Biblia. Esto lo hacían para preservarlos de los peligros que conlleva la ociosidad; y también para ocupar el cuerpo y el espíritu en algo que pudiera proporcionarles el sustento en las difíciles circunstancias de la vida. Saulo aprendió el oficio de curtidor de pieles y especialmente a coser tiendas. Se destacó entre todos los de su edad por su celo hacia la ley de Moisés y las tradiciones de los judíos. Este celo poco iluminado lo convirtió en blasfemo, perseguidor y feroz enemigo de Jesucristo.

Incitó a los judíos a condenar a San Esteban, y estuvo presente en su muerte. Y como su edad no le permitía participar en la ejecución de la sentencia, así que él, cuando Esteban iba a ser apedreado, custodiaba los vestidos de sus compañeros y los incitaba con furia a lanzar piedras contra él. Pero Esteban, verdadero seguidor del Salvador, hizo la venganza de los santos, es decir, comenzó a orar por aquellos que lo apedreaban. Esta oración fue el principio de la conversión de Saulo; y San Agustín dice precisamente que la Iglesia no habría tenido en Pablo un apóstol, si el diácono Esteban no hubiera orado.

En esos tiempos se suscitó una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén, y Saulo era quien mostraba un feroz deseo de dispersar y enviar a muerte a los discípulos de Jesucristo. Con el fin de fomentar mejor la persecución en público y en privado, se hizo autorizar para ello por el príncipe de los sacerdotes. Entonces se convirtió en un lobo hambriento que no se saciaba de desgarrar y devorar. Entraba en las casas de los cristianos, los insultaba, los maltrataba, los ataba o los hacía cargar con cadenas para ser luego arrastrados a prisión, los hacía golpear con varas; en resumen, empleaba todos los medios para obligarlos a blasfemar el santo nombre de Jesucristo. La noticia de las violencias de Saulo se difundió incluso en países lejanos, de modo que su solo nombre infundía temor entre los fieles.

Los perseguidores no se contentaban con ser

cruel contra las personas de los cristianos; sino que, como siempre han hecho los perseguidores, también los despojaban de sus bienes y de cuanto poseían en común. Lo que hacía que muchos se vieran obligados a vivir de las limosnas que los fieles de las iglesias lejanas les enviaban. Pero hay un Dios que asiste y gobierna su Iglesia, y cuando menos lo pensamos, él viene en ayuda de quienes confían en él.

CAPÍTULO II. Conversión y Bautismo de Saulo – Año de Cristo 34

El furor de Saulo no podía saciarse; él no respiraba más que amenazas y matanzas contra los discípulos del Señor. Al enterarse que, en Damasco, ciudad distante aproximadamente cincuenta millas de Jerusalén, muchos judíos habían abrazado la fe, sintió arder en su interior un furibundo deseo de ir allí a hacer una masacre. Para actuar libremente según lo que su odio contra los cristianos le sugería, fue al príncipe de los sacerdotes y al senado, que con cartas lo autorizaron a ir a Damasco, encadenar a todos los judíos que se declararan cristianos y luego conducirlos a Jerusalén y allí castigarlos con una severidad capaz de detener a aquellos que pudieran haber sido tentados a imitarlos.

¡Pero son vanos los proyectos de los hombres cuando son contrarios a los del Cielo! Dios, movido por las oraciones de San Esteban y de los otros fieles perseguidos, quiso manifestar en Saulo su poder y su misericordia. Saulo, con sus cartas de recomendación, lleno de ardor, avanzando por el camino, estaba cerca de la ciudad de Damasco, y ya le parecía tener a los cristianos entre sus manos. Pero ese era el lugar de la divina misericordia.

En el ímpetu de su ciego furor, hacia el mediodía, una gran luz, más resplandeciente que la del sol, lo rodea a él y a todos los que lo acompañaban. Atónitos por aquel esplendor celestial, cayeron todos al suelo como muertos; al mismo tiempo oyeron el ruido de una voz, comprendida solo por

Saulo. "Saulo, Saulo", dijo la voz, "¿por qué me persigues?" Entonces Saulo, aún más asustado, respondió: "¿Quién eres tú que hablas?" "Yo soy", continuó la voz, "ese Jesús a quien tú persigues. Recuerda que es cosa demasiado dura dar patadas contra el aguijón, lo que haces al resistir a uno más poderoso que tú. Perseguido mi Iglesia, me persigues a mí mismo; pero esta se volverá más floreciente, y no harás daño más que a ti mismo."

Este dulce reproche del Salvador, acompañado de la unción interna de su gracia, ablandó la dureza del corazón de Saulo y lo transformó en un hombre completamente nuevo. Por lo tanto, todo humillado, exclamó: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Como si dijera: ¿Cuál es el medio de procurar tu gloria? Me ofrezco a ti para hacer tu santísima voluntad.

Jesucristo ordenó a Saulo que se levantara y fuera a la ciudad donde un discípulo lo instruiría sobre lo que debía hacer. Dios, dice San Agustín, al confiar a sus ministros la instrucción de un apóstol llamado de una manera tan extraordinaria, nos enseña que debemos buscar su santa voluntad en la enseñanza de los Pastores, a quienes ha revestido de su autoridad para ser nuestras guías espirituales en la tierra.

Saulo, al levantarse, no veía nada, aunque tenía los ojos abiertos. Por lo tanto, fue necesario darle la mano y conducirlo a Damasco, como si Jesucristo quisiera llevarlo en triunfo. Se alojó en la casa de un comerciante llamado Judas; allí permaneció tres días sin ver, sin beber y sin comer, ignorando aun lo que Dios quería de él.

Había en Damasco un discípulo llamado Ananías, muy estimado por los judíos por su virtud y santidad. Jesucristo se le apareció y le dijo: "¡Ananías!" Y él le respondió: "Aquí estoy, oh Señor." El Señor añadió: "Levántate y ve a la calle llamada Derecha, y busca a cierto Saulo nativo de Tarso; lo encontrarás mientras ora." Ananías, al oír el nombre de Saulo, tembló y dijo: "Oh Señor, ¿a dónde me envías? Tú bien sabes el gran mal que ha hecho a los fieles en Jerusalén; ahora se sabe por todos que ha venido aquí con pleno poder para encadenar a

todos los que creen en tu Nombre.” El Señor replicó: “Ve tranquilo, no temas, porque este hombre es un instrumento escogido por mí para llevar mi nombre a los gentiles, ante los reyes y ante los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre.” Mientras Jesucristo hablaba a Ananías, envió a Saulo otra visión, en la que le apareció un hombre llamado Ananías que, acercándose a él, le imponía las manos para devolverle la vista. Lo que hizo el Señor para asegurar a Saulo que Ananías era quien enviaba para manifestarle sus deseos.

Ananías obedeció, fue a ver a Saulo, le impuso las manos y le dijo: “Saulo, hermano, el Señor Jesús que te apareció en el camino por el que venías a Damasco, me ha enviado a ti para que recuperes la vista y seas lleno del Espíritu Santo.” Hablando así, Ananías, manteniendo las manos sobre la cabeza de Saulo, añadió: “Abre los ojos.” En ese momento cayeron de los ojos de Saulo ciertas escamas, y él recuperó perfectamente la vista.

Entonces Ananías añadió: “Ahora levántate y recibe el Bautismo, y lava tus pecados invocando el nombre del Señor.” Saulo se levantó de inmediato para recibir el Bautismo; luego, lleno de alegría, restauró su cansancio con un poco de comida. Pasados apenas algunos días con los discípulos de Damasco, comenzó a predicar el Evangelio en las sinagogas, demostrando con las Sagradas Escrituras que Jesús era Hijo de Dios. Todos los que lo escuchaban estaban llenos de asombro, y decían: “¿No es este el que en Jerusalén perseguía a los que invocaban el nombre de Jesús y que ha venido aquí precisamente para conducirlos prisioneros?”

Pero Saulo ya había superado todo respeto humano; él no deseaba más que promover la gloria de Dios y reparar el escándalo dado; por lo tanto, dejando que cada uno dijera de él lo que quisiera, confundía a los judíos y con valentía predicaba a Jesús crucificado.

CAPÍTULO III. Primer viaje de Saulo – Regresa a Damasco; le tienden emboscadas – Va a Jerusalén; se presenta a los Apóstoles – Se le aparece Jesucristo – Año de Jesucristo 35-36-37

Saulo, al ver las graves oposiciones que le hacían por parte de los judíos, consideró oportuno alejarse de Damasco para pasar algún tiempo con los hombres simples del campo y también para ir a Arabia a buscar otros pueblos más dispuestos a recibir la fe.

Después de tres años, creyendo que había cesado la tempestad, regresó a Damasco, donde con celo y fuerza se dedicó a predicar a Jesucristo; pero los judíos, no pudiendo resistir a las palabras de Dios que por medio de su ministro les eran predicadas, decidieron hacerle morir. Para lograr mejor su intento, lo denunciaron a Areta, rey de Damasco, presentando a Saulo como perturbador de la tranquilidad pública. Ese rey, demasiado crédulo, escuchó la calumnia y ordenó que Saulo fuera llevado a prisión, y para que no escapara, puso guardias en todas las puertas de la ciudad. Sin embargo, estas emboscadas no pudieron mantenerse tan ocultas que no llegara noticia a los discípulos y al mismo Saulo. Pero, ¿cómo podrían liberarlo? Esos buenos discípulos lo llevaron a una casa que daba a las murallas de la ciudad y, colocándolo en una cesta, lo bajaron por la muralla. Así, mientras las guardias vigilaban en todas las puertas y se hacía una rigurosísima búsqueda en cada rincón de Damasco, Saulo, liberado de sus manos, sano y salvo toma el camino hacia Jerusalén.

Aunque Judea no era el campo confiado a su celo, el motivo de este viaje era, sin embargo, santo. Él consideraba como su deber indispensable presentarse a Pedro, a quien aún no era conocido, y así dar cuenta de su misión al Vicario de Jesucristo. Saulo había impreso un terror tan

grande con su nombre en los fieles de Jerusalén que no podían creer en su conversión. Intentaba acercarse ahora a unos, ahora a otros; pero todos, temerosos, lo huían sin darle tiempo a explicarse. Fue en esa coyuntura que Bernabé se mostró un verdadero amigo. Apenas oyó contar la prodigiosa conversión de este su condiscípulo, se fue de inmediato a consolarlo; luego, fue a los Apóstoles y les contó la prodigiosa aparición de Jesucristo a Saulo y cómo él, instruido directamente por el Señor, no deseaba otra cosa que publicar el santo nombre de Dios a todos los pueblos de la tierra. A tan gratas noticias, los discípulos lo recibieron con alegría y San Pedro lo tuvo varios días en su casa, donde no dejó de hacerlo conocer a los fieles más celosos; ni dejaba escapar ocasión alguna para dar testimonio de Jesucristo en aquellos mismos lugares donde lo había blasfemado y hecho blasfemar.

Y como él apretaba demasiado a los judíos y los confundía en público y en privado, estos se levantaron contra él, resueltos a quitarle la vida. Por eso, los fieles le aconsejaron que saliera de esa ciudad. La misma cosa le hizo conocer Dios por medio de una visión. Un día, mientras Saulo oraba en el templo, le apareció Jesucristo y le dijo: "Sal de inmediato de Jerusalén, porque este pueblo no creerá lo que tú estás por decir de mí." Pablo respondió: "Señor, ellos saben cómo fui perseguidor de vuestro santo nombre; si saben que me he convertido, ciertamente seguirán mi ejemplo y también se convertirán." Jesús añadió: "No es así: ellos no prestarán fe alguna a tus palabras. Ve, yo te he elegido para llevar mi Evangelio a lejanos países entre los gentiles" (*Hechos de los Apóstoles, cap. 22*).

Deliberada así la partida de Pablo, los discípulos lo acompañaron a Cesárea y de allí lo enviaron a Tarso, su patria, con la esperanza de que podría vivir con menor peligro entre los parientes y amigos y comenzar también en esa ciudad a dar a conocer el nombre del Señor.

CAPÍTULO IV. Profecías de Agabo – Saulo y Bernabé ordenados obispos – Van a la isla de Chipre – Conversión del procónsul Sergio – Castigo del mago Elima – Juan Marcos regresa a Jerusalén – Año de Jesucristo 40-43

Mientras Saulo en Tarso predicaba la divina palabra, Bernabé se puso a predicarla con gran fruto en Antioquía. Al ver luego el gran número de aquellos que cada día venían a la fe, Bernabé consideró oportuno ir a Tarso para invitar a Saulo a venir a ayudarlo. De hecho, ambos vinieron a Antioquía, y aquí con la predicación y con los milagros ganaron un gran número de fieles.

En aquellos días algunos profetas, es decir, algunos fervorosos cristianos que, iluminados por Dios, predecían el futuro, vinieron de Jerusalén a Antioquía. Uno de ellos, llamado Agabo, inspirado por el Espíritu Santo, predijo una gran hambre que debía asolar toda la tierra, como de hecho ocurrió bajo el imperio de Claudio. Los fieles, para prevenir los males que esta hambre habría de causar, resolvieron hacer una colecta y así cada uno, según sus fuerzas, enviar algún socorro a los hermanos de Judea. Lo cual hicieron con excelentes resultados. Para tener luego una persona de crédito ante todos, eligieron a Saulo y Bernabé y los enviaron a llevar tal limosna a los sacerdotes de Jerusalén, para que hicieran la distribución según la necesidad. Cumplida su misión, Saulo y Bernabé regresaron a Antioquía.

También residían en esta ciudad otros profetas y doctores, entre los cuales un cierto Simón apodado el Negro, Lucio de Cirene y Manaén, hermano de leche de Herodes. Un día, mientras ofrecían los Santos Misterios y ayunaban, apareció el Espíritu Santo de manera extraordinaria y les dijo: “Sepárame a Saulo y Bernabé para la obra del sagrado ministerio a la que los he elegido.” Entonces se ordenó un ayuno con oraciones

públicas y, habiéndoles impuesto las manos, los consagraron obispos. Esta ordenación fue modelo de las que la Iglesia Católica suele hacer a sus ministros: de aquí tuvieron origen los ayunos de las cuatro t mporas, las oraciones y otras ceremonias que suelen tener lugar en la sagrada ordenación.

Saulo estaba en Antioquía cuando tuvo una maravillosa visión, en la cual fue arrebatado al tercer cielo, es decir, fue elevado por Dios a contemplar las cosas del Cielo más sublimes de las que un hombre mortal puede ser capaz.  l mismo dejó escrito que había visto cosas que no se pueden expresar con palabras, cosas nunca vistas, nunca oídas, y que el corazón del hombre no puede ni siquiera imaginar. De esta visión celestial, Saulo, confortado, partió con Bernabé y fue directamente a Seleucia de Siria, así llamada para distinguirla de otra ciudad del mismo nombre situada cerca del Tigris hacia Persia. Tenían también con ellos a un cierto Juan Marcos, no a Marcos el Evangelista.  l era hijo de aquella piadosa viuda en cuya casa se había refugiado San Pedro cuando fue milagrosamente liberado de prisión por un  ngel. Era primo de Bernabé y había sido llevado de Jerusalén a Antioquía en la ocasión en que fueron all  a llevar las limosnas.

Seleucia tenía un puerto en el Mediterráneo: de all  nuestros obreros evangélicos se embarcaron para ir a la isla de Chipre, patria de San Bernabé. Al llegar a Salamina, ciudad y puerto considerable de esa isla, comenzaron a anunciar el Evangelio a los judíos y luego a los gentiles, que eran más simples y mejor dispuestos a recibir la fe. Los dos Apóstoles, predicando por toda esa isla, llegaron a Pafos, capital del país, donde residía el procónsul o gobernador romano llamado Sergio Paulo. Aquí el celo de Saulo tuvo ocasión de ejercitarse a causa de un mago llamado Bar-Jesús o Elima. Este, fuera para ganarse el favor del procónsul o para sacar dinero de sus estafas, seduc a a la gente y alejaba a Sergio de seguir los piadosos sentimientos de su corazón. El procónsul, habiendo oído hablar de los predicadores que habían venido al país que él gobernaba, los mandó a llamar para que fueran a hacerle conocer su doctrina. Fueron de inmediato

Saulo y Bernabé a exponerle las verdades del Evangelio; pero Elima, al verse despojado de la materia de sus ganancias, temiendo quizás algo peor, comenzó a obstaculizar los designios de Dios, contradiciendo la doctrina de Saulo y desacreditándolo ante el procónsul para mantenerlo alejado de la verdad. Entonces Saulo, todo encendido de celo y del Espíritu Santo, le lanzó miradas: “¡Perverso!”, le dijo, “arca de impiedad y de fraude, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no te detienes aún de pervertir los rectos caminos del Señor? Ahora he aquí la mano de Dios pesando sobre ti: desde este momento serás ciego y por el tiempo que Dios quiera no verás la luz del sol.” Al instante le cayó sobre los ojos una neblina, de la cual, despojado de la facultad de ver, iba a tientas buscando quién le diera la mano.

Ante tal hecho terrible, Sergio reconoció la mano de Dios y, movido por las predicas de Saulo y por aquel milagro, creyó en Jesucristo y abrazó la fe con toda su familia. También el mago Elima, aterrificado por esta repentina ceguera, reconoció el poder divino en las palabras de Pablo y, renunciando al arte mágica, se convirtió, hizo penitencia y abrazó la fe. En esta ocasión, Saulo tomó el nombre de Pablo, tanto en memoria de la conversión de ese gobernador, como para ser mejor acogido entre los gentiles, ya que Saulo era un nombre hebreo, mientras que Pablo era un nombre romano.

Recogido en Pafos no pequeño fruto de su predicación, Pablo y Bernabé con otros compañeros se embarcaron rumbo a Perge, ciudad de Panfilia. Allí despidieron a casa a Juan Marcos, que hasta entonces se había esforzado en su ayuda. Bernabé lo habría querido mantener aún; pero Pablo, al ver en él una cierta pusilanimidad e inconstancia, pensó en enviarlo a su madre en Jerusalén. Veremos en breve a este discípulo reparar la debilidad ahora demostrada y convertirse en fervoroso predicador.

CAPÍTULO V. San Pablo predica en Antioquía de Pisidia – Año de Jesucristo 44

Desde Perga, San Pablo fue con San Bernabé a Antioquía de Pisidia, así llamada para distinguirla de Antioquía de Siria, que era la gran capital de Oriente. Allí los judíos, como en muchas otras ciudades de Asia, tenían su sinagoga donde los días de sábado se reunían para escuchar la explicación de la Ley de Moisés y de los Profetas. También intervinieron los dos apóstoles y con ellos muchos judíos y gentiles que ya adoraban al verdadero Dios. Según la costumbre de los judíos, los doctores de la ley leyeron un pasaje de la Biblia que luego le dieron a Pablo con la oración de que les dijera algo edificante. Pablo, que no esperaba otra cosa que la oportunidad de hablar, se levantó, indicó con la mano que hicieran todos silencio, y comenzó a hablar así: «Hijos de Israel, y ustedes todos que temen al Señor, ya que me invitan a hablar, les ruego que me escuchen con la atención que merece la dignidad de las cosas que estoy a punto de decirles.

«Ese Dios que ha elegido a nuestros padres cuando estaban en Egipto y con una larga serie de prodigios los ha hecho una nación privilegiada, ha honrado de manera especial a la estirpe de David prometiéndole que de esta haría nacer al Salvador del mundo. Esa gran promesa, confirmada por tantas profecías, se ha cumplido finalmente en la persona de Jesús de Nazaret. Juan, en quien ciertamente ustedes creen, ese Juan cuyas sublimes virtudes hicieron creer que era el Mesías, le ha dado el testimonio más autoritativo diciendo que no se consideraba digno de desatar ni siquiera las correas de sus sandalias. Ustedes hoy, hermanos, ustedes dignos hijos de Abraham, y ustedes todos adoradores del verdadero Dios, de cualquier nación o estirpe que sean, son aquellos a quienes está particularmente dirigida la palabra de salvación. Los habitantes de Jerusalén, engañados por sus jefes, no han querido reconocer al Redentor que les predicamos. De hecho, le

dieron la muerte; pero Dios omnipotente no ha permitido, como había predicho, que el cuerpo de su Cristo sufriera corrupción en el sepulcro. Por lo tanto, en el tercer día después de la muerte, lo hizo resucitar glorioso y triunfante.

«Hasta este punto ustedes no tienen culpa alguna, porque la luz de la verdad aún no había llegado hasta ustedes. Pero teman de ahora en adelante si alguna vez cierran los ojos; teman provocar sobre ustedes la maldición fulminada por los profetas contra cualquiera que no quiera reconocer la gran obra del Señor, cuyo cumplimiento debe tener lugar en estos días».

Terminado el discurso, todos los oyentes se retiraron en silencio meditando sobre las cosas escuchadas de San Pablo.

Sin embargo, eran diversos los pensamientos que ocupaban sus mentes. Los buenos estaban llenos de alegría por las palabras de salvación que les fueron anunciadas, pero gran parte de los judíos, siempre persuadidos de que el Mesías debía restablecer el poder temporal de su nación y avergonzándose de reconocer como Mesías a aquel que sus príncipes habían condenado a muerte ignominiosa, recibieron con desdén la predicación de Pablo. Sin embargo, se mostraron satisfechos e invitaron al Apóstol a regresar el sábado siguiente, con ánimo, sin embargo, muy diferente: los maliciosos para prepararse a contradecirlo, y aquellos que temían al Señor, israelitas y gentiles, para instruirse mejor y confirmarse en la fe. En el día convenido se reunió un inmenso pueblo para oír esta nueva doctrina. Apenas San Pablo comenzó a predicar, los doctores de la sinagoga se levantaron contra él. Oponían en primer lugar algunas dificultades; cuando luego se dieron cuenta de que no podían resistir a la fuerza de las razones con las que San Pablo probaba las verdades de la fe, se abandonaron a los gritos, a las injurias, a las blasfemias. Los dos apóstoles, al verse sofocar la palabra en la boca, con fuerte ánimo exclamaron en voz alta: «A ustedes se les debía en primer lugar anunciar la divina palabra; pero ya que se tapan despectivamente los oídos

y con furia la rechazan, se hacen indignos de la vida eterna. Por lo tanto, nos dirigimos a los gentiles para cumplir la promesa hecha por Dios por boca de su profeta cuando dijo: “Te he destinado por luz de los gentiles y para la salvación de ellos hasta el extremo de la tierra”».

Los judíos entonces, aún más movidos por envidia y desdén, incitaron contra los Apóstoles una feroz persecución.

Se sirvieron de algunas mujeres que gozaban de crédito de ser piadosas y honestas, y con ellas incitaron a los magistrados de la ciudad, y todos juntos, gritando y alborotando, obligaron a los Apóstoles a salir de sus límites. Así obligados, Pablo y Bernabé partieron de aquel desafortunado país y, en el acto de su partida, según el mandamiento de Jesucristo, sacudieron el polvo de sus pies en señal de renunciar para siempre a toda relación con ellos, como hombres reprobados por Dios y golpeados por la maldición divina.

CAPÍTULO VI. San Pablo predica en otras ciudades – Realiza un milagro en Listra, donde luego es apedreado y dejado por muerto – Año de Jesucristo 45

Pablo y Bernabé, expulsados de Pisidia, se dirigieron a Licia, otra provincia de Asia Menor, y llegaron a Iconio, que era su capital. Los santos Apóstoles, buscando solo la gloria de Dios, olvidando los maltratos que habían recibido en Antioquía por parte de los judíos, se dedicaron de inmediato a predicar el Evangelio en la sinagoga. Allí Dios bendijo sus esfuerzos, y una multitud de judíos y gentiles abrazó la fe. Pero aquellos entre los judíos que permanecieron incrédulos y se obstinaron en la impiedad, iniciaron otra persecución contra los Apóstoles. Algunos los acogían como hombres enviados por Dios, otros los proclamaban impostores. Por lo tanto, habiendo sido advertidos de que muchos de ellos, protegidos por los jefes de la sinagoga y los magistrados,

querían apedrearlos, se fueron a Listra y luego a Derbe, ciudad no muy distante de Iconio. Estas ciudades y los pueblos cercanos fueron el campo donde nuestros celosos obreros se dedicaron a sembrar la palabra del Señor. Entre los muchos milagros que Dios realizó por medio de San Pablo en esta misión, fue notable el que estamos a punto de relatar.

En Listra había un hombre cojo desde su nacimiento, que nunca había podido dar un paso con sus pies. Al oír que San Pablo realizaba milagros asombrosos, sintió nacer en su corazón una viva confianza de poder también él, por medio de ello, obtener la salud como tantos otros ya la habían obtenido. Escuchaba las predicaciones del Apóstol, cuando él, mirando fijamente a aquel infeliz y penetrando en las buenas disposiciones de su alma, le dijo en voz alta: “Levántate y ponte en pie”. A tal mandato, el cojo se levantó y comenzó a caminar rápidamente. La multitud que había sido testigo de tal milagro se sintió transportada por el entusiasmo y la maravilla. “Estos no son hombres”, se exclamaba por todas partes, “sino dioses revestidos de apariencia humana, descendidos del cielo entre nosotros”. Y según tal errónea suposición, llamaban a Bernabé Júpiter, porque lo veían de aspecto más majestuoso, y a Pablo, que hablaba con maravillosa elocuencia, lo llamaban Mercurio, quien entre los gentiles era el intérprete y mensajero de Júpiter y el dios de la elocuencia. Al llegar la noticia del hecho al sacerdote del templo de Júpiter, que estaba fuera de la ciudad, él consideró su deber ofrecer a los grandes huéspedes un solemne sacrificio e invitar a todo el pueblo a participar. Preparadas las víctimas, las coronas y todo lo necesario para la función, llevaron todo delante de la casa donde se alojaban Pablo y Bernabé, queriendo de todas las maneras hacerles un sacrificio. Los dos Apóstoles, llenos de santo celo, se lanzaron a la multitud y, en señal de dolor, desgarrándose las vestiduras, gritaban: “¡Oh!, ¡qué hacéis, oh miserables! ¡Nosotros somos hombres mortales como vosotros; ¡nosotros precisamente con todo el espíritu os exhortamos a convertirnos del culto de los dioses al culto de aquel Señor

que ha creado el cielo y la tierra, y que, aunque en el pasado ha tolerado que los gentiles siguieran sus locuras, ha sin embargo proporcionado claros argumentos de su ser y de su infinita bondad con obras que lo hacen conocer como supremo dueño de todas las cosas!”.

A tan franco hablar, los ánimos se calmaron y abandonaron la idea de hacer aquel sacrificio. Los sacerdotes aún no habían cedido del todo y estaban perplejos sobre si debían desistir cuando llegaron desde Antioquía y desde Iconio algunos judíos, enviados por las sinagogas para perturbar las santas empresas de los Apóstoles. Aquellos malignos hicieron tanto y dijeron tanto que lograron voltear a todo el pueblo contra los dos Apóstoles. Así, aquellos que pocos días antes los veneraban como dioses, ahora los gritaban malhechores; y como San Pablo había hablado singularmente, por eso la rabia se dirigió toda contra él.

Les lanzaron tal tempestad de piedras que, creyéndolo muerto, lo arrastraron fuera de la ciudad. ¡Mira, oh lector, qué cuenta debes hacer de la gloria del mundo! Aquellos que hoy te querrían elevar por encima de las estrellas, mañana quizás te quieren en el más profundo de los abismos. ¡Bienaventurados aquellos que ponen su confianza en Dios!

CAPÍTULO VII. Pablo milagrosamente sanado – Otras de sus fatigas apostólicas – Conversión de Santa Tecla

Los discípulos con otros fieles, habiendo sabido o quizás visto lo que había sucedido a Pablo, se reunieron alrededor de su cuerpo llorándolo como muerto. Pero pronto fueron consolados; pues, ya sea que Pablo estuviera verdaderamente muerto, ya sea que solo estuviera todo golpeado, Dios en un instante lo hizo volver sano y vigoroso como antes, de tal manera que pudo levantarse por sí mismo y, rodeado de los discípulos, regresar a la ciudad de Listra

entre aquellos mismos que poco antes lo habían apedreado.

Pero al día siguiente, salido de aquella ciudad, pasó a Derbe, otra ciudad de Licia. Allí predicó a Jesucristo y realizó muchas conversiones. Pablo y Bernabé visitaron muchas ciudades donde ya habían predicado y, observando los graves peligros a los que estaban expuestos aquellos que habían llegado a la fe hacía poco tiempo, ordenaron Obispos y Sacerdotes que tuvieran cuidado de aquellas iglesias.

Entre las conversiones realizadas en esta tercera misión de Pablo es muy célebre la de Santa Tecla. Mientras él predicaba en Iconio, esta joven fue a escucharlo. Anteriormente se había dedicado a las bellas letras y al estudio de la filosofía profana. Ya sus parientes la habían prometido a un joven noble, rico y muy poderoso. Un día, al encontrarse escuchando a San Pablo mientras predicaba sobre el valor de la virginidad, se sintió enamorar de esta preciosa virtud. Al oír luego la gran estima que de ella había hecho el Salvador y el gran premio que estaba reservado en el cielo a aquellos que tienen la bella suerte de conservarla, sintió arder en su deseo de consagrarse a Jesucristo y renunciar a todas las ventajas de los matrimonios terrenales. Al rechazar esos matrimonios, que a los ojos del mundo eran ventajosos, sus parientes se indignaron fuertemente y, de acuerdo con el prometido, intentaron por todos los medios, todas las lisonjas, para hacerla cambiar de propósito. Todo fue inútil: cuando un alma es herida por el amor de Dios, todo esfuerzo humano ya no puede alejarla del objeto que ama. De hecho, los parientes, el prometido, los amigos, cambiando el amor en furia, incitaron a los jueces y magistrados de Iconio contra la santa virgen y de las amenazas pasaron a los hechos.

Ella fue arrojada a un recinto de bestias hambrientas y feroces; Tecla, únicamente armada de la confianza en Dios, hace la señal de la Santa Cruz, y aquellos animales depusieron su ferocidad y respetaron a la esposa de Jesucristo. Se enciende una hoguera en la que ella es precipitada; pero apenas hace la señal de la Cruz, se apagan las llamas y ella se conserva ilesa. En resumen, fue expuesta

a todo tipo de tormentos y de todos fue prodigiosamente liberada. Por estas cosas se le dio el nombre de protomártir, es decir, primera mártir entre las mujeres, como Santo Esteban fue el primer mártir entre los hombres. Ella vivió aún muchos años en el ejercicio de las más heroicas virtudes, y murió en paz a una edad muy avanzada.

CAPÍTULO VIII. San Pablo va a conferenciar con San Pedro – Asiste al Concilio de Jerusalén – Año de Cristo 50

Después de las fatigas y sufrimientos sufridos por Pablo y Bernabé en su tercera misión, contentos con las almas que habían logrado conducir al redil de Jesucristo, regresaron a Antioquía de Siria. Allí contaron a los fieles de aquella ciudad las maravillas realizadas por Dios en la conversión de los gentiles. El Santo Apóstol fue allí consolado con una revelación, en la cual Dios le ordenó que se dirigiera a Jerusalén para conferenciar con San Pedro sobre el Evangelio que él había predicado. Dios había ordenado esto para que San Pablo reconociera en San Pedro al Jefe de la Iglesia, y así todos los fieles comprendieran cómo los dos príncipes de los Apóstoles predicaban una misma fe, un solo Dios, un solo bautismo, un solo Salvador Jesucristo.

Pablo partió en compañía de Bernabé, llevando consigo a un discípulo llamado Tito, ganado a la fe durante esta tercera misión. Este es el famoso Tito, que se convirtió en modelo de virtud, fiel seguidor y colaborador de nuestro santo Apóstol y de quien también tendremos muchas veces que hablar. Al llegar a Jerusalén se presentaron a los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan, que eran considerados como las principales columnas de la Iglesia. Entre otras cosas, allí se acordó que Pedro con Santiago y Juan se aplicaría de manera especial para llevar a los judíos a la fe; Pablo y Bernabé, en cambio, se dedicarían principalmente a la conversión de los gentiles.

Pablo permaneció quince días en aquella ciudad, después de lo cual regresó con sus compañeros a Antioquía. Allí encontraron a los fieles muy agitados por una cuestión derivada del hecho de que los judíos querían obligar a los gentiles a someterse a la circuncisión y a las otras ceremonias de la ley de Moisés, que era lo mismo que decir que era necesario convertirse en buen judío para luego convertirse en buen cristiano. Las contiendas llegaron a tal extremo que, no pudiendo aquietarse de otro modo, se decidió enviar a Pablo y Bernabé a Jerusalén para consultar al Jefe de la Iglesia a fin de que de él se decidiera la cuestión.

Ya hemos contado en la vida de San Pedro cómo Dios, con una maravillosa revelación, había hecho conocer a este príncipe de los Apóstoles que los gentiles, al venir a la fe, no estaban obligados a la circuncisión ni a las otras ceremonias de la ley de Moisés; sin embargo, para que la voluntad de Dios fuera conocida por todos y se resolviera de manera solemne toda dificultad, Pedro convocó un concilio universal, que fue el modelo de todos los concilios que se celebraron en tiempos futuros. Allí Pablo y Bernabé expusieron el estado de la cuestión, que fue definida por San Pedro y confirmada por los otros Apóstoles de la siguiente manera:

«Los Apóstoles y los ancianos a los hermanos convertidos del paganismo, que habitan en Antioquía y en las otras partes de Siria y de Cilicia. Habiendo nosotros entendido que algunos venidos de aquí han turbado y angustiado vuestras conciencias con ideas arbitrarias, nos ha parecido bien a nosotros aquí reunidos elegir y enviar a vosotros a Pablo y Bernabé, hombres muy queridos por nosotros, que han sacrificado su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Con ellos enviamos a Silas y a Judas, quienes entregándoos nuestras cartas os confirmarán de palabra las mismas verdades. De hecho, ha sido juzgado por el Espíritu Santo y por nosotros no imponeros otra ley, excepto aquellas que debéis observar, es decir, absteneros de las cosas sacrificadas a los ídolos, de las carnes ahogadas, de la sangre y de la fornicación, de las cuales cosas absteniéndoois haréis bien. Estad en paz.»

Esta última cosa, es decir, la fornicación, no era necesario prohibirla siendo totalmente contraria a los dictados de la razón y prohibida por el sexto precepto del Decálogo. Sin embargo, se renovó tal prohibición respecto a los gentiles, quienes en el culto de sus falsos dioses pensaban que era lícito, e incluso algo grato a esas inmundas deidades.

Llegados Pablo y Bernabé con Silas y Judas a Antioquía, publicaron la carta con el decreto del concilio, con la cual no solo aquietaron el tumulto, sino que llenaron a los hermanos de alegría, reconociendo cada uno la voz de Dios en la de San Pedro y del concilio. Silas y Judas contribuyeron mucho a esa alegría común, ya que siendo ellos profetas, es decir, llenos del Espíritu Santo y dotados del don de la palabra divina y de una gracia particular para interpretar las Sagradas Escrituras, tuvieron mucha eficacia en confirmar a los fieles en la fe, en la concordia y en los buenos propósitos.

San Pedro, habiendo sido informado de los extraordinarios progresos que el Evangelio hacía en Antioquía, también quiso venir a visitar a esos fieles, a quienes ya había predicado durante más años y entre los cuales había mantenido la Sede Pontificia durante siete años. Mientras los dos príncipes de los Apóstoles permanecían en Antioquía, ocurrió que Pedro, para complacer a los judíos, practicaba algunas ceremonias de la ley mosaica; lo cual causaba una cierta aversión por parte de los gentiles, sin que San Pedro fuera consciente de ello. San Pablo, al enterarse de este hecho, advirtió públicamente a San Pedro, quien con admirable humildad recibió el aviso sin proferir palabras de disculpa; más bien, desde entonces se convirtió en muy amigo de San Pablo, y en sus cartas no solía llamarlo con otro nombre que no fuera el de hermano queridísimo. Ejemplo digno de ser imitado por aquellos que de alguna manera son advertidos de sus defectos.

CAPÍTULO IX. Pablo se separa de Bernabé – Recorre varias ciudades de Asia – Dios lo envía a Macedonia – En Filipos convierte a la familia de Lidia – Año de Cristo 51

Pablo y Bernabé predicaron durante algún tiempo el Evangelio en la ciudad de Antioquía, esforzándose incluso por difundirlo en los países cercanos. No mucho después, a Pablo le vino a la mente visitar las Iglesias a las que había predicado. Por lo tanto, le dijo a Bernabé: «Me parece bien que volvamos a ver a los fieles de esas ciudades y tierras donde hemos predicado, para ver cómo van las cosas de religión entre ellos». Nada le importaba más a Bernabé, y por eso estuvo de acuerdo de inmediato con el Santo Apóstol; pero le propuso llevar consigo también a ese Juan Marcos que los había seguido en la misión anterior y luego los había dejado en Perga. Quizás deseaba borrar la mancha que se había hecho en esa ocasión, por lo que quería estar de nuevo en su compañía. San Pablo no lo juzgaba así: «Tú ves», le decía a Bernabé, «que este no es un hombre en quien se pueda confiar: seguramente recuerdas cómo, al llegar a Perga de Panfilia, nos abandonó». Bernabé insistía diciendo que se le podía acoger, y aducía buenas razones. No pudiendo los dos Apóstoles llegar a un acuerdo, decidieron separarse el uno del otro e ir por caminos diferentes.

Así Dios hizo servir esta diversidad de sentimientos a su mayor gloria; porque, separados, llevaban la luz del Evangelio a más lugares, cosa que no habrían hecho yendo ambos juntos.

Bernabé fue con Juan Marcos a la isla de Chipre y visitó aquellas Iglesias donde había predicado con San Pablo en la misión anterior. Este Apóstol trabajó mucho para difundir la fe de Jesucristo y finalmente fue coronado con el martirio en Chipre, su patria. Juan Marcos esta vez fue constante, y lo veremos luego como fiel compañero de San Pablo, quien tuvo que alabar mucho su celo y caridad.

San Pablo tomó consigo a Silas, quien le había sido asignado como compañero para llevar los actos del concilio de Jerusalén a Antioquía, emprendió su cuarto viaje y fue a visitar varias Iglesias que él había fundado. Se dirigió primero a Derbe, luego a Listra, donde algún tiempo atrás el Santo Apóstol había sido dejado por muerto. Pero Dios quiso esta vez compensarlo por lo que había sufrido antes.

Allí encontró a un joven que él había convertido en la otra misión, llamado Timoteo. Pablo ya había conocido el buen carácter de este discípulo y en su corazón había decidido hacer de él un colaborador del Evangelio, es decir, consagrarlo sacerdote y tomarlo como compañero en sus trabajos apostólicos. Sin embargo, antes de conferírsele la sagrada ordenación, Pablo pidió información a los fieles de Listra y encontró que todos elogiaban a este buen joven magnificando su virtud, modestia y su espíritu de oración; y esto lo decían no solo los de Listra, sino incluso los de Iconio y de otras ciudades cercanas, y todos presagiaban en Timoteo un sacerdote celoso y un santo obispo.

A estos luminosos testimonios, Pablo no tuvo más dificultad en consagrarlo sacerdote. Pablo, por lo tanto, tomando consigo a Timoteo y Silas, continuó la visita de las Iglesias, recomendando a todos observar y mantenerse firmes en las decisiones del concilio de Jerusalén. Así lo habían hecho los de Antioquía, y así lo hicieron en todo momento los predicadores del Evangelio para asegurar a los fieles de no caer en error: atenerse a los decretos, a las órdenes de los concilios y del Romano Pontífice sucesor de San Pedro.

Pablo con sus compañeros atravesó Galacia y Frigia para llevar el Evangelio a Asia, pero el Espíritu Santo se lo prohibió.

Para facilitar la comprensión de las cosas que estamos a punto de contar, es bueno aquí notar de paso cómo por la palabra Asia en sentido amplio se entiende una de las tres partes del mundo. Se suele llamar Asia Menor a toda la extensión de Asia, excepto aquella parte que se llama Asia Menor, hoy Anatolia, que es la península comprendida entre el

Mar de Chipre, el Egeo y el Mar Negro. También se llamó Asia Proconsular a una parte de Asia Menor más o menos extensa según el número de provincias confiadas al gobierno del procónsul romano. Aquí por Asia, a donde San Pablo proyectaba ir, se entiende una porción de Asia Proconsular, situada alrededor de Éfeso y comprendida entre el monte Tauro, el Mar Negro y Frigia.

San Pablo entonces pensó en ir a Bitinia, que es otra provincia de Asia Menor un poco más hacia el Mar Negro; pero tampoco eso le fue permitido por Dios. Por lo tanto, regresó y fue a Troade, que es una ciudad y provincia donde antiguamente había una famosa ciudad llamada Troya. Dios había reservado para otro tiempo la predicación del Evangelio a esos pueblos; por ahora quería enviarlo a otros países.

Mientras San Pablo estaba en Troade, le apareció un ángel vestido de hombre según el uso de los macedonios, quien, estando de pie delante de él, comenzó a rogarle así: «¡Oh! ten piedad de nosotros; pasa a Macedonia y ven en nuestro auxilio». De esta visión, San Pablo conoció la voluntad del Señor y sin dudarle se preparó para cruzar el mar y dirigirse a Macedonia.

En Troade se unió a San Pablo un primo suyo llamado Lucas, quien le resultó de gran ayuda en sus fatigas apostólicas. Era un médico de Antioquía, de gran ingenio, que escribía con pureza y elegancia en griego. Él fue para Pablo lo que San Marcos fue para San Pedro; y al igual que él escribió el Evangelio que leemos bajo el nombre de Evangelio según Lucas. También el libro titulado Hechos de los Apóstoles, del cual extraemos casi todas las cosas que decimos de San Pablo, es obra de San Lucas. Desde que se unió como compañero de nuestro Apóstol, no hubo más peligro, ni fatiga, ni sufrimiento que pudiera sacudir su constancia.

Pablo, por lo tanto, según el aviso del ángel, junto con Silas, Timoteo y Lucas, se embarcó de Troade, navegó el Egeo (que separa Europa de Asia) y con próspera navegación llegó a la isla de Samotracia, luego a Neápolis, no la capital del Reino de Nápoles, sino una pequeña ciudad en la frontera

de Tracia y Macedonia. Sin detenerse, el Apóstol fue directamente a Filipos, ciudad principal, así llamada porque fue edificada por un rey de ese país llamado Filipo. Allí se detuvieron por algún tiempo.

En esa ciudad los judíos no tenían sinagoga, ya sea porque les estaba prohibido, ya sea porque eran demasiado pocos en número. Solo tenían una proseuca, o lugar de oración, que nosotros llamamos oratorio. En el día de sábado, Pablo con sus compañeros salió de la ciudad a la orilla de un río donde encontraron una sinagoga con algunas mujeres dentro. Se pusieron de inmediato a predicar el reino de Dios a esa sencilla audiencia. Una comerciante llamada Lidia fue la primera en ser llamada por Dios; así ella y su familia recibieron el Bautismo.

Esta piadosa mujer, agradecida por los beneficios recibidos, así rogó a los maestros y padres de su alma: «Si ustedes me juzgan fiel a Dios, no me nieguen una gracia después de la del Bautismo que de ustedes reconozco. Vengan a mi casa, quédense tanto como deseen y considérenla como suya». Pablo no quería consentir; pero ella hizo tales insistencias que él tuvo que aceptar. He aquí el fruto que produce la palabra de Dios, cuando es bien escuchada. Ella genera la fe; pero debe ser oída y explicada por los sagrados ministros, como decía el mismo San Pablo: «Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi» (La fe viene del escuchar, y el escuchar se refiere a la palabra de Cristo).

CAPÍTULO X. San Pablo libera a una joven del demonio – Es golpeado con varas – Es encarcelado – Conversión del carcelero y de su familia – Año de Cristo 51

San Pablo con sus compañeros iban de aquí para allá esparciendo la semilla de la palabra de Dios por la ciudad de Filipos. Un día, yendo a la sinagoga, encontraron a una pitonisa, que nosotros diríamos maga o bruja. Ella tenía

un demonio que hablaba por su boca y adivinaba muchas cosas extraordinarias; lo que daba mucho beneficio a sus amos, ya que la gente ignorante iba a consultarla y para hacerse predecir el futuro debía pagar bien los consultorios. Esta, por lo tanto, se puso a seguir a San Pablo y a sus compañeros, gritando detrás de ellos así: "Estos hombres son siervos de Dios Altísimo; ellos les muestran el camino de la salvación." San Pablo la dejó hablar sin decir nada, hasta que, aburrido y disgustado, se volvió hacia ese espíritu maligno que hablaba por su boca y dijo en tono amenazante: "En el nombre de Jesucristo te mando que salgas inmediatamente de esta joven." Decir y hacer fue una sola cosa, porque, obligado por la poderosa virtud del nombre de Jesucristo, tuvo que salir de ese cuerpo, y por su partida la maga quedó sin magia.

Ustedes, oh lectores, comprenderán la razón por la cual el demonio alababa a San Pablo, y este santo Apóstol rechazó sus alabanzas. El espíritu maligno quería que San Pablo lo dejara en paz, y así la gente creyera que la misma doctrina era la de San Pablo y las adivinaciones de esa endemoniada. El santo Apóstol quiso demostrar que no había ningún acuerdo entre Cristo y el demonio, y rechazando sus adulaciones demostró cuán grande era el poder del nombre de Jesucristo sobre todos los espíritus del infierno.

Los amos de esa joven, al ver que con el demonio se había ido toda esperanza de ganancia, se indignaron fuertemente contra San Pablo y, sin esperar sentencia alguna, tomaron a él y a sus compañeros y los condujeron al Palacio de Justicia. Llegados ante los jueces, dijeron: "Estos hombres de raza judía trastornan nuestra ciudad para introducir una religión nueva, que ciertamente es un sacrilegio." El pueblo, al oír que se ofendía la religión, se enfureció y se lanzó contra ellos por todas partes.

Los jueces se mostraron llenos de indignación y, desgarrándose las vestiduras, sin hacer ningún juicio, sin examinar si había delito o no, los hicieron golpear ferozmente con varas y, cuando estuvieron saciados o cansados de golpearlos, ordenaron que Pablo y Silas fueran conducidos a la

prisión, imponiendo al carcelero que los vigilara con la máxima diligencia. Este no solo los encerró en la prisión, sino que para mayor seguridad les puso los pies en los cepos. Aquellos santos hombres, en el horror de la cárcel, cubiertos de llagas, lejos de quejarse, jubilaban de alegría y durante la noche iban cantando alabanzas a Dios. Los otros prisioneros se maravillaban.

Era la medianoche y aún cantaban y bendecían a Dios, cuando de repente se sintió un fortísimo terremoto, que con horrible estruendo hizo temblar hasta los cimientos de ese edificio. A esta sacudida caen las cadenas de los prisioneros, se rompen sus cepos, se abren las puertas de las prisiones y todos los detenidos se encuentran en libertad. Se despertó el carcelero y, corriendo para saber qué había sucedido, encontró abiertas las puertas. Entonces él, sin dudar que los prisioneros se habían escapado, y por lo tanto quizás él mismo debía pagarlo con la cabeza, en el exceso de la desesperación corre, saca una espada, la apunta a su pecho y ya está por matarse. Pablo, ya sea por el claro de luna o a la luz de alguna lámpara, al ver a ese hombre en tal acto de desesperación, “¡Detente!”, se puso a gritar, “No te hagas ningún daño, aquí estamos todos.” Asegurado por estas palabras, se tranquiliza un poco y, haciéndose traer luz, entró en la cárcel y encuentra a los prisioneros cada uno en su lugar. Tomado de maravilla y movido por una luz interior de la gracia de Dios, todo tembloroso se lanza a los pies de Pablo y de Silas diciendo: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?”

¡Cualquiera puede imaginar cuánta alegría sintió Pablo en su corazón al oír tales palabras! Se volvió hacia él y respondió: “Cree en el Hijo de Dios Jesucristo, y serás salvo tú y toda tu familia.”

Ese buen hombre, sin dudarle, llevó a casa a los santos prisioneros, lavó sus llagas con ese amor y reverencia que habría hecho a su padre. Luego, reunida su familia, fueron instruidos en la verdad de la fe. Escuchando ellos con humildad de corazón la palabra de Dios, aprendieron en breve

lo que era necesario para convertirse en cristianos. Así San Pablo, viéndolos llenos de fe y de la gracia del Espíritu Santo, los bautizó a todos. Luego se pusieron a agradecer a Dios por los beneficios recibidos. Esos nuevos fieles, al ver a Pablo y Silas exhaustos y caídos por los golpes y por el largo ayuno, corrieron de inmediato a prepararles la cena con la cual fueron restaurados. Los dos Apóstoles sintieron mayor consuelo por las almas que habían ganado para Jesucristo; por lo tanto, llenos de gratitud hacia Dios, regresaron a la prisión esperando aquellas disposiciones que la divina Providencia habría de hacerles conocer respecto a ellos.

Mientras tanto, los magistrados se arrepintieron de haber hecho golpear y encerrar en prisión a aquellos a quienes no habían podido encontrar culpa alguna, y enviaron a algunos alguaciles a decir al carcelero que dejara en libertad a los dos prisioneros. Muy contento de tal noticia, el carcelero corrió de inmediato a comunicarla a los Apóstoles. "Ustedes", dijo, "pueden irse en paz." Pero a Pablo le pareció que debía hacerse de otro modo. Si se hubieran escapado así a escondidas, se habría creído que eran culpables de un grave delito, y eso en detrimento del Evangelio. Por lo tanto, llamó a los alguaciles y les dijo: "Sus magistrados, sin tener conocimiento de esta causa, sin ninguna forma de juicio, han hecho públicamente golpearnos a nosotros que somos ciudadanos romanos; y ahora a escondidas quieren enviarnos. Ciertamente no será así: que vengan ellos mismos y nos saquen de la prisión." Esos mensajeros llevaron esta respuesta a los magistrados; quienes, al enterarse de que eran ciudadanos romanos, se llenaron de gran temor, porque golpear a un ciudadano romano era un delito capital. Por lo cual vinieron de inmediato a la prisión y con amables palabras se disculparon por lo que habían hecho y, sacándolos honrosamente de la prisión, les rogaron que quisieran salir de la ciudad. Los Apóstoles se dirigieron de inmediato a la casa de Lidia, donde encontraron a los compañeros sumidos en la consternación a causa de ellos; y se sintieron grandemente consolados al verlos puestos en libertad. Después de esto, partieron de la

ciudad de Filipos. Así esos ciudadanos rechazaron las gracias del Señor por las gracias de los hombres.

CAPÍTULO XI. San Pablo predica en Tesalónica – Asunto de Jasón – Va a Berea donde es nuevamente perturbado por los judíos – Año de Cristo 52

Pablo, con sus compañeros, partió de Filipos dejando allí las dos familias de Lidia y del carcelero ganadas para Jesucristo. Pasando por las ciudades de Anfípolis y Apolonia, llegó a Tesalónica, ciudad principal de Macedonia, muy famosa por su comercio y por su puerto en el Egeo. Hoy en día se llama Salónica.

Allí Dios había preparado al santo Apóstol muchos sufrimientos y muchas almas para ganar a Cristo. Él comenzó a predicar y durante tres sábados continuó demostrando con las Sagradas Escrituras que Jesucristo era el Mesías, el Hijo de Dios, que las cosas que le sucedieron habían sido anunciadas por los Profetas; por lo tanto, debía o renunciar a las profecías o creer en la venida del Mesías. A tal predicación algunos creyeron y abrazaron la fe; pero otros, especialmente judíos, se mostraron obstinados y con gran odio se levantaron contra San Pablo. Poniéndose a la cabeza de algunos malvados de la chusma del pueblo, se reunieron y, en grupos, alborotaron toda la ciudad. Y como Silas y Pablo se habían alojado en casa de un tal Jasón, corrieron tumultuosamente a su casa para sacarlos y llevarlos ante el pueblo. Los fieles se dieron cuenta a tiempo y lograron hacerlos huir. No pudiendo encontrarlos, tomaron a Jasón junto con algunos fieles y los arrastraron ante los magistrados de la ciudad, gritando a gran voz: “Estos perturbadores de la humanidad han venido también aquí desde Filipos; y Jasón los ha acogido en su casa; ahora estos transgreden los decretos y violan la majestad de César afirmando que hay otro Rey, es decir, Jesús Nazareno.” Estas palabras encendieron a los tesalonicenses y

hicieron que los mismos magistrados se llenaran de furia. Pero Jasón, asegurándoles que no querían hacer tumultos y que, si pedían a esos forasteros, él los presentaría, se mostraron satisfechos y se calmó el tumulto. Pero Silas y Pablo, viendo inútil todo esfuerzo en esa ciudad, siguieron los consejos de los hermanos y se dirigieron a Berea, otra ciudad de esa provincia.

En Berea, Pablo comenzó a predicar en la sinagoga de los judíos, es decir, se expuso al mismo peligro del que poco antes había sido casi milagrosamente liberado. Pero esta vez su valentía fue ampliamente recompensada. Los bereanos escucharon la palabra de Dios con gran avidez. Pablo siempre citaba aquellos pasajes de la Biblia que se referían a Jesucristo, y los oyentes corrían de inmediato a verificarlos y a comprobar los textos que él citaba; y al encontrarlos coincidir con exactitud, se inclinaban a la verdad y creían en el Evangelio. Así hacía el Salvador con los judíos de Palestina cuando los invitaba a leer atentamente las Sagradas Escrituras: *Scrutamini Scripturas, et ipsae testimonium perhibent de me.* (Examinad las Escrituras y las mismas dan testimonio de mí)

Sin embargo, las conversiones ocurridas en Berea no pudieron permanecer ocultas tanto que no llegara noticia a los de Tesalónica. Los obstinados judíos de esta ciudad corrieron en gran número a Berea para arruinar la obra de Dios e impedir la conversión de los gentiles. San Pablo era principalmente buscado como aquel que sostenía en particular la predicación. Los hermanos, viéndolo en peligro, lo hicieron acompañar secretamente fuera de la ciudad por personas de confianza y, por caminos seguros, lo llevaron a Atenas. Sin embargo, Silas y Timoteo permanecieron en Berea. Pero Pablo, al despedir a aquellos que lo habían acompañado, les recomendó con insistencia que dijeran a Silas y a Timoteo que lo alcanzaran lo más pronto posible. Los santos Padres, en la obstinación de los judíos de Tesalónica, ven a esos cristianos que, no contentos con no aprovechar ellos mismos de los beneficios de la religión, buscan alejar a los demás, cosa que

hacen o calumniando a los sagrados ministros o despreciando las cosas de la misma religión. El Salvador les dice a estos: "A ustedes les será quitada mi viña", es decir, mi religión, "y será dada a otros pueblos que la cultivarán mejor que ustedes y darán frutos a su tiempo." Amenaza terrible, pero que, lamentablemente, ya se ha cumplido y se está cumpliendo en muchos países, donde un tiempo florecía la religión cristiana, los cuales actualmente vemos sumidos en las densas tinieblas del error, del vicio y del desorden. – ¡Dios nos libre de este flagelo!

CAPÍTULO XII. Estado religioso de los atenienses – San Pablo en el Areópago – Conversión de San Dionisio – Año de Cristo 52

Atenas era una de las ciudades más antiguas, más ricas y más comerciales del mundo. Allí la ciencia, el valor militar, los filósofos, los oradores, los poetas siempre fueron los maestros de la humanidad. Los mismos romanos habían enviado a Atenas para recoger leyes que llevaron a Roma como oráculos de sabiduría. Además, había un senado de hombres considerados espejo de virtud, justicia y prudencia; ellos eran llamados areopagitas, del Areópago, lugar donde tenían el tribunal. Pero con tanta ciencia yacían sumidos en la vergonzosa ignorancia de las cosas de religión. Las sectas dominantes eran las de los epicúreos y la de los estoicos. Los epicúreos negaban a Dios la creación del mundo y la providencia, ni admitían premio o pena en la otra vida, por lo tanto, ponían la beatitud en los placeres de la tierra. Los estoicos ponían el sumo bien en la sola virtud y hacían al hombre en algunas cosas mayor que el mismo Dios, porque creían tener la virtud y la sabiduría por sí mismos. Todos adoraban más dioses, y no había delito que no fuera favorecido por alguna insensata divinidad.

San Pablo, hombre oscuro, considerado vil porque

judío, debía a estos predicar a Jesucristo, también judío muerto en la cruz, y reducirlos a adorarlo como verdadero Dios. Por lo tanto, solo Dios podía hacer que las palabras de San Pablo pudieran cambiar corazones tan inveterados en el vicio y ajenos a la verdadera virtud, y hacer que abrazaran y profesaran la santa religión cristiana.

Mientras Pablo esperaba a Silas y Timoteo, sentía en su corazón compasión por esos miserables engañados y, como de costumbre, se ponía a discutir con los judíos y con todos los que se le acercaban, ahora en las sinagogas, ahora en las plazas. Los epicúreos y los estoicos también vinieron a discutir con él y, no pudiendo resistir a las razones, iban diciendo: "¿Qué querrá decir este charlatán?" Otros decían: "Parece que este quiere mostrarnos algún nuevo Dios." Lo decían porque oían nombrar a Jesucristo y la resurrección. Algunos otros, queriendo actuar con mayor prudencia, invitaron a Pablo a ir al Areópago. Cuando llegó a ese magnífico senado, le dijeron: "¿Se podría saber algo de esta tu nueva doctrina? Porque tú nos sueñas al oído cosas nunca antes oídas por nosotros. Deseamos saber la realidad de lo que enseñas."

Al enterarse de que un forastero debía hablar en el Areópago, acudió gran multitud de gente.

Conviene aquí notar que entre los atenienses estaba severamente prohibido decir la mínima palabra contra sus innumerables y estúpidas divinidades, y consideraban delito capital recibir o añadir entre ellos algún dios forastero, que no fuera cuidadosamente examinado y propuesto por el senado. Dos filósofos, de nombre Anaxágoras uno, Sócrates el otro, solo por haber dejado entrever que no podían admitir tantas ridículas divinidades, debieron perder la vida. De estas cosas se entiende fácilmente el peligro en el que estaba San Pablo predicando al verdadero Dios a esa terrible asamblea y tratando de derribar todos sus dioses.

El santo Apóstol, por lo tanto, viéndose en ese augusto senado y debiendo hablar a los más sabios de los hombres, juzgó bien tomar un estilo y una manera de razonar mucho más elegante que la que solía. Y como esos senadores no

admitían el argumento de las Escrituras, pensó en abrirse camino para hablar con la fuerza de la razón. Levantándose, por lo tanto, y haciendo silencio entre todos, comenzó:

«Hombres atenienses, yo los veo en todas las cosas religiosos hasta el escrúpulo. Porque, pasando por esta ciudad y considerando sus ídolos, he encontrado también un altar con esta inscripción: Al Dios Ignoto. Yo, por lo tanto, vengo a anunciarles a ese Dios que ustedes adoran sin conocer. Él es ese Dios que ha hecho el mundo y todas las cosas que en él existen. Él es el dueño del cielo y de la tierra, por lo tanto, no habita en templos hechos por hombres. Ni él es servido por manos mortales como si tuviera necesidad de ellos; que, por el contrario, él es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. Él hizo que de un solo hombre descendieran todos los demás, cuya descendencia se extendió para habitar toda la tierra; Él fijó los tiempos y los límites de su habitación, para que buscaran a Dios si acaso pudieran encontrarlo, aunque Él no esté lejos de nosotros.

«Porque en él vivimos, nos movemos y somos, como también alguno de sus poetas (Arato, famoso poeta de Cilicia) ha dicho: “Porque somos también su descendencia”. Siendo, por lo tanto, nosotros descendencia de Dios, no debemos estimar que Él sea similar al oro o a la plata o a la piedra esculpida por el arte o la invención de los hombres. Dios, sin embargo, en su misericordia cerró los ojos en el pasado sobre tal ignorancia; pero ahora intimida que hagamos penitencia. Porque Él ha fijado un día en el que juzgará con justicia todo el mundo por medio de un hombre establecido por Él, como ha dado prueba a todos resucitándolo de los muertos».

Hasta este punto esos oyentes ligeros, cuyos vicios y errores habían sido atacados con mucha sutileza, habían mantenido buen comportamiento. Pero al primer anuncio del dogma extraordinario de la resurrección, los epicúreos se levantaron y en gran parte salieron burlándose de esa doctrina que ciertamente les infundía terror. Otros más discretos le dijeron que por ese día era suficiente, y que lo escucharían otra vez sobre el mismo tema. Así fue recibido el más

elocuente de los Apóstoles por esa soberbia asamblea. Diferían en aprovechar la gracia de Dios; esta gracia no leemos que luego haya sido concedida por Dios a ellos otra vez.

Sin embargo, Dios no dejó de consolar a su siervo con la ganancia de algunas almas privilegiadas. Entre otras fue Dionisio, uno de los jueces del Areópago, y una mujer de nombre Damaris que se cree que era su esposa. De este Dionisio se cuenta que, a la muerte del Salvador, mirando aquel eclipse por el cual las tinieblas se habían extendido sobre toda la tierra, exclamó: “O el mundo se desmorona, o el autor de la naturaleza sufre violencia.” Apenas pudo conocer la causa de aquel acontecimiento, se rindió de inmediato a las palabras de San Pablo. Se cuenta también que, habiendo ido a visitar a la Madre de Dios, se sorprendió tanto por tanta belleza y majestad, que se postró en tierra para venerarla, afirmando que la adoraría como una divinidad si la fe no lo hubiera convencido de que hay un solo Dios. Luego fue consagrado por San Pablo como obispo de Atenas y murió coronado de martirio.

CAPÍTULO XIII. San Pablo en Corinto – Su estancia en casa de Aquila – Bautismo de Crispo y de Sostene – Escribe a los Tesalonicenses – Regreso a Antioquía – Año de Jesucristo 53-54

Si Atenas era la ciudad más célebre por la ciencia, Corinto era considerada la primera por el comercio. Allí convergían mercaderes de todas partes. Tenía dos puertos en el istmo del Peloponeso: uno llamado Céncrea que miraba al Egeo, el otro llamado Lequeo que se asomaba al Adriático. El desorden y la inmoralidad allí eran llevados al triunfo. A pesar de tales obstáculos, San Pablo, apenas llegó a esta ciudad, comenzó a predicar en público y en privado.

Él se alojó en casa de un judío llamado Aquila. Este era un ferviente cristiano que, para evitar la

persecución publicada por el emperador Claudio contra los cristianos, había huido de Italia con su esposa llamada Priscila y había venido a Corinto. Ejercían el mismo oficio que Pablo había aprendido de joven, es decir, fabricaban tiendas para uso de los soldados. Para no ser de nuevo una carga para sus anfitriones, el santo Apóstol también se dedicaba al trabajo y pasaba en la tienda todo el tiempo que le quedaba libre del sagrado ministerio. Sin embargo, cada sábado iba a la sinagoga y se esforzaba por hacer conocer a los judíos que las profecías referentes al Mesías se habían cumplido en la persona de Jesucristo.

Mientras tanto, Silas y Timoteo llegaron de Berea. Ellos habían partido hacia Atenas, donde habían aprendido que Pablo ya se había ido, y lo alcanzaron en Corinto. A su llegada, Pablo se dedicó con mayor valentía a predicar a los judíos; pero al aumentar cada día su obstinación, Pablo, no pudiendo soportar tantas blasfemias y tal abuso de gracias, así movido por Dios, les anunció inminentes los divinos flagelos con estas palabras: «¡Que su sangre recaiga sobre ustedes; yo soy inocente! He aquí que me dirijo a los gentiles, y en adelante seré todo para ellos».

Entre los judíos que blasfemaban a Jesucristo, quizás había algunos que trabajaban en la tienda de Aquila; por lo tanto, el Apóstol, con el fin de evitar la compañía de los malvados, abandonó su casa y se trasladó a casa de un tal Tito Justo, recién convertido del paganismo a la fe. Cerca de Tito residía un tal Crispo, jefe de la sinagoga. Este, instruido por el Apóstol, abrazó la fe con toda su familia.

Las grandes ocupaciones de Pablo en Corinto no le hicieron olvidar a sus amados fieles de Tesalónica. Cuando Timoteo llegó de allí, le había contado grandes cosas del fervor de esos cristianos, de su gran caridad, de la buena memoria que conservaban de él y del ardiente deseo de volver a verlo. No pudiendo Pablo ir en persona, como deseaba, les escribió una carta, que se cree que es la primera carta escrita por San Pablo.

En esta carta se alegra mucho con los tesalonicenses por su fe y su caridad, luego los exhorta a cuidarse de los desórdenes sensuales y de todo fraude. Y así como la ociosidad es la fuente de todos los vicios, así los anima a dedicarse seriamente al trabajo, considerando indigno de comer a quien no quiere trabajar: «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma». Luego concluye recordándoles el gran premio que Dios tiene preparado en el cielo por el mínimo esfuerzo soportado en la vida presente por amor a Él.

Poco después de esta carta tuvo otras noticias de los mismos fieles de Tesalónica. Estaban grandemente inquietos por algunos impostores que iban predicando inminente el juicio universal. El Apóstol les escribió una segunda carta, advirtiéndoles que no se dejaran engañar por sus falaces discursos. Nota que es cierto el día del juicio universal, pero antes deben aparecer muchísimos signos, entre los cuales la predicación del Evangelio en toda la tierra. Los exhorta a mantenerse firmes en las tradiciones que les había comunicado por carta y de viva voz. Finalmente se encomienda a sus oraciones e insiste mucho en huir de los curiosos y los ociosos, que son considerados como la peste de la religión y de la sociedad.

Mientras San Pablo confortaba a los fieles de Tesalónica, surgieron contra él tales persecuciones que se habría visto inducido a huir de esa ciudad si no hubiera sido confortado por Dios con una visión. Le apareció Jesucristo y le dijo: «No temas, yo estoy contigo, nadie podrá hacerte ningún mal; en esta ciudad es grande el número de aquellos que por tu medio se convertirán a la fe». Animado por tales palabras, el Apóstol permaneció en Corinto dieciocho meses.

La conversión de Sostenes fue entre aquellas que trajeron gran consolación al alma de Pablo. Él había sucedido a Crispo en el cargo de jefe de la sinagoga. La conversión de estos dos principales exponentes de su secta irritó ferozmente a los judíos, y en su furia tomaron al Apóstol y lo condujeron ante el procónsul, acusándolo de enseñar una religión contraria a la de los judíos. Galión, tal es el nombre de ese

governador, al oír que se trataba de cosas de religión, no quiso mezclarse en hacer de juez. Se limitó a responder así: «Si se tratara de alguna injusticia o de algún delito público, los escucharía gustosamente; pero tratándose de cuestiones pertenecientes a la religión, piensen ustedes en ello, yo no tengo intención de juzgar en estas materias». Ese procónsul consideraba que las cuestiones y diferencias relacionadas con la religión debían ser discutidas por los sacerdotes y no por las autoridades civiles, y por eso fue sabia su respuesta.

Indignados los judíos por tal rechazo, se volvieron contra Sostene, incitaron también a los ministros del tribunal a unirse con ellos para golpearlo ante los ojos del mismo Galión, sin que él los prohibiera. Sostene soportó con invicta paciencia ese agravio y, apenas liberado, se unió a Pablo y le se convirtió en compañero fiel en sus viajes.

Viéndose Pablo como por milagro liberado de tan grave tempestad, hizo a Dios un voto en acción de gracias. Ese voto era similar al de los nazareos, el cual consistía particularmente en abstenerse por un tiempo determinado del vino y de cualquier otra cosa que embriagara, y en dejarse crecer el cabello, lo cual entre los antiguos era signo de luto y de penitencia. Cuando estaba por terminar el tiempo del voto, se debía hacer un sacrificio en el templo con varias ceremonias prescritas por la ley de Moisés.

Cumplida una parte de su voto, San Pablo, en compañía de Aquila y Priscila, se embarcó rumbo a Éfeso, ciudad de Asia Menor. Según su costumbre, Pablo fue a visitar la sinagoga y disputó varias veces con los judíos. Pacíficas fueron estas disputas, de hecho, los judíos lo invitaron a quedarse más tiempo; pero Pablo quería continuar su viaje para encontrarse en Jerusalén y cumplir su voto. Sin embargo, les prometió a esos fieles regresar, y casi como garantía de su regreso dejó con ellos a Aquila y Priscila. Desde Éfeso, San Pablo se embarcó hacia Palestina y llegó a Cesarea, donde desembarcando se encaminó a pie hacia Jerusalén. Fue a visitar a los fieles de esta Iglesia y, cumplidas las cosas por las cuales había emprendido el viaje, llegó a Antioquía, donde

permaneció algún tiempo.

Todo es digno de admiración en este gran Apóstol. Notemos aquí solamente una cosa que él calurosamente recomienda a los fieles de Corinto. Para darles un importante aviso sobre cómo mantenerse firmes en la fe, escribe: «Hermanos, para no caer en el error, manténganse a las tradiciones aprendidas de mi discurso y de mi carta». Con estas palabras, San Pablo mandaba tener la misma reverencia por la palabra de Dios escrita y por la palabra de Dios transmitida por tradición, como enseña la Iglesia Católica.

CAPÍTULO XIV. Apolo en Éfeso – El sacramento de la Confirmación – San Pablo realiza muchos milagros – Hecho de dos exorcistas judíos – Año de Cristo 55

San Pablo permaneció algún tiempo en Antioquía, pero viendo que esos fieles estaban bastante provistos de sagrados pastores, decidió partir para visitar de nuevo los países donde ya había predicado. Este es el quinto viaje de nuestro santo Apóstol. Fue a Galacia, al Ponto, a Frigia y a Bitinia; luego, según la promesa hecha, regresó a Éfeso donde Aquila y Priscila lo esperaban. En todas partes fue recibido, como él mismo escribe, como un ángel de paz.

Entre la partida y el regreso de Pablo a Éfeso, se trasladó a esta ciudad un judío llamado Apolo. Él era un hombre elocuente y profundamente instruido en la Sagrada Escritura. Adoraba al Salvador y lo predicaba también con celo, pero no conocía otro bautismo que no fuera el predicado por San Juan Bautista. Aquila y Priscila se dieron cuenta de que tenía una idea muy confusa de los Misterios de la Fe y, llamándolo a sí, lo instruyeron mejor en la doctrina, vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

Deseoso de llevar la palabra de salvación a otros pueblos, decidió pasar a Acaya, es decir, a Grecia. Los efesios, que desde hacía algún tiempo admiraban sus virtudes y

comenzaban a amarlo como padre, quisieron acompañarlo con una carta en la que alababan mucho su celo y lo recomendaban a los corintios. De hecho, él hizo mucho bien a esos cristianos. Cuando el Apóstol llegó a Éfeso, encontró a varios fieles instruidos por Apolo y, queriendo conocer el estado de estas almas, preguntó si habían recibido el Espíritu Santo; es decir, si habían recibido el sacramento de la Confirmación, que se solía administrar en esos tiempos después del bautismo, y en el que se confería la plenitud de los dones del Espíritu Santo. Pero esa buena gente respondió: «No sabemos ni siquiera que haya un Espíritu Santo». Maravillado el Apóstol de tal respuesta y, habiendo entendido que solo habían recibido el bautismo de San Juan Bautista, ordenó que fueran nuevamente bautizados con el bautismo de Jesucristo, es decir, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Después de eso, Pablo, imponiendo las manos, les administró el sacramento de la Confirmación, y esos nuevos fieles recibieron no solo los efectos invisibles de la gracia, sino también signos particulares y manifiestos de la omnipotencia divina, lo que les hacía manifestar hablando con fluidez las lenguas que antes no entendían, prediciendo las cosas futuras e interpretando la Sagrada Escritura.

San Pablo predicó durante tres meses en la sinagoga, exhortando a los judíos a creer en Jesucristo. Muchos creyeron, pero varios, mostrándose obstinados, blasfemaban incluso el santo nombre de Jesucristo. Pablo, por el honor del Evangelio ridiculizado por estos impíos y para huir de la compañía de los malvados, cesó de predicar en la sinagoga, rompió toda comunicación con ellos y se retiró a casa de un gentil cristiano llamado Tirón, que era maestro de escuela. San Pablo hizo de esa escuela una Iglesia de Jesucristo, donde, predicando y explicando las verdades de la fe, atraía a gentiles y judíos de todas partes de Asia.

Dios ayudaba su obra confirmando con prodigios inauditos la doctrina predicada por su siervo. Los paños, los pañuelos y las vendas que habían tocado el cuerpo de Pablo eran llevados de aquí para allá y puestos sobre los enfermos y

los endemoniados, y eso bastaba para que inmediatamente huyeran las enfermedades y los espíritus inmundos. Fue esta una maravilla nunca oída, y Dios quiso ciertamente que tal hecho fuera registrado en la Biblia para confundir a aquellos que han tanto declamado y todavía declaman contra la veneración que los católicos prestan a las sagradas reliquias. ¿Quizás quieren condenar de superstición a esos primeros cristianos, que aplicaban sobre los enfermos los pañuelos que habían tocado el cuerpo de Pablo? Cosas que San Pablo nunca había prohibido y que Dios demostraba aprobar con milagros.

A propósito de la invocación del nombre de Jesucristo para hacer milagros, ocurrió un hecho muy curioso. Entre los efesios había muchos que pretendían expulsar a los demonios de los cuerpos con ciertas palabras mágicas o usando raíces de hierbas o perfumes. Pero sus resultados siempre eran poco favorables. También algunos exorcistas judíos, viendo que incluso las vestiduras de Pablo expulsaban a los demonios, se sintieron llenos de envidia y trataron, como hacía San Pablo, de usar el nombre de Jesucristo para expulsar al demonio de un hombre. «Te conjuro», iban diciendo, «y te ordeno que salgas de este cuerpo por ese Jesús que es predicado por Pablo». El demonio, que sabía las cosas mejor que ellos, por boca del endemoniado respondió: «Yo conozco a Jesús y sé también quién es Pablo; pero ustedes son impostores. ¿Qué derecho tienen ustedes sobre mí?» Dicho esto, se lanzó sobre ellos, los golpeó y los hirió de tal manera que dos de ellos apenas pudieron huir, todos heridos y con las ropas hechas trizas. Este hecho estruendoso, al difundirse por toda la ciudad, causó gran temor, y nadie más se atrevía a nombrar el santo nombre de Jesucristo sino con respeto y veneración.

CAPÍTULO XV. Sacramento de la Confesión – Libros perversos quemados – Carta a los Corintios – Levantamiento por la diosa

Diana – Carta a los Gálatas – Año de Cristo 56-57

Dios, siempre misericordioso, sabe sacar el bien incluso de los pecados mismos. El hecho de los dos exorcistas tan maltratados por aquel endemoniado, causó gran miedo en todos los efesios, y tanto los judíos como los gentiles se apresuraron a renunciar al demonio y a abrazar la fe. Fue entonces cuando muchos de los que habían creído venían en gran número a confesar y a declarar el mal cometido en su vida para obtener el perdón: «Venían confesando y declarando sus actos». Esta es una clara testimonio de la confesión sacramental ordenada por el Salvador y practicada desde los tiempos apostólicos.

El primer fruto de la confesión y del arrepentimiento de esos fieles fue alejar de sí las ocasiones de pecado. Por eso, todos los que poseían libros perversos, es decir, contrarios a las buenas costumbres o a la religión, los entregaban para que fueran quemados. Tanto llevaron que, haciendo un montón en la plaza, hicieron una hoguera ante la presencia de todo el pueblo, considerando que era mejor quemar esos libros en la vida presente para evitar el fuego eterno del infierno. El valor de esos libros formaba una suma que correspondía casi a cien mil francos. Sin embargo, nadie intentó venderlos, porque sería ofrecer a otros la ocasión de hacer el mal, cosa que nunca está permitida. Mientras sucedían estas cosas, llegó de Corinto a Éfeso Apolo con otros, anunciando que habían surgido discordias entre esos fieles. El santo Apóstol se esforzó por remediarlo con una carta, en la que les recomienda la unidad de fe, la obediencia a sus pastores, la caridad mutua y especialmente hacia los pobres; inculca a los ricos que no preparen banquetes lujosos y abandonen a los pobres en la miseria. Luego insiste en que cada uno purifique su conciencia antes de acercarse al Cuerpo y a la Sangre de Jesucristo, diciendo: «El que come ese Cuerpo y bebe esa Sangre indignamente, come su propio juicio y su

propia condena». También había ocurrido que un joven había cometido un grave pecado con su madrastra. El santo, para hacerle comprender el debido horror, ordenó que fuera separado por algún tiempo de los otros fieles para que volviera en sí mismo. Este es un verdadero ejemplo de excomunión, como precisamente practica aún la Iglesia Católica, cuando por graves delitos excomulga, es decir, declara separados de los demás a aquellos cristianos que son culpables. Pablo envió a su discípulo Tito a llevar esta carta a Corinto. El fruto parece que fue muy copioso.

Él estaba en Éfeso cuando se desató contra él una terrible persecución por obra de un orfebre llamado Demetrio. Este fabricaba pequeños templos de plata dentro de los cuales se colocaba una estatuilla de la diosa Diana, deidad venerada en Éfeso y en toda Asia. Esto le producía comercio y gran ganancia, ya que la mayoría de los forasteros que venían a las fiestas de Diana llevaban consigo estos signos de devoción. Demetrio era el artífice principal y con ello proporcionaba trabajo y sustento a las familias de muchos obreros.

A medida que crecía el número de cristianos, disminuía el de compradores de las estatuillas de Diana. Así, un día, Demetrio reunió a un gran número de ciudadanos y demostró cómo, al no tener ellos otros medios para vivir, Pablo los haría morir de hambre. «Al menos», añadía, «no se tratará solo de nuestro interés privado; pero el templo de nuestra gran diosa, tan celebrado en todo el mundo, está por ser abandonado». A estas palabras fue interrumpido por mil voces diferentes que gritaban con la más furiosa confusión: «¡La gran Diana de los efesios! ¡La gran Diana de los efesios!» Toda la ciudad se puso patas arriba; corrieron gritando en busca de Pablo y, al no poder encontrarlo de inmediato, arrastraron consigo a dos de sus compañeros llamados Gayo y Aristarco. Un judío llamado Alejandro quiso hablar. Pero apenas pudo abrir la boca, de todas partes comenzaron a gritar con voz aún más fuerte: «¡La gran Diana de los efesios! ¡Cuán grande es la Diana de los efesios!» Este grito fue repetido durante dos horas enteras.

Pablo quería avanzar en medio del tumulto para hablar, pero algunos hermanos, sabiendo que se expondría a muerte cierta, se lo impidieron. Dios, sin embargo, que tiene en su mano el corazón de los hombres, devolvió plena calma entre ese pueblo de una manera inesperada. Un hombre sabio, un simple secretario y, por lo que parece, amigo de Pablo, logró calmar esa furia. Apenas pudo hablar, dijo: «¿Y quién no sabe que la ciudad de Éfeso tiene una devoción y un culto particular hacia la gran Diana, hija de Júpiter? Siendo tal cosa creída por todos, no debéis perturbaros ni aferraros a un remedio tan temerario, como si pudiera caer en duda tal devoción establecida desde todos los siglos. En cuanto a Gayo y Aristarco, les diré que no están convencidos de ninguna blasfemia contra Diana. Si Demetrio y sus compañeros tienen algo contra ellos, lleven la causa ante el tribunal. Si continuamos en estas demostraciones públicas, seremos acusados de sedición». A esas palabras el tumulto se calmó y cada uno volvió a sus ocupaciones.

Después de esta conmoción, Pablo quería partir de inmediato hacia Macedonia, pero tuvo que suspender su partida debido a algunos desórdenes ocurridos entre los fieles de Galacia. Algunos falsos predicadores se dedicaron a desacreditar a San Pablo y sus predicaciones, afirmando que su doctrina era diferente de la de los otros Apóstoles y que la circuncisión y las ceremonias de la ley de Moisés eran absolutamente necesarias.

El santo Apóstol escribió una carta en la que demuestra la conformidad de doctrina entre él y los Apóstoles; prueba que muchas cosas de la ley de Moisés ya no eran necesarias para salvarse; recomienda cuidarse bien de los falsos predicadores y gloriarse solamente en Jesús, en cuyo nombre desea paz y bendiciones.

Enviada la carta a los fieles de Galacia, partió hacia Macedonia después de haber permanecido tres años en Éfeso, es decir, desde el año cincuenta y cuatro hasta el año cincuenta y siete de Jesucristo. Durante la estancia de San Pablo en Éfeso, Dios le hizo conocer en espíritu que lo

llamaba a Macedonia, a Grecia, a Jerusalén y a Roma.

CAPÍTULO XVI. San Pablo regresa a Filipos – Segunda Carta a los fieles de Corinto – Va a esta ciudad – Carta a los Romanos – Su predicación prolongada en Troade – Resucita a un muerto – Año de Cristo 58

Antes de partir de Éfeso, Pablo convocó a los discípulos y, haciéndoles una paterna exhortación, los abrazó tiernamente; luego se puso en camino hacia Macedonia. Deseaba quedarse algún tiempo en Troade, donde esperaba encontrar a su discípulo Tito; pero, al no haberlo encontrado y deseando saber pronto el estado de la Iglesia de Corinto, partió de Troade, cruzó el Helesponto, que hoy se llama estrecho de los Dardanelos, y pasó a Macedonia, donde tuvo que sufrir mucho por la fe.

Pero Dios le preparó una gran consolación con la llegada de Tito, que lo alcanzó en la ciudad de Filipos. Ese discípulo expuso al santo Apóstol cómo su carta había producido efectos salutíferos entre los cristianos de Corinto, que el nombre de Pablo era muy querido por todos y que cada uno ardía en el deseo de volver a verlo pronto.

Para dar rienda suelta a los sentimientos paternos de su corazón, el Apóstol escribió desde Filipos una segunda carta en la que se muestra todo ternura hacia aquellos que se mantenían fieles y reprende a algunos que intentaban pervertir la doctrina de Jesucristo. Habiendo luego entendido que aquel joven, excomulgado en su primera carta, se había sinceramente convertido, más aún, oyendo de Tito que el dolor lo había casi llevado a la desesperación, el santo Apóstol recomendó que se le tratara con consideración, lo absolvió de la excomunión y lo restituyó a la comunión de los fieles. Con la carta recomendó muchas cosas de viva voz que debían comunicarse por medio de Tito, que era el portador. Acompañaron a Tito en este viaje otros discípulos, entre los cuales estaba San Lucas, que

desde hacía algunos años era obispo de Filipos. San Pablo consagró a San Epafrodito como obispo para esa ciudad y así San Lucas se convirtió nuevamente en compañero del santo maestro en las fatigas del apostolado.

Desde Macedonia, Pablo se dirigió a Corinto, donde ordenó lo que respecta a la celebración de los santos misterios, como había prometido en su primera carta, lo que debe entenderse de esos ritos que en todas las Iglesias comúnmente se observan, como sería el ayuno antes de la Santa Comunión y otras cosas similares que conciernen a la administración de los Sacramentos.

El Apóstol pasó el invierno en esta ciudad, esforzándose por consolar a sus hijos en Jesucristo, que no se saciaban de escucharlo y admirar en él a un celoso pastor y un tierno padre.

Desde Corinto extendió también sus solicitudes a otros pueblos y especialmente a los romanos, ya convertidos a la fe por San Pedro tras años de fatigas y sufrimientos. Aquila, con otros amigos suyos, habiendo entendido que había cesado la persecución, se había vuelto a Roma. Pablo supo de ellos que en esa metrópoli del imperio habían surgido disensiones entre gentiles y judíos. Los gentiles reprochaban a los judíos porque no habían correspondido a los beneficios recibidos de Dios, habiendo ingratamente crucificado al Salvador; los judíos, por su parte, hacían reproches a los gentiles porque habían seguido la idolatría y venerado a las divinidades más infames. El santo Apóstol escribió su famosa Carta a los Romanos, llena de argumentos sublimes, que él trata con esa agudeza de ingenio propia de un hombre docto y santo, que escribe inspirado por Dios. No es posible abreviarla sin peligro de variar su sentido. Es la más larga, la más elegante de todas las demás y la más llena de erudición. Te exhorto, oh lector, a leerla atentamente, pero con las debidas interpretaciones que suelen unirse a la Vulgata. Es la sexta carta de San Pablo y fue escrita desde la ciudad de Corinto en el año 58 de Jesucristo. Pero, por el gran respeto que en todo tiempo se tuvo por la dignidad de la

Iglesia de Roma, es considerada la primera entre las catorce cartas de este santo Apóstol. En esta carta San Pablo no habla de San Pedro, porque él estaba ocupado en la fundación de otras Iglesias. Esta fue llevada por una diaconisa, o monja, llamada Febe, a quien el Apóstol recomienda mucho ante los hermanos de Roma.

Deseando San Pablo partir de Corinto para dirigirse a Jerusalén, se enteró de que los judíos estaban tramando tenderle emboscadas a lo largo del camino; por lo tanto, en lugar de embarcarse en el puerto de Cencrea hacia Jerusalén, Pablo regresó y continuó el viaje por Macedonia. Lo acompañaron Sosípatro, hijo de Pirro de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe y Timoteo de Listra, Tíquico y Trófimo de Asia. Estos vinieron en compañía de él hasta Filipos; luego, a excepción de Lucas, pasaron a Troade con orden de esperarlo allí, mientras él se quedaría en esta ciudad hasta después de las fiestas pascales. Pasada tal solemnidad, Pablo y Lucas en cinco días de navegación llegaron a Troade y se quedaron allí siete días.

Sucedió que, en la víspera de la partida de Pablo, era el primer día de la semana, es decir, día domingo, en el que los fieles solían reunirse para escuchar la palabra de Dios y asistir a los sacrificios divinos. Entre otras cosas hacían la fracción del pan, es decir, celebraban la Santa Misa, a la que participaban los fieles, recibiendo el Cuerpo del Señor bajo la especie del pan. Desde entonces, la Misa se consideraba el acto más sagrado y solemne para la santificación del día festivo.

Pablo, que estaba por partir al día siguiente, prolongó el discurso hasta avanzada la noche y, para iluminar el cenáculo, se habían encendido muchas lámparas. El día domingo, la hora nocturna, el cenáculo en el tercer piso de la casa, las muchas lámparas encendidas, atrajeron una inmensa multitud de gente. Mientras todos estaban atentos al razonamiento de Pablo, un joven llamado Eutico, ya sea por el deseo de ver al Apóstol o para poder escucharlo mejor, había

subido sobre una ventana y se había sentado en el alféizar. Ahora, ya sea por el calor que hacía, ya sea por la hora tardía o quizás por el cansancio, lo cierto es que aquel jovencito se quedó dormido; y en el sueño, abandonándose al peso de su propio cuerpo, cayó al pavimento de la calle pública. Se oye un lamento resonar por la asamblea; corren y encuentran al joven sin vida.

Pablo baja de inmediato, y, colocándose con el cuerpo sobre el cadáver, lo bendice, lo abraza y, con su aliento o más bien con la viva fe en Dios, lo devuelve a nueva vida. Realizado este milagro, sin prestar atención a los aplausos que se hacían por todas partes, subió de nuevo al cenáculo y continuó predicando hasta la mañana.

La gran solicitud de los fieles de Troade por asistir a las sagradas funciones debe servir de estímulo a todos los cristianos para santificar los días festivos con obras de piedad, especialmente con el escuchar devotamente la Santa Misa y con el escuchar la palabra de Dios, incluso con algún inconveniente.

CAPÍTULO XVII. Predicación de San Pablo en Mileto – Su viaje hasta Cesarea – Profecía de Agabo – Año de Cristo 58

Terminada aquella reunión, que había durado aproximadamente veinticuatro horas, el incansable Apóstol partió con sus compañeros hacia Mitilene, noble ciudad de la isla de Lesbos. Desde allí, continuando el viaje, en pocos días llegó a Mileto, ciudad de Caria, provincia de Asia Menor. El Apóstol no había querido detenerse en Éfeso para no verse obligado por aquellos cristianos, que lo amaban tiernamente, a suspender demasiado su camino. Se apresuraba con el fin de llegar a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés. Desde Mileto, Pablo envió a Éfeso para comunicar su llegada a los obispos y a los sacerdotes de esa ciudad y de las provincias cercanas, invitándolos a venir a visitarlo y también a

conferenciar con él sobre las cosas de la fe, si fuera necesario. Vinieron en gran número.

Cuando San Pablo se vio rodeado por aquellos venerables predicadores del Evangelio, comenzó a exponerles las tribulaciones sufridas día y noche por las acechanzas de los judíos. «Ahora voy a Jerusalén», decía, «guiado por el Espíritu Santo, el cual, en todos los lugares donde paso, me hace conocer las cadenas y las tribulaciones que en esa ciudad me esperan. Pero nada de esto me asusta, ni valoro mi vida más que mi deber. Me importa poco vivir o morir, siempre que termine mi carrera dando glorioso testimonio del Evangelio que Jesucristo me ha encomendado. No veréis más mi rostro, pero cuidaos de vosotros mismos y de todo el rebaño, sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituido obispos para gobernar la Iglesia de Dios, adquirida por su precioso sangre». Luego pasó a advertirles que después de su partida surgirían lobos rapaces y hombres perversos para corromper la doctrina de Jesucristo. Dichas estas palabras, todos se pusieron de rodillas y oraron juntos. Nadie podía contener las lágrimas, y todos se echaban al cuello de Pablo, dándole mil besos. Estaban especialmente inconsolables por aquellas palabras de que no volverían a ver su rostro. Para disfrutar aún algunos momentos de su dulce compañía, lo acompañaron hasta el barco y no sin una especie de violencia se separaron de su querido maestro.

Pablo, junto a sus compañeros, de Mileto pasó a la isla de Cos, muy renombrada por un templo de los gentiles dedicado a Juno y a Esculapio. Al día siguiente llegaron a Rodas, isla muy célebre especialmente por su Coloso, que era una estatua de extraordinaria altura y grandeza. De allí vinieron a Patara, ciudad capital de Licia, muy renombrada por un gran templo dedicado al dios Apolo. Desde aquí navegaron hasta Tiro, donde el barco debía dejar su carga.

Tiro es la ciudad principal de Fenicia, ahora llamada Sur, a orillas del Mediterráneo. Apenas desembarcaron, encontraron a algunos profetas que iban publicando los males que sobre el santo Apóstol sobrevenían en Jerusalén, y querían

disuadirlo de ese viaje. Pero él, después de siete días, quiso partir. Aquellos buenos cristianos, con sus esposas y sus niños, lo acompañaron fuera de la ciudad, donde, doblando las rodillas en la playa, oraron con él. Luego, intercambiados los más cordiales saludos, se embarcaron y fueron acompañados por las miradas de los sidonios hasta que la lejanía del barco los ocultó de vista. Al llegar a Tolemaida se detuvieron un día para saludar y confortar a aquellos cristianos en la fe; continuando luego su camino, llegaron a Cesarea.

Allí Pablo fue recibido con júbilo por el diácono Felipe. Este santo discípulo, después de haber predicado a los samaritanos, al eunuco de la reina Candace y en muchas ciudades de Palestina, había fijado su domicilio en Cesarea para atender a la cura de aquellas almas que él había regenerado en Jesucristo.

Vino en esos tiempos a Cesarea el profeta Agabo y, habiendo ido a visitar al santo Apóstol, le quitó del hombro el cinturón y, atándose con él los pies y las manos, dijo: «He aquí cuánto me dice el Espíritu Santo abiertamente: el hombre a quien pertenece este cinturón será así atado por los judíos en Jerusalén».

La profecía de Agabo conmovió a todos los presentes, pues se hacían cada vez más manifiestos los males que estaban preparados para el santo Apóstol en Jerusalén; por lo tanto, los mismos compañeros de Pablo, llorando, le rogaban que no fuera allí. Pero Pablo valientemente respondía: «¡Oh! Les ruego, no lloren. Con estas lágrimas no hacen más que aumentar la aflicción en mi corazón. Sepan que estoy dispuesto no solo a sufrir las cadenas, sino a enfrentar también la muerte por el nombre de Jesucristo».

Entonces todos, reconociendo la voluntad de Dios en la firmeza del santo Apóstol, dijeron a una voz: «Hágase la voluntad del Señor». Dicho esto, partieron rumbo a Jerusalén con un cierto Mnason, que había sido discípulo y seguidor de Jesucristo. Él tenía residencia fija en Jerusalén y iba con ellos para hospedarlos en su casa.

CAPÍTULO XVIII. San Pablo se presenta a San Jacobo – Los judíos le tienden emboscadas – Habla al pueblo – Reprende al sumo sacerdote – Año de Cristo 59

Nos disponemos ahora a contar una larga serie de sufrimientos y de persecuciones que el santo Apóstol toleró en cuatro años de prisión. Dios quiso preparar a su siervo para estos combates haciéndolos conocer mucho antes; de hecho, los males previstos causan menor temor, y el hombre está más dispuesto a soportarlos. Al llegar Pablo con sus compañeros a Jerusalén, fueron recibidos por los cristianos de esta ciudad con los signos de la mayor benevolencia. Al día siguiente fueron a visitar al obispo de la ciudad, que era San Jacobo el Menor, ante quien también se habían reunido los principales sacerdotes de la diócesis. Pablo contó las maravillas que Dios había obrado por su ministerio entre los gentiles, de lo cual todos agradecieron de corazón al Señor.

Sin embargo, se apresuraron a avisar a Pablo del peligro que le sobrevenía. «Muchos judíos», le dijeron, «se han convertido a la fe y varios de ellos son tenaces en la circuncisión y en las ceremonias legales. Ahora, sabiendo que tú dispensas a los gentiles de estas observancias, hay un terrible odio contra ti. Es necesario, por lo tanto, que demuestres no ser enemigo de los judíos. Haz de esta manera: en la ocasión en que cuatro judíos deben en estos días cumplir un voto, tú participarás en la función y harás por ellos los gastos que corresponden a esta solemnidad».

Pablo aceptó prontamente el sabio consejo y participó en aquella obra de piedad. Se dirigió al templo y la función estaba por concluir, cuando algunos judíos venidos de Asia excitaban al pueblo contra él gritando: «¡Ayuda, israelitas, ayuda! Este hombre es quien va por todo el mundo predicando contra el pueblo, contra la ley y contra este mismo templo. No ha dudado en violar su santidad introduciendo dentro a gentiles».

Aunque tales acusaciones eran calumnias, sin embargo, se alborotó toda la ciudad y, haciéndose un gran concurso de pueblo, tomaron a San Pablo, lo arrastraron fuera del templo para matarlo como blasfemo. Pero el ruido del tumulto llegó al tribuno romano, quien acudió de inmediato con las guardias. Los sediciosos, al ver las guardias, cesaron de golpear a Pablo y lo entregaron al tribuno, quien, haciéndolo atar, ordenó que fuera conducido a la torre Antonia, que era una fortaleza y un cuartel de soldados cerca del templo. Lisias, tal era el nombre del tribuno, deseaba saber el motivo de aquel tumulto, pero no pudo averiguarlo, porque los gritos y alborotos del pueblo ahogaban toda voz. Mientras Pablo subía los escalones de la fortaleza, fue necesario que los soldados lo llevaran en brazos para sacarlo de las manos de los judíos, quienes, al no poder tenerlo en su poder, gritaban: «¡Mátalo, quítalo del mundo!».

Cuando estaba a punto de entrar en la torre, habló así en griego al tribuno: «¿Me es permitido decirte una palabra?» El tribuno se maravilló de que hablara griego y le dijo: «¿Sabes tú el griego? ¿No eres tú ese egipcio que poco antes excitaste una rebelión y llevaste contigo al desierto a cuatro mil asesinos?» «No, ciertamente», respondió Pablo, «yo soy judío, ciudadano de Tarso, ciudad de Cilicia. Pero, por favor, ¿me permites hablar al pueblo?» Lo cual le fue concedido, Pablo, desde los escalones de la torre, levantó un poco la mano, agobiada por el peso de las cadenas, dio señal al pueblo de callar y comenzó a exponer lo que concernía a su patria, su conversión y su predicación, y cómo Dios lo había destinado a llevar la fe entre los gentiles.

El pueblo lo había escuchado en profundo silencio hasta estas últimas palabras; pero cuando oyó hablar de los gentiles, como agitado por mil furias, estalló en gritos desenfrenados, y unos por desdén arrojaban al suelo sus vestiduras, otros esparcían en el aire el polvo, y todos gritaban: «¡Este es indigno de vivir, que sea quitado del mundo!».

El tribuno, que nada había entendido del discurso

de San Pablo, porque había hablado en lengua hebrea, temiendo que el pueblo viniera a graves excesos, ordenó a sus hombres que llevaran a Pablo a la fortaleza, y luego lo azotaran y lo sometieran a tortura para obligarlo así a revelar la causa de la sedición. Pero Pablo, que sabía que aún no había llegado la hora en que debía sufrir tales males por Jesucristo, se volvió al centurión encargado de hacer ejecutar aquella orden injusta y le dijo: «¿Te parece que es lícito azotar a un ciudadano romano, sin que sea condenado?» Al oír esto, el centurión corrió hacia el tribuno diciéndole: «¿Qué vas a hacer? ¿No sabes que este hombre es ciudadano romano?».

El tribuno tuvo miedo, porque había hecho atar a Pablo, lo cual conllevaba pena de muerte. Se acercó él mismo a Pablo y le dijo: «¿Eres tú realmente ciudadano romano?» Él respondió: «Lo soy verdaderamente». «Yo», añadió el tribuno, «he adquirido a caro precio tal derecho de ciudadanía romana». «Y yo», replicó Pablo, «lo disfruto por mi nacimiento». Sabiendo esto, hizo suspender la orden de someter a Pablo a tortura, y el tribuno mismo se preocupó, y buscó otro medio para saber las acusaciones que los judíos hacían contra él. Ordenó que al día siguiente se reunieran el Sanedrín y todos los sacerdotes judíos; luego, hechas quitar las cadenas a Pablo, lo hizo venir en medio del concilio.

El Apóstol, fijando los ojos en aquella asamblea, dijo: «Yo, hermanos, hasta este día he caminado delante de Dios con buena conciencia». Apenas oídas estas palabras, el sumo sacerdote, de nombre Ananías, ordenó a uno de los presentes que le diera a Pablo un fuerte golpe. El Apóstol no consideró tolerar tal grave injuria y, con la libertad y el celo que usaban los antiguos profetas, dijo: «¡Muralla blanqueada, ¡Dios te golpeará, así como tú has hecho golpearme, porque, fingiendo juzgar según la ley, me haces golpear contra la misma ley!». Al oír estas palabras, todos se indignaron: «¡Oh!», le dijeron, «¿tienes el atrevimiento de insultar al sumo sacerdote?» «Perdónenme, hermanos», respondió Pablo, «no sabía que este fuera el príncipe de los sacerdotes, pues bien conozco la ley que prohíbe maldecir al príncipe del

pueblo».

Pablo no había reconocido al sumo sacerdote o porque él no tenía las insignias de su grado, o no hablaba y no actuaba con la dignidad que a tal persona le convenía. Ni San Pablo maldecía a Ananías, sino que predecía los males que le sobrevendrían, como de hecho ocurrió. Para zafarse de alguna manera de las manos de sus enemigos, Pablo unió la sencillez de la paloma a la prudencia de la serpiente y, sabiendo que la asamblea estaba compuesta de saduceos y de fariseos, pensó en sembrar división entre ellos exclamando: «Yo, hermanos, soy fariseo, hijo y discípulo de fariseos. La razón por la cual soy llamado a juicio es mi esperanza en la resurrección de los muertos». Estas palabras hicieron nacer graves disensiones entre los oyentes; unos estaban en contra de Pablo, otros a favor de él.

Mientras tanto, se levantó un clamor que hacía temer graves desórdenes. El tribuno, temiendo que los más encolerizados se lanzaran contra Pablo y lo despedazaran, ordenó a los soldados que lo sacaran de sus manos y lo condujeran de nuevo a la torre. Dios, sin embargo, quiso consolar a su siervo por lo que había padecido en aquel día. En la noche le apareció y le dijo: «¡Ánimo! Después de haberme dado testimonio en Jerusalén, harás lo mismo en Roma».

CAPÍTULO XIX. Cuarenta judíos se comprometen con un voto a matar a San Pablo – Un sobrino suyo descubre la trama – Es trasladado a Cesarea – Año de Cristo 59

Los judíos, al ver fallido su plan, pasaron la noche siguiente elaborando varios proyectos. Cuarenta de ellos tomaron la desesperada resolución de comprometerse con un voto a no comer ni beber antes de haber matado a Pablo. Una vez urdida esta conspiración, se dirigieron a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, contándoles su propósito. «Para

tener a ese rebelde en nuestras manos», añadieron, «hemos encontrado un camino seguro; solo queda que ustedes nos den una mano. Hagan saber al tribuno, en nombre del Sanedrín, que desean examinar más a fondo algunos puntos del caso de Pablo y que, por lo tanto, lo presenten nuevamente mañana. Él ciertamente aceptará la solicitud. Pero estén seguros de que, antes de que Pablo sea conducido ante ustedes, nosotros lo haremos pedazos con estas manos». Los ancianos alabaron el plan y prometieron colaborar.

O porque alguno de los conspiradores no mantuvo el secreto, o porque no se preocuparon de cerrar la puerta cuando urdieron su plan, lo cierto es que fueron descubiertos. Un hijo de la hermana de Pablo supo todo y, corriendo a la torre, logró pasar entre las guardias, presentarse ante su tío y contarle toda la trama. Pablo instruyó bien al sobrino sobre cómo actuar. Luego, llamando a un oficial que estaba de guardia, le dijo: «Te ruego que lleves a este joven al capitán; tiene algo que comunicarle».

El centurión lo llevó ante el capitán y le dijo: «Ese Pablo que está en prisión me ha pedido que te traiga a este joven, porque tiene algo que decirte». El capitán tomó de la mano al joven y, llevándolo a un lado, le preguntó qué tenía que referir. «Los judíos», respondió, «se han puesto de acuerdo para pedirte mañana que lleves a Pablo al Sanedrín, bajo el pretexto de querer examinar más a fondo su causa. Pero no les hagas caso: debes saber que le tienden una emboscada y cuarenta de ellos se han comprometido con un voto terrible a no comer ni beber hasta que lo hayan matado. Ahora están listos para actuar, esperando solo tu consentimiento». «Bien hecho», dijo el capitán, «has hecho bien en decirme estas cosas. Ahora puedes ir, pero no le digas a nadie que me lo has revelado».

De esta desesperada resolución, Lisias comprendió que retener a Pablo más tiempo en Jerusalén equivalía a dejarlo en peligro, del cual quizás no podría salvarlo. Por lo tanto, sin dudarlo, llamó a dos centuriones y les dijo: «Pongan en orden doscientos soldados de infantería y otros

tantos armados de lanza, con setenta hombres a caballo, y acompañen a Pablo hasta Cesarea. Prepárense también un caballo para él, para que sea llevado allí sano y salvo y se presente al gobernador Félix». El tribuno acompañó a Pablo con una carta al gobernador, que decía:

«Claudio Lisias al excelentísimo gobernador Félix, saludos. Te envío a este hombre que, apresado por los judíos, estaba a punto de ser asesinado por ellos. Al llegar con mis soldados, lo saqué de sus manos, habiendo sabido que es ciudadano romano. Queriendo luego informarme de qué delito se le acusaba, lo llevé al Sanedrín y encontré que se le acusaba por cuestiones relacionadas con su ley, pero sin ninguna culpa que mereciera muerte o prisión. Pero habiéndome sido informado de que le tienden una trama de muerte, he decidido enviártelo, invitando al mismo tiempo a sus acusadores a presentarse ante tu tribunal para exponer sus acusaciones contra él. Cuídate bien».

En ejecución de las órdenes recibidas, esa misma noche los soldados partieron con Pablo y lo llevaron a Antipatride, ciudad situada a medio camino entre Jerusalén y Cesarea. En ese punto del trayecto, no temiendo más ser asaltados por los judíos, enviaron de regreso a los cuatrocientos soldados a Jerusalén, y Pablo, acompañado solo por los setenta jinetes, llegó al día siguiente a Cesarea.

Así Dios, de la manera más sencilla, liberaba a su Apóstol de un grave peligro y hacía conocer que los planes de los hombres siempre resultan vanos cuando son contrarios a la voluntad divina.

CAPÍTULO XX. Pablo ante el gobernador – Sus acusadores y su defensa – Año de Cristo 59

Al día siguiente, Pablo llegó a Cesarea y fue presentado al gobernador con la carta del capitán Lisias. Leída la carta, el gobernador llamó a Pablo a un lado y, al

saber que era de Tarso, le dijo: «Te escucharé cuando lleguen tus acusadores». Mientras tanto, lo hizo custodiar en la prisión de su palacio.

Los cuarenta conspiradores, al verse fallar el golpe, quedaron atónitos. Se puede creer que, sin prestar atención al voto hecho, se pusieron a comer y beber para continuar su trama. De acuerdo con el sumo sacerdote, con los ancianos y con un tal Tertulio, famoso orador, partieron hacia Cesarea, donde llegaron cinco días después de la llegada de Pablo. Todos se presentaron ante el gobernador, y Tertulio comenzó a hablar así contra Pablo: «Hemos encontrado a este hombre pestilente, que suscita revueltas entre todos los judíos del mundo. Él es jefe de la secta de los nazarenos. También ha intentado profanar nuestro templo, y nosotros lo hemos arrestado. Queríamos juzgarlo según nuestra ley, pero intervino el capitán Lisias, que nos lo quitó por la fuerza. Él ha ordenado que sus acusadores se presenten ante ti. Ahora estamos aquí. Examinándolo, podrás tú mismo comprobar las culpas de las que lo acusamos». Lo que había afirmado Tertulio fue confirmado por los judíos presentes.

Pablo, habiendo recibido del gobernador la posibilidad de responder, comenzó a defenderse así: «Puesto que, excelentísimo Félix, desde hace muchos años gobiernas este país, eres ciertamente capaz de conocer las cosas que aquí han sucedido. De buena gana me defiendo ante ti. Como puedes comprobar, no han pasado más de doce días desde que subí a Jerusalén para adorar. En este breve tiempo, nadie puede decir que me haya encontrado en el templo o en las sinagogas o en otro lugar público o privado discutiendo con alguien, ni reuniendo multitudes o fomentando desórdenes. No pueden probar ninguna de las acusaciones que me hacen. Pero te confieso que sigo el Camino que ellos llaman secta, sirviendo así al Dios de nuestros padres, creyendo en todo lo que es conforme a la Ley y está escrito en los Profetas. Tengo en Dios la misma esperanza que ellos, que habrá una resurrección de los justos y de los injustos. Por esto también me esfuerzo por tener siempre una conciencia irreprochable ante Dios y

ante los hombres. Después de muchos años he venido a traer limosnas a mi nación y a presentar ofrendas. Mientras estaba ocupado en estos ritos de purificación, sin multitud ni tumulto, algunos judíos de Asia me encontraron en el templo. Ellos debieron comparecer ante ti para acusarme, si tuvieran algo contra mí. O que digan estos mismos si han encontrado alguna culpa en mí, cuando comparecí ante el Sanedrín, aparte de esta sola declaración que hice en voz alta en medio de ellos: “Es a causa de la resurrección de los muertos que yo soy juzgado hoy ante ustedes”».

Sus acusadores quedaron confundidos y, mirándose unos a otros, no encontraban palabras que proferir. El mismo gobernador, ya inclinado a favor de los cristianos, sabía que ellos, lejos de ser sediciosos, eran los más dóciles y fieles entre sus súbditos. Pero no quiso pronunciar sentencia y se reservó para oírlo nuevamente cuando el capitán Lisias viniera de Jerusalén a Cesarea. Mientras tanto, ordenó que Pablo fuera custodiado, pero concediéndole cierta libertad y permitiendo a sus amigos que lo sirvieran.

Algún tiempo después, el gobernador, quizás para complacer a su esposa, que era judía, hizo venir a Pablo a su presencia para oírlo hablar de religión. El Apóstol expuso con viveza las verdades de la fe, el rigor de los juicios que Dios reservará a los impíos en la otra vida, tanto que Félix, asustado y turbado, dijo: «Por ahora basta; te escucharé de nuevo cuando tenga la oportunidad». En realidad, lo hizo llamar más veces, pero no para instruirse en la fe, sino esperando que Pablo le ofreciera dinero a cambio de la libertad. Por lo tanto, aunque conocía la inocencia de Pablo, lo mantuvo en prisión en Cesarea durante dos años. Así hacen esos cristianos que, por ganancia temporal o para agradar a los hombres, venden la justicia y violan los más sagrados deberes de la conciencia y de la religión.

CAPÍTULO XXI. Pablo ante Festo – Sus

palabras al rey Agripa – Año de Cristo 60

Ya habían pasado dos años desde que el santo Apóstol estaba prisionero, cuando a Félix le sucedió otro gobernador llamado Festo. Tres días después de asumir el cargo, el nuevo gobernador fue a Jerusalén y de inmediato los jefes de los sacerdotes y los principales judíos se presentaron ante él para renovar las acusaciones contra el santo Apóstol. Le pidieron como un favor especial que llevara a Pablo a Jerusalén para ser juzgado en el Sanedrín; pero en realidad tenían la intención de asesinarlo en el camino. Festo, quizás ya advertido de no confiar en ellos, respondió que pronto regresaría a Cesarea; «Los que de ustedes», dijo, «tengan algo contra Pablo, vengan conmigo y escucharé sus acusaciones».

Después de algunos días, Festo regresó a Cesarea y con él los judíos acusadores de Pablo. Al día siguiente hizo llamar al santo Apóstol ante su tribunal, y los judíos le hicieron muchas graves acusaciones, sin poder probarlas. Pablo les respondió con pocas palabras, y sus acusadores guardaron silencio. Sin embargo, Festo, deseando ganar la benevolencia de los judíos, le preguntó si quería ir a Jerusalén para ser juzgado en el Sanedrín, en su presencia. Al darse cuenta Pablo de que Festo se inclinaba a entregarlo a los judíos, respondió: «Estoy ante el tribunal de César, donde debo ser juzgado. No he hecho ningún agravio a los judíos, como bien sabes. Si, por tanto, soy culpable y he cometido algo que merece la muerte, no me niego a morir; pero si no hay nada de cierto en las acusaciones que estos presentan contra mí, nadie tiene derecho a entregarme a ellos. Apelo a César». Esta apelación de nuestro Apóstol era justa y conforme a las leyes romanas, ya que el gobernador se mostraba dispuesto a entregar a un ciudadano romano, reconocido inocente, al poder de los judíos que querían su muerte a toda costa. Los santos Padres reflexionan que no el deseo de la vida, sino el bien de la Iglesia lo impulsó a apelar a Roma, donde por divina revelación sabía cuánto debía trabajar para la gloria de Dios

y la salvación de las almas.

Festo, después de consultar a su consejo, respondió: «Tú has apelado al César, a César irás».

No muchos días después llegó a Cesarea el rey Agripa, hijo de aquel Agripa que había hecho morir a San Santiago el Mayor y encarcelar a San Pedro. Había venido con su hermana Berenice para rendir los debidos homenajes al nuevo gobernador de Judea. Habiéndose quedado varios días, Festo les habló del proceso de Pablo. Agripa manifestó el deseo de oírlo. Para complacerlo, Festo hizo preparar una sala con gran pompa e, invitando a la audiencia a los tribunos y otros magistrados, hizo llevar a Pablo ante la presencia de Agripa y Berenice. «He aquí», dijo Festo, «aquel hombre contra quien ha recurrido a mí toda la multitud de los judíos, protestando con grandes clamores que no debía vivir más. Yo, sin embargo, no he encontrado en él nada que merezca la muerte. No obstante, habiéndose apelado al tribunal del emperador, debo enviarlo a Roma. Pero como no tengo nada cierto que escribir a nuestro soberano, he considerado oportuno presentarlo ante ustedes y especialmente ante ti, oh rey Agripa, para que, después de interrogarlo, me digan qué debo escribir, no pareciéndome conveniente enviar a un prisionero sin especificar las acusaciones contra él».

Agripa, dirigiéndose a Pablo, dijo: «Te es permitido hablar en tu defensa». Pablo comenzó a hablar así: «Me considero afortunado, oh rey Agripa, de poder hoy defenderme ante ti contra todas las acusaciones de los judíos, sobre todo porque eres experto en todas las costumbres y cuestiones que les conciernen. Te ruego, por tanto, que me escuches con paciencia. Todos los judíos conocen mi vida desde mi juventud, transcurrida entre mi pueblo y en Jerusalén. Saben que he vivido según la secta más rigurosa de nuestra religión, la de los fariseos. Y ahora soy llamado a juicio a causa de la esperanza en la promesa hecha por Dios a nuestros padres, la que nuestras doce tribus esperan ver cumplida sirviendo a Dios noche y día. Es por esta esperanza, oh rey, que soy acusado por los judíos. ¿Por qué se considera

inconcebible entre ustedes que Dios resucite a los muertos?

Yo también consideraba mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús Nazareno. Así lo hice en Jerusalén: obtuve de los jefes de los sacerdotes la autorización para encarcelar a muchos santos y, cuando eran condenados a muerte, expresaba mi voto. A menudo, yendo de sinagoga en sinagoga, trataba de obligarlos a blasfemar; y en mi furia acérrima los perseguía hasta en las ciudades extranjeras.

En tales circunstancias, mientras iba a Damasco con la autorización y el mandato de los jefes de los sacerdotes, al mediodía, oh rey, vi en el camino una luz del cielo, más brillante que el sol, que envolvió a mí y a los que estaban conmigo. Todos cayeron a tierra y yo oí una voz que me decía en lengua hebrea: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Es duro para ti recalcitrar contra el aguijón". Yo dije: "¿Quién eres, Señor?" Y el Señor respondió: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie; porque te he aparecido para constituirte ministro y testigo de lo que has visto de mí y de lo que te mostraré. Te libraré del pueblo y de los paganos, a quienes te envió para abrirles los ojos, a fin de que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, y obtengan, mediante la fe en mí, la remisión de los pecados y la suerte entre los santificados".

Por lo tanto, oh rey Agripa, no he desobedecido a la visión celestial; sino que primero a los de Damasco, luego a Jerusalén y en toda Judea, y finalmente a los paganos, he anunciado que se arrepientan y se conviertan a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento. Por esto los judíos, habiéndome apresado en el templo, intentaron matarme. Pero, gracias a la ayuda de Dios, hasta este día estoy aquí para testificar ante los pequeños y los grandes, no diciendo otra cosa sino lo que los profetas y Moisés declararon que debía suceder: que el Cristo habría de sufrir y, como primero entre los resucitados de los muertos, anunciaría la luz al pueblo y a los paganos».

Festo interrumpió el discurso del Apóstol y a gran voz exclamó: «Estás loco, Pablo; el mucho saber te ha vuelto

loco». A lo que Pablo respondió: «No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que estoy diciendo palabras de verdad y de buen sentido. El rey, al que hablo con franqueza, conoce estas cosas; creo, de hecho, que nada de esto le es desconocido, pues no son hechos ocurridos en secreto. ¿Crees tú en los profetas, oh rey Agripa? Sé que crees». Agripa dijo a Pablo: «Aún un poco y me convences a hacerme cristiano». Y Pablo replicó: «Que le plazca a Dios que, sea en poco tiempo sea en mucho, no solo tú, sino también todos los que hoy me escuchan, se conviertan en tales como yo soy, excepto estas cadenas».

Entonces el rey, el gobernador, Berenice y los demás se levantaron y, retirándose a un lado, se dijeron unos a otros: «Este hombre no ha hecho nada que merezca muerte o prisión». Y Agripa dijo a Festo: «Este hombre podría haber sido liberado, si no se hubiera apelado a César».

Así, el discurso de Pablo, que debería haber convertido a todos esos jueces, no sirvió de nada, porque ellos cerraron el corazón a las gracias que Dios quería concederles. Esta es una imagen de aquellos cristianos que escuchan la palabra de Dios, pero no se resuelven a poner en práctica las buenas inspiraciones que a veces sienten nacer en el corazón.

CAPÍTULO XXII. San Pablo es embarcado hacia Roma – Sufre una terrible tormenta, de la cual es salvado con sus compañeros – Año de Jesús Cristo 60

Cuando Festo decidió que Pablo sería conducido a Roma por mar, él, junto con muchos otros prisioneros, fue confiado a un centurión llamado Julio. Con él estaban sus dos fieles discípulos Aristarco y Lucas. Se embarcaron en un barco proveniente de Adramitio, ciudad marítima de África. Costeando Palestina, llegaron a Sidón al día siguiente. El centurión, que los acompañaba, pronto se dio cuenta de que Pablo no era un hombre común y, admirando sus virtudes, comenzó a tratarlo

con respeto. Desembarcados en Sidón, le dio plena libertad para visitar a los amigos, quedarse con ellos y recibir algún alivio.

Desde Sidón navegaron a lo largo de las costas de la isla de Chipre y, como el viento era algo contrario, atravesaron el mar de Cilicia y de Panfilia, que es una parte del Mediterráneo, y llegaron a Mira, ciudad de Licia. Aquí el centurión, habiendo encontrado un barco que de Alejandría iba a Italia con carga de trigo, transfirió a sus pasajeros a él. Pero navegando muy lentamente, tuvieron muchas dificultades para llegar a la isla de Creta, hoy llamada Candia. Se detuvieron en un lugar llamado Puertos Buenos, cerca de Salmón, ciudad de esa isla.

Siendo la temporada muy avanzada, Pablo, ciertamente inspirado por Dios, exhortaba a los marineros a no arriesgarse a continuar la navegación en un tiempo tan peligroso. Pero el piloto y el dueño del barco, sin dar importancia a las palabras de Pablo, afirmaban que no había nada que temer. Partieron, por tanto, con la intención de alcanzar otro puerto de esa isla llamado Fenicia, esperando poder pasar allí el invierno con mayor seguridad. Pero después de un breve trayecto, el barco fue sacudido por un fuerte viento, al cual no pudiendo resistir, los navegantes se vieron obligados a abandonar a sí mismos y al barco a merced de las olas. Llegados a Cauda, una islita poco distante de Creta, se dieron cuenta de que estaban cerca de un banco de arena y, temiendo romper el barco contra él, se esforzaron por tomar otra dirección. Pero la tempestad enfureciendo cada vez más y agitando cada vez más el barco, se encontraron todos en gran peligro. Arrojaron al mar las mercancías, luego los muebles y los armamentos del barco para aligerarlo. Sin embargo, después de varios días, no apareciendo más ni sol ni estrellas y con la tempestad que se intensificaba, parecía perdida toda esperanza de salvación. A estos males se añadía que, o por la náusea del mar en tempestad, o por el miedo a la muerte, nadie pensaba en comer, lo cual era dañino ya que a los marineros les faltaban fuerzas para gobernar el barco. Se arrepintieron

entonces de no haber seguido el consejo de Pablo, pero era tarde.

Pablo, viendo el desánimo entre los marineros y los pasajeros, animado por la confianza en Dios, los confortó diciendo: «Hermanos, debieron haberme creído y no partir de Creta; así habríamos evitado estas pérdidas y estas desgracias. Sin embargo, ánimo; créanme, en nombre de Dios les aseguro que ninguno de nosotros se perderá; solo el barco se hará pedazos. Esta noche me ha aparecido el ángel del Señor y me ha dicho: “No temas, Pablo, debes comparecer ante César; y he aquí, Dios te concede la vida de todos los que navegan contigo”. Por lo tanto, ánimo, hermanos, todo sucederá como me ha sido dicho».

Mientras tanto, ya habían transcurrido catorce días desde que sufrían esa tempestad, y cada uno pensaba que iba a ser tragado por las olas en cualquier momento. Era medianoche cuando, en la oscuridad de las tinieblas, pareció a los marineros que se acercaban a tierra. Para asegurarse, arrojaron el sondeo y encontraron el agua a veinte brazas de profundidad, luego a quince. Temiendo entonces terminar contra algún escollo, arrojaron cuatro anclas para detener el barco, esperando la luz del día que les hiciera ver dónde se encontraban.

En ese momento a los marineros les vino la idea de huir del barco y tratar de salvarse en esa tierra que parecía cercana. Pablo, siempre guiado por la luz divina, se dirigió al centurión y a los soldados diciendo: «Si estos no permanecen a bordo, ustedes no podrán ser salvos, porque Dios no quiere ser tentado a hacer milagros». A estas palabras todos guardaron silencio y siguieron el consejo de Pablo. Al amanecer, el santo Apóstol echó un vistazo a los que estaban en el barco y, viéndolos todos agotados por las fatigas y desmayados por el ayuno, les dijo: «Hermanos, es el decimocuarto día que, esperando una mejora, no han comido nada. Ahora les ruego que no se dejen morir de inanición. Ya les he asegurado, y les aseguro nuevamente, que ni un solo cabello de ustedes perecerá. Así que, ánimo». Dicho esto,

Pablo tomó pan, dio gracias a Dios, lo partió y, a la vista de todos, comenzó a comer. Entonces todos se recuperaron y comieron juntos con él; eran un total de 276 personas.

Pero, continuando la furia de los vientos y de las olas, se vieron obligados a arrojar al mar también el trigo que habían guardado para su uso. Al amanecer, les pareció ver una ensenada y se esforzaron por llevar el barco allí y buscar salvación. Pero, impulsada por la fuerza de los vientos, la nave encalló en un banco de arena, comenzando a romperse y deshacerse. Al ver el agua penetrar por varias rendijas, los soldados querían tomar el cruel partido de matar a todos los prisioneros, tanto para aligerar el barco como porque no escaparan después de haberse salvado a nado.

Pero el centurión, que amaba a Pablo y quería salvarlo, no aprobó tal consejo, sino que ordenó que aquellos que sabían nadar se arrojaran al mar para alcanzar la tierra; a los demás se les dijo que se aferraran a tablas o a restos del barco; y así llegaron todos sanos y salvos a la orilla.

CAPÍTULO XXIII. San Pablo en la isla de Malta – Es liberado de la mordedura de una víbora – Es acogido en casa de Publio, a quien sana – Año de Cristo 60

Ni Pablo ni sus compañeros conocían la tierra en la que habían desembarcado después de salir de las olas. Informándose de los primeros habitantes que encontraron, supieron que aquel lugar se llamaba Melita, hoy Malta, una isla del Mediterráneo situada entre África y Sicilia. Al enterarse de aquel gran número de naufragos que habían salido de las olas como tantos peces, los isleños acudieron y, aunque eran bárbaros, se conmovieron al verlos tan cansados, exhaustos y temblando de frío. Para calentarlos encendieron un gran fuego.

Pablo, siempre atento a ejercer obras de caridad, fue a recoger un manojo de ramas secas. Mientras las ponía en

el fuego, una víbora que estaba entre ellas, entumecida por el frío, despertada por el calor, saltó y se agarró a la mano de Pablo. Aquellos bárbaros, al ver la serpiente colgando de su mano, pensaron mal de él y decían unos a otros: «Este hombre debe ser un asesino o algún gran criminal; ha escapado del mar, pero la venganza divina lo golpea en la tierra». ¡Pero cuánto debemos cuidarnos de juzgar temerariamente a nuestro prójimo!

Pablo, avivando la fe en Jesucristo, que había asegurado a sus Apóstoles que ni serpientes ni venenos les harían daño, sacudió la mano, arrojó la víbora al fuego y no sufrió ningún mal. Aquella buena gente esperaba que, una vez entrado el veneno en la sangre de Pablo, él debía hincharse y caer muerto después de unos instantes, como sucedía a cualquiera que tuviera la desgracia de ser mordido por esos animales. Esperaron mucho tiempo y, al ver que nada le sucedía, cambiaron de opinión y decían que Pablo era un gran dios descendido del cielo. Quizás creían que era Hércules, considerado dios y protector de Malta. Según las leyendas, Hércules, siendo aún niño, habría matado a una serpiente, por lo que se le llamó ofiotoco, es decir, matador de serpientes.

Dios confirmó este primer prodigio con otro aún más asombroso y permanente: de hecho, se le quitó toda fuerza venenosa a las serpientes de aquella isla, de modo que desde entonces no se tuvo más que temer la mordedura de las víboras. ¿Qué más? Se dice que la misma tierra de la isla de Malta, llevada a otros lugares, es un remedio seguro contra las mordeduras de las víboras y serpientes.

El gobernador de la isla, un príncipe llamado Publio, hombre muy rico, al enterarse del modo milagroso con que aquellos náufragos habían sido salvados de las aguas e informado, o siendo testigo, del milagro de la víbora, envió a invitar a Pablo y a sus compañeros, que habían llegado en número de 276. Los acogió en su casa y los honró durante tres días, ofreciéndoles alojamiento y comida a su costa. Dios no dejó sin recompensa la generosidad y cortesía de Publio. Él tenía a su padre en la cama, afligido por fiebre y grave

disentería que lo habían llevado al borde de la muerte. Pablo fue a ver al enfermo y, después de dirigirle palabras de caridad y consuelo, se puso a orar. Luego, levantándose, se acercó a la cama, impuso las manos sobre el enfermo, quien inmediatamente sanó. Así, el buen anciano, libre de todo mal y completamente restablecido, corrió a abrazar a su hijo, bendiciendo a Pablo y al Dios que él predicaba. Publio, su padre y su familia (así asegura San Juan Crisóstomo), llenos de gratitud hacia el gran Apóstol, se hicieron instruir en la fe y recibieron de mano de Pablo el bautismo.

Al difundirse la noticia de la curación milagrosa del padre de Publio, todos aquellos que estaban enfermos o tenían enfermos de cualquier enfermedad iban o se hacían llevar a los pies de Pablo, y él, bendiciéndolos en nombre de Jesucristo, los enviaba a todos sanos, bendiciendo a Dios y creyendo en el Evangelio. En poco tiempo toda aquella isla recibió el bautismo y, derribados los templos de los ídolos, levantaron otros dedicados al culto del verdadero Dios.

CAPÍTULO XXIV. Viaje de San Pablo de Malta a Siracusa – Predica en Reggio – Su llegada a Roma – Año de Cristo 60

Los malteses estaban llenos de entusiasmo por Pablo y por la doctrina que él predicaba, tanto que, además de abrazar en masa la fe, competían en suministrarle a él y a sus compañeros lo que necesitaban para el tiempo que permanecieron en Malta y para el viaje hasta Roma. Pablo permaneció en Malta tres meses, debido al invierno en el que el mar no es navegable. Se cree comúnmente que en ese tiempo guió a Publio en la perfección cristiana y que, antes de partir, lo ordenó obispo de aquella isla; lo cual ciertamente fue de gran consuelo para aquellos fieles.

Llegada la primavera y decidida la partida hacia Roma, el centurión Julio se acordó de un barco que de Alejandría iba hacia Italia y que tenía como insignia a dos

dioses llamados Castor y Pólux, que los idólatras creían protectores de la navegación. Con gran pesar de los malteses, se embarcaron hacia Sicilia, una isla muy cercana a Italia, y favorecidos por el viento llegaron pronto a Siracusa, ciudad principal de esta isla. Allí el Evangelio ya había sido predicado por San Pedro, quien había ordenado obispo a San Marciano. Este digno pastor quiso hospedar en su casa al santo Apóstol y le hizo celebrar los santos misterios en una cueva, con gran alegría suya y de aquellos fieles. Una iglesia antiquísima, que aún existe hoy en esa ciudad, está dedicada a nuestro santo Apóstol, y se cree que fue edificada sobre la misma cueva donde San Pablo había predicado la palabra de Dios y celebrado los divinos misterios.

Partiendo de Siracusa, costearon la isla de Sicilia, pasaron por el puerto de Messina y llegaron con sus compañeros a Reggio, ciudad y puerto de Calabria, muy cerca de Sicilia. Allí se detuvieron un día.

Historiadores acreditados de aquel país cuentan muchas cosas maravillosas realizadas por San Pablo en esa breve estancia; entre ellas elegimos el siguiente hecho. Los regianos, que eran idólatras, al oír que en su puerto había desembarcado un barco con la insignia de Castor y Pólux, muy honrados por ellos, acudieron en masa a verlo. Pablo quiso aprovechar esa concurrencia para predicar a Jesucristo, pero ellos no querían escucharlo. Entonces él, movido por la fe en ese Jesús que por su mano había realizado tantas maravillas, sacó un trozo de vela y dijo: «Les ruego que me dejen hablar al menos durante el tiempo que este pedacito de vela tardará en consumirse». Aceptaron la condición entre risas y se aquietaron.

Pablo puso esa cerilla sobre una columna de piedra situada en la orilla. Inmediatamente toda la columna tomó fuego y apareció una gran llama, que le sirvió de antorcha ardiente. Tuvo tiempo abundante para instruirlos, ya que aquellos bárbaros, atónitos por tal milagro, se quedaron escuchando a Pablo mansamente cuanto él quiso hablar; y nadie se atrevió a interrumpirlo. La fe fue aceptada, y en el lugar

del milagro se erigió una magnífica iglesia al verdadero Dios. En el altar mayor se colocó esa columna y, para conservar la memoria de aquel prodigio, se estableció una solemnidad con oficio propio. En la misa se lee una oración que se traduce así: «Oh Dios, que, a la predicación del Apóstol Pablo, haciendo brillar milagrosamente una columna de piedra, os habéis dignado instruir a los pueblos de Reggio con la luz de la fe, concedednos, os lo pedimos, merecer tener en el cielo como intercesor a aquel que hemos tenido como predicador del Evangelio en la tierra» (Cesari, Hechos de los Apóstoles, vol. 2).

Después de aquel día, invitados por un tiempo favorable, Pablo y sus compañeros se embarcaron hacia Pozzuoli, ciudad de Campania distante nueve millas de Nápoles. Allí fue grandemente consolado por el encuentro con varios que ya habían abrazado la fe, predicada por San Pedro algunos años antes.

Esos buenos cristianos también experimentaron gran consuelo y rogaron a Pablo que permaneciera con ellos siete días. Pablo, obtenida licencia del centurión, se quedó ese tiempo y, en día festivo, habló a la numerosa asamblea de aquellos fieles.

Las noticias de la llegada del gran Apóstol a Italia ya habían llegado a Roma, y los fieles de esa ciudad, deseosos de conocer en persona al autor de la famosa carta desde Corinto, vinieron a encontrarlo en el Foro de Apio, hoy llamado Fossa Nuova, que es una ciudad distante aproximadamente 50 millas de Roma. Continuando el camino, llegaron a las Tres Tabernas, lugar distante aproximadamente 30 millas de Roma, donde encontró a muchos otros que habían venido hasta allí para darle una acogida festiva.

Acompañado por aquel gran número de fieles, que no se saciaban de admirar a aquel gran ministro de Jesucristo, llegó a Roma como si fuera conducido en triunfo. Allí la fe cristiana, como se ha dicho, ya había sido predicada por San Pedro, quien desde hacía dieciocho años tenía la sede pontificia.

CAPÍTULO XXV. Pablo habla a los judíos y les predica a Jesucristo – Progreso del Evangelio en Roma – Año de Cristo 61

Llegado a Roma, Pablo fue entregado al prefecto del pretorio, es decir, al general de las guardias pretorianas, así llamadas porque tenían el cuidado especial de custodiar la persona del emperador. El nombre de aquel ilustre romano era Afranio Burro, de quien la historia hace mención muy honorable.

El centurión Julio se preocupó de recomendar a Pablo a ese prefecto, quien lo trató con singularísima benignidad. Las cartas de los gobernadores Félix y Festo, que ciertamente debieron haber dado a conocer la inocencia de Pablo, y el buen testimonio dado por el centurión Julio, lo pusieron en buena luz y reverencia ante Burro, quien le dio plena libertad de vivir solo donde le placiera, con la condición de que fuera vigilado por un soldado cuando salía de casa. Sin embargo, Pablo siempre tenía una cadena en el brazo cuando estaba en casa; si salía, la cadena que le ataba el brazo pasaba por detrás para mantenerlo conectado con el soldado que lo acompañaba, de modo que ese soldado estaba siempre atado a Pablo a través de la misma cadena. El santo Apóstol alquiló una casa, en la que se alojó con sus compañeros, entre los cuales se mencionan especialmente a Lucas, Aristarco y Timoteo, ese fiel discípulo suyo de Listra.

Tres días después de su llegada, envió a invitar a los principales judíos que residían en Roma, pidiéndoles que vinieran a verlo en su alojamiento. Reunidos en buen número, les habló así: «No quisiera que el estado en que me ven y las cadenas de las que estoy atado les pusieran una mala opinión de mí. Dios sabe que no he hecho nada contra mi pueblo, ni contra las costumbres y leyes de mi patria. Fui encadenado en Jerusalén y luego entregado a los romanos. Estos me examinaron y, no habiendo encontrado en mí nada que mereciera castigo, querían devolverme libre; pero oponiéndose fuertemente los

judíos, me vi obligado a apelar a César.

«Esta es la única razón por la que he sido conducido a Roma. No quiero aquí acusar a mis hermanos, pero deseo hacerles saber el motivo de mi venida y, al mismo tiempo, hablarles del Mesías y de la resurrección, que es precisamente el motivo de estas cadenas. Sobre este tema deseo mucho poder abrirles mi corazón».

A tales palabras, los judíos respondieron: «En verdad, a nosotros no nos han llegado cartas de Judea, ni nadie ha venido a referirnos algo contra ti. También nosotros estamos en el vivo deseo de conocer tus sentimientos, pues sabemos que la secta de los cristianos es contraria en todo el mundo».

Pablo aceptó gustosamente la invitación y, asignándoles un día, se reunió un gran número de judíos en su casa. Entonces comenzó a exponer la doctrina de Jesucristo, la divinidad de su persona, la necesidad de la fe en él, confirmando todo con las palabras de los Profetas y de Moisés. Tal era el deseo de escuchar y tal la ansiedad de predicar, que el discurso de Pablo se prolongó desde la mañana hasta la noche. Entre los judíos que lo escuchaban, muchos creyeron y abrazaron la fe, pero varios se opusieron fuertemente.

El santo Apóstol, viendo tanta obstinación por parte de aquellos que debían ser los primeros en creer, les dijo estas duras palabras: «De esta inflexible obstinación que veo aquí entre ustedes en Roma, como también he encontrado en todas partes del mundo, la culpa es suya. Esta dureza suya ya fue predicha por el profeta Isaías, cuando dijo: “Ve a este pueblo y dirás: Oirán con los oídos, pero no entenderán; verán con los ojos, pero no comprenderán nada; porque el corazón de este pueblo se ha endurecido, han tapado los oídos y cerrado los ojos”.

«Estén seguros», continuaba Pablo, «que la salvación que ustedes no quieren, Dios no se la dará; más bien, la llevará a los gentiles, que la acogerán».

Las palabras de Pablo fueron casi inútiles para los judíos. Ellos se marcharon de él continuando las disputas

y las vanas discusiones sobre lo que habían oído, sin abrir el corazón a la gracia que les estaba siendo ofrecida. Por lo tanto, profundamente apenado, Pablo se dirigió a los gentiles, que con humildad de corazón iban a escucharlo y en gran número abrazaban la fe.

El santo Apóstol expresa él mismo la gran consolación por el progreso que hacía el Evangelio durante su prisión, escribiendo a los fieles de Filipos: «Cuando ustedes, oh hermanos, supieron que estaba preso en Roma, sintieron pena, no tanto por mi persona, sino por la predicación del Evangelio. Sepan, por lo tanto, que es bien al contrario. Mis cadenas han vuelto a honor de Jesucristo y han servido para hacerlo mejor conocer no solo a los de la ciudad que venían a mí para hacerse instruir en la fe, sino también en la corte y en el palacio del mismo emperador. De esto deben alegrarse conmigo y agradecer a Dios».

CAPÍTULO XXVI. San Lucas – Los filipenses envían ayuda a San Pablo – Enfermedad y curación de Epafrodito – Carta a los filipenses – Conversión de Onésimo – Año de Jesucristo 61

Lo que hemos dicho hasta ahora sobre las acciones de San Pablo fue casi literalmente extraído del libro de los Hechos de los Apóstoles, escrito por San Lucas. Este predicador del Evangelio continuó siendo fiel compañero de San Pablo; predicó el Evangelio en Italia, en Dalmacia, en Macedonia y terminó su vida con el martirio en Patras, ciudad de Acaya. Era médico, pintor y escultor. Hay muchas estatuas y pinturas de la Beata Virgen veneradas en diferentes países que se atribuyen a San Lucas. Regresamos a San Pablo.

Dos hechos son especialmente memorables en la vida de este santo Apóstol mientras estaba encarcelado en Roma: uno se refiere a los fieles de Filipos, el otro a la conversión de Onésimo.

Entre los muchos pueblos a los que el santo Apóstol predicó el Evangelio, ninguno le mostró mayores signos de afecto que los filipenses. Ellos ya le habían proporcionado abundantes limosnas cuando predicaba en su ciudad, en Tesalónica y en Corinto.

Cuando supieron que Pablo estaba prisionero en Roma, imaginaron que estaba en necesidad; por lo tanto, hicieron una considerable colecta y, para que resultara más valiosa y honorable, la enviaron por mano de San Epafrodito, su obispo.

Este santo prelado, al llegar a Roma, encontró a Pablo que no solo necesitaba ayuda económica, sino también asistencia personal, ya que estaba afligido por una grave enfermedad causada por la prisión. Epafrodito se dedicó a servirlo con tanto esmero, caridad y fervor, que, al enfermar él mismo, se encontraba al borde de la muerte. Pero Dios quiso recompensar la caridad del santo y evitar que se añadiera aflicción sobre aflicción al corazón de Pablo, y le devolvió la salud.

Los filipenses, al enterarse de que Epafrodito estaba mortalmente enfermo, se sumieron en la más profunda consternación. Por lo tanto, Pablo consideró bien devolverlo a Filipos con una carta, en la cual explica el motivo que lo ha llevado a devolverles a Epafrodito, a quien llama su hermano, colaborador, colega y su apóstol. Luego les exhorta a recibirlo con toda alegría y a honrar a cada persona de similar mérito, que, a imitación de él, esté dispuesta a dar su vida por el servicio de Cristo. También les dice a los filipenses que pronto enviará a Timoteo, para que les traiga noticias precisas de esa comunidad; además, afirma que espera ser puesto en libertad y poder verlos una vez más.

Epafrodito fue recibido por los filipenses como un ángel enviado por el Señor, y la carta de Pablo llenó el corazón de esos fieles de la mayor consolación.

El otro hecho que hace célebre la prisión de San Pablo fue la conversión de Onésimo, siervo de Filemón, un rico ciudadano de Colosas, ciudad de Frigia. Este Filemón había

sido ganado a la fe por San Pablo y correspondió tan bien a la gracia del Señor que era considerado como un modelo de cristianos, y su casa era llamada iglesia porque siempre estaba abierta para las prácticas de piedad y para el ejercicio de la caridad hacia los pobres. Tenía muchos esclavos que lo servían, y entre ellos uno llamado Onésimo. Este, habiéndose entregado desafortunadamente a los vicios, esperó la ocasión para huir, y robando una gran suma de dinero a su amo, escapó a Roma. Allí, entregándose a la juerga y a otros excesos, consumió el dinero robado y en breve se encontró en la mayor miseria. Por casualidad oyó hablar de San Pablo, a quien quizás había visto y servido en casa de su amo. La caridad y benignidad del santo Apóstol le inspiraron confianza, y decidió presentarse ante él. Fue y se arrodilló a sus pies, le manifestó su error y el estado infeliz de su alma, y se entregó completamente a él. Pablo reconoció en ese esclavo a un verdadero hijo pródigo. Lo recibió con bondad, como hacía con todos, y después de hacerle conocer la gravedad de su falta y el infeliz estado de su alma, se dedicó a instruirlo en la fe. Cuando vio en él las disposiciones necesarias para convertirse en un buen cristiano, lo bautizó en la misma prisión. El buen Onésimo, después de haber recibido la gracia del bautismo, permaneció lleno de gratitud y afecto hacia su padre y maestro, y comenzó a dárselo a conocer sirviéndolo lealmente en las necesidades de su prisión. Pablo deseaba tenerlo cerca de sí, pero no quería hacerlo sin el permiso de Filemón. Por lo tanto, pensó en enviar al propio Onésimo a su amo. Y como él no se atrevía a presentarse ante él, Pablo quiso acompañarlo con una carta, diciéndole: «Toma esta carta y ve a tu amo, y ten la seguridad de que obtendrás más de lo que deseas».

CAPÍTULO XXVII. Carta de San Pablo a Filemón – Año de Jesucristo 62

La carta de San Pablo a Filemón es la más fácil y breve de sus cartas, y dado que por la belleza de los

sentimientos puede servir de modelo a cualquier cristiano, la ofrecemos completa al benevolente lector. Tiene el siguiente tenor:

«Pablo, prisionero por la fe de Jesucristo, y el hermano Timoteo a nuestro querido Filemón, nuestro colaborador, a Apia, nuestra hermana queridísima, a Aristarco, compañero de nuestras fatigas y a todos los fieles que se reúnen en tu casa. Dios Padre y Jesucristo nuestro Señor les concedan gracia y paz.

«Recordándome continuamente de ti en mis oraciones, oh Filemón, doy gracias a mi Dios al oír hablar de tu fe y de tu gran caridad hacia todos los fieles. También agradezco a Dios al sentir la liberalidad proveniente de tu fe, tan manifiesta a los ojos de todos, por las buenas obras que se practican en tu casa por amor a Jesucristo. Nosotros, oh hermano queridísimo, hemos sido colmados de alegría y de consolación al saber que los fieles han encontrado tanto alivio por tu bondad. Por lo tanto, aunque pueda tomar en Cristo plena libertad para ordenarte algo que es tu deber, sin embargo, en nombre del amor que te tengo, quiero más bien suplicarte, aunque yo sea lo que soy respecto a ti, es decir, aunque sea Pablo ya viejo y actualmente prisionero por la fe de Jesucristo.

«La oración que te hago es por Onésimo, mi hijo, que he engendrado en mis cadenas, quien en otro tiempo te fue inútil, pero que ahora será muy útil tanto a ti como a mí. Te lo envío y te ruego que lo recibas como a mis entrañas. Hubiera querido retenerlo cerca de mí, para que me sirviera en tu lugar, encontrándome en las cadenas que llevo por amor al Evangelio; pero no quise hacer nada sin tu consentimiento, porque deseo que el bien que te propongo sea plenamente voluntario, no forzado. Quizás él ha sido separado de ti por algún tiempo, para que tú lo recuperes para siempre, no más como esclavo, sino como alguien que de esclavo se ha convertido en uno de nuestros amados hermanos. Si, por tanto, él es querido para mí, cuánto más lo será para ti, tanto como hombre como hermano en el Señor.

«Si, por tanto, me consideras como unido a ti, recíbelo como recibirías a mí mismo. Si te ha causado algún daño o te debe algo, cárgalo a mí. Yo, Pablo, lo escribo de mi puño: yo te restituiré todo, para no decirte que tú me eres deudor a ti mismo. Sí, oh hermano, espero recibir de ti esta alegría en el Señor. ¡Dame esta consolación en Cristo! Te escribo confiando en tu obediencia, sabiendo que harás aún más de lo que te pido. Te ruego también que me prepares un alojamiento, porque espero que, gracias a sus oraciones, Dios me concederá volver a ustedes.

«Epafras, que es prisionero conmigo por Cristo Jesús, te saluda junto con Marcos, Aristarco, Dema y Lucas, mis colaboradores. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con su espíritu. Amén».

Epafras, de quien habla aquí San Pablo, había sido convertido a la fe por él cuando predicaba en Frigia. Luego, convertido en apóstol de su patria, fue nombrado obispo de Colosas. Fue a Roma para visitar a San Pablo y fue encarcelado con él. Después de ser liberado, regresó a gobernar su Iglesia de Colosas, donde concluyó su vida con la corona del martirio.

Marcos, de quien se habla aquí, es Juan Marcos, que después de haber trabajado mucho con San Bernabé en la predicación del Evangelio, se unió a San Pablo, reparando así la debilidad demostrada cuando abandonó a San Pablo y a San Bernabé para regresar a casa.

Al llegar Onésimo a Colosas, se presentó con la carta a su amo, quien lo recibió con la mayor amabilidad, contento de recuperar no a un esclavo, sino a un cristiano. Le dio pleno perdón y, ya que había entendido por la carta del santo Apóstol que Onésimo podría prestar algún servicio, lo devolvió a él con mil saludos y bendiciones.

Este siervo se mostró verdaderamente fiel a la vocación de cristiano. San Pablo, al verlo adornado con las virtudes y el conocimiento necesario para ser un predicador del Evangelio, lo ordenó sacerdote y más tarde lo consagró obispo de Éfeso. Él recibió la corona del martirio, y la Iglesia católica lo recuerda el 16 de febrero.

CAPÍTULO XXVIII. San Pablo escribe a los colosenses, a los efesios y a los hebreos – Año de Cristo 62

El celo de nuestro Apóstol era incansable y, dado que sus cadenas lo mantenían en Roma, se ingeniaba para enviar a sus discípulos o escribir cartas donde conocía la necesidad. Entre otras cosas, le informaron que en Colosas, donde habitaba Filemón, habían surgido cuestiones a causa de algunos falsos predicadores que querían obligar a la circuncisión y a las ceremonias legales a todos los gentiles que venían a la fe. Además, habían llegado a introducir un culto supersticioso de los ángeles. Pablo, como Apóstol de los gentiles, informado de estas peligrosas novedades, escribió una carta que debería leerse en su totalidad para saborear la belleza y la sublimidad de los sentimientos. Sin embargo, merecen ser notadas las palabras que se refieren a la tradición: «Las cosas», dice, «que me importan más, serán dichas verbalmente por Tíquico y Onésimo, que para tal fin son enviados a ustedes». Estas palabras demuestran cómo el Apóstol tenía cosas de gran importancia no escritas, sino que enviaba a comunicar verbalmente en forma de tradición.

Una cosa que causó no poca inquietud a nuestro Apóstol fueron las noticias de Éfeso. Cuando se encontraba en Mileto y convocó a los principales pastores, les había dicho que, a causa de los males que debía soportar, creía que no volverían a ver su rostro. Esto dejó a esos fieles afligidos en la mayor consternación. El santo Apóstol, al darse cuenta de la tristeza que afligía a los efesios, escribió una carta para consolarlos.

Entre otras cosas, recomienda considerar a Jesucristo como cabeza de la Iglesia y mantenerse unidos a él en la persona de sus Apóstoles. Recomienda encarecidamente mantenerse alejados de ciertos pecados que no deben ni siquiera nombrarse entre los cristianos: «La fornicación», dice, «la impureza y la avaricia no sean ni siquiera nombradas

entre ustedes» (capítulo 5, versículo 5).

Luego se dirige a los jóvenes y dice estas afectuosas palabras: «Hijos, se los recomiendo en el Señor, sean obedientes a sus padres, porque es cosa justa. Honra a tu padre y a tu madre, dice el Señor. Si observas este mandamiento, serás feliz y vivirás mucho tiempo en la tierra».

Luego habla así a los padres: «Y ustedes, padres, no irriten a sus hijos, sino críenlos en la disciplina y la instrucción del Señor. Ustedes, siervos, obedezcan a sus amos como a Cristo, no para ser vistos por los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios de corazón. Ustedes, amos, hagan lo mismo hacia ellos, dejando de lado las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y de ustedes está en los cielos, y que ante él no hay preferencia de personas».

Esta carta fue llevada a Éfeso por Tíquico, ese fiel discípulo que, junto con Onésimo, había llevado la carta escrita a los colosenses.

Desde Roma también escribió su carta a los hebreos, es decir, a los judíos de Palestina convertidos a la fe. Su objetivo era consolarlos y prevenirlos contra las seducciones de algunos otros judíos. Demuestra cómo los sacrificios, las profecías y la antigua ley se han realizado en Jesucristo y que a él solo se le debe rendir honor y gloria por todos los siglos. Insiste en que permanezcan constantemente unidos al Salvador con la fe, sin la cual nadie puede agradar a Dios; pero subraya que esta fe no justifica sin las obras.

CAPÍTULO XXIX. San Pablo es liberado – Martirio de San Santiago el Menor – Año de Cristo 63

Ya habían pasado cuatro años desde que el santo Apóstol estaba prisionero: dos los había pasado en Cesarea y dos en Roma. Nerón lo había hecho comparecer ante su tribunal y había reconocido su inocencia; pero, ya fuera por odio hacia

la religión cristiana o por la desidia de ese cruel emperador, había continuado enviando a Pablo de nuevo a prisión. Finalmente se resolvió a concederle plena libertad. Comúnmente se atribuye esta decisión a los grandes remordimientos que ese tirano sentía por las atrocidades cometidas. Había llegado incluso a hacer asesinar a su madre. Después de tales fechorías, sentía los más agudos remordimientos, ya que los hombres, por malvados que sean, no pueden evitar sentir en sí mismos los tormentos de la conciencia.

Nerón, por lo tanto, para apaciguar de alguna manera su alma, pensó en realizar algunas obras buenas y, entre otras, en otorgar la libertad a Pablo. Hecho así dueño de sí mismo, el gran Apóstol utilizó la libertad para llevar con mayor ardor la luz del Evangelio a otras naciones más remotas.

Quizás alguien se preguntará qué hicieron los judíos de Jerusalén cuando vieron a Pablo arrebatado de sus manos. Lo diré brevemente. Dirigieron toda su furia contra San Santiago, llamado el Menor, obispo de esa ciudad. Había muerto el gobernador Festo; su sucesor aún no había asumido el cargo. Los judíos aprovecharon esa ocasión para presentarse en masa ante el sumo sacerdote, llamado Anás, hijo de ese Anás y cuñado de Caifás, que habían hecho condenar al Salvador.

Decididos a hacerlo condenar, temían grandemente al pueblo que lo amaba como a un tierno padre y se reflejaba en sus virtudes; era llamado por todos el Justo. La historia nos dice que oraba con tal asiduidad que la piel de sus rodillas se había vuelto como la del camello. No bebía ni vino ni otros líquidos embriagantes; era muy estricto en ayunar, moderado en comer, beber y vestirse. Todo lo superfluo lo donaba a los pobres.

A pesar de estas bellas cualidades, esos obstinados encontraron la manera de dar a la sentencia al menos una apariencia de justicia con una astucia digna de ellos. De acuerdo con el sumo sacerdote, los saduceos, los fariseos y los escribas organizaron un tumulto y corrieron

hacia Santiago, diciendo entre mil gritos: «Debes inmediatamente sacar de su error a este innumerable pueblo, que cree que Jesús es el Mesías prometido. Como tú eres llamado el Justo, todos creen en ti; por lo tanto, sube a la cima de este templo, para que todos puedan verte y oírte, y da testimonio de la verdad».

Lo llevaron, por lo tanto, a un alto balcón en el exterior del templo y, cuando lo vieron allí arriba, exclamaron fingiendo: «Oh hombre justo, díganos qué se debe creer de Jesús crucificado». El lugar no podía ser más solemne. O renegar de la fe, o, pronunciando una palabra a favor de Jesucristo, ser inmediatamente condenado a muerte. Pero el celo del santo Apóstol supo sacar todo el provecho de esa ocasión.

«¿Y por qué», exclamó en voz alta, «por qué me interrogáis sobre Jesús, Hijo del hombre y al mismo tiempo Hijo de Dios? En vano fingís poner en duda mi fe en este verdadero Redentor. Yo declaro ante vosotros que él está en el cielo, sentado a la derecha de Dios Todopoderoso, de donde vendrá a juzgar a todo el mundo». Muchos creyeron en Jesucristo y, en la simplicidad de su alma, comenzaron a exclamar: «Gloria al Hijo de David».

Los judíos, decepcionados en sus expectativas, comenzaron a gritar furiosamente: «¡Ha blasfemado! ¡Sea inmediatamente precipitado y despojado de la vida!». Corrieron de inmediato y lo empujaron hacia abajo sobre la losa de la plaza.

No murió al instante y, logrando levantarse, se puso de rodillas y, a ejemplo del Salvador, invocaba la divina misericordia sobre sus enemigos, diciendo: «Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen».

Entonces los furiosos enemigos, instigados por el pontífice, le lanzaron una lluvia de piedras hasta que uno, dándole un golpe de maza en la cabeza, lo dejó muerto. Muchos fieles fueron masacrados junto a este Apóstol, siempre por la misma causa, es decir, por odio al cristianismo (cf. Eusebio,

Historia Eclesiástica).

CAPÍTULO XXX. Otros viajes de San Pablo – Escribe a Timoteo y a Tito – Su regreso a Roma – Año de Cristo 68

Liberado de las cadenas de la prisión, San Pablo se dirigió hacia aquellos lugares donde tenía intención de ir. Se fue, por lo tanto, a Judea a visitar a los judíos, pero se detuvo poco, porque esos obstinados ya estaban reavivando la primitiva persecución. Fue a Colosas, según la promesa hecha a Filemón. Se dirigió a Creta, donde predicó el Evangelio y donde ordenó a Tito obispo de esa isla. Regresó a Asia para visitar las Iglesias de Troas, Iconio, Listra, Mileto, Corinto, Nicópolis y Filipos. Desde esta ciudad escribió una carta a su Timoteo, a quien había ordenado obispo de Éfeso.

En esta carta, el Apóstol le da diversas reglas para la consagración de obispos y sacerdotes y para el ejercicio de muchas cosas relacionadas con la disciplina eclesiástica. Casi al mismo tiempo escribió una carta a Tito, obispo de Creta, dándole casi los mismos consejos que a Timoteo e invitándolo a venir pronto a verlo.

Se cree comúnmente que él fue a predicar en España y en muchos otros lugares. Pasó cinco años en misiones y fatigas apostólicas. Pero los hechos particulares de estos viajes, las conversiones realizadas por su cuidado en los diversos países, no nos son conocidos. Solo decimos con San Anselmo que «el santo Apóstol corrió desde el Mar Rojo hasta el Océano, llevando por todas partes la luz de la verdad. Él fue como el sol que ilumina todo el mundo desde Oriente hasta Occidente, de modo que fue más el mundo y los pueblos los que faltaron a Pablo, que no Pablo a faltar a alguno de los hombres. Esta es la medida de su celo y de su caridad».

Mientras Pablo estaba ocupado en las fatigas del apostolado, supo que en Roma había estallado una feroz persecución bajo el imperio de Nerón. Pablo imaginó de

inmediato la grave necesidad de sostener la fe en tales ocasiones y tomó inmediatamente el camino hacia Roma.

Al llegar a Italia, encontró por todas partes publicados los edictos de Nerón contra los fieles. Sentía los delitos y las calumnias que se les imputaban; por todas partes veía cruces, hogueras y otros géneros de suplicios preparados para los confesores de la fe, y esto duplicaba en Pablo el deseo de encontrarse pronto entre esos fieles. Apenas llegó, como quien ofrecía a Dios a sí mismo, se dedicó a predicar en las plazas públicas, en las sinagogas, tanto a los gentiles como a los judíos. A estos últimos, que casi siempre se habían mostrado obstinados, les predicaba el inminente cumplimiento de las profecías del Salvador, que predecían la destrucción de la ciudad y del templo de Jerusalén con la dispersión de toda esa nación. Sin embargo, sugería un medio para evitar los flagelos divinos: convertirse de corazón y reconocer a su Salvador en ese Jesús que habían crucificado.

A los gentiles les predicaba la bondad y la misericordia de Dios, que los invitaba a la penitencia; por lo tanto, los exhortaba a abandonar el pecado, a mortificar las pasiones y a abrazar el Evangelio. A tal predicación, confirmada por continuos milagros, los oyentes acudían en masa a pedir el bautismo. Así, la Iglesia, perseguida con el hierro, el fuego y mil terrores, aparecía más bella y floreciente y aumentaba cada día el número de sus elegidos.

¿Qué más decir? San Pablo llevó su celo y su caridad tan lejos que logró ganar a un tal Proclo, intendente del palacio imperial, y a la misma esposa del emperador. Estos abrazaron con ardor la fe y murieron mártires.

CAPÍTULO XXXI. San Pablo es de nuevo encarcelado – Escribe la segunda carta a Timoteo – Su martirio – Año de Cristo 69-70

Con San Pablo había llegado a Roma también San

Pedro, que desde hacía 25 años tenía allí la sede de la cristiandad. Él también había ido a otros lugares a predicar la fe y, al enterarse de la persecución suscitada contra los cristianos, regresó de inmediato a Roma. Trabajaron de común acuerdo los dos príncipes de los Apóstoles hasta que Nerón, irritado por las conversiones que se habían hecho en su corte y más aún por la muerte ignominiosa que le tocó al mago Simón (como se relata en la vida de San Pedro), ordenó que fueran buscados con el máximo rigor San Pedro y San Pablo y conducidos a la prisión Mamertina, a los pies del monte Capitolino. Nerón tenía en mente hacer llevar a los dos Apóstoles al suplicio de inmediato, pero fue disuadido por asuntos políticos y por una conspiración tramada contra él. Además, había decidido hacer glorioso su nombre cortando el istmo de Corinto, una lengua de tierra de aproximadamente nueve millas de ancho. Esta empresa no pudo realizarse, pero dejó un año de tiempo a Pablo para ganar aún más almas para Jesucristo.

Él logró convertir a muchos prisioneros, algunas guardias y otros personajes notables, que por deseo de instruirse o por curiosidad iban a escucharlo, ya que San Pablo durante su prisión podía ser visitado libremente y escribía cartas donde conocía la necesidad. Es desde la prisión de Roma que escribió la segunda carta a Timoteo.

En esta carta, el Apóstol anuncia cercana su muerte, demuestra vivo deseo de que el mismo Timoteo viniera a él para asistirlo, estando casi abandonado por todos. Esta carta puede llamarse el testamento de San Pablo; y, entre muchas cosas, también proporciona una de las mayores pruebas a favor de la tradición. «Lo que has oído de mí», le dice, «procura transmitirlo a hombres fieles y capaces de enseñarlo a otros después de ti». De estas palabras aprendemos que, además de la doctrina escrita, hay otras verdades no menos útiles y ciertas que deben ser transmitidas oralmente, en forma de tradición, con una sucesión ininterrumpida para todos los tiempos futuros.

Luego da muchos consejos útiles a Timoteo para la

disciplina de la Iglesia, para reconocer varias herejías que se estaban difundiendo entre los cristianos. Y, para mitigar la herida que la noticia de su inminente muerte le habría causado, lo anima así: «No te entristezcas por mí, más bien, si me quieres bien, alégrate en el Señor. He peleado la buena batalla, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Ahora no me queda más que recibir la corona de justicia que el Señor, justo juez, me entregará en aquel día, cuando, habiendo ofrecido en sacrificio mi vida, me presente a él. Tal corona no la dará solo a mí, sino a todos aquellos que, con buenas obras, se preparan para recibirla en su venida».

Pablo tuvo en su prisión un consuelo de un tal Onesíforo. Este, al haber llegado a Roma y haber sabido que Pablo, su antiguo maestro y padre en Jesucristo, estaba en prisión, fue a visitarlo y se ofreció a servirlo. El Apóstol sintió gran consolación por una tan tierna caridad y, escribiendo a Timoteo, le hace muchos elogios y ora a Dios por él.

«Haga Dios», le escribe, «misericordia a la familia de Onesíforo, quien a menudo me ha confortado y no se ha avergonzado de mis cadenas; al contrario, al llegar a Roma, me buscó con solicitud y me encontró. El Señor le conceda encontrar misericordia ante él en aquel día. Y tú sabes bien cuántos servicios me ha prestado en Éfeso».

Mientras tanto, Nerón regresó de Corinto todo irritado porque la empresa del istmo no había tenido éxito. Se puso con mayor rabia a perseguir a los cristianos; y su primer acto fue hacer ejecutar la sentencia de muerte contra San Pablo. Primero fue azotado con varas, y aún se muestra en Roma la columna a la que estaba atado cuando sufrió esa flagelación. Es cierto que con ello perdía el privilegio de ciudadanía romana, pero adquiriría el derecho de ciudadano del cielo; por lo tanto, sentía la mayor alegría al verse parecido a su divino Maestro. Esta flagelación era el preludio de ser luego decapitado.

Pablo fue condenado a muerte porque había ultrajado a los dioses; por este solo título se le permitía

cortar la cabeza a un ciudadano romano. ¡Bella culpa! Ser considerado impío porque, en lugar de adorar piedras y demonios, se quiere adorar al único Dios verdadero y a su Hijo Jesucristo. Dios ya le había revelado el día y la hora de su muerte; por lo tanto, sentía una alegría ya toda celestial. «Deseo», exclamaba, «ser liberado de este cuerpo para estar con Cristo». Finalmente, de una pandilla de esbirros fue sacado de prisión y conducido fuera de Roma por la puerta que se llama Ostiense, haciéndolo caminar hacia una ciénaga a lo largo del Tíber, llegaron a un lugar llamado Aguas Salvia, a unas tres millas de Roma.

Cuentan que una matrona, llamada Plautilla, esposa de un senador romano, al ver al santo Apóstol maltratado en el cuerpo y conducido a muerte, comenzó a llorar desconsoladamente. San Pablo la consoló diciéndole: «No llores, te dejaré un recuerdo de mí que te será muy querido. Dame tu velo». Ella se lo dio. Con este velo fueron vendados los ojos del santo antes de ser decapitado. Y, por orden del santo, fue devuelto a una persona piadosa, ensangrentado, a Plautilla, quien lo conservó como reliquia.

Llegado Pablo al lugar del suplicio, se arrodilló y, con el rostro vuelto al cielo, recomendó a Dios su alma y la Iglesia; luego inclinó la cabeza y recibió el golpe de la espada que le cortó la cabeza del torso. Su alma voló a encontrar a ese Jesús que tanto tiempo había deseado ver.

Los ángeles lo recibieron y lo introdujeron entre inmenso júbilo para participar de la felicidad del cielo. Es cierto que el primero a quien debió dar gracias fue Santo Esteban, a quien, después de Jesús, era deudor de su conversión y de su salvación.

CAPÍTULO XXXII. Sepultura de San Pablo – Maravillas realizadas en su tumba –

Basílica dedicada a él

El día en que San Pablo fue ejecutado fuera de Roma, en las Aguas Salvias, fue el mismo en que San Pedro obtuvo la palma del martirio a los pies del monte Vaticano, el 29 de junio, siendo San Pablo de 65 años. El Baronio, que es llamado padre de la historia eclesiástica, cuenta cómo la cabeza de San Pablo, recién cortada del cuerpo, manó leche en lugar de sangre. Dos soldados, al ver tal milagro, se convirtieron a Jesucristo. Su cabeza luego, al caer al suelo, dio tres saltos, y donde tocó tierra brotaron tres fuentes de agua viva. Para conservar la memoria de este glorioso acontecimiento, se erigió una iglesia cuyas paredes encierran estas fuentes, que aún hoy se llaman Fuentes de San Pablo (cfr. F. Baronio, año 69-70).

Muchos viajeros (cfr. Cesari y Tillemont) se dirigieron al lugar para ser testigos de este hecho y nos aseguran que esas tres fuentes que vieron y probaron tienen un sabor como a leche. En aquellos primeros tiempos, la solicitud de los cristianos por recoger y enterrar los cuerpos de aquellos que daban la vida por la fe era grandísima. Dos mujeres, llamadas una Basilissa y la otra Anastasia, estudiaron la manera y el momento para recuperar el cadáver del santo Apóstol y, de noche, le dieron sepultura a dos millas del lugar donde había sufrido el martirio, a una milla de Roma. Nerón, a través de sus espías, se enteró de la obra de aquellas piadosas mujeres y eso fue suficiente para que las hiciera morir, cortándoles las manos, los pies y luego la cabeza.

Aunque los Gentiles sabían que el cuerpo de Pablo había sido enterrado por los fieles, nunca pudieron saber el lugar exacto. Esto era conocido solo por los cristianos, que lo mantenían en secreto como el tesoro más querido y le rendían el mayor honor posible. Pero la estima que los fieles tenían por esas reliquias llegó a tal punto que algunos mercaderes de Oriente, llegados a Roma, intentaron robárselas

y llevarlas a su país. Secretamente lo desenterraron en las catacumbas, a dos millas de Roma, esperando el momento propicio para transportarlo. Pero en el acto de llevar a cabo su plan, se levantó una horrible tormenta con relámpagos y truenos terribles, de modo que se vieron obligados a abandonar la empresa. Al saberse esto, los cristianos de Roma fueron a buscar el cuerpo de Pablo y lo llevaron de regreso a su primer lugar a lo largo de la vía Ostiense.

En tiempos de Constantino el Grande se edificó una basílica espléndida en honor y sobre la tumba de nuestro Apóstol. En todo tiempo, reyes e imperadores, olvidando su grandeza, llenos de temor y veneración, se dirigieron a esa tumba para besar el ataúd que custodia los huesos del santo Apóstol.

Los mismos Romanos Pontífices no se acercaban, ni se acercan, al lugar de su sepultura si no es llenos de veneración, y nunca han permitido que nadie tomara una partícula de esos huesos venerables. Varios príncipes y reyes hicieron solicitudes vivas, pero ningún Papa consideró que pudiera complacerlos. Este gran respeto se vio muy incrementado por los continuos milagros que se realizaban en esa tumba. San Gregorio Magno refiere muchos y asegura que nadie entraba en ese templo a orar sin temblar. Aquellos que se atrevieran a profanarlo o intentaran llevarse incluso una pequeña partícula eran castigados por Dios con manifiesta venganza.

Gregorio XI fue el primero que, en una calamidad pública, casi obligado por las oraciones y súplicas del pueblo de Roma, tomó la cabeza del Santo, la levantó en alto, la mostró a la multitud que lloraba de ternura y devoción y, inmediatamente, la volvió a colocar de donde la había tomado.

Ahora, la cabeza de este gran Apóstol está en la iglesia de San Juan de Letrán; el resto del cuerpo siempre se ha conservado en la basílica de San Pablo fuera de las murallas, a lo largo de la vía Ostiense, a una milla de Roma.

También sus cadenas fueron objeto de devoción entre los fieles cristianos. Por contacto con esos gloriosos

hierros se realizaron muchos milagros, y los más grandes personajes del mundo siempre consideraron una reliquia preciosa poder tener un poco de limadura de ellas.

CAPÍTULO XXXIII. Retrato de San Pablo – Imagen de su espíritu – Conclusión

Para que quede mejor impresa la devoción hacia este príncipe de los Apóstoles, es útil dar una idea de su aspecto físico y de su espíritu.

Pablo no tenía un aspecto muy atractivo, como él mismo afirma. Era de estatura pequeña, de constitución fuerte y robusta, y lo demostró con las largas y graves fatigas que soportó en su carrera, sin haber estado nunca enfermo, excepto por los males causados por las cadenas y la prisión. Solo hacia el final de sus días caminaba un poco encorvado. Tenía el rostro claro, la cabeza pequeña y casi completamente calva, lo que denotaba un carácter sanguíneo y fogoso. Tenía la frente amplia, cejas negras y bajas, nariz aguileña, barba larga y espesa. Pero sus ojos eran extremadamente vivos y brillantes, con un aire dulce que templaba el ímpetu de sus miradas. Este es el retrato de su aspecto físico.

Pero, ¿qué decir de su espíritu? Lo conocemos por sus propios escritos. Tenía un ingenio agudo y sublime, ánimo noble, corazón generoso. Tal era su coraje y firmeza que extraía fuerza y vigor de las mismas dificultades y peligros. Era muy experto en la ciencia de la religión judía. Estaba profundamente erudito en las Sagradas Escrituras y tal ciencia, ayudada por las luces del Espíritu Santo y por la caridad de Jesucristo, lo convirtió en ese gran Apóstol que fue apodado el Doctor de los Gentiles. San Juan Crisóstomo, devotísimo de nuestro santo, deseaba grandemente poder ver a San Pablo desde el púlpito, porque, decía, los más grandes oradores de la antigüedad parecerían lánguidos y fríos en comparación con él. No es necesario decir más sobre sus virtudes, ya que lo que hemos expuesto hasta ahora no es más que una trama de las virtudes heroicas que él hizo brillar en

todo lugar, en todo tiempo y con toda clase de personas.

Para concluir lo dicho sobre este gran santo, merece ser notada una virtud que él hizo brillar sobre todas las demás: la caridad hacia el prójimo y el amor hacia Dios. Él desafiaba a todas las criaturas a separarlo del amor de su divino Maestro. «¿Quién me separará», exclamaba, «del amor de Jesucristo? ¿Quizás las tribulaciones o las angustias, o el hambre, o la desnudez, o los peligros, o las persecuciones? No, ciertamente. Estoy persuadido de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados, ni potestades, ni cosas presentes ni futuras, ni ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor». Este es el carácter del verdadero cristiano: estar dispuesto a perderlo todo, a sufrirlo todo, antes que decir o hacer la mínima cosa contraria al amor de Dios.

San Pablo pasó más de treinta años de su vida como enemigo de Jesucristo; pero apenas fue iluminado por su gracia celestial, se entregó por completo a él, ni nunca más se separó de él. Luego empleó más de treinta y seis años en las más austeras penitencias, en las más duras fatigas, y esto para glorificar a ese Jesús que había perseguido.

Cristiano lector, quizás tú que lees y yo que escribo hayamos pasado una parte de la vida ofendiendo al Señor. ¡Pero no perdamos el ánimo: aún hay tiempo para nosotros; la misericordia de Dios nos espera!

Pero no posterguemos la conversión, porque si esperamos hasta mañana para arreglar las cosas del alma, corremos el grave riesgo de no tener más tiempo. San Pablo trabajó treinta y seis años al servicio del Señor; ahora, desde hace 1800 años, goza de la inmensa gloria del cielo y la gozará por todos los siglos. La misma felicidad está preparada también para nosotros, siempre que nos entreguemos a Dios mientras tengamos tiempo y perseveremos en el santo servicio hasta el final. Es nada lo que se sufre en este mundo, pero es eterno lo que disfrutaremos en el otro. Así nos asegura el mismo San Pablo.

Tercera edición

Libreria Salesiana Editrice

1899

Propiedad del editor

S. Pier d'Arena, Escuela Tipográfica Salesiana

Hospicio S. Vicente de Paúl

(N. 1267 – M)

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (3/3)

[*\(continuación del artículo anterior\)*](#)

Capítulo XX. Muerte de San José. – Su entierro.

Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum. (Ahora, Señor, deja que tu siervo se vaya en paz, conforme a tu palabra, porque mis ojos han visto al Salvador dado por ti. – Lc. 2:29)

Había llegado el último momento, José hizo un esfuerzo supremo para levantarse y adorar a aquel a quien los hombres consideraban su hijo, pero que José sabía que era su Señor y Dios. Quiso arrojarse a sus pies y pedir la remisión de sus pecados. Pero Jesús no le permitió arrodillarse y lo recibió en sus brazos. Así, apoyando su venerable cabeza sobre el pecho divino de Jesús, con los labios cerca de aquel corazón adorable, José expiró, dando a los hombres un último ejemplo de fe y humildad. Era el día diecinueve de marzo del año de Roma 777, el vigésimo quinto desde el nacimiento del Salvador.

Jesús y María lloraron sobre el cuerpo frío de

José, y guardaron a su lado la lúgubre vigilia de los muertos. Jesús mismo lavó este cuerpo virginal, cerró los ojos y cruzó las manos sobre su pecho; luego lo bendijo para preservarlo de la corrupción de la tumba, y puso a los ángeles del Paraíso bajo su custodia.

Los funerales del pobre trabajador fueron tan modestos como lo había sido toda su vida. Pero, si tales parecieron ante la faz de la tierra, fueron de tan gran honor que, ciertamente, no presumieron de los más gloriosos emperadores del mundo, pues el Rey y la Reina del Cielo, Jesús y María, estuvieron presentes en el augusto cuerpo. El cuerpo de José fue depositado en el sepulcro de sus padres, en el valle de Josafat, entre el monte de Sión y el monte de los Olivos.

Capítulo XXI. Poder de San José en el cielo. Razones de nuestra confianza.

Ite ad Josephet quicquid vobis dixerit facite. (Ve a José y haz lo que él te diga. – Gn. 41,55)

No siempre la gloria y el poder de los justos sobre la tierra es la medida cierta del mérito de su santidad; pero no lo es de aquella gloria y poder con que son revestidos en el cielo, donde cada uno es recompensado según sus obras. Cuanto más santos han sido a los ojos de Dios, tanto más son elevados a un grado sublime de poder y autoridad.

Una vez establecido este principio, no debemos creer que, entre los bienaventurados que son objeto de nuestro culto religioso, San José es, después de María, el más importante. José es, después de María, el más poderoso de todos ante Dios, y el que más justamente merece nuestra confianza y homenaje? En efecto, ¡cuántos gloriosos privilegios le distinguen de los demás santos, y deben inspirarnos una profunda y tierna veneración!

El hijo de Dios que eligió a José por padre, para recompensar todos sus servicios y darle a cambio las demostraciones del más tierno amor en el tiempo de su vida

mortal, no le ama menos en el cielo de lo que le amó sobre la tierra. Feliz de tener toda la eternidad para compensar a su amado padre por todo lo que ha hecho por él en la vida presente, con tan ardiente celo, tan inviolable fidelidad y tan profunda humildad. Esto hace que el divino Salvador esté siempre dispuesto a escuchar favorablemente todas sus oraciones y a cumplir todos sus deseos.

Encontramos en los privilegios y favores con que fue colmado el antiguo José, que no era más que una sombra de nuestro verdadero José, una figura del crédito omnipotente de que goza en el cielo el santo esposo de María.

El Faraón, para recompensar los servicios que había recibido de José, hijo de Jacob, lo estableció administrador general de su casa, dueño de todos sus bienes, deseando que todo se hiciera según sus órdenes. Después de haberlo establecido como virrey de Egipto, le dio el sello de su autoridad real y le otorgó plenos poderes para concederle todas las gracias que deseara. Ordenó que se le llamara el salvador del mundo, para que sus súbditos reconocieran que a él debían su salud; en resumen, envió a José a todos los que acudían en busca de algún favor, para que lo obtuvieran de su autoridad y le mostraran su gratitud: *Ite ad Ioseph, et quidquid dixerit vobis, facile* – Gn 41,55; Ve a José, haz todo lo que te diga y recibe de él todo lo que te dé.

Pero ¡cuánto más maravillosos y capaces de inspirarnos una confianza sin límites son los privilegios del casto esposo de María, el padre adoptivo del Salvador! No es un rey de la tierra como el Faraón, sino que es Dios Todopoderoso quien ha querido colmar a este nuevo José con sus favores. Comienza por establecerlo como amo y venerable cabeza de la Sagrada Familia; quiere que todo le obedezca y le esté sometido, incluso su propio hijo igual a él en todo. Lo convierte en su virrey, queriendo que represente a su adorable persona hasta el punto de darle el privilegio de llevar su nombre y de ser llamado padre de su unigénito. Pone a este hijo en sus manos, para hacernos saber que le da un poder ilimitado para realizar toda gracia. Observa cómo da a conocer

en el Evangelio para toda la tierra y en todas las épocas, que San José es el padre del rey de reyes: *Erant pater et mater eius mirantes* – Lc. 2,33. Desea que se le llame Salvador del mundo, puesto que alimentó y preservó a aquel que es la salud de todos los hombres. Por último, nos advierte que, si deseamos gracias y favores, debemos dirigirnos a José: *Ite ad Ioseph*, pues es él quien tiene todo el poder ante el Rey de reyes para obtener todo lo que pida.

La santa Iglesia reconoce este poder soberano de José, pues pide por su intercesión lo que no podría obtener por sí misma: *Ut quod possibilitas nostra non obtinet, eius nobis intercessione donetur*.

Ciertos santos, dice el doctor angélico, han recibido de Dios el poder de socorrernos en ciertas necesidades particulares; pero el crédito de San José no tiene límite; se extiende a todas las necesidades, y todos los que recurren a él con confianza tienen la certeza de que se les concederá prontamente. Santa Teresa nos declara que nunca pidió nada a Dios por intercesión de San José que no obtuviera rápidamente: y el testimonio de esta santa vale por mil otros, puesto que se fundamenta en la experiencia cotidiana de sus favores. Los demás santos gozan, es cierto, de gran crédito en el cielo; pero interceden como siervos y no mandan como amos. José, que ha visto a Jesús y a María sometidos a él, puede obtener sin duda todo lo que quiera del rey su hijo y de la reina su esposa. Tiene crédito ilimitado ante uno y otra, y, como dice Gersonne, ordena más que suplica: *Non impetrat, sed imperat*. Jesús, dice San Bernardino de Siena, quiere continuar en el cielo para dar a San José una prueba de su respeto filial obedeciendo todos sus deseos: *Dum pater orat natum, velut imperium reputatur*.

¿Es que podía negar Jesucristo a José, que nunca le negó nada en el tiempo de su vida? Moisés no era en su vocación más que el jefe y conductor del pueblo de Israel, y sin embargo se conducía con Dios con tal autoridad, que cuando le reza en nombre de aquel pueblo rebelde e incorregible, su oración parece convertirse en una orden, que en cierto modo

ata las manos de la majestad divina, y la reduce a ser casi incapaz de castigar a los culpables, hasta que los haya liberado: *Dimitte me, ut irascatur furor meus contro eos et deileam eos.* (Ex. 32).

Pero, ¿cuánta mayor virtud y poder no tendrá la oración que José dirige por nosotros al juez soberano, de quien fue guía y padre adoptivo? Porque si es verdad, como dice San Bernardo, que Jesucristo, que es nuestro abogado ante el Padre, le presenta sus sagradas llagas y la adorable sangre que derramó por nuestra salud, si María, por su parte, presenta a su Hijo único el seno que lo llevó y alimentó, ¿no podemos añadir que San José muestra al Hijo y a la Madre las manos que tanto trabajaron por ellos y el sudor que derramó para ganar su sustento por encima de la tierra? Y si Dios Padre no puede negar nada a su amado Hijo cuando le ruega por sus sagradas llagas, ni el Hijo negar nada a su santísima Madre cuando le ruega por las entrañas que le han parido, ¿no estamos obligados a creer que ni el Hijo, ni la Madre que se ha convertido en dispensadora de las gracias que Jesucristo mereció, pueden negar nada a San José cuando les ruega por todo lo que ha hecho por ellos en los treinta años de su vida?

Imaginemos que nuestro santo protector dirige esta conmovedora oración a Jesucristo, su Hijo adoptivo, por nosotros: "Oh divino Hijo mío, dignate derramar tus gracias más abundantes sobre mis fieles siervos; te lo pido por el dulce nombre de Padre con el que tantas veces me has honrado, por esos brazos que te recibieron y calentaron en tu nacimiento, que te llevaron a Egipto para salvarte de la ira de Herodes; Te pido por aquellos ojos cuyas lágrimas enjuagué, por aquella sangre preciosa que recogí en tu circuncisión; por los trabajos y fatigas que soporté con tanto contento para alimentar tu infancia, para criarte en tu juventud..." ¿Podría Jesús, tan lleno de caridad, resistirse a semejante oración? Y si está escrito, dice San Bernardo, que hace la voluntad de los que le temen, ¿cómo podría negarse a hacer la de quien le sirvió y alimentó con tanta fidelidad, con tanto amor? *Si voluntatem timentium se faciet; quomodo voluntatem nutrientis*

se non faciet? (Un piadoso escritor en sus comentarios al Salmo 144:19).

Pero lo que debe redoblar nuestra confianza en San José es su inefable caridad para con nosotros. Jesús, haciéndose hijo suyo, puso en su corazón un amor más tierno que el del mejor de los padres.

¿Acaso no nos hemos convertido en sus hijos, mientras Jesucristo es nuestro hermano y María, su casta esposa, es nuestra madre llena de misericordia?

Dirijámonos, pues, a san José con una confianza viva y plena. Su oración unida a la de María y presentada a Dios en nombre de la adorable infancia de Jesucristo, no podrá encontrar rechazo, sino que obtendrá todo lo que pida.

El poder de San José es ilimitado; se extiende a todas las necesidades de nuestra alma y de nuestro cuerpo.

Después de tres años de violenta y continua enfermedad, que no le dejaba ni reposo ni esperanza de recuperación, Santa Teresa recurrió a San José. Teresa recurrió a San José; y éste le procuró pronto la salud.

Principalmente en nuestra última hora, cuando la vida está a punto de abandonarnos como a un falso amigo, cuando el infierno redoblará sus esfuerzos para secuestrar nuestras almas en el paso a la eternidad, es en ese momento decisivo para nuestra salud cuando San José nos asistirá de un modo muy especial, si somos fieles a honrarle y rezarle en vida. El divino Salvador, para recompensarle por haberle rescatado de la muerte librándole de la ira de Herodes, le concedió el privilegio especial de rescatar de las asechanzas del demonio y de la muerte eterna a los moribundos que se pusieran bajo su protección.

Por eso se le invoca con María en todo el mundo católico como patrón de la buena muerte. ¡Oh! qué felices seríamos si pudiéramos morir como tantos fieles servidores de Dios, pronunciando los nombres omnipotentes de Jesús, María y José. El Hijo de Dios, dice el Venerable Bernardo de Bustis, teniendo las llaves del paraíso, dio una a María, la otra a José, para que introdujeran a todos sus fieles servidores en

el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Capítulo XXII. Propagación del culto e institución de la fiesta del 19 de marzo y del Patrocinio de San José.

Qui custos est domini sui glorificabitur. (El que guarda a su señor será honrado. – Pr. 27,18)

Así como la Divina Providencia decretó que San José muriera antes de que Jesús se manifestara públicamente como Salvador de la humanidad, así también decretó que el culto a este santo no se difundiera antes de que la fe católica se hubiera extendido universalmente por todo el mundo. En efecto, la exaltación de este santo en los primeros tiempos del cristianismo parecía peligrosa para la fe aún débil del pueblo. Era muy conveniente que se inculcara la dignidad de Jesucristo nacido de una virgen por obra del Espíritu Santo; ahora bien, proponer la memoria de San José, esposo de María, habría ensombrecido esa creencia dogmática en algunas mentes débiles, aún no ilustradas sobre los milagros del poder divino. Además, en aquellos siglos de batallas era importante hacer objeto principal de veneración a los santos héroes que habían derramado su sangre con el martirio para defender la fe.

Como la fe se consolidó entonces entre el pueblo y fueron elevados al honor de los altares muchos santos que habían edificado la Iglesia con el esplendor de sus virtudes sin pasar por el tormento, pronto pareció de lo más conveniente que no se dejara en silencio a un santo del que el propio Evangelio hacía tan amplios elogios. Por eso los griegos, además de la fiesta de todos los antepasados de Cristo (que fueron justos) celebrada el domingo anterior a Navidad, consagraron el domingo que corre en esta octava al culto de San José, esposo de María, del santo profeta David y de Santiago, primo del Señor.

En el calendario Copto, bajo el 20 de julio, se menciona a San José, y algunos creen que el 4 de julio fue el día de la muerte de nuestro santo.

En la Iglesia latina, pues, el culto a San José se remonta a la antigüedad de los primeros siglos, como se desprende de los antiquísimos martirologios del monasterio de San Maximino de Tréveris y de Eusebio. La orden de los frailes mendicantes fue la primera en celebrar el oficio, como se desprende de sus breviarios. Su ejemplo fue seguido en el siglo decimocuarto por los franciscanos y dominicos a través de la obra de Alberto Magno, que fue maestro de Santo Tomás de Aquino.

Hacia finales del siglo decimoquinto, las iglesias de Milán y Toulouse también lo introdujeron en su liturgia, hasta que la Sede Apostólica extendió su culto a todo el mundo católico en 1522. Pío V, Urbano VIII y Sixto IV perfeccionaron su oficio.

La princesa Isabel Clara Eugenia de España, heredera del espíritu de Santa Teresa, que era muy devota de San José, fue a Bélgica y consiguió que el 19 de marzo se celebrara en la ciudad de Bruselas una fiesta en honor de este santo, y el culto se extendió a las provincias vecinas, donde fue proclamado y venerado bajo el título de preservador de la paz y protector de Bohemia. Esta fiesta comenzó en Bohemia en el año 1655.

Una parte del manto con el que San José envolvió al Santo Niño Jesús se conserva en Roma, en la iglesia de Santa Cecilia de Trastevere, donde también se guarda el bastón que este santo llevaba mientras viajaba. La otra parte se conserva en la iglesia de Santa Anastasia de la misma ciudad.

Al igual que los testigos que nos han llegado, este manto es de color amarillento. Una partícula del mismo fue regalada por el cardenal Ginetti a los Padres Carmelitas Descalzos de Amberes, guardada en una magnífica caja, bajo tres llaves, y se expone a la veneración pública todos los años en Navidad.

Entre los sumos pontífices que contribuyeron con su autoridad a promover el culto a este santo se encuentra Sixto IV, que fue el primero en establecer la fiesta hacia

finales del siglo XV. San Pío V formuló el oficio en el Breviario Romano. Gregorio XV y Urbano VIII se esforzaron con decretos especiales por reavivar el fervor hacia este santo que parecía haber decaído en algunos pueblos. Hasta que el Sumo Pontífice Inocencio X, cediendo a las peticiones de muchas iglesias de la cristiandad, deseoso también de promover la gloria del santísimo esposo de María y hacer así más eficaz su patrocinio para la religión, extendió su solemnidad a todo el mundo católico.

Así pues, la fiesta de San José se fijó para el día 19 de marzo, que piadosamente se cree que fue el día de su beatísima muerte (en contra de la opinión de algunos que creen que ésta ocurrió el día 4 de julio).

Como esta fiesta cae siempre en el tiempo de Cuaresma, no podía celebrarse en domingo, ya que todos los domingos de Cuaresma son privilegiados: por ello, a menudo habría pasado desapercibida si la ingeniosa piedad de los fieles no hubiera encontrado la manera de compensarla de otro modo.

Desde 1621, la Orden de los Carmelitas Descalzos reconoce solemnemente a San. José como patrón y padre universal de su Instituto consagró uno de los domingos después de Pascua para celebrar su solemnidad bajo el título del Patrocinio de San José. A petición ferviente de la propia Orden y de muchas Iglesias de la Cristiandad, la Sagrada Congregación de Ritos, por decreto de 1680, fijó esta solemnidad en el tercer domingo después de Pascua. Muchas Iglesias del mundo católico no tardaron en adoptar espontáneamente esta fiesta. La Compañía de Jesús, los Redentoristas, los Pasionistas y la Sociedad de María la celebran con su propia octava y oficio bajo el rito doble de primera clase.

Finalmente, la Sagrada Congregación de Ritos extendió esta fiesta a toda la Iglesia universal, para alentar y animar cada vez más la piedad de los fieles hacia este gran santo, con un decreto del 10 de septiembre de 1847, a petición del Eminentísimo Cardenal Patrizi.

Si alguna vez hubo tiempos calamitosos para la Iglesia de Jesucristo, si alguna vez la fe católica dirigió sus plegarias al Cielo para implorar un protector, éstos son los días actuales. Nuestra santa religión, asaltada en sus principios más sacrosantos, ve cómo numerosos hijos son arrancados con cruel indiferencia de su seno maternal para entregarse locamente en brazos de la incredulidad y del desenfreno, y convirtiéndose en escandalosos apóstoles de la impiedad, extraviar a tantos de sus hermanos y desgarrar así el corazón de aquella madre amorosa que los alimentó. Ahora bien, mientras que la devoción a San José atraería copiosas bendiciones sobre las familias de sus devotos, procuraría a la desolada esposa de Jesucristo el patrocinio efficacísimo de un santo que, del mismo modo que supo preservar indemne la vida de Jesús ante la persecución de Herodes, sabrá preservar indemne la fe de sus hijos ante la persecución del infierno. Como el primer José, hijo de Jacob, fue capaz de mantener la abundancia del pueblo de Egipto durante siete años de hambre, el verdadero José, el más feliz administrador de los tesoros celestiales, sabrá mantener en el pueblo cristiano esa fe santísima para establecer que Dios, de quien fue dios y guardián durante treinta años, descendió a la tierra.

Siete gozos y siete dolores de San José.

Indulgencia concedida por Pío IX a los fieles que reciten esta corona, que puede servir de práctica para la novena del Santo.

El reinante Pío IX, ampliando las concesiones de sus predecesores, especialmente las de Gregorio XVI, concedió a los fieles de ambos sexos, que después de haber recitado las siguientes exequias, comúnmente llamadas *los siete Gozos y los siete Dolores de San José*, durante siete domingos consecutivos, la siguiente indulgencia. José, durante siete domingos consecutivos, en cualquier época del año, visitará, confesado y comunicado, una Iglesia u Oratorio público, y allí rezará según su intención: Indulgencia plenaria también

aplicable a las almas del Purgatorio, en cada uno de dichos domingos.

A los que no sepan leer, o no puedan acudir a ninguna Iglesia donde se digan públicamente estas homilías, el mismo Pontífice les concedió la misma Indulgencia Plenaria siempre que, al visitar dicha Iglesia y rezar como se ha dicho, recen, en lugar de las citadas homilías, *siete Padrenuestros, Avemarías y Gloria* en honor del santo Patriarca.

Corona de los Siete Dolores y Gozos de San José

1. Oh purísimo esposo de María Santísima, glorioso San José, tan grande fue la aflicción y la angustia de tu corazón en la perplejidad de abandonar a tu inmaculadísima esposa: tan inexplicable fue tu alegría cuando el ángel te reveló el soberano misterio de la Encarnación.

Por este tu dolor y por este tu gozo, te suplicamos que consueles nuestra alma ahora y en nuestros extremos dolores con el gozo de una vida buena y de una muerte santa semejante a la tuya, en medio de Jesús y de María.

Pater, Ave y Gloria.

2. Oh felicísimo Patriarca, glorioso San José, que fuisteis elegido para ser el Padre adoptivo del Verbo humano, ¡qué dolor debisteis sentir al ver nacer al niño Jesús en tal pobreza! Pero ésta se trocó inmediatamente en júbilo celestial al oír la armonía angélica y escuchar las glorias de aquella noche tan afortunada.

Por esta vuestra pena y por esta vuestra alegría, os rogamus que nos imploréis que, después del viaje de esta vida, pasemos a oír las alabanzas angélicas y a gozar de los esplendores de la gloria celestial.

Pater, Ave y Gloria.

3. Oh ejecutor de las leyes divinas, glorioso San José, la preciosísima sangre que se derramó en la circuncisión

del Niño Redentor traspasó tu corazón, pero el nombre de Jesús lo vivificó, llenándolo de alegría.

Por este tu dolor y por esta tu alegría, consíguenos que, habiendo alejado de nosotros todo vicio en la vida, con el santísimo nombre de Jesús en el corazón y en la boca, nos regocijemos.

Pater, Ave y Gloria.

4. Oh santo fidelísimo, que participaste de los Misterios de nuestra Redención, glorioso San José, si la profecía de Simeón sobre lo que Jesús y María iban a sufrir te causó los dolores de la muerte, te llenó de bendito gozo por la salud y la gloriosa resurrección, que predijo que seguiría, de innumerables almas.

Por este vuestro dolor y por esta vuestra alegría, imploradnos que podamos estar en el número de los que, por los méritos de Jesús y la intercesión de la Virgen su Madre, han de resucitar gloriosamente.

Pater, Ave y Gloria.

5. Oh vigilantísimo guardián, familiar inherente del Hijo de Dios encarnado, glorioso San José, cuánto sufriste al sostener y servir al Hijo del Altísimo, especialmente en la huida que tuviste que hacer a Egipto; pero cuánto más te alegraste, teniendo siempre contigo al mismo Dios, y viendo caer por tierra a los ídolos egipcios.

Por esta vuestra pena y vuestra alegría, imploradnos que alejando de nosotros al tirano infernal, especialmente por la huida de ocasiones peligrosas, caiga de nuestros corazones todo ídolo de afecto terreno; y todos empleados en la servidumbre de Jesús y María, sólo por ellos vivamos y muramos felices.

Pater, Ave y Gloria.

6. Oh Ángel de la tierra, glorioso San José, que a tu llamado admiraste al Rey del Cielo, sé que tu consuelo al

traerlo de Egipto se vio turbado por el temor de Arquelao; pero también sé que asegurado por el Ángel, feliz con Jesús y María, moraste en Nazaret.

Por este tu dolor y por esta tu alegría, implóranos que de los temores dañinos despejados de nuestros corazones podamos gozar de paz de conciencia y vivir seguros con Jesús y María y aún morir entre ellos.

Pater, Ave y Gloria.

7. Oh dechado de toda santidad, glorioso San José, habiendo perdido sin culpa al niño Jesús, lo buscaste durante tres días con el mayor dolor, hasta que, con gran regocijo, gozaste de tu Vida hallado en el templo entre los doctores.

Por este dolor y por esta alegría vuestra, os suplicamos, con el corazón en los labios, que intercedáis, para que nunca nos suceda perder a Jesús por negligencia grave. Qué si por gran desgracia le perdiéramos, le busquemos con tan infatigable dolor, hasta que le encontremos favorablemente, particularmente en nuestra muerte, para pasar a gozar de él en el Cielo, y allí contigo para siempre cantar sus divinas misericordias.

Pater, Ave y Gloria.

Antífona. Jesús estaba a punto de cumplir treinta años, y se creía que era hijo de José.

V. Ruega por nosotros San José.

R. Y seremos dignos de las promesas de Cristo.

Oremos.

Oh Dios, que con inefable providencia te dignaste elegir al bienaventurado José como esposo de tu santísima Madre, haz que nosotros, que lo veneramos como protector en la tierra, merezcamos tenerlo como intercesor en el cielo. Por Cristo nuestro Señor

R. Amén.

Otra oración a San José

Dios te salve, oh José, lleno de gracia; Jesús y María están contigo; eres bendito entre los hombres, y bendito es el fruto del vientre de tu esposa María. San José, padre adoptivo de Jesús, virgen esposo de María, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

Recogidas por los más acreditados autores, con novena en preparación de la fiesta del Santo.

Tipografia dell'Oratorio di s. Francesco di Sales, Turín 1867.
Sac. BOSCO GIOVANNI

Con Permiso Eclesiástico.

Hoy la Iglesia concede indulgencias (*Enchiridion Indulgentiarum* n.19) para las oraciones en honor de San José: Se concede una indulgencia parcial a los fieles que invoquen a San José, Esposo de la Bienaventurada Virgen María, con una oración legítimamente aprobada (por ejemplo: A ti, bienaventurado san José).

A ti, bienaventurado san José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu santísima Esposa, solicitamos también confiadamente tu patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, te tuvo unido y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo, y por su poder y auxilio socorras nuestras necesidades. Protege, oh, providentísimo custodio de la divina Familia, a la escogida descendencia de Jesucristo; aparta de nosotros, padre amantísimo, toda mancha de error o de corrupción; asístenos propicio desde el cielo, fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y así como en un tiempo salvaste de la muerte la amenazada vida de Jesús Niño, defiende ahora a la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y a cada uno de nosotros

protégenos con perpetuo patrocinio, para que, a ejemplo tuyo y sostenidos por tu auxilio, podamos santamente vivir, piadosamente morir y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza.

Amén.

(Papa León XIII, Oración a San José, encíclica Quamquam pluries)

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (2/3)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Capítulo IX. La Circuncisión.

Et vocavit nomen eius Iesum. (Y le puso por nombre Jesús. – Mt 1,25)

Al octavo día después del nacimiento, los hijos de Israel debían ser circuncidados por mandato expreso de Dios dado a Abrahán, para que hubiera una señal que recordara al pueblo la alianza que Dios había jurado con ellos.

María y José comprendieron muy bien que tal señal no era en absoluto necesaria para Jesús. Este doloroso servicio era un castigo que convenía a los pecadores, y su finalidad era borrar el pecado original. Ahora bien, siendo Jesús el santo por excelencia, la fuente de toda santidad, no llevaba consigo ningún pecado que necesitara remisión. Además, había venido al mundo por concepción milagrosa, y no tenía que someterse a ninguna de las leyes que correspondían a los hombres. Sin embargo, María y José, sabiendo que Jesús no

había venido a quebrantar la ley, sino a cumplirla; que había venido a dar a los hombres el ejemplo de una obediencia perfecta, dispuestos a sufrir todo lo que la gloria del Padre Celestial y la salud de la humanidad exigieran de él, no se arredraron a la hora de realizar la dolorosa ceremonia sobre el Divino Niño.

José, el santo Patriarca, es el ministro y sacerdote de ese rito sagrado. Aquí está, con los ojos blandos de lágrimas, diciendo a María: “María, ahora es el momento en que vamos a realizar en este bendito hijo tuyo el signo de nuestro padre Abraham. Pierdo el corazón al pensar en ti. ¡Yo pongo hierro en esta carne inmaculada! Yo extraer la primera sangre de este cordero de Dios; ¡oh, si abrieras la boca, oh hija mía, y me dijeras que no quieres la herida, oh, ¡cómo arrojaría lejos de mí este cuchillo, y me alegraría que no lo quisieras! Pero veo que me pides este sacrificio; que quieres sufrir. Sí, oh dulcísimo niño, sufriremos: tú en tu carne más ajena al mundo; María y yo en nuestros corazones”.

Mientras tanto, José había desempeñado el doloroso oficio de ofrecer a Dios aquella primera sangre en expiación por los pecados de los hombres. Luego, con María llorosa y llena de angustia por la aflicción de su Hijo, había repetido: “Jesús es su nombre, porque Él debe salvar a su pueblo de sus pecados: *vocabis nomen eius Iesum; ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum.* – Mt. 1,25” ¡Oh nombre santísimo! ¡Oh nombre sobre todo nombre! ¡Cuán oportunamente eres pronunciado por primera vez en este momento! Dios quiso que el niño se llamara Jesús entonces, cuando empezó a derramar sangre, pues si era y sería Salvador, era precisamente en virtud y a causa de su sangre, por la que entró una sola vez en el lugar santísimo y consumó, mediante el sacrificio de todo su ser, la Redención de Israel y del mundo entero.

José fue ese gran y noble ministro de la Circuncisión por la que el Hijo de Dios recibió su propio nombre. José recibió el informe de ello del ángel, José lo pronunció el primero entre los hombres y, al pronunciarlo,

hizo que todos los ángeles se postraran y que los demonios, presa de un espanto extraordinario, incluso sin comprender por qué, cayeran adorando y se escondieran en las profundidades del infierno. ¡Gran dignidad de José! Gran obligación de reverencia le debemos, pues fue el primero en haber llamado Redentor al Hijo de Dios, y fue el primero en haber cooperado con el santo ministerio de la circuncisión para convertirlo en nuestro Redentor.

Capítulo X. Jesús adorado por los Magos. La Purificación.

Reges Tharsis et insulae munera offerent, Reges Arabum et Saba dona adducent. (Los reyes de Tharsis y de islas numerosas le harán sus ofrendas, los reyes de los árabes y de Saba traerán sus dones. – Sal. 71:10)

Aquel Dios que había bajado a la tierra para hacer de la casa de Israel y de los pueblos dispersos una sola familia, quería en torno a su cuna a los representantes de un pueblo y del otro. Los sencillos y los humildes tenían preferencia para estar junto a Jesús; además, los grandes y los sabios de la tierra no debían ser excluidos. Después de los pastores cercanos, Jesús, desde el silencio de su cueva de Belén, movió una estrella del Cielo para traer de vuelta a los adoradores lejanos.

Una tradición, popular en todo Oriente y recogida en la Biblia, anunciaba que nacería un niño en Occidente, que cambiaría la faz del mundo, y que al mismo tiempo aparecería una nueva estrella que marcaría este acontecimiento. En la época del nacimiento del Salvador había en el lejano Oriente unos príncipes llamados comúnmente los tres Reyes Magos, dotados de una ciencia extraordinaria.

Profundamente versados en las ciencias astronómicas, estos tres Magos esperaban ansiosamente la aparición de la nueva estrella que debía anunciarles el nacimiento del maravilloso niño.

Una noche, mientras observaban atentamente el cielo, una estrella de magnitud inusitada pareció desprenderse

de la bóveda celeste, como si quisiera descender por encima de la tierra.

Reconociendo ante esta señal que había llegado el momento, partieron apresuradamente, y guiados de nuevo por la estrella llegaron a Jerusalén. La fama de su llegada y, sobre todo, la causa que los guiaba, turbaron el corazón del envidioso Herodes. Este príncipe cruel hizo que los Magos acudieran a él y les dijo: "Informaos exactamente sobre este niño y, en cuanto lo hayáis encontrado, volved a avisarme para que yo también vaya a adorarlo". Habiendo indicado los doctores de la ley que el Cristo había de nacer en Belén, los Magos salieron de Jerusalén siempre precedidos por la misteriosa estrella. No tardaron en llegar a Belén; la estrella se detuvo sobre la cueva donde estaba el Mesías. Los Magos entraron, se postraron a los pies del niño y lo adoraron.

Después, abriendo los cofres de maderas preciosas que habían traído, le ofrecieron oro como para reconocerle como rey, incienso como Dios y mirra como hombre mortal.

Advertidos entonces por un ángel de los verdaderos designios de Herodes, sin pasar por Jerusalén, regresaron directamente a sus países.

Se acercaba el cuadragésimo día del nacimiento del Santo Niño: la ley de Moisés prescribía que todo primogénito debía ser llevado al templo para ser ofrecido a Dios y así consagrado, y la madre para ser purificada. José, en compañía de Jesús y María, se dirigió a Jerusalén para realizar la ceremonia prescrita. Ofreció dos tórtolas como sacrificio y pagó cinco siclos de plata. Después, habiendo hecho inscribir a su hijo en las tablas del censo y pagado el tributo, la santa pareja regresó a Galilea, a Nazaret, su ciudad.

Capítulo XI. La triste anunciación. – La matanza de los inocentes. – La sagrada familia parte para Egipto.

Surge, accipe puerum et matrem eius et fuge in Aegyptum et esto ibi usque dum dicam tibi. (El ángel del Señor dijo a José: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y

quédate allí hasta que yo te diga. – Mt. 2:13)

Vox in excelso audita est lamentationis, luctus, et fletus Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari super eis quia non sunt. (Se ha oído en lo alto una voz de queja, luto y lamento de Raquel que llora a sus hijos; y respecto a ellos no admite consuelo porque ya no están. – Jer. 31:15)

La tranquilidad de la sagrada familia no iba a ser de larga duración. En cuanto José hubo regresado a la casa pobre de Nazaret, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «Levántate, aparta de ti al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te ordene volver. Porque Herodes buscará al niño para darle muerte».

Y esto era demasiado cierto. El cruel Herodes, engañado por los Magos y furioso por haber perdido una ocasión tan buena de deshacerse de quien consideraba un competidor al trono, había concebido el designio infernal de hacer degollar a todos los niños varones menores de dos años. Esta orden abominable fue ejecutada.

Un ancho río de sangre corrió por Galilea. Entonces se cumplió lo que Jeremías había predicho: “Se oyó una voz en Ramá, una voz mezclada de lágrimas y lamentos. Es Raquel que llora a sus hijos y no quiere ser consolada, porque ya no están”. Estos pobres inocentes, cruelmente asesinados, fueron los primeros mártires de la divinidad de Jesucristo.

José había reconocido la voz del Ángel; no se permitió ninguna reflexión sobre la precipitada partida, a la que tuvieron que decidirse; sobre las dificultades de un viaje tan largo y tan peligroso. Debió de lamentar abandonar su pobre hogar para atravesar los desiertos y buscar asilo en un país que no conocía. Sin esperar siquiera a mañana, en cuanto el ángel desapareció se levantó y corrió a despertar a María. María preparó apresuradamente una pequeña provisión de ropa y víveres para que se los llevaran. José, mientras tanto, preparó la yegua, y partieron sin pesar de su ciudad para obedecer el mandato de Dios. He aquí, pues, a un pobre

anciano, que hace vanas las horribles conspiraciones del tirano de Galilea; es a él a quien Dios confía la custodia de Jesús y María.

Capítulo XII. Desastroso viaje – Una tradición.

Si persequentur vos in civitate ista, fugite in aliam. (Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra. – Mt. 10, 23.)

Dos caminos se presentaban al viajero que quería ir a Egipto por tierra. El uno atravesaba desiertos poblados de bestias feroces, y los caminos eran ásperos, largos y poco frecuentados. El otro atravesaba un país poco visitado, pero los habitantes de la comarca eran muy hostiles a los judíos. José, que temía especialmente a los hombres en esta precipitada huida, eligió el primero de estos dos caminos por ser el más oculto.

Partiendo de Nazaret en plena noche, los cautelosos viajeros, cuyo itinerario les exigía pasar cerca de Jerusalén, recorrieron durante algún tiempo los caminos más tristes y tortuosos. Cuando era necesario cruzar algún gran camino, José, dejando a Jesús y a su Madre al abrigo de una roca, exploraba el camino, para asegurarse de que la salida no estaba vigilada por los soldados de Herodes. Tranquilizado por esta precaución, volvió a buscar su precioso tesoro, y la sagrada familia prosiguió su viaje, entre barrancos y colinas. De vez en cuando, hacían una breve parada a la orilla de un claro arroyo, y después de una frugal comida descansaban un poco de los esfuerzos del viaje. Cuando llegó la noche, era hora de resignarse a dormir bajo el cielo abierto. José se despojó de su manto y cubrió con él a Jesús y a María para preservarlos de la humedad de la noche. Mañana, al amanecer, comenzaría de nuevo el arduo viaje. Los santos viajeros, tras atravesar la pequeña ciudad de Anata, se dirigieron por el lado de Ramla para descender a las llanuras de Siria, donde ahora debían verse libres de las asechanzas de sus feroces perseguidores. En contra de su costumbre, habían seguido caminando a pesar de que ya era de noche, para ponerse antes a

salvo. José casi tocaba el suelo por delante de los demás. María, toda temblorosa por aquella carrera nocturna, movía sus miradas inquietas hacia las profundidades de los valles y las sinuosidades de las rocas. De pronto, en una curva, un enjambre de hombres armados apareció para interceptar su camino. Era una banda de canallas, que asolaba la comarca, cuya espantosa fama se extendía a lo lejos. José había detenido la montura de María y rezaba al Señor en silencio, pues toda resistencia era imposible. A lo sumo se podía esperar salvar la vida. El jefe de los bandidos se separó de sus compañeros y avanzó hacia José para ver con quién tenía que vérselas. La visión de aquel anciano sin brazos, de aquel niño durmiendo sobre el pecho de su madre, conmovió el corazón sanguinario del bandido. Lejos de desearles ningún mal, tendió la mano a José, ofreciéndole hospitalidad a él y a su familia. Este líder se llamaba Dimas. La tradición cuenta que treinta años después fue apresado por los soldados y condenado a ser crucificado. Fue puesto en la cruz del Calvario al lado de Jesús, y es el mismo que conocemos con el nombre del buen ladrón.

Capítulo XIII. Llegada a Egipto – Prodigios ocurridos a su entrada en esta tierra – Aldea de Matari – Morada de la Sagrada Familia.

Ecce ascendet Dominus super nubem levem et commovebuntur simulacra Aegypti. (He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y en su presencia se contorsionarán los simulacros de Egipto. – Is. 19:1)

En cuanto apareció el día, los fugitivos, dando gracias a los bandidos que se habían convertido en sus anfitriones, reanudaron su viaje lleno de peligros. Se dice que María, al ponerse en camino, dijo estas palabras al jefe de aquellos bandidos: «Lo que has hecho por este niño, algún día te será ricamente recompensado.» Tras pasar por Belén y Gaza, José y María descendieron a Siria y, al encontrarse con una caravana que partía hacia Egipto, se unieron a ella. A

partir de este momento y hasta el final de su viaje, no vieron ante sí más que un inmenso desierto de arena, cuya aridez sólo se veía interrumpida a intervalos raros por algunos oasis, es decir, algunas extensiones de tierra fértil y verde. Sus esfuerzos se redoblaron durante la carrera a través de estas llanuras abrasadas por el sol. La comida era escasa y a menudo faltaba el agua. ¡Cuántas noches tuvo que retroceder José, que era viejo y pobre, cuando intentó acercarse al manantial en el que la caravana se había detenido para saciar su sed!

Finalmente, tras dos meses de penoso viaje, los viajeros entraron en Egipto. Según Sozomeno, desde el momento en que la Sagrada Familia tocó esta antigua tierra, los árboles bajaron sus ramas para adorar al Hijo de Dios; las bestias feroces acudieron allí, olvidando sus instintos; y los pájaros cantaron a coro las alabanzas del Mesías. En efecto, si creemos lo que nos dicen autores fidedignos, todos los ídolos de la provincia, al reconocer al vencedor del paganismo, se derrumbaron. Así se cumplieron literalmente las palabras del profeta Isaías cuando dijo: "He aquí que el Señor subirá sobre una nube y entrará en Egipto, y en su presencia serán quebrantados los simulacros de Egipto".

José y María, deseosos de llegar pronto al final de su viaje, no hicieron sino pasar por Heliópolis, consagrada al culto del sol, para dirigirse a Matari, donde pensaban descansar de sus fatigas.

Matari es una hermosa aldea sombreada por sicomoros, a unas dos leguas de El Cairo, la capital de Egipto. Allí pensaba José establecerse. Pero allí no terminaban sus problemas. Necesitaba buscar alojamiento. Los egipcios no eran nada hospitalarios, por lo que la sagrada familia se vio obligada a refugiarse durante unos días en el tronco de un gran árbol viejo. Finalmente, tras una larga búsqueda, José encontró una habitación modesta y pequeña, en la que colocó a Jesús y a María.

Esta casa, que aún puede verse en Egipto, era una especie de cueva, de seis metros de largo por cinco de ancho.

Tampoco había ventanas; la luz tenía que penetrar por la puerta. Las paredes eran de una especie de arcilla negra y sucia, cuya antigüedad llevaba la huella de la miseria. A la derecha había una pequeña cisterna, de la que José sacaba agua para el servicio de la familia.

Capítulo XIV. Las penas. – Consolación y fin del destierro.

Cum ipso sum in tribulatione. (Con él estoy en la tribulación. – Sal. 90:15)

Recién entrado en esta nueva morada, José reanudó su trabajo ordinario. Empezó a amueblar su casa; una mesita, unas sillas, un banco, todo obra de sus manos. Luego fue de puerta en puerta buscando trabajo para ganarse la vida para su pequeña familia. Sin duda experimentó muchos rechazos y soportó muchos desprecios humillantes. Era pobre y desconocido, y esto bastó para que su trabajo fuera rechazado. A su vez, María, mientras tenía mil cuidados para su Hijo, se entregó valientemente al trabajo, ocupando en él una parte de la noche para compensar los pequeños e insuficientes ingresos de su marido. Sin embargo, en medio de sus penas, ¡cuánto consuelo para José! Trabajaba para Jesús, y el pan que comía el divino niño lo había comprado con el sudor de su frente. Y cuando regresó al atardecer agotado y oprimido por el calor, Jesús sonrió a su llegada y le acarició con sus pequeñas manos. A menudo, con el precio de las privaciones que se imponía a sí mismo, José conseguía algunos ahorros, ¡qué alegría sintió entonces al poder utilizarlos para endulzar la condición del niño divino! Ahora eran unos dátiles, ahora unos juguetes adecuados a su edad, lo que el piadoso carpintero llevaba al Salvador de los hombres. ¡Oh, qué dulces eran entonces las emociones del buen anciano al contemplar el rostro radiante de Jesús! Cuando llegó el sábado, día de descanso y consagrado al Señor, José tomó al niño de la mano y guió sus primeros pasos con una solicitud verdaderamente paternal.

Mientras tanto, murió el tirano que reinaba sobre

Israel. Dios, cuyo brazo todopoderoso castiga siempre a los culpables, le había enviado una cruel enfermedad, que le condujo rápidamente a la tumba. Traicionado por su propio hijo, comido vivo por los gusanos, Herodes había muerto, llevando consigo el odio de los judíos y la maldición de la posteridad.

Capítulo XV. La nueva anunciación. – Regreso a Judea. – Tradición relatada por San Buenaventura.

Ex Aegypto vocavi filium meum. (Desde Egipto llamé a mi hijo. – Os. 11:1)

Hacía siete años que José estaba en Egipto, cuando el Ángel del Señor, mensajero ordinario de la voluntad del Cielo, se le apareció de nuevo durante el sueño y le dijo: “Levántate, aparta de ti al niño y a su madre, y vuelve a la tierra de Israel, pues ya no están los que buscaban al niño para darle muerte”. Siempre dispuesto a la voz de Dios, José vendió su casa y sus muebles, y lo ordenó todo para partir. En vano los egipcios, extasiados por la bondad de José y la dulzura de María, hicieron fervientes súplicas para retenerle. En vano le prometieron abundancia de todo lo necesario para la vida, José se mostró inflexible. Los recuerdos de su infancia, los amigos que tenía en Judea, la atmósfera pura de su patria, hablaban mucho más a su corazón que la belleza de Egipto. Además, Dios había hablado, y no hacía falta nada más para decidir a José a regresar a la tierra de sus antepasados.

Algunos historiadores opinan que la Sagrada Familia hizo parte del viaje por mar, porque les llevaba menos tiempo, y tenían un gran deseo de volver a ver pronto su patria. En cuanto desembarcaron en Ascalonia, José se enteró de que Arquelao había sucedido en el trono a su padre Herodes. Esto supuso una nueva fuente de ansiedad para José. El ángel no le había dicho en qué parte de Judea debía establecerse. ¿Debía hacerlo en Jerusalén, en Galilea o en Samaría? José, lleno de ansiedad, rogó al Señor que le enviara a su mensajero celestial durante la noche. El ángel le ordenó que huyera de

Arquelao y se retirara a Galilea. Entonces José ya no tuvo nada que temer y tomó tranquilamente el camino de Nazaret, que había abandonado siete años antes.

Que nuestros devotos lectores no se apenen al oír del seráfico Doctor San Buenaventura sobre este punto de la historia: “Estaban en el acto de partir: y José fue primero con los hombres, y su madre vino con las mujeres (que habían venido como amigas de la sagrada familia para acompañarles un poco). Cuando salieron por la puerta, José hizo retroceder a los hombres y no les permitió que le acompañaran más. Entonces uno de los hombres buenos, compadeciéndose de la pobreza de aquellos hombres, llamó al Niño y le dio algo de dinero para los gastos. El Niño se avergonzó de recibirlos; pero, por amor a la pobreza, extendió la mano y recibió el dinero con vergüenza y le dio las gracias. Y así lo hicieron más personas. Aquellas honorables matronas volvieron a llamarle e hicieron lo mismo; la madre no estaba menos avergonzada que el niño, pero, no obstante, les dio humildemente las gracias”.

Tras despedirse de aquella cordial compañía y renovar sus agradecimientos y saludos, la sagrada familia volvió sus pasos hacia Judea.

Capítulo XVI. Llegada de José a Nazaret. – Vida doméstica con Jesús y María.

Constituit eum dominum domus suae. (Le constituyó señor de su casa. – Sal. 104,20)

Por fin habían terminado los días del exilio. José podía volver a ver su añorada tierra natal, que le traía los recuerdos más entrañables. Habría que amar a la propia patria como la amaban entonces los judíos, para comprender las dulces impresiones que llenaban el alma de José cuando aparecía a lo lejos la vista de Nazaret. El humilde patriarca aceleró el paso de la cabalgadura de María, y pronto llegaron a las estrechas calles de su querida ciudad.

Los nazarenos, que ignoraban la causa de la partida del piadoso obrero, vieron su regreso con alegría. Los

cabezas de familia acudieron a dar la bienvenida a José y a estrechar la mano del anciano, cuya cabeza estaba vuelta lejos de su patria. Las hijas saludaron a la humilde Virgen, cuya gracia aumentaba aún más por los cuidados con que rodeaba a su divino hijo. El amado Jesús vio a los muchachos de su edad que acudían a él y, por primera vez, oyó la lengua de sus antepasados en lugar de la amarga lengua del exilio.

Pero el tiempo y la negligencia habían reducido la pobre morada de José a un mal estado. La hierba salvaje había crecido sobre las paredes, y la polilla se había apoderado de los viejos muebles de la sagrada familia.

Se vendió parte del terreno que rodeaba la casa, y con su precio se compraron los enseres domésticos más necesarios. Los escasos recursos de la pareja se emplearon en las compras más indispensables. A José sólo le quedaban su taller y sus armas. Pero la estima que todos sentían por el santo varón, la confianza que la gente tenía tanto en su buena fe como en su capacidad, hicieron que poco a poco volvieran a él el trabajo y los mecenas; y el valeroso carpintero no tardó en reanudar su trabajo habitual. Había envejecido en sus trabajos, pero su brazo seguía siendo fuerte, y su ardor aún aumentaba después de que le hubieran encargado alimentar al Salvador de la humanidad.

Jesús crecía en edad y sabiduría. Del mismo modo que José había guiado sus primeros pasos, cuando aún era un niño pequeño, también dio a Jesús su primer conocimiento del trabajo. Sostuvo su manita y la dirigió para enseñarle a trazar líneas y a manejar el plano. Enseñó a Jesús las dificultades y la práctica del oficio. ¡Y el Creador del mundo se dejó guiar por su fiel servidor, al que había elegido por padre!

José, que era asiduo en los oficios del santo templo, como diligente en los deberes de su trabajo, observaba estrictamente la ley de Moisés y la religión de sus antepasados. Por eso nunca se le veía trabajando en un día festivo, pues había comprendido que ni un solo día a la semana es demasiado para rezar al Señor y agradecerle sus favores.

Cada año, en las tres grandes fiestas judías, las de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos, acudía al templo de Jerusalén en compañía de María. De ordinario dejaba a Jesús en Nazaret, que habría estado excesivamente cansado por el largo viaje; y siempre solía rogar a uno de sus vecinos que se hiciera cargo del niño en ausencia de sus padres.

Capítulo XVII. Jesús va con María, su madre, y San José a celebrar la Pascua en Jerusalén. – Se pierde y lo encuentran al cabo de tres días.

Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te. Quid est quod me quaerebatis? Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse? (Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo, afligidos, fuimos en tu busca; [y él les dijo] ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas de mi Padre debía estar ocupado? – Lc. 2:48-49)

Cuando Jesús cumplió doce años y se acercaba la fiesta de Pascua, José y María lo juzgaron lo bastante fuerte para soportar el viaje y lo llevaron con ellos a Jerusalén. Permanecieron unos siete días en la ciudad santa para celebrar la Pascua y realizar los sacrificios ordenados por la ley.

Cuando terminaron las fiestas pascuales, emprendieron el camino de regreso a Nazaret en medio de sus parientes y amigos. La caravana era muy numerosa. En la sencillez de sus costumbres, las familias de un mismo pueblo o aldea regresaban a sus casas en alegres brigadas, en las que los ancianos hablaban animadamente con los ancianos, las mujeres con las mujeres, mientras los niños corrían y jugaban juntos por el camino. Así que José, al no ver a Jesús cerca de sí, lo creyó, como era natural, con su madre o con los muchachos de su edad. María también caminaba entre sus compañeras, igualmente convencida de que el niño seguía a los demás. Al atardecer, la caravana se detuvo en la pequeña ciudad de Machmas para pasar la noche. José vino a buscar a María; pero ¿cuál no fue su sorpresa y su pena cuando se

preguntaron mutuamente dónde estaba Jesús? Ni uno ni otro le habían visto después de salir del templo; los muchachos, por su parte, no podían dar noticias suyas. No estaba con ellos.

Inmediatamente, José y María, a pesar de su cansancio, se pusieron de nuevo en camino hacia Jerusalén. Pálidos e inquietos, recorrieron el camino que ya habían recorrido aquel mismo día. Los alrededores resonaban con sus gritos de duelo; José llamaba a Jesús, pero éste no respondía. Al amanecer llegaron a Jerusalén, donde, según dice el Evangelio, pasaron tres días enteros buscando a su hijo amado. ¡Cuánto le dolió el corazón a José! ¡Y cuánto tuvo que reprocharse un momento de distracción! Finalmente, hacia el final del tercer día, estos padres desolados entraron en el templo, más bien para invocar la luz de lo alto que con la esperanza de encontrar allí a Jesús. Pero ¡cuál fue su sorpresa y admiración al ver al niño divino en medio de los doctores maravillados por la sabiduría de sus discursos, las preguntas y las respuestas que les daba! María, llena de alegría porque había encontrado a su hijo, no pudo, sin embargo, abstenerse de expresarle la inquietud que la afligía: “Hijo mío -le dijo-, ¿por qué nos has hecho esto? hace tres días que te buscamos con dolor”. – Jesús respondió: “¿Por qué me buscabais así? ¿No sabíais que es asunto mío ocuparme de lo que concierne a mi padre?” El evangelio añade que José y María no comprendieron inmediatamente esta respuesta. Afortunados por haber encontrado a Jesús, volvieron tranquilamente a su pequeño hogar de Nazaret.

Capítulo XVIII. Continuación de la vida doméstica de la sagrada familia.

Et erat subditus illis. (Y Jesús les fue obediente. – Lc. 2,51)

El santo Evangelio, después de relatar los rasgos principales de la vida de Jesús hasta los doce años, concluye en este punto toda la vida privada de Jesús hasta los treinta años con estas breves palabras: “Jesús era obediente a María y

a José, *et erat subditus illis*". Estas palabras, aunque ocultan a nuestros ojos la gloria de Jesús, revelan en un aspecto magnífico la grandeza de José. Si el educador de un príncipe ocupa una honrosa dignidad en el Estado, ¡cuál debía ser la dignidad de José, mientras se le confiaba la educación del Hijo de Dios! Jesús, cuya fuerza había crecido con los años, se convirtió en alumno de José. Le siguió en sus días de trabajo, y bajo su dirección aprendió el oficio de carpintero. San Cipriano, obispo de Cartago, escribió hacia el año 250 de la era cristiana que aún se conservaban con veneración los arados hechos por la mano del Salvador. Fue sin duda José quien había proporcionado el modelo y quien había dirigido la mano del Creador de todas las cosas en su taller.

Jesús quiso dar a los hombres el ejemplo de la obediencia incluso en las más pequeñas circunstancias de la vida. Así, cerca de Nazaret aún puede verse un pozo, donde José envió al divino niño a sacar agua para las necesidades de la familia.

Nos faltan detalles sobre estos laboriosos años que José pasó en Nazaret con Jesús y María. Lo que podemos decir sin temor a equivocarnos es que José trabajó incansablemente para ganarse el pan. La única distracción que se permitía era conversar bien y a menudo con el Salvador, cuyas palabras quedaron profundamente grabadas en su corazón.

A los ojos de los hombres, Jesús pasó por hijo de José. Y éste, cuya humildad era tan grande como su obediencia, guardaba en sí mismo el misterio que estaba encargado de proteger con su presencia. "José", dice Bossuet, "vio a Jesús y guardó silencio; lo saboreó y no habló de él; se contentó sólo con Dios sin compartir su gloria con los hombres. Cumplió su vocación, pues así como los apóstoles fueron ministros del Jesucristo conocido, José fue ministro y compañero de su vida oculta".

Capítulo XIX. Últimos días de San José. Su preciosa agonía.

*io nimis felix, nimis o beatus Cuius extremam vigiles ad horam
Christus et Virgo simul astiterunt Ore sereno! (Oh alma*

piadosa bendita o feliz que, de tu destierro en el último momento, gozaste al lado de Jesús y María la bella semblanza. – de San José).

José estaba llegando a los ochenta años, y Jesús no tardaría en salir de su casa para recibir el bautismo de manos de Juan el Bautista, cuando Dios llamó a sí a su fiel siervo. Trabajos y fatigas de todo tipo habían desgastado el robusto estado de ánimo de José, y él mismo sentía que su fin estaba cerca. Después de todo, su misión en la tierra había terminado; y era justo que recibiera al fin la recompensa que merecían sus virtudes.

Por un favor muy especial, un ángel vino a advertirle de la proximidad de su muerte. Estaba preparado para comparecer ante Dios. Toda su vida no había sido más que una serie de actos de obediencia a la voluntad divina y poco le importaba la vida, pues se trataba de obedecer a Dios, que le llamaba a la vida bienaventurada. Según el testimonio unánime de la tradición, José no murió en el sufrimiento agudo de la enfermedad. Murió suavemente, como una llama a la que le ha faltado el alimento.

Yaciendo en su lecho de muerte, con Jesús y María a su lado, José quedó extasiado durante veinticuatro horas. Sus ojos vieron entonces con claridad las verdades que su fe había creído hasta entonces sin comprender. Penetró en el misterio de Dios hecho hombre y en la grandeza de la misión que Dios le había confiado a él, un pobre mortal. Presenció en espíritu los dolores de la pasión del Salvador. Cuando despertó, su rostro estaba iluminado y como transfigurado por una belleza totalmente celestial. Un delicioso perfume llenaba la habitación en la que yacía y se esparcía también fuera, anunciando así a los vecinos del santo varón que su alma pura y bella estaba a punto de pasar a un mundo mejor.

En una familia de almas pobres y sencillas que se aman con ese amor puro y cordial que difícilmente se encuentra en el seno de la grandeza y la abundancia, cuando estas personas disfrutaron de los años de peregrinación en santa

unión, y que, al igual que compartían las alegrías domésticas, compartían las penas santificadas por el consuelo religioso, si ocurriera que esta hermosa paz se viera oscurecida por la separación de un miembro querido, ¡oh cuán angustiado se siente entonces el corazón al separarse!

Jesús tuvo como Dios a un padre en el cielo que le comunicó su sustancia y naturaleza divinas desde toda la eternidad, haciendo eterna la gloria celestial de su persona en la tierra (aunque velada por los restos mortales); María tuvo a Jesús en la tierra que llenó su corazón de paraíso. Sin embargo, ¿quién negaría que Jesús y María, estando ahora cerca del Patriarca moribundo y dejando incluso la ternura de sus corazones a merced de la naturaleza, no sufrieron por tener que separarse temporalmente de su fiel compañero en la tierra? María no podía olvidar los sacrificios, los dolores, las penalidades, que José había tenido que sufrir por ella en los penosos viajes a Belén y a Egipto. Es cierto que José, al estar continuamente en su compañía, se veía compensado por lo que sufría, pero si esto era un argumento de consuelo para la una, no era una razón que dispensara al tierno corazón de la otra de un sentimiento de gratitud. José la había servido no sólo con todo el afecto de un esposo, sino también con toda la fidelidad de un siervo y la humildad de un discípulo, venerando en ella a la Reina del cielo, a la Madre de Dios. Ahora bien, ciertamente María no había pasado por alto tantas muestras de veneración, obediencia y estima, y no podía dejar de sentir una profunda y muy verdadera gratitud hacia José.

Y Jesús, que en cuestiones de amor ciertamente no debía ser inferior a ninguno de los dos, puesto que había dispuesto en los decretos de su divina Providencia que José fuera su guardián y protector en la tierra, puesto que esta protección también había tenido que costarle a José tantos sufrimientos y trabajos, también Jesús debió de sentir en su corazón más amoroso los más dulces sentimientos de agradecido recuerdo. Al contemplar aquellos escasos brazos dispuestos en cruz sobre su fatigado pecho, recordó cuántas veces se habían abierto para estrecharlo contra su pecho cuando se lamentaba

en Belén, cómo se habían afanado para llevarlo a Egipto, cómo se habían agotado en el trabajo para guardarle el pan de la vida. Cuántas veces aquellos labios queridos se habían acercado reverentes para imprimirle besos amorosos o para calentar sus miembros reseco en invierno; y aquellos ojos, que entonces estaban a punto de cerrarse a la luz del día, cuántas veces se habían abierto al llanto, honrando los sufrimientos de Él y de María, cuando tuvo que contemplarlo huyendo a Egipto, pero sobre todo cuando durante tres días lo lloró perdido en Jerusalén. Sin duda, estas muestras de amor inquebrantable no fueron olvidadas por Jesús en aquellos últimos momentos de la vida de José. Por eso imagino que María y Jesús, en la difusión del paraíso en aquellas últimas horas de la vida de José, también habrán honrado, como sobre la tumba de su amigo Lázaro, con el derramamiento de las lágrimas más puras, aquella última despedida solemne. ¡Oh sí, José tenía el paraíso ante sus ojos! Volvió su mirada a un lado y vio la aparición de María, y sostuvo sus santísimas manos entre las suyas, y recibió sus últimos cuidados, y oyó sus palabras de consuelo. Volvió los ojos hacia el otro lado y se encontró con la mirada majestuosa y todopoderosa de Jesús, y sintió sus manos divinas sosteniendo su cabeza, y enjugando sus sudores, y recogiendo de sus labios consuelos, acciones de gracias, bendiciones y promesas. Y me parece que María decía: "José, nos dejas; has terminado la peregrinación del destierro, me precederás en tu paz, descendiendo primero al seno de nuestro padre Abraham; ¡oh José, cuánto te agradezco la dulce compañía que me has hecho, los buenos ejemplos que me has dado, el cuidado que has tenido de mí y de mis cosas y los dolores más penosos que has sufrido por mi causa! oh, me dejas, pero vivirás siempre en mi recuerdo y en mi corazón. Ten buen ánimo, oh José, *quoniam appropinquat redemptio nostra*". Y me parece que Jesús dijo: "José mío, tú mueres, pero yo también moriré, y si yo muero debes estimar la muerte y amarla como una recompensa. Corto es, oh José, el tiempo de la oscuridad y de la espera. Díselo a Abraham y a Isaac, que ansiaban verme y no fueron dignos; díselo a los que han

esperado muchos años mi venida en esa oscuridad, y háblales de la liberación venidera; díselo a Noé, a José, a David, a Judit, a Jeremías, a Ezequiel, a todos esos Padres que deben esperar tres años más, y entonces se consumirán la Hueste y el Sacrificio y se borrarán la iniquidad del mundo. Mientras tanto, después de este breve tiempo, resucitarás gloriosa y hermosa, y conmigo, más gloriosa y más hermosa, te alzarás en la embriaguez del triunfo. Alégrate, querido guardián de mi vida, fuiste bueno y generoso conmigo, pero nadie puede ganarme con la gratitud". La santa Iglesia expresa las amorosas últimas atenciones de Jesús y María hacia san José con estas palabras: *"Cuius extremas vigiles ad horas Christus et Mater simul astiterunt ore sereno"*. En las últimas horas de San José, con semblante sereno, Jesús y María asistieron con la más amorosa vigilancia.

[\(continuación\)](#)

Vida de San José, esposo de María Santísima, padre adoptivo de Jesucristo (1/3)

San José es patrono de la Iglesia y también copatrono de la Congregación Salesiana. Desde el principio, Don Bosco quiso asociarlo como protector de la naciente obra en favor de los jóvenes. Seguro de su poderosa intercesión, quiso difundir su culto y escribió para ello una vida, más para instruir que para meditar, que deseamos presentar a continuación.

Prefacio

En un momento en que la devoción al glorioso padre

adoptivo de Jesús, San José, parece ser tan universal, creemos que no estaría de más que nuestros lectores publicaran hoy un dossier sobre la vida de este santo.

Las dificultades encontradas para encontrar los hechos particulares de la vida de este santo en los escritos antiguos tampoco deben disminuir en lo más mínimo nuestra estima y veneración por él; al contrario, en el silencio tan sagrado del que está rodeada su vida encontramos algo misterioso y grandioso. San José había recibido de Dios una misión totalmente opuesta a la de los apóstoles (Bossuet). Estos últimos debían dar a conocer a Jesús; José debía mantenerlo oculto; ellos debían ser antorchas que lo mostraran al mundo, éste un velo que lo cubriera. Así pues, José no era para sí mismo, sino para Jesucristo.

Por tanto, estaba en la economía de la Divina Providencia que San José se mantuviera oculto mostrando sólo lo necesario para autenticar la legitimidad del matrimonio con María, y para despejar toda sospecha sobre la filiación de Jesús. Pero, aunque no podamos penetrar en el Santuario del Corazón de José y admirar las maravillas que Dios obró allí, sostenemos, sin embargo, que para gloria de su divino protegido, para gloria de su esposa celestial, José tuvo que reunir en sí mismo un cúmulo de gracias y dones celestiales.

Puesto que la verdadera perfección cristiana consiste en aparecer tan grande ante Dios como el más pequeño ante los hombres, San José, que pasó su vida en la más humilde oscuridad, es capaz de proporcionar el modelo de aquellas virtudes que son como la flor de la santidad, la santidad interior, de modo que lo que David escribió de la sagrada esposa puede decirse muy bien de San José: *Omnis gloria eius filia Regis ab intus (toda resplandeciente esta hija de reyes en el interior* (Sal 44,14).

S. José es universalmente reconocido e invocado como protector de los moribundos, y ello por tres razones: 1^{ro} por el imperio amoroso que adquirió sobre el Corazón de Jesús, juez de vivos y muertos y su hijo adoptivo; 2^{do} por el

extraordinario poder que Jesucristo le confirió para vencer a los demonios que asaltan a los moribundos, y ello en recompensa por haberle salvado el santo una vez de las asechanzas de Herodes; 3^{ro} por el sublime honor de que gozó José al ser asistido en el punto de la muerte por Jesús y María. ¿Qué nueva razón importante hay para que nos inflamemos en su devoción?

Deseosos, pues, de proporcionar a nuestros lectores los rasgos principales de la vida de San José, hemos buscado entre las obras ya publicadas algunas que sirvieran a este fin. Muchas de ellas se publican desde hace algunos años, pero, bien porque eran demasiado voluminosas o demasiado ajenas en su sublimidad al estilo popular, bien porque carecían de datos históricos y estaban escritas con el objetivo de servir de meditación más que de instrucción, no se adaptaban a nuestro propósito. Aquí, por tanto, hemos recogido del Evangelio y de algunos de los autores más acreditados la información principal sobre la vida de este santo, con algunas reflexiones apropiadas de los santos Padres.

La veracidad de la narración, la sencillez del estilo y la autenticidad de la información harán, esperamos, agradable este leve esfuerzo. Si la lectura de este opúsculo sirve para procurar al casto esposo de María, aunque sólo sea un devoto más, ya nos sentiremos abundantemente satisfechos.

Capítulo I. Nacimiento de San José. Su lugar de origen.

Ioseph, autem, vir eius cum esset iustus (José, su esposo siendo justo. – Mt. 1,19)

A unas dos leguas [9,7 km] de Jerusalén, en la cima de una colina, cuyo suelo rojizo está sembrado de olivares, se levanta una pequeña ciudad famosa desde siempre por el nacimiento del niño Jesús, la ciudad de Belén, de la que tomó su origen la familia de David. En esta pequeña ciudad, hacia el año del mundo 3950, nació aquel que, según los elevados designios de Dios, iba a convertirse en el guardián de la virginidad de María y en el padre adoptivo del

Salvador de la humanidad.

Sus padres le dieron el nombre de José, que significa *aumento*, como para dar a entender que fue aumentado con los dones de Dios y colmado pródigamente de todas las virtudes desde su nacimiento.

Dos evangelistas nos transmitieron la genealogía de José. Su padre se llamaba Jacob, según san Mateo (Mt 1,16), y según san Lucas se llamaba Elí (Lc 3,23); pero la opinión más común y más antigua es la que nos ha transmitido Julio Africano, que escribió a finales del siglo II de la era cristiana. Fiel a lo que le contaron los propios parientes del Salvador, nos dice que Jacob y Elí eran hermanos y que, habiendo muerto Elí sin descendencia, Jacob se casó con su viuda, como prescribía la ley de Moisés, y de este matrimonio nació José.

Del linaje real de David, descendiente de Zorobabel, que trajo de vuelta al pueblo de Dios del cautiverio de Babilonia, los padres de José habían caído muy lejos del antiguo esplendor de sus antepasados en cuanto a riqueza temporal. Según la tradición, su padre era un pobre jornalero que se ganaba el sustento diario con el sudor de su frente. Pero Dios, que no admira la gloria que se disfruta ante los hombres, sino el mérito de la virtud ante sus propios ojos, le eligió para ser el guardián del Verbo descendido sobre la tierra. Además, la profesión de artesano, que en sí misma no tiene nada de abyecta, gozaba de gran honor en el pueblo de Israel. En efecto, todo israelita era artesano, porque todo padre de familia, cualquiera que fuera su fortuna y la altura de su rango, estaba obligado a hacer que su hijo aprendiera un oficio, a menos que, según la ley, quisiera convertirse en un ladrón.

Poco sabemos de la infancia y juventud de José. De la misma manera que el nativo, para encontrar el oro con el cual debe forjar su fortuna, se ve obligado a lavar la arena del río para extraer de ella el metal precioso que sólo se encuentra en partículas muy pequeñas, así nosotros estamos

obligados a buscar en el Evangelio esas pocas palabras que el Espíritu Santo dejó esparcidas aquí y allá sobre José. Pero como el nativo al lavar su oro le da todo su esplendor, así al reflexionar sobre las palabras del Evangelio encontramos apropiado para San José el elogio más hermoso que se puede hacer de una criatura. El libro sagrado se contenta con decirnos que era un hombre justo. ¡Oh admirable palabra que por sí sola expresa mucho más que discursos enteros! José era un hombre justo, y gracia a esta justicia debía ser juzgado digno del sublime ministerio del padre adoptivo de Jesús.

Sus piadosos padres se preocuparon de educarlo en la práctica austera de los deberes de la religión judía. Sabiendo cuánto influye la educación temprana en el futuro de los niños, se esforzaron por hacerle amar y practicar la virtud tan pronto como su joven inteligencia fue capaz de apreciarla. Además, si es cierto que la belleza moral se refleja en el exterior, bastaba echar un vistazo a la querida persona de José para leer en sus rasgos el candor de su alma. Según autorizados escritores, su rostro, su frente, sus ojos, todo su cuerpo exudaban la más dulce pureza y le hacían asemejarse a un ángel descendido de la tierra.

(“Había en José una modestia exaltada, un pudor, una prudencia suprema, era excelente en la piedad hacia Dios y resplandecía con una maravillosa belleza de cuerpo”. Eusebio de Cesarea, lib. 7 De praep. Evang. apud Engelgr. in Serm. s. Joseph).

Capítulo II. Juventud de José – Traslado a Jerusalén – Voto de castidad.

Bonum est viro cum portaverit iugum ab adolescentia sua. (Es bueno para un hombre llevar el yugo desde su adolescencia. – Lam. 3,27)

Apenas sus fuerzas se lo permitieron, José ayudó a su padre en el trabajo. Aprendió el oficio de carpintero, que, según la tradición, era también el oficio de su padre. ¡Cuánta aplicación, cuánta docilidad tuvo que emplear en todas las lecciones que recibió de su padre!

Su aprendizaje terminó precisamente entonces, cuando Dios permitió que sus padres le fueran arrebatados por la muerte. Lloró a quienes habían cuidado de su infancia; pero soportó esta dura prueba con la resignación de un hombre que sabe que no todo acaba con esta vida mortal y que los justos son recompensados en un mundo mejor. Ahora que ya no le retenían en Belén, vendió su pequeña propiedad y fue a establecerse en Jerusalén. Esperaba encontrar allí más trabajo que en su ciudad natal. Por otra parte, se acercó al templo, donde su piedad le atraía continuamente.

Allí pasó José los mejores años de su vida, entre el trabajo y la oración. Dotado de una perfecta probidad, no intentaba ganar más de lo que su trabajo merecía, él mismo fijaba el precio con una admirable buena fe, y sus clientes nunca se sentían tentados de rebajarle el precio, porque conocían su honradez. Aunque estaba todo él concentrado en su trabajo, nunca permitía que sus pensamientos se alejaran de Dios. ¡Ah! si uno pudiera aprender de José este precioso arte de trabajar y rezar al mismo tiempo, obtendría sin duda un doble beneficio; iaseguraría así la vida eterna ganándose el pan de cada día con mucha mayor satisfacción y provecho!

Según las tradiciones más respetables, José pertenecía a la secta de los esenios, secta religiosa que existía en Judea en la época de su conquista por los romanos. Los esenios profesaban una austeridad mayor que los demás judíos. Sus principales ocupaciones eran el estudio de la ley divina y la práctica del trabajo y la caridad, y en general eran admirados por la santidad de sus vidas. José, cuya alma pura aborrecía la más ligera inmundicia, se había unido a una clase del pueblo cuyas reglas correspondían tan bien a las aspiraciones de su corazón; incluso, como dice el venerable Beda, había hecho voto formal de castidad perpetua. Y lo que nos confirma en esta creencia es la afirmación de San Jerónimo, que nos dice que José nunca se había preocupado por el matrimonio antes de convertirse en esposo de María.

Por esta vía oscura y oculta, José se preparó, sin

saberlo, para la sublime misión que Dios le tenía reservada. Sin otra ambición que cumplir fielmente la voluntad divina, vivía alejado del mundanal ruido, dividiendo su tiempo entre el trabajo y la oración. Tal había sido su juventud, tal también, según creía, era su deseo de pasar su vejez. Pero Dios, que ama a los humildes, tenía otros cuidados para su fiel servidor.

Capítulo III. Matrimonio de San José.

Faciamus ei adiutorium simile sibi. (Hagamos al hombre una semejante a él. – Gn. 2,18)

José estaba entrando en la cincuentena, cuando Dios lo sacó de la apacible existencia que llevaba en Jerusalén. Había en el templo una joven Virgen de padres consagrados al Señor desde su infancia.

Del linaje de David, era hija de los dos santos ancianos Joaquín y Ana, y se llamaba María. Su padre y su madre habían muerto hacía muchos años, y la carga de su educación quedó enteramente en manos de los sacerdotes de Israel. Cuando cumplió los catorce años, edad fijada por la ley para el matrimonio de las jóvenes doncellas, el gran Pontífice se preocupó de procurar a María un esposo digno de su nacimiento y de su alta virtud. Pero se presentó un obstáculo; María había hecho voto al Señor de su virginidad.

Ella respondió respetuosamente que, puesto que había hecho el voto de virginidad, no podía romper sus promesas de matrimonio. Esta respuesta desconcertó mucho las ideas del sumo sacerdote.

No sabiendo cómo conciliar el respeto debido a los votos hechos a Dios con la costumbre mosaica que imponía el matrimonio a todas las doncellas de Israel, reunió a los ancianos y consultó al Señor al pie del tabernáculo de la alianza. Habiendo recibido las inspiraciones del Cielo y convencido de que algo extraordinario se ocultaba en este asunto, el Sumo Sacerdote resolvió convocar a los numerosos parientes de María, a fin de elegir entre ellos al que debía

ser el afortunado esposo de la Virgen bendita.

Todos los solteros de la familia de David fueron, pues, convocados al templo. José, aunque mayor, estaba con ellos. El Sumo Sacerdote les anunció que se trataba de echar suertes para dar un esposo a María, y que la elección la haría el Señor, ordenó que todos estuvieran en el templo santo al día siguiente con una vara de almendro. La vara se colocaría sobre el altar, y aquel cuya vara hubiera florecido sería el favorito del Altísimo para ser el consorte de la Virgen.

Al día siguiente, una gran multitud de jóvenes acudió al templo con sus ramas de almendro, y José con ellos; pero, ya fuera por espíritu de humildad o por el voto que había hecho de virginidad, en lugar de presentar su rama la escondió bajo su manto. Todas las demás ramas fueron colocadas sobre la mesa, los jóvenes salieron con el corazón lleno de esperanza, y José calló y se reunió con ellos. El templo estaba cerrado y el Sumo Sacerdote aplazó la reunión hasta mañana. Apenas había salido el nuevo sol, y los jóvenes ya estaban impacientes por conocer su destino.

Cuando llegó la hora señalada, se abrieron las puertas sagradas y apareció el Pontífice. Todos se agolparon para ver el resultado. No había florecido ninguna vara.

El Sumo Sacerdote se postró con el rostro en tierra ante el Señor, y le interrogó sobre su voluntad, y si por su falta de fe, o por no haber entendido su voz, no había aparecido en las ramas la señal prometida. Y Dios le contestó que la señal prometida no se había producido porque entre aquellas tiernas varas faltaba la ramita de la deseada del Cielo; que buscara y viera cumplida la señal. Pronto se buscó a la persona que había robado la rama.

El silencio, el casto rubor que enrojeció las mejillas de José, no tardaron en delatar su secreto. Conducido ante el santo Pontífice, confesó la verdad: pero el sacerdote vislumbró el misterio y, llevando aparte a José, le interrogó por qué había desobedecido así.

José respondió humildemente que hacía tiempo que tenía en mente alejar de sí aquel peligro, que hacía tiempo

que tenía resuelto en su corazón no casarse con ninguna doncella, y que le parecía que Dios mismo le había consolado en su santo propósito, y que él mismo era demasiado indigno de una doncella tan santa como sabía que era María; por eso debía entregarse a otro más santo y más rico.

Entonces el sacerdote empezó a admirar el santo consejo de Dios, y a José ya no le dijo: Ten buen ánimo, hijo: deja tu ramita como los demás y espera el juicio divino. Seguramente, si te elige, encontrarás en María tanta santidad y perfección por encima de todas las demás doncellas, que no tendrás que utilizar oraciones para persuadirla de tu propósito. Al contrario, ella misma te rogará lo que quieras, y te llamará hermano, tutor, testigo, esposo, pero nunca marido.

José, convencido de la voluntad del Señor por las palabras del Sumo Pontífice, dejó su rama con los demás y se retiró en santo recogimiento a orar.

Al día siguiente se congregó de nuevo la asamblea en torno al Sumo Sacerdote, y he aquí que en la rama de José brotaban flores blancas y gruesas, con hojas suaves y tiernas.

El Sumo Sacerdote lo mostró todo a los jóvenes reunidos, y les anunció que Dios había elegido para esposo de María, hija de Joaquín, a José, hijo de Jacob, ambos de la casa y familia de David. Al mismo tiempo se oyó una voz que decía: "¡Oh mi fiel siervo José! a ti te está reservado el honor de casarte con María, la más pura de todas las criaturas; cúmplele todo lo que ella te diga".

José y María, reconociendo la voz del Espíritu Santo, aceptaron esta decisión y consintieron en un matrimonio que no perjudicara su virginidad.

Según San Jerónimo, el matrimonio se celebró el mismo día con la mayor sencillez.

Una tradición de la Historia del Carmelo cuenta que entre los jóvenes reunidos para aquella ocasión había un joven apuesto y vivaz que aspiraba ardientemente la mano de María. Cuando vio

florecer la rama de José y desvanecerse sus esperanzas, se quedó atónito y sin sentimientos. Pero en aquel tumulto de afecto, el Espíritu Santo descendió dentro de él y cambió de repente su corazón. Levantó el rostro, sacudió la rama inútil y con fuego inusitado dijo: “Yo -dijo- no era para ella. Ella no era para mí. Y nunca seré de otro. Seré de Dios”. Rompió la rama y la arrojó fuera de sí, diciendo: Vete con todo pensamiento de matrimonio. Al Carmelo, al Carmelo con los hijos de Elías. Allí tendré la paz que por ahora me sería imposible en la ciudad. Dicho esto, fue al Carmelo y pidió ser aceptado también entre los hijos de los Profetas. Fue aceptado, progresó rápidamente allí en espíritu y virtud, y se convirtió en profeta. Es aquel Agabo que predijo prisiones y encarcelamientos al Apóstol San Pablo. Ante todo, fundó un santuario a María en el Monte Carmelo. La santa Iglesia celebra su memoria en sus esplendores, y los hijos del Carmelo lo tienen por hermano.

José, llevando de la mano a la humilde Virgen, se presentó ante los sacerdotes acompañado de algunos testigos. El modesto artesano ofreció a María un anillo de oro, adornado con una piedra amatista, símbolo de la fidelidad virginal, y al mismo tiempo le dirigió las palabras sacramentales: “Si consientes en ser mi esposa, acepta esta prenda”. Al aceptarlo, María quedó solemnemente ligada a José, aunque aún no se hubieran celebrado las ceremonias matrimoniales.

Este anillo ofrecido por José a María se conserva aún en Italia, en la ciudad de Perugia, a la que, tras muchas vicisitudes y controversias, le fue finalmente concedido por el papa Inocencio VIII en 1486.

Capítulo IV. José regresa a Nazaret con su esposa.

Erant cor unum et anima una. (Eran un solo corazón y una sola alma. – Hch 4:32)

Una vez celebrado el matrimonio, María regresó a su Nazaret natal con siete vírgenes que el Sumo Sacerdote le había concedido como compañeras.

Debía esperar la ceremonia nupcial en oración y confeccionar su modesto ajuar nupcial. San José permaneció en Jerusalén para preparar su morada y disponerlo todo para la celebración del matrimonio.

Al cabo de unos meses, según las costumbres de la nación judía, se celebraron las ceremonias que debían seguir a la boda. Aunque ambos eran pobres, José y María dieron a esta celebración toda la pompa y circunstancia que les permitían sus limitados medios. María dejó entonces su casa de Nazaret y vino a vivir con su marido a Jerusalén, donde iba a celebrarse la boda.

Una antigua tradición cuenta que María llegó a Jerusalén en una fría tarde de invierno y que la luna hacía brillar sus rayos de plata sobre la ciudad.

José se dirigió al encuentro de su joven compañera a las puertas de la ciudad santa, seguido de una larga procesión de parientes, cada uno de ellos con una antorcha en la mano. El cortejo nupcial condujo a la pareja a casa de José, donde éste había preparado el banquete nupcial.

Cuando entraron en la sala del banquete y los invitados ocuparon los lugares que les habían sido asignados en la mesa, el patriarca se acercó a la santa Virgen: "Serás como mi madre -le dijo- y te respetaré como al altar mismo del Dios vivo". En adelante, dice un erudito escritor, a los ojos de la ley religiosa no fueron más que hermano y hermana en matrimonio, aunque su unión se conservó íntegramente. José no permaneció mucho tiempo en Jerusalén después de las ceremonias nupciales; los dos santos esposos abandonaron la ciudad santa para dirigirse a Nazaret, a la modesta casa que María había heredado de sus padres.

Nazaret, cuyo nombre hebreo significa flor de los campos, es una pequeña y hermosa ciudad, pintorescamente encaramada en la ladera de una colina, al final del valle de Esdrelón. Fue, pues, en esta agradable ciudad donde José y María vinieron a establecer su hogar.

La casa de la Virgen constaba de dos habitaciones principales, una de las cuales servía de taller a José, y la

otra era para María. El taller, donde trabajaba José, consistía en una habitación baja de tres o cuatro metros de ancho por otros tantos de largo. Allí se veían distribuidas ordenadamente las herramientas necesarias para su profesión. En cuanto a la madera que necesitaba, una parte permanecía en el taller y la otra fuera, lo que permitía al santo obrero trabajar al aire libre gran parte del año.

En la parte delantera de la casa había, según la costumbre oriental, un banco de piedra sombreado por esteras de palma, donde el viajero podía descansar sus miembros cansados y resguardarse de los abrasadores rayos del sol.

La vida que llevaban estos esposos privilegiados era muy sencilla. María se ocupaba de la limpieza de su pobre morada, trabajaba su ropa con sus propias manos y lavaba la de su marido. En cuanto a José, ahora fabricaba una mesa para las necesidades de la casa, o carros o yugos para los vecinos de quienes había recibido el encargo; ahora, con su brazo aún vigoroso, subía a la montaña para cortar los altos sicómoros y los terebintos negros que debían servir para la construcción de las cabañas que levantó en el valle.

Su joven y virtuosa compañera no le hizo esperar, sino que ella misma le secaba la frente empapada de sudor, le dio el agua tibia que había calentado para lavarle los pies y le sirvió la frugal cena que le devolvería las fuerzas. Consistía principalmente en pequeños panes de cebada, productos lácteos, fruta y algunas legumbres. Luego, cuando terminó la noche, un sueño reparador preparó a nuestro santo Patriarca para reanudar mañana sus ocupaciones cotidianas. Esta vida, laboriosa y dulce al mismo tiempo, había durado unos dos meses, cuando llegó la hora señalada por la Providencia para la encarnación del Verbo divino.

Capítulo V. La Anunciación de María Santísima

Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum. (He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. – Lc. 1:38)

Un día José había ido a trabajar a una aldea vecina. María estaba sola en casa y, como era su costumbre, oraba mientras estaba ocupada hilando lino. De repente, un ángel del Señor, el arcángel Gabriel, descendió a la pobre casa todo resplandeciente con los rayos de la gloria celestial, y saludó a la humilde Virgen, diciéndole: "Te saludo, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres". Tan inesperado elogio produjo una profunda turbación en el alma de María. Para tranquilizarla, el Ángel le dijo: "No temas, oh María, porque has hallado gracia ante los ojos de Dios. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo, que se llamará Jesús. Será grande y se llamará Hijo del Altísimo. El Señor le dará el trono de David, su padre; reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin". "¿Cómo será esto posible", preguntó la humilde Virgen, "si no conozco a nadie?"

No podía conciliar su promesa de virginidad con el título de Madre de Dios. Pero el Ángel le respondió: "El Espíritu Santo descenderá en ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; el fruto santo que nacerá de ti será llamado hijo de Dios". Y para dar una prueba de la omnipotencia de Dios, el arcángel Gabriel añadió: "He aquí que Isabel, tu prima, ha concebido un hijo en su vejez, y la que era estéril ya está en el sexto mes de su embarazo. Porque nada hay imposible para Dios".

Ante estas divinas palabras, la humilde María no encontró nada más que decir: "He aquí la esclava del Señor", respondió al Ángel, "hágase en mí según tu palabra". El Ángel desapareció; el misterio de los misterios se había cumplido. El Verbo de Dios se había encarnado para la salud de la humanidad.

Hacia el anochecer, cuando José regresó a la hora acostumbrada, después de haber terminado su trabajo, María no le dijo nada del milagro del que había sido objeto.

Se contentó con anunciarle el embarazo de su prima Isabel: y como deseaba visitarla, como esposa sumisa pidió permiso a José para emprender el viaje, que por cierto era

largo y fatigoso. Él no tuvo nada que negarle y ella partió en compañía de algunos parientes. Es de creer que José no pudo acompañarla a casa de su prima, porque tenía sus ocupaciones en Nazaret.

Capítulo VI. La inquietud de José – Un ángel le tranquiliza.

Ioseph, fili David, noli timere accipere Mariam coniugem tuam, quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est. (José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo concebido en ella es por el Espíritu Santo. – Mt. 1:20)

S. Isabel vivía en las montañas de Judea, en una pequeña ciudad llamada Hebrón, a setenta millas [113 km] de Nazaret. No seguiremos la pista de María en su viaje; nos basta con saber que María permaneció unos tres meses con su prima.

Pero el regreso de María preparó a José para una prueba que iba a ser el preludio de muchas otras. No tardó en darse cuenta de que María se encontraba en un estado interesante y, por tanto, atormentada por ansiedades mortales. La ley le autorizaba a acusar a su esposa ante los sacerdotes y a cubrirla de deshonra eterna; pero tal paso repugnaba a la bondad de su corazón y a la alta estima en que hasta entonces había tenido a María. En esta incertidumbre, resolvió abandonarla y expatriarse para rechazar únicamente sobre sí todo lo odioso de tal separación. De hecho, ya había hecho los preparativos para partir, cuando un ángel descendió del Cielo para tranquilizarle:

“José, hijo de David”, le dijo el mensajero celestial, “no temas recibir a María por consorte, pues lo concebido en ella es por el Espíritu Santo. Dará a luz un hijo al que pondrás por nombre Jesús, porque librará a su pueblo de sus pecados”.

En adelante, José, completamente tranquilo, concibió la más alta veneración por su casta esposa; vio en ella el tabernáculo viviente del Altísimo, y sus cuidados no fueron sino más tiernos y respetuosos.

Capítulo VII. Edicto de César Augusto. – El censo. – Viaje de María y José a Belén.

Tamquam aurum in fornace probavit electos Dominus. (Dios probó a los elegidos como oro en el horno. – Sab. 3:6.)

Se acercaba el momento en que el Mesías prometido a las naciones iba a aparecer por fin en el mundo. El Imperio Romano había alcanzado entonces el apogeo de su grandeza.

César Augusto, al hacerse con el poder supremo, realizó aquella unidad que, según los designios de la Providencia, debía servir a la propagación del Evangelio. Bajo su reinado cesaron todas las guerras y se cerró el Templo de Jano (en aquella época era costumbre en Roma mantener abierto el Templo de Jano durante la guerra y cerrarlo en tiempos de paz). En su orgullo, el emperador romano quiso conocer el número de sus súbditos, y para ello ordenó un censo general en todo el imperio.

Cada ciudadano debía censarse a sí mismo y a toda su familia en su ciudad natal. José tuvo, pues, que abandonar su pobre casa para obedecer las órdenes del emperador; y como era del linaje de David, y esta ilustre familia procedía de Belén, tuvo que ir allí para ser empadronado.

Era una triste y brumosa mañana del mes de diciembre del año 752 de Roma, cuando José y María abandonaron su pobre hogar de Nazaret para dirigirse a Belén, adonde les llamaba la obediencia debida a las órdenes del soberano. Sus preparativos para la partida no fueron largos. José metió algunas ropas en un saco, preparó el tranquilo y manso caballo que debía transportar a María, que ya estaba en el noveno mes de su embarazo, y se envolvió en su gran manto. Entonces los dos santos viajeros partieron de Nazaret acompañados por las felicitaciones de sus parientes y amigos. El santo patriarca, con su bastón de viaje en una mano, sujetaba con la otra la brida de la yegua en la que iba sentada su esposa.

Tras cuatro o cinco días de marcha, divisaron Belén a lo lejos. Empezaba a amanecer cuando entraron en la

ciudad. La montura de María estaba cansada; María, además, tenía gran necesidad de descansar: así que José partió rápidamente en busca de alojamiento. Recorrió todas las posadas de Belén, pero sus pasos fueron inútiles. El censo general había atraído allí a una multitud extraordinaria; y todas las posadas estaban a reborar de forasteros. En vano fue José de puerta en puerta pidiendo albergue para su agotada esposa, y las puertas permanecieron cerradas.

Capítulo VIII. María y José se refugian en una pobre cueva. – Nacimiento del Salvador del mundo. – Jesús adorado por los pastores.

Et Verbum caro factum est. (Y el Verbo se hizo carne. – Jn. 1:14.)

Algo desanimados por la falta de toda hospitalidad, José y María abandonaron Belén con la esperanza de encontrar en el campo el asilo que la ciudad les había negado. Llegaron a una cueva abandonada, que ofrecía cobijo a los pastores y sus rebaños por la noche y en los días de mal tiempo. Había un poco de paja en el suelo, y un hueco en la roca servía también de banco para descansar y de pesebre para los animales. Los dos viajeros entraron en la cueva para descansar de las fatigas del viaje y calentarse los miembros resacos por el frío del invierno. En este miserable refugio, lejos de la mirada de los hombres, María dio al mundo al Mesías prometido a nuestros primeros padres. Era medianoche, José adoró al niño divino, lo envolvió en paños y lo depositó en el pesebre. Era el primero de los hombres a quien correspondía el incomparable honor de ofrecer homenaje a Dios, que había descendido a la tierra para redimir los pecados de la humanidad.

Unos pastores vigilaban sus rebaños en el campo cercano. Se les apareció un ángel del Señor y les anunció la buena nueva del nacimiento del Salvador. Al mismo tiempo se oyeron coros celestiales que repetían: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Aquellos hombres sencillos no dudaron en seguir la voz del ángel. “Vayamos -se dijeron- a Belén y veamos lo que ha sucedido”. Y sin más preámbulos entraron en la cueva y adoraron al divino niño.

[\(continuación\)](#)

Las profecías de Don Bosco y los reyes de Italia

“La familia de los que roban a Dios no llega a la cuarta generación”.

El pretendiente al trono de Italia, [Víctor Manuel de Saboya](#) (n. 12.02.1937 – † 03.02.2024), quinto descendiente del primer rey de Italia, Víctor Manuel II de Saboya, falleció hace unos días. Se le concedió sepultura en la cripta de la Basílica de Superga, en Turín, donde se encuentran decenas de otros restos mortales de la Casa de Saboya. Este acontecimiento nos recuerda otros sueños de Don Bosco que se hicieron realidad.

En noviembre de 1854 se preparaba una ley sobre la confiscación de bienes eclesiásticos y la supresión de conventos. Para ser válida, debía ser sancionada por el rey de Italia, Víctor Manuel II de Saboya. A finales de aquel mes de noviembre, Don Bosco tuvo dos sueños que se hicieron realidad como profecías sobre el rey y su familia. Recordemos los hechos con Don Lemoyne.

Don Bosco anhelaba disipar una nube ominosa que se oscurecía cada vez más sobre la Casa Real.

Una noche, hacia finales de noviembre, había tenido un sueño. Le pareció que estaba de pie donde está el

pórtico central del Oratorio, entonces sólo a medio construir, cerca de la bomba de agua fijada a la pared de la casita de Pinardi. Estaba rodeado de sacerdotes y clérigos: de repente vio avanzar en medio del patio a un ayuda de cámara de la corte, con su uniforme rojo, que con pasos apresurados llegaba a su presencia y parecía gritar:

– ¡Grandes noticias!

– ¿Y qué? le preguntó D. Bosco.

– Anuncio: **¡Gran funeral en la Corte! ¡Gran funeral en la Corte!**

Ante esta repentina aparición, ante este grito, Don Bosco quedó estupefacto, y el ayuda de cámara repitió: – ¡Gran funeral en la Corte! – Don Bosco quiso entonces pedirle explicaciones sobre este feroz anuncio, pero había desaparecido. D. Bosco, que se despertó, estaba como fuera de sí y, habiendo comprendido el misterio de aquella aparición, tomó la pluma y preparó inmediatamente una carta para Víctor Manuel, explicándole lo que se le había anunciado y relatando simplemente el sueño.

[...]

...era saber lo que Don Bosco había escrito al Rey, sobre todo porque sabían lo que pensaba de la usurpación de los bienes eclesiásticos. Don Bosco no los mantuvo ensuspenso y les contó lo que había escrito al Rey, para que no permitiera la presentación de la ley infausta. Luego narró el sueño, concluyendo: Este sueño me enfermó y fatigó, y mucho. – Estaba pensativo y exclamaba de vez en cuando: ‘¡Quién sabe... quién sabe... recemos!

Sorprendidos, los clérigos comenzaron entonces a hablar, preguntándose unos a otros si habían oído decir que había algún noble enfermo en el palacio real; pero todos coincidieron en que de ningún modo lo sabían. Don Bosco, mientras tanto, llamó a Ch. Angelo Savio y le entregó la carta: – Copia, dijo, y anuncia al Rey: ¡Gran funeral en la Corte! – Y Ch. Savio escribió. Pero el Rey, según supo Don Bosco por sus confidentes empleados en palacio, leyó aquel papel con indiferencia y no le hizo caso.

Habían pasado cinco días desde este sueño, y Don Bosco, durmiendo por la noche, volvió a soñar. Creyó que estaba en su habitación, ante su escritorio, escribiendo; cuando oyó las coces de un caballo en el patio. De pronto vio abrirse la puerta de par en par y aparecer el ayuda de cámara con su uniforme rojo, que entró por la mitad de la habitación y gritó:

Anuncio: ino gran funeral en la Corte, sino grandes funerales en la Corte! -Y repitió estas palabras dos veces. Luego se retiró con paso rápido y cerró la puerta tras de sí. Don Bosco quiso saber, quiso interrogarle, quiso pedirle, una explicación; así que se levantó de la mesa, corrió al balcón y ve al ayuda de cámara en el patio que subía al caballo. Él, lo llamó, le preguntó por qué había venido a repetir aquel anuncio; pero el ayuda de cámara gritando: - **iGrandes funerales en la Corte!** – desapareció. Al amanecer, el mismo Don Bosco dirigió otra carta al Rey, en la que le relataba el segundo sueño y concluía diciéndole a su Majestad “que pensara en regularse de tal manera que evitara los castigos amenazados, al tiempo que le rogaba que impidiera esa ley a toda costa.

Por la noche, después de cenar, Don Bosco exclamó en medio de sus clérigos: – ¿Sabéis que tengo que deciros algo aún más extraño que el otro día? – Y relató lo que había visto durante la noche. Entonces los clérigos, más asombrados que antes, se preguntaron qué indicaban estos anuncios de muerte; y es de imaginar la ansiedad que sentían por ver cómo se cumplían estas predicciones.

Al clérigo Cagliero y a algunos otros les reveló abiertamente que se trataba de amenazas de castigo que el Señor estaba dando a conocer a los que más daño y mal habían hecho ya a la Iglesia y otros estaban preparando. En aquellos días estaba muy afligido y repetía con frecuencia: Esta ley traerá graves desgracias a la casa del Soberano. – Estas cosas decía a sus alumnos para comprometerlos a rezar por el Rey, y a interceder por la misericordia del Señor para evitar la dispersión de tantos religiosos y la pérdida de tantas

vocaciones.

Entretanto, el Rey había confiado aquellas cartas al Marqués Fassati, quien, después de haberlas leído, vino al Oratorio y dijo a D. Bosco: – ¡Oh! ¿Te parece éste el modo de poner patas arriba toda la Corte? El Rey quedó más que impresionado y turbado. De hecho, estaba furioso.

Y D. Bosco le contestó – ¿Pero y si lo que se ha escrito es verdad? Lamento haber causado a mi Soberano tal turbación; pero, en fin, se trata de su bien y del de la Iglesia.

Las advertencias de Don Bosco no fueron escuchadas. El 28 de noviembre de 1854 el ministro de los Sellos Urbano Rattazzi presentó a los diputados un proyecto de ley para la supresión de los conventos. El conde Camillo di Cavour, ministro de Finanzas, estaba decidido a conseguir su aprobación a toda costa. Estos señores establecieron como principio indiscutible e incontrovertible, que fuera del gran cuerpo civil, no hay ni puede haber sociedad superior a él e independiente de él; que el Estado lo es todo, y que por lo tanto ninguna entidad moral, ni siquiera la Iglesia católica puede subsistir legalmente sin el consentimiento y reconocimiento de la autoridad civil. Por lo tanto, esta autoridad, no reconociendo en la Iglesia universal el dominio de los bienes eclesiásticos, y atribuyendo este dominio a cada entidad de las corporaciones religiosas, pretendió que éstas eran creación de la soberanía civil y que su existencia sería modificada o extinguida por la voluntad de la propia soberanía, y que el Estado, heredero de toda personalidad civil que no tenga sucesión, se convertiría en el único y absoluto propietario de todos sus bienes cuando fueran suprimidas. Craso error, porque estos patrimonios, por cualquier causa que dejara de existir una Congregación Religiosa, no quedaban sin dueño, ya que debían devolverse a la Iglesia de Jesucristo., representada por el Sumo Pontífice, por mucho que los estatólatros la negaran pérfidamente (MB V, 176-180).

Que se trataba de advertencias del Cielo lo confirma también una carta escrita cuatro años antes, el 9 de abril de 1850, que la madre del Rey, la Reina Madre María Teresa, viuda de Carlos Alberto, había dirigido a su hijo, el Rey Víctor Manuel II de Saboya.

Dios te compensará, te bendecirá, pero quién sabe cuántos castigos, cuántos azotes traerá Dios sobre ti, tu familia y tu país si sanciona [la ley Siccardi sobre la abolición del foro eclesiástico]. Piensa cuál sería tu dolor si el Señor te enfermara gravemente o incluso si se llevara a tu querida Adela, a la que con santa razón tanto amas, o a tu Chichina (Clotilde) o a tu Betto (Umberto); y si pudieras ver dentro de mi corazón, cuán afligido, angustiado, asustado estoy por el temor de que sancionases esta ley a causa de las muchas desgracias, que estoy seguro nos traerá si se hace sin el permiso del Santo Padre, tal vez tu corazón, que es realmente bueno y sensible, y que siempre ha amado tanto a su pobre Mamá, se dejaría enternecer. (Antonio Monti, Nuova Antologia, 1 de enero de 1936, p. 65; MB XVII, 898).

Pero el rey no hizo caso de estas advertencias y las consecuencias no se hicieron esperar. Las negociaciones para la aprobación continuaron y las profecías también se cumplieron:

- el 12 de enero de 1855 muere la reina madre María Teresa a la edad de 53 años;
- el 20 de enero de 1855 muere la reina María Adelaida, a los 33 años;
- el 11 de febrero de 1855 muere el príncipe Fernando, hermano del Rey, a los 32 años;
- el 17 de mayo de 1855 muere el hijo del Rey, el príncipe Víctor Manuel Leopoldo María Eugenio, con sólo 4 meses de edad.

Don Bosco continuó advirtiéndolo, publicando la carta de fundación de Altacomba (Hautecombe) con una

exposición de todas las maldiciones infligidas a quienes osaran destruir o usurpar las posesiones de la Abadía de Altacomba, insertadas en ese documento por los antiguos duques de Saboya para proteger ese lugar, donde están enterrados decenas de ilustres antepasados de la Casa de Saboya.

Y también continuó publicando en abril de 1855, en las "Letture Cattoliche" (Lecturas Católicas) un folleto escrito por el Barón Nilinse titulado: *Los bienes de la iglesia cómo se roban y cuáles son las consecuencias; con un breve apéndice sobre los eventos en el Piamonte*. En el frontispicio estaba escrito: *¡Cómo! ¡Por ningún derecho se puede violar la casa de un particular, y sin embargo has tenido la osadía de poner tu mano sobre la casa del Señor!* – San Ambrosio. En aquel escrito se mostraba que no sólo los despojadores de la Iglesia y de las Órdenes Religiosas, sino incluso sus familias se veían casi siempre afectadas, cumpliéndose así el terrible dicho: ***¡La familia de quien roba a Dios no llega a la cuarta generación!*** (MB V, 233-234).

El 29 de mayo Víctor Manuel II firmó la ley Rattazzi, que confiscaba los bienes eclesiásticos y suprimía las corporaciones religiosas, sin tener en cuenta lo que Don Bosco había predicho y el luto que desde enero golpeaba a su familia... sin saber que estaba firmando también el destino de la familia real.

De hecho, aquí también se cumplió la profecía, como vemos.

– El rey [Víctor Manuel II de Saboya](#) (nacido el 14.03.1820 – † 09.01.1878), reinó del 17.03.1861 – al 09.01.1878, murió a la edad de 58 años;

– el rey [Humberto I](#) (n. 14.03.1844 – † 29.07.1900), hijo del rey Víctor Manuel II de Saboya, reinó del 10.01.1878 al 29.07.1900, fue asesinado en Monza a la edad de 56 años

– Rey [Víctor Manuel III](#) (n. 11.11.1869 – † 28.12.1947), nieto del Rey Víctor Manuel II de Saboya, reinó

del 30.07.1900 – al 09.05.1946, fue obligado a abdicar el 9 de mayo de 1946 y murió un año después

– El [Rey Humberto II](#) (n. 15.09.1904 – † 18.03.1983) último Rey de Italia, reinó del 10.05.1946 al 18.06.1946, bisnieto de Víctor Manuel II (cuarta generación), fue obligado a abdicar tras sólo 35 días de reinado, a raíz del Referéndum Institucional del 2 de junio del mismo año. Murió el 18 de marzo de 1983 en Ginebra, y fue enterrado en la abadía de Altacomba...

Algunos interpretan estos acontecimientos como meras coincidencias, porque no pueden negar los hechos, pero los que conocen la acción de Dios saben que en su misericordia siempre advierte de una u otra manera de las graves consecuencias que pueden tener ciertas decisiones de gran importancia, que afectan al destino del mundo y de la Iglesia.

Recordemos tan sólo el final de la vida del hombre más sabio de la tierra, el rey Salomón.

Cuando Salomón envejeció, sus mujeres lo atraieron hacia los extranjeros, y su corazón ya no permaneció enteramente con el Señor, su Dios, como el corazón de David, su padre. Salomón siguió a Astarté, la diosa de los de Sidón, y a Milcom, la abominación de los amonitas.

Salomón cometió lo que es malo a los ojos del Señor y no fue fiel al Señor como lo había sido su padre David.

Salomón construyó un lugar alto en honor de Camos, la abominación de los moabitas, en el monte frente a Jerusalén, y también en honor de Milcom, la abominación de los amonitas.

Lo mismo hizo con todas sus mujeres extranjeras, que ofrecían incienso y sacrificios a sus dioses.

*Por eso el Señor se indignó con Salomón, porque había apartado su corazón del Señor, Dios de Israel, que se **le había aparecido dos veces y le había ordenado que no siguiera a otros dioses, pero Salomón no observó lo que el Señor le había mandado.***

Entonces le dijo a Salomón: “Como te has comportado así y no has guardado mi alianza ni los decretos que te di, te quitaré

tu reino y se lo entregaré a uno de tus súbditos". (1 Reyes 11:4-11).

Basta con leer atentamente la historia, tanto la sagrada como la profana...

Sagrada Familia de Nazaret

Todos los años celebramos a la Sagrada Familia de Nazaret el último domingo del año. Pero a menudo olvidamos que celebramos con pompa los acontecimientos más pobres y delicados de esta Familia. Obligados a dar a luz en una cueva, perseguidos de inmediato, teniendo que emigrar en medio de tantos peligros a un país extranjero para sobrevivir, y esto con un bebé y sin sustancia. Pero todo fue un acontecimiento de gracia, permitido por Dios Padre y anunciado en las Escrituras.

Leamos la hermosa historia que el mismo Don Bosco contó a sus muchachos de su tiempo.

La triste noticia. – La matanza de los inocentes. – La sagrada familia parte hacia Egipto.

El ángel del Señor dijo a José: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise. Mt. 2, 13.

Se oyó en lo alto la voz de queja, el lamento y el llanto de Raquel, que lloraba por sus hijos; y acerca de ellos no admite consuelo, porque ya no están. Jer. 31, 15.

La tranquilidad de la sagrada familia [después del nacimiento de Jesús] no debía ser duradera. Tan pronto como José regresó a la casa pobre de Nazaret, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: "Levántate, llévate al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te

ordene volver. Porque Herodes buscará al niño para darle muerte.”

Y esto no era más que demasiado cierto. El cruel Herodes, engañado por los Magos y furioso por haber perdido tan buena oportunidad, para deshacerse de aquel a quien consideraba competidor al trono, había concebido el infernal designio de hacer degollar a todos los niños varones menores de dos años. Esta orden abominable fue ejecutada.

Un ancho río de sangre corrió por Galilea. Entonces se cumplió lo que Jeremías había predicho: “Se oyó una voz en Ramá, una voz mezclada de lágrimas y lamentaciones. Es Raquel que llora a sus hijos y no quiere ser consolada; porque ya no están.” Estos pobres inocentes, cruelmente asesinados, fueron los primeros mártires de la divinidad de Jesucristo.

José había reconocido la voz del Ángel; ni se permitió reflexión alguna sobre la precipitada partida, a la que tuvieron que resolverse; sobre las dificultades de tan largo y peligroso viaje. Debió de lamentar al abandonar su pobre hogar para atravesar los desiertos en busca de asilo en un país que no conocía. Sin esperar siquiera a mañana, en cuanto el ángel desapareció se levantó y corrió a despertar a María. María preparó apresuradamente una pequeña provisión de ropas y víveres para llevarlos consigo. José, mientras tanto, preparó la yegua, y partieron sin pesar de su ciudad para obedecer el mandato de Dios. He aquí, pues, a un pobre anciano, que hace vanas las horribles conspiraciones del tirano de Galilea; es a él a quien Dios confía el cuidado de Jesús y de María.

Desastroso viaje – Una tradición.

Quando os persigan en esta ciudad, huid a otra. Mt. 10, 23.

Dos caminos se presentaban al viajero que deseaba ir a Egipto por tierra. Uno atravesaba desiertos poblados de bestias feroces, y los caminos eran incómodos, largos y poco transitados. El otro atravesaba un país poco visitado, pero

los habitantes de la comarca eran muy hostiles a los judíos. José, que temía especialmente a los hombres en esta precipitada huida, eligió el primero de estos dos caminos como el más oculto.

Habiendo partido de Nazaret en plena noche, los cautelosos viajeros, cuyo itinerario les exigía pasar primero por Jerusalén, recorrieron durante algún tiempo los caminos más tristes y tortuosos. Cuando había que atravesar algún gran camino, José, dejando a Jesús y a su Madre al abrigo de una roca, exploraba el camino, para cerciorarse de que la salida no estaba vigilada por los soldados de Herodes. Tranquilizado por esta precaución, volvía a buscar su precioso tesoro, y la sagrada familia proseguía su camino, entre barrancos y colinas. De vez en cuando, hacían una breve parada a la orilla de un claro arroyo y, tras una frugal comida, descansaban un poco de los esfuerzos del viaje. Cuando llegaba la noche, era hora de resignarse a dormir bajo el cielo abierto. José se despojaba de su manto y cubría con él a Jesús y a María para preservarlos de la humedad de la noche. Mañana, al amanecer, comenzaría de nuevo el arduo viaje. Los santos viajeros, tras pasar por la pequeña ciudad de Anata, se dirigieron por el lado de Ramla para descender a las llanuras de Siria, donde ahora debían verse libres de las asechanzas de sus feroces perseguidores. En contra de su costumbre, habían continuado caminando a pesar de que ya era de noche para ponerse antes a salvo. José casi tocaba el suelo antes que los demás. María, toda temblorosa por esta carrera nocturna, lanzaba sus miradas inquietas a las profundidades de los valles y a las sinuosidades de las rocas. De pronto, en una curva, un enjambre de hombres armados apareció para interceptar su camino. Era una banda de canallas, que asolaba la comarca, cuya espantosa fama se extendía a lo lejos. José había detenido la montura de María, y rezaba al Señor en silencio, pues toda resistencia era imposible. A lo sumo se podía esperar salvar la vida. El jefe de los bandidos se separó de sus compañeros y avanzó hacia José para ver con quién tenía que vérselas. La visión de aquel anciano sin armas, de aquel

niño durmiendo sobre el pecho de su madre, conmovió el corazón sanguinario del bandido. Lejos de desearles ningún mal, tendió la mano a José, ofreciéndole hospitalidad a él y a su familia. Este líder se llamaba Disma. La tradición cuenta que treinta años más tarde fue apresado por los soldados y condenado a ser crucificado. Fue puesto en la cruz del Calvario al lado de Jesús, y es el mismo que conocemos bajo el nombre del buen ladrón.

Llegada a Egipto – Prodigios que ocurrieron a su entrada en esta tierra – Pueblo de Matarie – Morada de la Sagrada Familia.

He aquí que el Señor subirá sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y ante su presencia se conmoverán los ídolos de Egipto. Is, 19 1.

Tan pronto como apareció el día, los fugitivos, dando gracias a los bandidos que se habían convertido en sus anfitriones, reanudaron su viaje lleno de peligros. Se dice que María, al ponerse en camino, dijo estas palabras al jefe de aquellos bandidos: “Lo que has hecho por este niño, algún día te será ampliamente recompensado.” Después de pasar por Belén y Gaza, José y María descendieron a Siria y, al encontrarse con una caravana que partía hacia Egipto, se unieron a ella. A partir de ese momento y hasta el final de su viaje, no vieron ante sí más que un inmenso desierto de arena, cuya aridez sólo se veía interrumpida a raros intervalos por algunos oasis, es decir, algunas extensiones de tierra fértil y verde. Sus esfuerzos se redoblaron durante la carrera a través de estas llanuras abrasadas por el sol. La comida escaseaba y a menudo faltaba el agua. ¡Cuántas noches José, que era viejo y pobre, se vio empujado hacia atrás, cuando trató de acercarse a la fuente, en la que la caravana se había detenido para saciar su sed!

Finalmente, tras dos meses de penoso viaje, los viajeros entraron en Egipto. Según Sozomeno, desde el momento en que la Sagrada Familia tocó esta antigua tierra, los

árboles bajaron sus ramas para adorar al Hijo de Dios; las bestias feroces acudieron allí, olvidando sus instintos; y los pájaros cantaron a coro las alabanzas del Mesías. En efecto, si creemos lo que nos dicen autores fidedignos, todos los ídolos de la provincia, al reconocer al vencedor del paganismo, se derrumbaron. Así se cumplieron literalmente las palabras del profeta Isaías cuando dijo: “He aquí que el Señor subirá sobre una nube y entrará en Egipto, y en su presencia serán quebrantados los simulacros de Egipto.”

José y María, deseosos de llegar pronto al término de su viaje, no hicieron sino pasar por Heliópolis, consagrada al culto del sol, para dirigirse a Matari, donde pensaban descansar de sus fatigas.

Matari es una hermosa aldea sombreada por sicomoros, a unas dos leguas de El Cairo, la capital de Egipto. José pensaba establecerse allí. Pero allí no terminaban sus problemas. Necesitaba buscar alojamiento. Los egipcios no eran nada hospitalarios, por lo que la sagrada familia se vio obligada a refugiarse durante unos días en el tronco de un gran árbol viejo. Finalmente, tras una larga búsqueda, José encontró una modesta habitación, en la que colocó a Jesús y a María.

Esta casa, que aún puede verse en Egipto, era una especie de cueva, de seis metros de largo por cinco de ancho. Tampoco había ventanas; la luz tenía que penetrar por la puerta. Las paredes eran de una especie de arcilla negra y sucia, cuya vejez llevaba la huella de la miseria. A la derecha había una pequeña cisterna, de la que José sacaba agua para el servicio de la familia.

Penas. – Consolación y fin del destierro.

Con él estoy en la tribulación. Sal 91, 15.

Tan pronto como hubo entrado en esta nueva morada, José reanudó su trabajo ordinario. Comenzó a amueblar su casa; una mesita, unas sillas, un banco, todo obra de sus manos. Luego fue de puerta en puerta buscando trabajo para ganar el

sustento de su pequeña familia. Sin duda experimentó muchos rechazos y soportó muchos desprecios humillantes. Era pobre y desconocido, y esto bastó para que su trabajo fuera rechazado. A su vez, María, mientras tenía mil cuidados para su Hijo, se entregó valientemente al trabajo, ocupando en él una parte de la noche para compensar los pequeños e insuficientes ingresos de su esposo. Sin embargo, en medio de sus penas, ¡cuánto consuelo para José! Trabajaba para Jesús, y el pan que comía el divino niño lo había comprado él con el sudor de su frente. Y cuando al atardecer volvía agotado y oprimido por el calor, Jesús sonreía a su llegada y lo acariciaba con sus pequeñas manos. A menudo, con el precio de las privaciones que él mismo se imponía, José conseguía algunos ahorros, ¡qué alegría sentía entonces al poder emplearlos para endulzar la condición del divino niño! Ahora eran unos dátiles, ahora unos juguetes adecuados a su edad, lo que el piadoso carpintero llevaba al Salvador de los hombres. ¡Oh, qué dulces eran entonces las emociones del buen anciano al contemplar el rostro radiante de Jesús! Cuando llegó el sábado, día de descanso y consagrado al Señor, José tomó al niño de la mano y guio sus primeros pasos con una solicitud verdaderamente paternal.

Mientras tanto, moría el tirano que reinaba sobre Israel. Dios, cuyo brazo omnipotente castiga siempre a los culpables, le había enviado una cruel enfermedad, que lo llevó rápidamente a la tumba. Traicionado por su propio hijo, comido vivo por los gusanos, Herodes había muerto, llevando consigo el odio de los judíos y la maldición de la posteridad.

El nuevo anuncio. – Regreso a Judea. – Una tradición relatada por s. Buenaventura.

De Egipto llamé a mi hijo. Os 11, 1.

Siete años llevaba José en Egipto, cuando el Ángel del Señor, mensajero ordinario de la voluntad del Cielo, se le apareció de nuevo mientras dormía y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y vuelve a la tierra de Israel; porque ya no están los que buscaban al niño para darle

muerte." Siempre atento a la voz de Dios, José vendió su casa y sus muebles, y lo ordenó todo para partir. En vano los egipcios, extasiados por la bondad de José y la dulzura de María, hicieron fervientes súplicas para retenerlo. En vano le prometieron abundancia de todo lo necesario para la vida, José se mostró inflexible. Los recuerdos de su infancia, los amigos que tenía en Judea, la atmósfera pura de su patria, hablaban mucho más a su corazón que la belleza de Egipto. Además, Dios había hablado, y no hacía falta nada más para decidir a José a regresar a la tierra de sus antepasados.

Algunos historiadores opinan que la sagrada familia hizo parte del viaje por mar, porque les llevaba menos tiempo, y tenían un gran deseo de volver a ver pronto su tierra natal. Nada más desembarcar en Ascalonia, José se enteró de que Arquelao había sucedido a su padre Herodes en el trono. Esto fue una nueva fuente de ansiedad para José. El ángel no le había dicho en qué parte de Judea debía establecerse. ¿Debía hacerlo en Jerusalén, o en Galilea, o en Samaria? José, lleno de ansiedad, rogó al Señor que le enviara su mensajero celestial durante la noche. El ángel le ordenó huir de Arquelao y retirarse a Galilea. José no tuvo entonces más que temer, y tomó tranquilamente el camino de Nazaret, que había abandonado siete años antes.

Que nuestros devotos lectores no se apenen al oír del seráfico Doctor s. Buenaventura sobre este punto de la historia: "Estaban en el acto de partir: y José fue primero con los hombres, y su madre vino con las mujeres (que habían venido como amigas de la sagrada familia para acompañarlos un poco). Cuando salieron por la puerta, José hizo retroceder a los hombres y no les permitió que le acompañaran más. Entonces algunos de aquellos buenos hombres, compadeciéndose de la pobreza de ellos, llamaron al Niño y le dieron algunos denarios para los gastos. El Niño se avergonzó de recibirlos; pero, por amor a la pobreza, extendió la mano, recibió el dinero con vergüenza y dio las gracias. Y así lo hicieron más personas. Aquellas honorables matronas le llamaron de nuevo e

hicieron lo mismo; la madre no estaba menos avergonzada que el niño, pero, no obstante, les dio humildemente las gracias.”

Habiéndose despedido de aquella cordial compañía y renovado sus agradecimientos y saludos, la sagrada familia volvió sus pasos hacia Judea.

El horario del tren

Conocí a un hombre que se sabía de memoria el horario de los trenes, porque lo único que le daba alegría eran los ferrocarriles, y se pasaba todo el tiempo en la estación, observando cómo llegaban y cómo partían los trenes. Contemplaba maravillado los vagones, la fuerza de las locomotoras, el tamaño de las ruedas, observaba maravillado a los inspectores que saltaban a los vagones los revisores y el jefe de estación.

Conocía todos los trenes, sabía de dónde venían, a dónde se dirigían, cuándo llegarían a un lugar determinado y qué trenes partían de ese lugar y cuándo llegarían.

Sabía los números de los trenes, sabía qué día circulaban, si tenían vagón restaurante, si esperaban conexiones o no. Sabía qué trenes tenían vagones correo y cuánto costaba un billete a Frauenfeld, a Olten, a Niederbipp o a cualquier otro lugar.

No iba al bar, no iba al cine, no salía a pasear, no tenía bicicleta, ni radio, ni televisión, no leía periódicos ni libros, y si recibía cartas, tampoco las leía. Para hacer estas cosas le faltaba tiempo, porque pasaba los días en la estación, y sólo cuando cambiaba el horario del ferrocarril, en mayo y octubre, no se le veía durante unas semanas.

Así que se sentaba en casa en su mesa y se lo aprendía todo de memoria, leía el nuevo horario de la primera a la última página, prestaba atención a los cambios y se alegraba cuando no los había. También ocurrió que alguien le preguntó por la

hora de salida de un tren. Entonces se le ponía la cara radiante y quería saber exactamente cuál era el destino del viaje, y quien le había pedido la información sin duda perdía el tren, porque no lo dejaba pasar, no se contentaba con citar la hora, también citaba el número del tren, el número de vagones, las posibles conexiones, todos los horarios de salida; explicaba que se podía ir a París en ese tren, dónde había que bajarse y a qué hora se llegaba, y no entendía que a la gente no le interesara todo eso. Sin embargo, si alguien le plantaba allí y se marchaba antes de que hubiera enumerado todos sus conocimientos, se enfadaba, le insultaba y le gritaba:

– ¡Usted no tiene la mínima idea de ferrocarriles!

Él personalmente nunca se ha subido a un tren.

Eso no habría tenido sentido, decía, porque ya sabía de antemano a qué hora llegaba el tren (Peter Bichsel).

Muchas personas (entre ellas muchos eruditos distinguidos) lo saben todo sobre la Biblia, incluso la exégesis de los versículos más pequeños y ocultos, incluso el significado de las palabras más difíciles, e incluso lo que el escritor sagrado quiso decir realmente, aunque parezca lo contrario.

Pero no convierten nada de lo escrito en la Biblia en su vida personal.